

# *Canto general*

Pablo Neruda

Pablo  
Neruda

*Canto general*



- I -

La lámpara en la tierra [9]

## **Amor América (1400)**

*Antes que la peluca y la casaca  
fueron los ríos, ríos arteriales:  
fueron las cordilleras, en cuya onda raída  
el cóndor o la nieve parecían inmóviles:  
fue la humedad y la espesura, el trueno  
sin nombre todavía, las pampas planetarias.*

5

*El hombre tierra fue, vasija, párpado  
del barro trémulo, forma de la arcilla,  
fue cántaro caribe, piedra chibcha,*

*copa imperial o sílice araucana.* 10

*Tierno y sangriento fue, pero en la empuñadura  
de su arma de cristal humedecido,  
las iniciales de la tierra estaban  
escritas.*

*Nadie pudo*  
*recordarlas después: el viento* 15  
*las olvidó, el idioma del agua*  
*fue enterrado, las claves se perdieron*  
*o se inundaron de silencio o sangre.*

*No se perdió la vida, hermanos pastorales.*  
*Pero como una rosa salvaje* 20  
*cayó una gota roja en la espesura*  
*y se apagó una lámpara de tierra.*

*Yo estoy aquí para contar la historia.*  
*Desde la paz del búfalo*  
*hasta las azotadas arenas* 25  
*de la tierra final, en las espumas*  
*acumuladas de la luz antártica,*  
*y por las madrigueras despeñadas*  
*de la sombría paz venezolana,*  
*te busqué, padre mío,* 30  
*joven guerrero de tiniebla y cobre,*  
*oh tú, planta nupcial, cabellera indomable,*  
*madre caimán, metálica paloma. [10]*

*Yo, incásico del légamo,*  
*toqué la piedra y dije:* 35

*Quién*

*me espera? Y apreté la mano  
sobre un puñado de cristal vacío.  
Pero anduve entre llores zapotecas  
y dulce era la luz como un venado,  
y era la sombra como un párpado verde.*

40

*Tierra mía sin nombre, sin América,  
estambre equinoccial, lanza de púrpura,  
tu aroma me trepó por las raíces  
hasta la copa que bebía, hasta la más delgada  
palabra aún no nacida de mi boca. [11]*

45

### **Vegetaciones**

A las tierras sin nombres y sin números  
bajaba el viento desde otros dominios,  
traía la lluvia hilos celestes,  
y el dios de los altares impregnados  
devolvía las flores y las vidas.

5

En la fertilidad crecía el tiempo.

El jacarandá elevaba espuma  
hecha de resplandores transmarinos,  
la araucaria de lanzas erizadas  
era la magnitud contra la nieve,  
el primordial árbol caoba  
desde su copa destilaba sangre,

10

y al Sur de los alerces,  
el árbol trueno, el árbol rojo,  
el árbol de la espina, el árbol madre, 15  
el ceibo bermellón, el árbol caucho,  
eran volumen terrenal, sonido,  
eran territoriales existencias.  
Un nuevo aroma propagado  
llenaba, por los intersticios 20  
de la tierra, las respiraciones  
convertidas en humo y fragancia:  
el tabaco silvestre alzaba  
su rosal de aire imaginario.  
Como una lanza terminada en fuego 25  
apareció el maíz, y su estatura  
se desgranó y nació de nuevo,  
diseminó su harina, tuvo  
muertos bajo sus raíces,  
y, luego, en su cuna, miró 30  
crecer los dioses vegetales.  
Arruga y extensión diseminaba  
la semilla del viento [12]  
sobre las plumas de la cordillera  
espesa luz de germen y pezones, 35  
aurora ciega amamantada  
por los ungüentos terrenales  
de la implacable latitud lluviosa,  
de las cerradas noches manantiales,  
de las cisternas matutinas. 40  
Y aún en las llanuras  
como láminas de planeta,

bajo un fresco pueblo de estrellas,  
rey de la hierba, el ombú detenía  
el aire libre, el vuelo rumoroso 45  
y montaba la pampa sujetándola  
con su ramal de riendas y raíces.

América arboleda,  
zarza salvaje entre los mares,  
de polo a polo balanceabas, 50  
tesoro verde, tu espesura.

Germinaba la noche  
en ciudades de cáscaras sagradas,  
en sonoras maderas,  
extensas hojas que cubrían 55  
la piedra germinal, los nacimientos.

Útero verde, americana  
sabana seminal, bodega espesa,  
una rama nació como una isla,  
una hoja fue forma de la espada, 60  
una flor fue relámpago y medusa,  
un racimo redondeó su resumen,  
una raíz descendió a las tinieblas.

## II

### **Algunas bestias**

Era el crepúsculo de la iguana.

Desde la arcoirisada crestería

su lengua como un dardo  
se hundía en la verdura,  
el hormiguero monacal pisaba 5  
con melodioso pie la selva,  
el guanaco fino como el oxígeno [13]  
en las anchas alturas pardas  
iba calzando botas de oro,  
mientras la llama abría cándidos 10  
ojos en la delicadeza  
del mundo lleno de rocío.  
Los monos trenzaban un hilo  
interminablemente erótico  
en las riberas de la aurora, 15  
derribando muros de polen  
y espantando el vuelo violeta  
de las mariposas de Muzo.  
Era la noche de los caimanes,  
la noche pura y pululante 20  
de hocicos saliendo del légamo,  
y de las ciénagas soñolientas  
un ruido opaco de armaduras  
volvía al origen terrestre.

El jaguar tocaba las hojas 25  
con su ausencia fosforescente,  
el puma corre en el ramaje  
como el fuego devorador  
mientras arden en él los ojos  
alcohólicos de la selva. 30  
Los tejones rascan los pies

del río, husmean el nido  
cuya delicia palpitante  
atacarán con dientes rojos.

Y en el fondo del agua magna, 35  
como el círculo de la tierra,  
está la gigante anaconda  
cubierta de barro rituales,  
devoradora y religiosa.

### III

#### **Vienen los pájaros**

Todo era vuelo en nuestra tierra.  
Como gotas de sangre y plumas  
los cardenales desangraban  
el amanecer de Anáhuac.  
El tucán era una adorable 5  
caja de frutas barnizadas, [14]  
el colibrí guardó las chispas  
originales del relámpago  
y sus minúsculas hogueras  
ardían en el aire inmóvil. 10

Los ilustres loros llenaban  
la profundidad del follaje  
como lingotes de oro verde  
recién salidos de la pasta  
de los pantanos sumergidos, 15

y de sus ojos circulares  
miraba una argolla amarilla,  
vieja como los minerales.  
Todas las águilas del cielo  
nutrían su estirpe sangrienta 20  
en el azul inhabitado,  
y sobre las plumas carnívoras  
volaba encima del mundo  
el cóndor, rey asesino,  
fraile solitario del cielo, 25  
talismán negro de la nieve,  
huracán de la cetrería.

La ingeniería del hornero  
hacía del barro fragante  
pequeños teatros sonoros 30  
donde aparecía cantando.

El atajacaminos iba  
dando su grito humedecido  
a la orilla de los cenotes.  
La torcaza araucana hacía 35  
ásperos nidos matorrales  
donde dejaba el real regalo  
de sus huevos empavonados.

La loica del Sur, fragante,  
dulce carpintera de otoño, 40  
mostraba su pecho estrellado  
de constelación escarlata,  
y el austral chingolo elevaba



su flauta recién recogida  
de la eternidad del agua. 45

Mas, húmedo como un nenúfar,  
el flamenco abría sus puertas  
de sonrosada catedral, [15]  
y volaba como la aurora,  
lejos del bosque bochornoso 50  
donde cuelga la pedrería  
del quetzal, que de pronto despierta,  
se mueve, resbala y fulgura  
y hace volar su brasa virgen.

Vuela una montaña marina 55  
hacia las islas, una luna  
de aves que van hacia el Sur,  
sobre las islas fermentadas  
del Perú.

Es un río vivo de sombra, 60  
es un cometa de pequeños  
corazones innumerables  
que oscurecen el sol del mundo  
como un astro de cola espesa  
palpitando hacia el archipiélago. 65

Y en el final del iracundo  
mar, en la lluvia del océano,  
surgen las alas del albatros  
como dos sistemas de sal,

estableciendo en el silencio, 70  
entre las rachas torrenciales,  
con su espaciosa jerarquía  
el orden de las soledades.

#### IV

##### **Los ríos acuden**

Amada de los ríos, combatida  
por agua azul y gotas transparentes,  
como un árbol de venas es tu espectro  
de diosa oscura que muerde manzanas:  
al despertar desnuda entonces, 5  
eras tatuada por los ríos,  
y en la altura mojada tu cabeza  
llenaba el mundo con nuevos rocíos.  
Te trepidaba el agua en la cintura.  
Eras de manantiales construida 10  
y te brillaban lagos en la frente.  
De tu espesura madre recogías [16]  
el agua como lágrimas vitales,  
y arrastrabas los cauces a la arena  
a través de la noche planetaria, 15  
cruzando ásperas piedras dilatadas,  
rompiendo en el camino  
toda la sal de la geología,  
cortando bosques de compactos muros,  
apartando los músculos del cuarzo. 20

### **Orinoco**

Orinoco, déjame en tus márgenes  
de aquella hora sin hora:  
déjame como entonces ir desnudo,  
entrar en tus tinieblas bautismales.

Orinoco de agua escarlata,

5

déjame hundir las manos que regresan  
a tu maternidad, a tu transcurso,  
río de razas, patria de raíces,  
tu ancho rumor, tu lámina salvaje  
viene de donde vengo, de las pobres  
y altivas soledades, de un secreto  
como una sangre, de una silenciosa  
madre de arcilla.

10

### **Amazonas**

Amazonas,

capital de las sílabas del agua,

padre patriarca, eres

la eternidad secreta

de las fecundaciones,

5

te caen ríos como aves, te cubren

los pistilos color de incendio,

los grandes troncos muertos te pueblan de perfume,

la luna no te puede vigilar ni medirte.

Eres cargado con esperma verde

10

como un árbol nupcial, eres plateado

por la primavera salvaje,  
eres enrojecido de maderas,  
azul entre la luna de las piedras,  
vestido de vapor ferruginoso,  
lento como un camino de planeta.

15

### **Tequendama**

Tequendama, recuerdas  
tu solitario paso en las alturas  
sin testimonio, hilo  
de soledades, voluntad delgada,  
línea celeste, flecha de platino,  
recuerdas paso y paso  
abriendo muros de oro  
hasta caer del cielo en el teatro  
aterrador de la piedra vacía?

5 [17]

### **Bío-Bío**

Pero hálbame, Bío-Bío,  
son tus palabras en mi boca  
las que resbalan, tú me diste  
el lenguaje, el canto nocturno  
mezclado con lluvia y follaje.  
Tú, sin que nadie mirara a un niño,  
me contaste el amanecer  
de la tierra, la poderosa  
paz de tu reino, el hacha enterrada  
con un ramo de flechas muertas,

5

10

lo que las hojas del canelo  
en mil años te relataron,  
y luego te vi entregarte al mar  
dividido en bocas y senos,  
ancho y florido, murmurando 15  
una historia color de sangre.

## V

### **Minerales**

Madre de los metales, te quemaron,  
te mordieron, te martirizaron,  
te corroyeron, te pudrieron  
más tarde, cuando los ídolos  
ya no pudieron defenderte. 5

Lianas trepando hacia el cabello  
de la noche selvática, caobas  
formadoras del centro de las flechas,  
hierro agrupado en el desván florido,  
garra altanera de las conductoras 10

águilas de mi tierra,  
agua desconocida, sol malvado,  
ola de cruel espuma,  
tiburón acechante, dentadura  
de las cordilleras antárticas, 15  
diosa serpiente vestida de plumas  
y enrarecida por azul veneno,  
fiebre ancestral inoculada  
por migraciones de alas y de hormigas,

tembladeras, mariposas 20 [18]  
de aguijón ácido, maderas  
acercándose al mineral,  
por qué el coro de los hostiles  
no defendió el tesoro?

Madre de las piedras 25  
oscuras que teñirían  
de sangre tus pestañas!

La turquesa  
de sus etapas, del brillo larvario  
nacía apenas para las alhajas 30  
del sol sacerdotal, dormía el cobre  
en sus sulfúricas estratas,  
y el antimonio iba de capa en capa  
a la profundidad de nuestra estrella.

La hulla brillaba de resplandores negros 35  
como el total reverso de la nieve,  
negro hielo enquistado en la secreta  
tormenta inmóvil de la tierra,  
cuando un fulgor de pájaro amarillo  
enterró las corrientes del azufre 40  
al pie de las glaciales cordilleras.

El vanadio se vestía de lluvia  
para entrar a la cámara del oro,  
afilaba cuchillos el tungsteno  
y el bismuto trenzaba 45  
medicinales cabelleras.

Las luciérnagas equivocadas  
aún continuaban en la altura,  
soltando goteras de fósforo  
en el surco de los abismos 50  
y en las cumbres ferruginosas.

Son las viñas del meteoro,  
los subterráneos del zafiro.  
El soldadito en las mesetas  
duerme con ropa de estaño. 55

El cobre establece sus crímenes  
en las tinieblas insepultas  
cargadas de materia verde,  
y en el silencio acumulado  
duermen las momias destructoras. 60

En la dulzura chibcha el oro  
sale de opacos oratorios [19]  
lentamente hacia los guerreros,  
se convierte en rojos estambres,  
en corazones laminados, 65  
en fosforescencia terrestre,  
en dentadura fabulosa.

Yo duermo entonces con el sueño  
de una semilla, de una larva,  
y las escalas de Querétaro 70  
bajo contigo.

Me esperaron  
las piedras de luna indecisa,  
la joya pesquera del ópalo,

el árbol muerto en una iglesia  
helada por las amatistas. 75

Cómo podías, Colombia oral,  
saber que tus piedras descalzas  
ocultaban una tormenta  
de oro iracundo,  
cómo, patria 80  
de la esmeralda, ibas a ver  
que la alhaja de muerte y mar,  
el fulgor en su escalofrío,  
escalaría las gargantas  
de los dinastas invasores? 85

Eras pura noción de piedra,  
rosa educada por la sal,  
maligna lágrima enterrada,  
sirena de arterias dormidas,  
belladona, serpiente negra. 90  
(Mientras la palma dispersaba  
su columna en altas peinetas  
iba la sal destituyendo  
el esplendor de las montañas,  
convirtiendo en traje de cuarzo 95  
las gotas de lluvia en las hojas  
y transmutando los abetos  
en avenidas de carbón.)

Corrí por los ciclones al peligro  
y descendí a la luz de la esmeralda, 100



ascendí al pámpano de los rubíes,  
pero callé para siempre en la estatua  
del nitrato extendido en el desierto.

Vi cómo en la ceniza [20]

del huesoso altiplano 105

levantaba el estaño

sus corales ramajes de veneno

hasta extender como una selva

la niebla equinoccial, hasta cubrir el sello

de nuestras cereales monarquías. 110

## VI

### Los hombres

Como la copa de la arcilla era

la raza mineral, el hombre

hecho de piedras y de atmósfera,

limpio como los cántaros, sonoro.

La luna amasó a los caribes, 5

extrajo oxígeno sagrado,

machacó flores y raíces.

Anduvo el hombre de las islas

tejiendo ramos y guirnaldas

de polimitas azufradas, 10

y soplando el tritón marino

en la orilla de las espumas.

El tarahumara se vistió de agujijones

y en la extensión del Noroeste

con sangre y pedernales creó el fuego, 15  
mientras el universo iba naciendo  
otra vez en la arcilla del tarasco:  
los mitos de las tierras amorosas,  
la exuberancia húmeda de donde  
lodo sexual y frutas derretidas 20  
iban a ser actitud de los dioses  
o pálidas paredes de vasijas.

Como faisanes deslumbrantes  
descendían los sacerdotes  
de las escaleras aztecas. 25

Los escalones triangulares  
sostenían el innumerable  
relámpago de las vestiduras.  
Y la pirámide augusta,  
piedra y piedra, agonía y aire, 30  
en su estructura dominadora  
guardaba como una almendra [21]  
un corazón sacrificado.

En un trueno como un aullido  
caía la sangre por 35  
las escalinatas sagradas.

Pero muchedumbre de pueblos  
tejían la fibra, guardaban  
el porvenir de las cosechas,  
trenzaban el fulgor de la pluma, 40  
convencían a la turquesa,  
y en enredaderas textiles  
expresaban la luz del mundo.

Mayas, habíais derribado  
el árbol del conocimiento. 45  
Con olor de razas graneras  
se elevaban las estructuras  
del examen y de la muerte,  
y escrutabais en los cenotes,  
arrojándoles novias de oro, 50  
la permanencia de los gérmenes.

Chichén, tus rumores crecían  
en el amanecer de la selva.  
Los trabajos iban haciendo  
la simetría del panal 55  
en tu ciudadela amarilla,  
y el pensamiento amenazaba  
la sangre de los pedestales,  
desmontaba el cielo en la sombra,  
conducía la medicina, 60  
escribía sobre las piedras.

Era el Sur un asombro dorado.  
Las altas soledades  
de Macchu Picchu en la puerta del cielo  
estaban llenas de aceites y cantos, 65  
el hombre había roto las moradas  
de grandes aves en la altura,  
y en el nuevo dominio entre las cumbres  
el labrador tocaba las semillas  
con sus dedos heridos por la nieve. 70

El Cuzco amanecía como un  
trono de torreones y graneros  
y era la flor pensativa del mundo  
aquella raza de pálida sombra  
en cuyas manos abiertas temblaban  
diademas de imperiales amatistas. 75 [22]

Germinaba en las terrazas  
el maíz de las altas tierras  
y en los volcánicos senderos  
iban los vasos y los dioses. 80

La agricultura perfumaba  
el reino de las cocinas  
y extendía sobre los techos  
un manto de sol desgranado.

(Dulce raza, hija de sierras, 85  
estirpe de torre y turquesa,  
ciérrame los ojos ahora,  
antes de irnos al mar  
de donde vienen los dolores.)

Aquella selva azul era una gruta 90  
y en el misterio de árbol y tiniebla  
el guaraní cantaba como  
el humo que sube en la tarde,  
el agua sobre los follajes,  
la lluvia en un día de amor, 95  
la tristeza junto a los ríos.

En el fondo de América sin nombre

estaba Arauco entre las aguas  
vertiginosas, apartado  
por todo el frío del planeta. 100

Mirad el gran Sur solitario.  
No se ve humo en la altura.  
Sólo se ven los ventisqueros  
y el vendaval rechazado  
por las ásperas araucarias. 105  
No busques bajo el verde espeso  
el canto de la alfarería.

Todo es silencio de agua y viento.

Pero en las hojas mira el guerrero.  
Entre los alerces un grito. 110  
Unos ojos de tigre en medio  
de las alturas de la nieve.

Mira las lanzas descansando.  
Escucha el susurro del aire [23]  
atravesado por las flechas. 115  
Mira los pechos y las piernas  
y las cabelleras sombrías  
brillando a la luz de la luna.

Mira el vacío de los guerreros.

No hay nadie. Trina la diuca 120  
como el agua en la noche pura.

Cruza el cóndor su vuelo negro.

No hay nadie. ¿Escuchas? Es el paso  
del puma en el aire y las hojas.

No hay nadie. Escucha. Escucha el árbol,  
escucha el árbol araucano.

125

No hay nadie. Mira las piedras.

Mira las piedras de Arauco.

No hay nadie, sólo son los árboles.

Sólo son las piedras, Arauco.

130 [25]

## - II -

### Alturas del Macchu Picchu [27]

#### I

Del aire al aire, como una red vacía,  
iba yo entre las calles y la atmósfera, llegando y despidiendo,  
en el advenimiento del otoño la moneda extendida  
de las hojas, y entre la primavera y las espigas,  
lo que el más grande amor, como dentro de un guante  
que cae, nos entrega como una larga luna.

5

(Días de fulgor vivo en la intemperie  
de los cuerpos: aceros convertidos

al silencio del ácido:  
noches deshilachadas hasta la última harina: 10  
estambres agredidos de la patria nupcial.)

Alguien que me esperó entre los violines  
encontró un mundo como una torre enterrada  
hundiendo su espiral más abajo de todas  
las hojas de color de ronco azufre: 15  
más abajo, en el oro de la geología,  
como una espada envuelta en meteoros,  
hundí la mano turbulenta y dulce  
en lo más genital de lo terrestre.

Puse la frente entre las olas profundas, 20  
descendí como gota entre la paz sulfúrica,  
y, como un ciego, regresé al jazmín  
de la gastada primavera humana.

## II

Si la flor a la flor entrega el alto germen  
y la roca mantiene su flor diseminada 25  
en su golpeado traje de diamante y arena, [28]  
el hombre arruga el pétalo de la luz que recoge  
en los determinados manantiales marinos  
y taladra el metal palpitante en sus manos.

Y pronto, entre la ropa y el humo, sobre la mesa hundida 30  
como una barajada cantidad, queda el alma:  
cuarzo y desvelo, lágrimas en el océano  
como estanques de frío: pero aún  
mátala y agonízala con papel y con odio,

sumérgela en la alfombra cotidiana, desgárrala 35  
entre las vestiduras hostiles del alambre.

No: por los corredores, aire, mar o caminos,  
quién guarda sin puñal (como las encarnadas  
amapolas) su sangre? La cólera ha extenuado  
la triste mercancía del vendedor de seres, 40  
y, mientras en la altura del ciruelo, el rocío  
desde mil años deja su carta transparente  
sobre la misma rama que lo espera, oh corazón, oh frente  
triturada

entre las cavidades del otoño:

Cuántas veces en las calles de invierno de una ciudad o en 45  
un autobús o un barco en el crepúsculo, o en la soledad  
más espesa, la de la noche de fiesta, bajo el sonido  
de sombras y campanas, en la misma gruta del placer humano,  
me quise detener a buscar la eterna veta insondable  
que antes toqué en la piedra o en el relámpago que el beso 50  
desprendía.

(Lo que en el cereal como una historia amarilla  
de pequeños pechos preñados va repitiendo un número  
que sin cesar es ternura en las capas germinales,  
y que, idéntica siempre, se desgrana en marfil  
y lo que en el agua es patria transparente, campana 55  
desde la nieve aislada hasta las olas sangrientas.)

No pude asir sino un racimo de rostros o de máscaras  
precipitadas, como anillos de oro vacío,  
como ropas dispersas hijas de un otoño rabioso



que hiciera temblar el miserable árbol de las razas asustadas. 60 [29]

No tuve sitio donde descansar la mano  
y que, corriente como agua de manantial encadenado,  
o firme como grumo de antracita o cristal,  
hubiera devuelto el calor o el frío de mi mano extendida.  
Qué era el hombre? En qué parte de su conversación abierta 65  
entre los almacenes y los silbidos, en cuál de sus movimientos  
metálicos  
vivía lo indestructible, lo imperecedero, la vida?

### III

El ser como el maíz se desgranaba en el inacabable  
granero de los hechos perdidos, de los acontecimientos  
miserables, del uno al siete, al ocho, 70  
y no una muerte, sino muchas muertes llegaba a cada uno:  
cada día una muerte pequeña, polvo, gusano, lámpara  
que se apaga en el lodo del suburbio, una pequeña muerte de  
alas gruesas  
entraba en cada hombre como una corta lanza  
y era el hombre asediado del pan o del cuchillo, 75  
el ganadero: el hijo de los puertos, o el capitán oscuro del  
arado,  
o el roedor de las calles espesas:  
  
todos fallecieron esperando su muerte, su corta muerte diaria:  
y su quebranto aciago de cada día era  
como una copa negra que bebían temblando. 80

### IV

La poderosa muerte me invitó muchas veces:

era como la sal invisible en las olas,  
y lo que su invisible sabor diseminaba  
era como mitades de hundimientos y altura  
o vastas construcciones de viento y ventisquero. 85 [30]

Yo al férreo filo vine, a la angostura  
del aire, a la mortaja de agricultura y piedra,  
al estelar vacío de los pasos finales  
y a la vertiginosa carretera espiral:  
pero, ancho mar, ¡oh muerte!, de ola en ola no vienes, 90  
sino como un galope de claridad nocturna  
o como los totales números de la noche.

Nunca llegaste a hurgar en el bolsillo, no era  
posible tu visita sin vestimenta roja:  
sin auroral alfombra de cercado silencio: 95  
sin altos o enterrados patrimonios de lágrimas.

No pude amar en cada ser un árbol  
con su pequeño otoño a cuestras (la muerte de mil hojas),  
todas las falsas muertes y las resurrecciones  
sin tierra, sin abismo: 100

quise nadar en las más anchas vidas,  
en las más sueltas desembocaduras,  
y cuando poco a poco el hombre fue negándome  
y fue cerrando paso y puerta para que no tocaran  
mis manos manantiales su inexistencia herida, 105

entonces fui por calle y calle y río y río,  
y ciudad y ciudad y cama y cama,  
y atravesó el desierto mi máscara salobre,  
y en las últimas casas humilladas, sin lámpara, sin fuego,  
sin pan, sin piedra, sin silencio, solo, 110

rodé muriendo de mi propia muerte.

## V

No eres tú, muerte grave, ave de plumas férreas,  
la que el pobre heredero de las habitaciones  
llevaba entre alimentos apresurados, bajo la piel vacía:  
era algo, un pobre pétalo de cuerda exterminada: 115  
un átomo del pecho que no vino al embate  
o el áspero rocío que no cayó en la frente.  
Era lo que no pudo renacer, un pedazo  
de la pequeña muerte sin paz ni territorio:  
un hueso, una campana que morían en él. 120  
Yo levanté las vendas del yodo, hundí las manos  
en los pobres dolores que mataban la muerte,  
y no encontré en la herida sino una racha fría  
que entraba por los vagos intersticios del alma. [31]

## VI

Entonces en la escala de la tierra he subido 125  
entre la atroz maraña de las selvas perdidas  
hasta ti, Macchu Picchu.  
Alta ciudad de piedras escalares,  
por fin morada del que lo terrestre  
no escondió en las dormidas vestiduras. 130  
En ti, como dos líneas paralelas,  
la cuna del relámpago y del hombre  
se mecían en un viento de espinas.  
  
Madre de piedra, espuma de los cóndores.

Alto arrecife de la aurora humana. 135

Pala perdida en la primera arena.

Esta fue la morada, este es el sitio:  
aquí los anchos granos del maíz ascendieron  
y bajaron de nuevo como granizo rojo.

Aquí la hebra dorada salió de la vicuña 140  
a vestir los amores, los túmulos, las madres,  
el rey, las oraciones, los guerreros.

Aquí los pies del hombre descansaron de noche  
junto a los pies del águila en las altas guaridas  
carniceras, y en la aurora 145  
pisaron con los pies del trueno la niebla enrarecida  
y tocaron las tierras y las piedras  
hasta reconocerlas en la noche o la muerte.

Miro las vestiduras y las manos,  
el vestigio del agua en la oquedad sonora, 150  
la pared suavizada por el tacto de un rostro  
que miró con mis ojos las lámparas terrestres,  
que aceitó con mis manos las desaparecidas  
maderas: porque todo, ropaje, piel, vasijas,  
palabras, vino, panes, 155  
se fue, cayó a la tierra.

Y el aire entró con dedos  
de azahar sobre todos los dormidos: [32]

mil años de aire, meses, semanas de aire,  
de viento azul, de cordillera férrea, 160  
que fueron como suaves huracanes de pasos  
lustrando el solitario recinto de la piedra.

## VII

Muertos de un solo abismo, sombras de una hondonada,  
la profunda, es así como al tamaño  
de vuestra magnitud 165

vino la verdadera, la más abrasadora  
muerte y desde las rocas taladradas,  
desde los capiteles escarlata,  
desde los acueductos escalares  
os desplomasteis corto en un otoño 170  
en una sola muerte.

Hoy el aire vacío ya no llora,  
ya no conoce vuestros pies de arcilla,  
ya olvidó vuestros cántaros que filtraban el cielo  
cuando lo derramaban los cuchillos del rayo, 175  
y el árbol poderoso fue comido  
por la niebla, y cortado por la racha.

Él sostuvo una mano que cayó de repente  
desde la altura hasta el final del tiempo.  
Ya no sois, manos de araña, débiles 180  
hebras, tela enmarañada:  
cuanto fuisteis cayó: costumbres, sílabas  
raídas, máscaras de luz deslumbradora.

Pero una permanencia de piedra y de palabra:  
la ciudad como un vaso se levantó en las manos 185

de todos, vivos, muertos, callados, sostenidos  
de tanta muerte, un muro, de tanta vida un golpe  
de pétalos de piedra: la rosa permanente, la morada:  
este arrecife andino de colonias glaciales.

Cuando la mano de color de arcilla 190  
se convirtió en arcilla, y cuando los pequeños párpados se  
cerraron

llenos de ásperos muros, poblados de castillos,  
y cuando todo el hombre se enredó en su agujero,  
quedó la exactitud enarbolada: [33]

el alto sitio de la aurora humana: 195  
la más alta vasija que contuvo el silencio:  
una vida de piedra después de tantas vidas.

## VIII

Sube conmigo, amor americano.  
Besa conmigo las piedras secretas.

La plata torrencial del Urubamba 200  
hace volar el polen a su copa amarilla.  
Vuela el vacío de la enredadera,  
la planta pétrea, la guirnalda dura  
sobre el silencio del cajón serrano.

Ven, minúscula vida, entre las alas 205  
de la tierra, mientras -cristal y frío, aire golpeado  
apartando esmeraldas combatidas,  
oh, agua salvaje, bajas de la nieve.

Amor, amor, hasta la noche abrupta,  
desde el sonoro pedernal andino, 210  
hacia la aurora de rodillas rojas,  
contempla el hijo ciego de la nieve.

Oh, Wilkamayu de sonoros hilos,  
cuando rompes tus truenos lineales  
en blanca espuma, como herida nieve, 215  
cuando tu vendaval acantilado  
canta y castiga despertando al cielo,  
qué idioma traes a la oreja apenas  
desarraigada de tu espuma andina?

Quién apresó el relámpago del frío 220  
y lo dejó en la altura encadenado,  
repartido en sus lágrimas glaciales,  
sacudido en sus rápidas espadas,  
golpeando sus estambres aguerridos,  
conducido en su cama de guerrero, 225  
sobresaltado en su final de roca?

Qué dicen tus destellos acosados?  
Tu secreto relámpago rebelde [34]  
antes viajó poblado de palabras?  
Quién va rompiendo sílabas heladas, 230  
idiomas negros, estandartes de oro,  
bocas profundas, gritos sometidos,  
en tus delgadas aguas arteriales?

Quién va cortando párpados florales

que vienen a mirar desde la tierra? 235

Quién precipita los racimos muertos  
que bajan en tus manos de cascada  
a desgranar su noche desgranada  
en el carbón de la geología?

Quién despeña la rama de los vínculos? 240

Quién otra vez sepulta los adioses?

Amor, amor, no toques la frontera,  
ni adores la cabeza sumergida:  
deja que el tiempo cumpla su estatura  
en su salón de manantiales rotos, 245

y, entre el agua veloz y las murallas,  
recoge el aire del desfiladero,  
las paralelas láminas del viento,  
el canal ciego de las cordilleras,  
el áspero saludo del rocío, 250

y sube, flor a flor, por la espesura,  
pisando la serpiente despeñada.

En la escarpada zona, piedra y bosque,  
polvo de estrellas verdes, selva clara,  
Mantur estalla como un lago vivo 255  
o como un nuevo piso del silencio.

Ven a mi propio ser, al alba mía,  
hasta las soledades coronadas.  
El reino muerto vive todavía.



Y en el Reloj la sombra sanguinaria 260  
del cóndor cruza como una nave negra. [35]

IX

Águila sideral, viña de bruma.  
Bastión perdido, cimitarra ciega.  
Cinturón estrellado, pan solemne.  
Escala torrencial, párpado inmenso. 265  
Túnica triangular, polen de piedra.  
Lámpara de granito, pan de piedra.  
Serpiente mineral, rosa de piedra.  
Nave enterrada, manantial de piedra.  
Caballo de la luna, luz de piedra. 270  
Escuadra equinoccial, vapor de piedra.  
Geometría final, libro de piedra.  
Témpano entre las ráfagas labrado.  
Madrépora del tiempo sumergido.  
Muralla por los dedos suavizada. 275  
Techumbre por las plumas combatida.  
Ramos de espejo, bases de tormenta.  
Tronos volcados por la enredadera.  
Régimen de la garra encarnizada.  
Vendaval sostenido en la vertiente. 280  
Inmóvil catarata de turquesa.  
Campana patriarcal de los dormidos.  
Argolla de las nieves dominadas.  
Hierro acostado sobre sus estatuas.  
Inaccesible temporal cerrado. 285  
Manos de puma, roca sanguinaria.  
Torre sombrera, discusión de nieve.

Noche elevada en dedos y raíces.	
Ventanas de las nieblas, paloma endurecida.	
Planta nocturna, estatua de los truenos.	290
Cordillera esencial, techo marino.	
Arquitectura de águilas perdidas.	
Cuerda del cielo, abeja de la altura.	
Nivel sangriento, estrella construida.	
Burbuja mineral, luna de cuarzo.	295
Serpiente andina, frente de amaranto.	
Cúpula del silencio, patria pura.	
Novia del mar, árbol de catedrales.	
Ramo de sal, cerezo de alas negras.	
Dentadura nevada, trueno frío.	300
Luna arañada, piedra amenazante.	
Cabellera del frío, acción del aire.	
Volcán de manos, catarata oscura.	
Ola de plata, dirección del tiempo. [36]	

## X

Piedra en la piedra, el hombre, dónde estuvo?	305
Aire en el aire, el hombre, dónde estuvo?	
Tiempo en el tiempo, el hombre, dónde estuvo?	
Fuiste también el pedacito roto del hombre inconcluso, de águila vacía que por las calles de hoy, que por las huellas, que por las hojas del otoño muerto va machacando el alma hasta la tumba?	310
La pobre mano, el pie, la pobre vida...	
Loa días de la luz deshilachada en ti, como la lluvia	315

sobre las banderillas de la fiesta,  
dieron pétalo a pétalo de su alimento oscuro  
en la boca vacía?

Hambre, coral del hombre,  
hambre, planta secreta, raíz de los leñadores,  
hambre, subió tu raya de arrecife 320  
hasta estas altas torres desprendidas?

Yo te interrogo, sal de los caminos,  
muéstrame la cuchara, déjame, arquitectura,  
roer con un palito los estambres de piedra,  
subir todos los escalones del aire hasta el vacío, 325  
rascar la entraña hasta tocar el hombre.

Macchu Picchu, pusiste  
piedras en la piedra, y en la base, harapo?  
Carbón sobre carbón, y en el fondo la lágrima?  
Fuego en el oro, y en él, temblando el rojo 330  
goterón de la sangre?

Devuélveme el esclavo que enterraste!  
Sacude de las tierras el pan duro  
del miserable, muéstrame los vestidos  
del siervo y su ventana. 335

Dime cómo durmió cuando vivía.  
Dime si fue su sueño  
ronco, entreabierto, como un hoyo negro  
hecho por la fatiga sobre el muro.  
El muro, el muro! Si sobre su sueño 340  
gravitó cada piso de piedra, y si cayó bajo ella  
como bajo una luna, con el sueño!

Antigua América, novia sumergida,  
también tus dedos, [37]  
al salir de la selva hacia el alto vacío de los dioses, 345  
bajo los estandartes nupciales de la luz y el decoro,  
mezclándose al trueno de los tambores y de las lanzas,  
también, también tus dedos,  
los que la rosa abstracta y la línea del frío, los  
que el pecho sangriento del nuevo cereal trasladaron 350  
hasta la tela de materia radiante, hasta las duras cavidades,  
también, también, América enterrada, guardaste en lo más bajo,  
en el amargo intestino, como un águila, el hambre?

## XI

A través del confuso esplendor,  
a través de la noche de piedra, déjame hundir la mano 355  
y deja que en mí palpite, como un ave mil años prisionera,  
el viejo corazón del olvidado!  
Déjame olvidar hoy esta dicha, que es más ancha que el mar,  
porque el hombre es más ancho que el mar y que sus islas,  
y hay que caer en él como en un pozo para salir del fondo 360  
con un ramo de agua secreta y de verdades sumergidas.  
Déjame olvidar, ancha piedra, la proporción poderosa,  
la trascendente medida, las piedras del panal,  
y de la escuadra déjame hoy resbalar  
la mano sobre la hipotenusa de áspera sangre y cilicio. 365  
Cuando, como una herradura de élitros rojos, el cóndor  
furibundo  
me golpea las sienes en el orden del vuelo  
y el huracán de plumas carniceras barre el polvo sombrío  
de las escalinatas diagonales, no veo a la bestia veloz,

no veo el ciego ciclo de sus garras, 370  
veo el antiguo ser, servidor, el dormido  
en los campos, veo un cuerpo, mil cuerpos, un hombre, mil  
mujeres,  
bajo la racha negra, negros de lluvia y noche,  
con la piedra pesada de la estatua:  
Juan Cortapiedras, hijo de Wiracocha, 375  
Juan Comefrío, hijo de estrella verde,  
Juan Piesdescalzos, nieto de la turquesa,  
sube a nacer conmigo, hermano. [38]

## XII

Sube a nacer conmigo, hermano.  
Dame la mano desde la profunda 380  
zona de tu dolor diseminado.  
No volverás del fondo de las rocas.  
No volverás del tiempo subterráneo.  
No volverá tu voz endurecida.  
No volverán tus ojos taladrados. 385  
Mírame desde el fondo de la tierra,  
labrador, tejedor, pastor callado:  
domador de guanacos tutelares:  
albañil del andamio desafiado:  
aguador de las lágrimas andinas: 390  
joyero de los dedos machacados:  
agricultor temblando en la semilla:  
alfarero en tu greda derramado:  
traed a la copa de esta nueva vida  
vuestros viejos dolores enterrados. 395  
Mostradme vuestra sangre y vuestro surco,

decidme: aquí fui castigado,  
porque la joya no brilló o la tierra  
no entregó a tiempo la piedra o el grano:  
señaladme la piedra en que caísteis 400  
y la madera en que os crucificaron,  
encendedme los viejos pedernales,  
las viejas lámparas, los látigos pegados  
a través de los siglos en las llagas  
y las hachas de brillo ensangrentado. 405  
Yo vengo a hablar por vuestra boca muerta.  
A través de la tierra juntad todos  
los silenciosos labios derramados  
y desde el fondo habladme toda esta larga noche,  
como si yo estuviera con vosotros anclado, 410  
contadme todo, cadena a cadena,  
eslabón a eslabón, y paso a paso,  
afilad los cuchillos que guardasteis,  
ponedlos en mi pecho y en mi mano,  
como un río de rayos amarillos, 415  
como un río de tigres enterrados,  
y dejadme llorar, horas, días, años,  
edades ciegas, siglos estelares.

Dadme el silencio, el agua, la esperanza. [39]

Dadme la lucha, el hierro, los volcanes. 420

Apagadme los cuerpos como imanes.

Acudid a mis venas y a mi boca.

Hablad por mis palabras y mi sangre.

[41]

**- III -**

Los conquistadores[43]

¡Ccollanan Pachacutec! ¡Ricuy  
anceacunac yahuarniy richacacuta!  
TUPAC AMARU![45]

I

**Vienen por las islas (1493)**

Los carniceros desolaron las islas.

Guanahaní fue la primera  
en esta historia de martirios.

Los hijos de la arcilla vieron rota  
su sonrisa, golpeada

5

su frágil estatura de venados,  
y aún en la muerte no entendían.

Fueron amarrados y heridos,  
fueron quemados y abrasados,  
fueron mordidos y enterrados.

10

Y cuando el tiempo dio su vuelta de vals  
bailando en las palmeras,  
el salón verde estaba vacío.

Sólo quedaban huesos

rígidamente colocados 15  
en forma de cruz, para mayor  
gloria de Dios y de los hombres.

De las gredas mayores  
y el ramaje de Sotavento  
hasta las agrupadas coralinas 20  
fue cortando el cuchillo de Narváez.

Aquí la cruz, aquí el rosario,  
aquí la Virgen del Garrote.  
La alhaja de Colón, Cuba fosfórica,  
recibió el estandarte y las rodillas 25  
en su arena mojada.

## II

### **Ahora es Cuba**

Y luego fue la sangre y la ceniza.

Después quedaron las palmeras solas. [46]

Cuba, mi amor, te amarraron al potro,  
te cortaron la cara,  
te apartaron las piernas de oro pálido, 5  
te rompieron el sexo de granada,  
te atravesaron con cuchillos,  
te dividieron, te quemaron.

Por los valles de la dulzura



bajaron los exterminadores, 10  
y en los altos mogotes la cimera  
de tus hijos se perdió en la niebla,  
pero allí fueron alcanzados  
uno a uno hasta morir,  
despedazados en el tormento 15  
sin su tierra tibia de flores  
que huía bajo sus plantas.

Cuba, mi amor, qué escalofrió  
te sacudió de espuma a espuma,  
hasta que te hiciste pureza, 20  
soledad, silencio, espesura,  
y los huesitos de tus hijos  
se disputaron los cangrejos.

### III

#### **Llegan al mar de México (1519)**

A Veracruz va el viento asesino.  
En Veracruz desembarcaron los caballos.  
Las barcas van apretadas de garras  
y barbas rojas de Castilla.  
Son Arias, Reyes, Rojas, Maldonados, 5  
hijos del desamparo castellano,  
conocedores del hambre en invierno  
y de los piojos en los mesones.

Qué miran acodados al navío?

Cuánto de lo que viene y del perdido 10  
pasado, del errante  
ciento feudal en la patria azotada?

No salieron de los puertos del Sur  
a poner las manos del pueblo  
en el saqueo y en la muerte: 15  
ellos ven verdes tierras, libertades, [47]  
cadenas rotas, construcciones,  
y desde el barco, las olas que se extinguen  
sobre las costas de compacto misterio.

Irían a morir o a revivir detrás 20  
de las palmeras, en el aire caliente  
que, como un horno extraño, la total bocanada  
hacia ellos dirigen las tierras quemadoras?  
Eran pueblo, cabezas hirsutas de Montiel,  
manos duras y rotas de Ucaña y Piedrahita, 25  
brazos de herreros, ojos de niños  
que miraban el sol terrible y las palmeras.

El hambre antigua de Europa, hambre como la cola  
de un planeta mortal, poblaba el buque,  
el hambre estaba allí, desmantelada, 30  
errabunda hacha fría, madrastra  
de los pueblos, el hambre echa los dados  
en la navegación, sopla las velas:  
«Más allá, que te como, más allá  
que regresas 35  
a la madre, al hermano, al Juez y al Cura,  
a los inquisidores, al infierno, a la peste.

Más allá, más allá, lejos del piojo,  
del látigo feudal, del calabozo,  
de las galeras llenas de excremento.» 40

Y los ojos de Núñez y Bernales  
clavaban en la ilimitada  
luz del reposo,  
una vida, otra vida,  
la innumerable y castigada 45  
familia de los pobres del mundo.

#### IV

##### **Cortés**

Cortés no tiene pueblo, es rayo frío,  
corazón muerto en la armadura.  
*«Feraces tierras, mi Señor y Rey,  
templos en que el oro, cuajado  
está por manos del indio.»* 5

Y avanza hundiendo puñales, golpeando  
las tierras bajas, las piafantes [48]  
cordilleras de los perfumes,  
parando su tropa entre orquídeas  
y coronaciones de pinos, 10  
atropellando los jazmines,  
hasta las puertas de Tlaxcala.

(Hermano aterrado, no tomes

como amigo al buitre rosado:  
desde el musgo te hablo, desde 15  
las raíces de nuestro reino.  
Va a llover sangre mañana,  
las lágrimas serán capaces  
de formar nieblas, vapor, ríos,  
hasta que derritas los ojos.) 20

Cortés recibe una paloma,  
recibe un faisán, una cítara  
de los músicos del monarca,  
pero quiere la cámara del oro,  
quiere otro paso, y todo cae 25  
en las arcas de los voraces.

El Rey se asoma a los balcones:

«Es mi hermano», dice. Las piedras  
del pueblo vuelan contestando,  
y Cortés afila puñales 30  
sobre los besos traicionados.

Vuelve a Tlaxcala, el viento ha traído  
un sordo rumor de dolores.

V

### **Cholula**

En Cholula los jóvenes visten  
su mejor tela, oro y plumajes,

calzados para el festival  
interrogan al invasor.

La muerte les ha respondido. 5

Miles de muertos allí están.  
Corazones asesinados  
que palpitan allí tendidos [49]  
y que, en la húmeda sima que abrieron,  
guardan el hilo de aquel día. 10

(Entraron matando a caballo,  
cortaron la mano que daba  
el homenaje de oro y flores,  
cerraron la plaza, cansaron  
los brazos hasta agarrotarse, 15  
matando la flor del reinado,  
hundiendo hasta el codo en la sangre  
de mis hermanos sorprendidos.)

## VI

### **Alvarado**

Alvarado, con garras y cuchillos,  
cayó sobre las chozas, arrasó  
el patrimonio del orfebre,  
raptó la rosa nupcial de la tribu,  
agredió razas, predios, religiones, 5  
fue la caja caudal de los ladrones,  
el halcón clandestino de la muerte.

Hacia el gran río verde, el Papaloapan,  
Río de Mariposas, fue más tarde  
llevando sangre en su estandarte. 10

El grave río vio sus hijos  
morir o sobrevivir esclavos,  
vio arder en las hogueras junto al agua  
raza y razón, cabezas juveniles.  
Pero no se agotaron los dolores 15  
como a su paso endurecido  
hacia nuevas capitanías.

## VII

### **Guatemala**

Guatemala la dulce, cada losa  
de tu mansión lleva una gota  
de sangre antigua devorada  
por el hocico de los tigres.  
Alvarado machacó tu estirpe, 5  
quebró las estelas astrales,  
se revolcó en tus martirios. [50]

Y en Yucatán entró el obispo  
detrás de los pálidos tigres.  
Juntó la sabiduría 10

más profunda oída en el aire  
del primer día del mundo,  
cuando el primer maya escribió  
anotando el temblor del río,  
la ciencia del polen, la ira 15

de los Dioses del Envoltorio,  
las migraciones a través  
de los primeros universos,  
las leyes de la colmena,  
el secreto del ave verde,  
el idioma de las estrellas,  
secretos del día y la noche  
cogidos en las orillas  
del desarrollo terrenal!

20

## VIII

### **Un obispo**

El obispo levantó el brazo,  
quemó en la plaza los libros  
en nombre de su Dios pequeño  
haciendo humo las viejas hojas  
gastadas por el tiempo oscuro.

5

Y el humo no vuelve del cielo.

## IX

### **La cabeza en el palo**

Balboa, muerte y garra  
llevaste a los rincones de la dulce  
tierra central, y entre los perros  
cazadores, el tuyo era tu alma:

Leoncico de belfo sangriento 5  
recogió al esclavo que huía,  
hundió colmillos españoles  
en las gargantas palpitantes,  
y de las uñas de los perros  
salía la carne al martirio 10  
y la alhaja caía en la bolsa. [51]

Malditos sean perro y hombre,  
el aullido infame en la selva  
original, el acechante  
paso del hierro y del bandido. 15  
Maldita sea la espinosa  
corona de la zarza agreste  
que no saltó como un erizo  
a defender la cuna invadida.

Pero entre los capitanea 20  
sanguinarios se alzó en la sombra  
la justicia de los puñales,  
la acerba rama de la envidia.

Y al regreso estaba en medio  
de tu camino el apellido 25  
de Pedrarias como una soga.

Te juzgaron entre ladridos  
de perros matadores de indios.  
Ahora que mueres, oyes  
el silencio puro, partido 30



por tus lebreles azuzados?

Ahora que mueres en las manos

de los torvos adelantados,

sientes el aroma dorado

del dulce reino destruido?

35

Cuando cortaron la cabeza

de Balboa, quedó ensartada

en un palo. Sus ojos muertos

descompusieron su relámpago

y descendieron por la lanza

40

en un goterón de inmundicia

que desapareció en la tierra.

## X

### Homenaje a Balboa

Descubridor, el ancho mar, mi espuma,

latitud de la luna, imperio del agua,

después de siglos te habla por boca mía.

Tu plenitud llegó antes de la muerte.

Elevaste hasta el ciclo la fatiga,

5 [52]

y de la dura noche de los árboles

te condujo el sudor hasta la orilla

de la suma del mar, del gran océano.

En tu mirada se hizo el matrimonio

de la luz extendida y del pequeño

10

corazón del hombre, se llenó una copa

antes no levantada, una semilla

de relámpagos llegó contigo  
y un trueno torrencial llenó la tierra.

Balboa, capitán, qué diminuta 15  
tu mano en la visera, misterioso  
muñeco de la sal descubridora,  
novio de la oceánica dulzura,  
hijo del nuevo útero del mundo.

Por tus ojos entró como un galope 20  
de azahares el olor oscuro  
de la robada majestad marina,  
cayó en tu sangre una aurora arrogante  
hasta poblarte el alma, poseído!

Cuando volviste a las hurañas tierras, 25  
sonámbulo del mar, capitán verde,  
eras un muerto que esperaba  
la tierra para recibir tus huesos.

Novio mortal, la traición cumplía.

No en balde por la historia 30  
entraba el crimen pisoteando, el halcón devoraba  
su nido, y se reunían las serpientes  
atacándose con lenguas de oro.

Entraste en el crepúsculo frenético 35  
y los perdidos pasos que llevabas,  
aún empapado por las profundidades,  
vestido de fulgor y desposado  
por la mayor espuma, te traían

a las orillas de otro mar: la muerte. [53]

## XI

### **Duerme un soldado**

Extraviado en los límites espesos  
llegó el soldado. Era total fatiga  
y cayó entre las lianas y las hojas,  
al pie del Gran Dios emplumado:  
éste 5  
estaba solo con su mundo apenas  
surgido de la selva.

Miró al soldado  
extraño nacido del océano.  
Miró sus ojos, su barba sangrienta,  
su espada, el brillo negro 10  
de la armadura, el cansancio caído  
como la bruma sobre esa cabeza  
de niño carnicero.

Cuántas zonas  
de oscuridad para que el Dios de Pluma 15  
naciera y enroscara su volumen  
sobre los bosques, en la piedra rosada,  
cuánto desorden de aguas locas  
y de noche salvaje, el desbordado  
cauce de la luz sin nacer, el fermento rabioso 20  
de las vidas, la destrucción, la harina  
de la fertilidad y luego el orden,  
el orden de la planta y de la secta,

la elevación de las rocas cortadas,  
el humo de las lámparas rituales, 25  
la firmeza del suelo para el hombre,  
el establecimiento de las tribus,  
el tribunal de los dioses terrestres.  
Palpitó cada escama de la piedra,  
sintió el pavor caído 30  
como una invasión de insectos,  
recogió todo su poderío,  
hizo llegar la lluvia a las raíces,  
habló con las corrientes de la tierra,  
oscuro en su vestido 35  
de piedra cósmica inmovilizada,  
y no pudo mover garras ni dientes,  
ni ríos, ni temblores,  
ni meteoros que silbaran  
en la bóveda del reinado, 40

y quedó allí, piedra inmóvil, silencio,

mientras Beltrán de Córdoba dormía. [54]

## XII

### **Ximénez de Quesada (1536)**

Ya van, ya van, ya llegan,  
corazón mío, mira las naves,  
las naves por el Magdalena,  
las naves de Gonzalo Jiménez

ya llegan, ya llegan las naves, 5  
detenlas río, cierra  
tus márgenes devoradoras,  
sumérgelos en tu latido,  
arrebátales la codicia,  
échales tu trompa de fuego, 10  
tus vertebrados sanguinarios,  
tus anguilas comedoras de ojos,  
atraviesa el caimán espeso  
con sus dientes color de légamo  
y su primordial armadura, 15  
extiéndelo como un puente  
sobre tus aguas arenosas,  
dispara el fuego del jaguar  
desde tus árboles, nacidos  
de tus semillas, río madre, 20  
arrójales moscas de sangre,  
ciégalos con estiércol negro,  
húndelos en tu hemisferio,  
sujétalos entre las raíces  
en la oscuridad de tu cama, 25  
y púdreles toda la sangre  
devorándoles los pulmones  
y los labios con tus cangrejos.

Ya entraron en la floresta:  
ya roban, ya muerden, ya matan. 30  
¡Oh Colombia! Defiende el celo  
de tu secreta selva roja.

Ya levantaron el cuchillo  
sobre el oratorio de Iraka,  
ahora agarran al zipa, 35  
ahora lo amarran. «Entrega  
las alhajas del dios antiguo  
las alhajas que florecían  
y brillaban con el rocío  
de la mañana de Colombia. 40 [55]

Ahora atormentan al príncipe.  
Lo han degollado, su cabeza  
me mira con ojos que nadie  
puede cerrar, ojos amados  
de mi patria verde y desnuda. 45  
Ahora quemán la casa solemne,  
ahora siguen los caballos,  
los tormentos, las espadas,  
ahora quedan unas brasas  
y entre las cenizas los ojos 50  
del príncipe que no se han cerrado.

### XIII

#### **Cita de cuervos**

En Panamá se unieron los demonios.  
Allí fue el pacto de los hurones.  
Una bujía apenas alumbraba,  
cuando los tres llegaron uno a uno.  
Primero llegó Almagro antiguo y tuerto, 5

Pizarro, el mayoral porcino  
y el fraile Luque, canónigo entendido  
en tinieblas. Cada uno  
escondía el puñal para la espalda  
del asociado, cada uno 10  
con mugrienta mirada en las oscuras  
paredes adivinaba sangre,  
y el oro del lejano imperio los atraía  
como la luna a las piedras malditas.  
Cuando pactaron, Luque levantó 15  
la hostia en la eucaristía,  
los tres ladrones amasaron  
la oblea con torva sonrisa.  
«Dios ha sido dividido, hermanos,  
entre nosotros», sostuvo el canónigo, 20  
y los carniceros de dientes  
morados dijeron «Amén.»  
Golpearon la mesa escupiendo.  
Como no sabían de letras  
llenaron de cruces la mesa, 25  
el papel, los bancos, los muros.

El Perú oscuro, sumergido,  
estaba señalado y las cruces,  
pequeñas, negras, negras cruces [56]  
al Sur salieron navegando: 30  
cruces para las agonías,  
cruces peludas y filudas,  
cruces con ganchos de reptil,  
cruces salpicadas de pústulas,

cruces como piernas de araña, 35  
sombrias cruces cazadoras.

#### XIV

##### **Las agonías**

En Cajamarca empezó la agonía.

El joven Atahualpa, estambre azul,  
árbol insigne, escuchó al viento  
traer rumor de acero.

Era un confuso 5  
brillo y temblor desde la costa,  
un galope increíble  
-piafar y poderío-  
de hierro y hierro entre la hierba.

Llegaron los adelantados. 10  
El Inca salió de la música  
rodeado por los señores.

Las visitas  
de otro planeta, sudadas y barbudas,  
iban a hacer la reverencia. 15

El capellán  
Valverde, corazón traidor, chacal podrido,  
adelanta un extraño objeto, un trozo  
de cesto, un fruto  
tal vez de aquel planeta 20  
de donde vienen los caballos.



Atahualpa lo toma. No conoce  
de qué se trata: no brilla, no suena,  
y lo deja caer sonriendo.

«Muerte, 25  
venganza, matad, que os absuelvo»,  
grita el chacal de la cruz asesina.  
El trueno acude hacia los bandoleros. [57]  
Nuestra sangre en su cuna es derramada.  
Los príncipes rodean como un coro 30  
al Inca, en la hora agonizante.

Diez mil peruanos caen  
bajo cruces y espadas, la sangre  
moja las vestiduras de Atahualpa.  
Pizarro, el cerdo cruel de Extremadura 35  
hace amarrar los delicados brazos  
del Inca. La noche ha descendido  
sobre el Perú como una brasa negra.

## XV

### **La línea colorada**

Más tarde levantó la fatigada  
mano el monarca, y más arriba  
de las frentes de los bandidos,  
tocó los muros.

Allí trazaron  
la línea colorada.

Tres cámaras	5
había que llenar de oro y de plata, hasta esa línea de su sangre. Rodó la rueda de oro, noche y noche. La rueda del martirio día y noche.	
Arañaron la tierra, descolgaron alhajas hechas con amor y espuma, arrancaron la ajorca de la novia, desampararon a sus dioses. El labrador entregó su medalla, el pescador su gota de oro, y las rejas temblaron respondiendo mientras mensaje y voz por las alturas iba la rueda del oro rodando. Entonces tigre y tigre se reunieron y repartieron la sangre y las lágrimas.	10 15 20
Atahualpa esperaba levemente triste en el escarpado día andino. No se abrieron las puertas. Hasta la última joya los buitres dividieron: las turquesas rituales, salpicadas por la carnicería, el vestido laminado de plata: las uñas bandoleras iban midiendo y la carcajada del fraile entre los verdugos escuchaba el Rey con tristeza. Era su corazón un vaso lleno de una congoja amarga como	25 [58] 30

la esencia amarga de la quina.  
Pensó en sus límites, en el alto Cuzco,  
en las princesas, en su edad, 35  
en el escalofrío de su reino.  
Maduro estaba por dentro, su paz  
desesperada era tristeza. Pensó en Huáscar.  
Vendrían de él los extranjeros?  
Todo era enigma, todo era cuchillo, 40  
todo era soledad, sólo la línea roja  
viviente palpitaba,  
tragando las entrañas amarillas  
del reino enmudecido que moría.

Entró Valverde con la Muerte entonces. 45  
«Te llamarás Juan», le dijo  
mientras preparaban la hoguera.  
Gravemente respondió: «Juan,  
Juan me llamo para morir»,  
sin comprender ya ni la muerte. 50

Le ataron el cuello y un garfio  
entró en el alma del Perú.

## XVI

### **Elegía**

Solo, en las soledades  
quiero llorar como los ríos, quiero

oscurecer, dormir  
como tu antigua noche mineral.

Por qué llegaron las llaves radiantes 5  
hasta las manos del bandido? Levántate  
materna Oello, descansa tu secreto  
en la fatiga larga de esta noche  
y echa en mis venas tu consejo. [59]

Aún no te pido el sol de los Yupanquis. 10  
Te hablo dormido, llamando  
de tierra a tierra, madre  
peruana, matriz cordillera.  
Cómo entró en tu arenal recinto  
la avalancha de los puñales? 15

Inmóvil en tus manos,  
siento extenderse los metales  
en los canales del subsuelo.  
Estoy hecho de tus raíces,  
pero no entiendo, no me entrega 20  
la tierra su sabiduría,  
no veo sino noche y noche  
bajo las tierras estrelladas.

Qué sueño sin sentido, de serpiente,  
se arrastró hasta la línea colorada? 25  
Ojos del duelo, planta tenebrosa.  
Cómo llegaste a este viento vinagre,  
cómo entre los peñascos de la ira  
no levantó Capac su tiara

de arcilla deslumbrante? 30

Dejadme bajo los pabellones  
padecer y hundirme como  
la raíz muerta que no dará esplendor.

Bajo la dura noche dura  
bajaré por la tierra hasta llegar 35  
a la boca del oro.

Quiero extenderme en la piedra nocturna.

Quiero llegar allí con la desdicha.

## XVII

### **Las guerras**

Más tarde al Reloj de granito  
llegó una llama incendiaria.  
Almagros y Pizarros y Valverdes,  
Castillos y Urías y Beltranes  
se apuñaleaban repartiéndose 5

las traiciones adquiridas,  
se robaban la mujer y el oro, [60]  
disputaban la dinastía.  
Se ahorcaban en los corrales,  
se desgranaban en la plaza, 10  
se colgaban en los Cabildos.

Caía el árbol del saqueo  
entre estocadas y gangrena.

De aquel galope de Pizarros  
en los linares territorios 15  
nació un silencio estupefacto.

Todo estaba lleno de muerte  
y sobre la agonía arrasada  
de sus hijos desventurados,  
en el territorio (roído 20  
hasta los huesos por las ratas),  
se sujetaban las entrañas  
antes de matar y matarse.

Matarifes de cólera y horca,  
centauros caídos al lodo 25  
de la codicia, ídolos  
quebrados por la luz del oro,  
exterminasteis vuestra propia  
estirpe de uñas sanguinarias  
y junto a las rocas murales 30

del alto Cuzco coronado,  
frente al sol de espigas más altas,  
representasteis en el polvo  
dorado del Inca, el teatro  
de los infiernos imperiales: 35

la Rapiña de hocico verde,  
la Lujuria aceitada en sangre,  
la Codicia con uñas de oro,  
la Traición, aviesa dentadura,  
la Cruz como un reptil rapaz, 40

la Horca en un fondo de nieve,

y la Muerte fina como el aire

inmóvil en su armadura. [61]

## XVIII

### Descubridores de Chile

Del norte trajo Almagro su arrugada centella.

Y sobre el territorio, entre explosión y ocaso,  
se inclinó día y noche como sobre una carta.

Sombra de espinas, sombra de cardo y cera,

el español reunido con su seca figura, 5

mirando las sombrías estrategias del suelo.

Noche, nieve y arena hacen la forma

de mi delgada patria.

Todo el silencio está en su larga línea,

toda la espuma sale de su barba marina, 10

todo el carbón la llena de misteriosos besos.

Como una brasa de oro arde en sus dedos

y la plata ilumina como una luna verde

su endurecida forma de tétrico planeta.

El español sentado junto a la rosa un día, 15

junto al aceite, junto al vino, junto al antiguo cielo

no imaginó este punto de colérica piedra

nacer bajo el estiércol del águila marina.

## XIX

### La tierra combatiente

Primero resistió la tierra.

La nieve araucana quemó  
como una hoguera de blancura  
el paso de los invasores.

Caían de frío los dedos, 5

las manos, los pies de Almagro  
y las garras que devoraron  
y sepultaron monarquías

eran en la nieve un punto  
de carne helada, eran silencio. 10

Fue en el mar de las cordilleras.

El aire chileno azotaba  
marcando estrellas, derribando  
codicias y caballerías.

Luego el hambre caminó detrás 15

de Almagro como una invisible [62]  
mandíbula que golpeaba.

Los caballos eran comidos  
en aquella fiesta glacial.

Y la muerte del Sur desgranó 20

el galope de los Almagros,  
hasta que volvió su caballo  
hacia el Perú donde esperaba  
al descubridor rechazado,



la muerte del Norte, sentada 25  
en el camino, con un hacha.

XX

**Se unen la tierra y el hombre**

Araucanía, ramo de robles torrenciales,  
oh Patria despiadada, amada oscura,  
solitaria en tu reino lluvioso:  
eras sólo gargantas minerales,  
manos de frío, puños 5  
acostumbrados a cortar peñascos,  
eras, Patria, la paz de la dureza  
y tus hombres eran rumor,  
áspera aparición, viento bravío.

No tuvieron mis padres araucanos 10  
cimeras de plumaje luminoso,  
no descansaron en flores nupciales,  
no hilaron oro para el sacerdote:  
eran piedra y árbol, raíces  
de los breñales sacudidos, 15  
hojas con forma de lanza,  
cabezas de metal guerrero.

Padres, apenas levantasteis  
el oído al galope, apenas en la cima  
de los montes, cruzó el rayo  
de Araucanía. 20

Se hicieron sombra los padres de piedra,

se anudaron al bosque, a las tinieblas  
 naturales, se hicieron luz de hielo,  
 asperezas de tierras y de espinas,  
 y así esperaron en las profundidades 25  
 de la soledad indomable:  
 uno era un árbol rojo que miraba,  
 otro un fragmento de metal que oía,  
 otro una ráfaga de viento y taladro, [63]  
 otro tenía el color del sendero. 30  
 Patria, nave de nieve,  
 follaje endurecido:  
 allí naciste, cuando el hombre tuyo  
 pidió a la tierra su estandarte,  
 y cuando tierra y aire y piedra y lluvia, 35  
 hoja, raíz, perfume, aullido,  
 cubrieron como un manto al hijo,  
 lo amaron o lo defendieron.  
 Así nació la patria unánime:  
 la unidad antes del combate. 40

## XXI

### **Valdivia (1544)**

Pero volvieron.

(Pedro se llamaba.)

Valdivia, el capitán intruso,  
 cortó mi tierra con la espada  
 entre ladrones: «Esto es tuyo, 5  
 esto es tuyo Valdés, Montero,

esto es tuyo Inés, este sitio  
 es el cabildo.»  
 Dividieron mi patria  
 como si fuera un asno muerto. 10  
 «Llévate  
 este trozo de luna y arboleda,  
 devórate este río con crepúsculo»,  
 mientras la gran cordillera  
 elevaba bronce y blancura. 15  
 Asomó Arauco. Adobes, torres,  
 calles, el silencioso  
 dueño de casa levantó sonriendo.  
 Trabajó con las manos empapadas  
 por su agua y su barro, trajo 20  
 la greda y vertió el agua andina:  
 pero no pudo ser esclavo.  
 Entonces Valdivia, el verdugo,  
 atacó a fuego y a muerte.  
 Así empezó la sangre, 25  
 la sangre de tres siglos, la sangre océano,  
 la sangre atmósfera que cubrió mi tierra  
 y el tiempo inmenso, como ninguna guerra.  
 Salió el buitre iracundo  
 de la armadura enlutada 30 [64]  
 y mordió al promauca, rompió  
 el pacto escrito en el silencio  
 de Huelén, en el aire andino.  
 Arauco comenzó a hervir su plato  
 de sangre y piedras.  
 Siete príncipes 35

vinieron a parlamentar.

Fueron encerrados.

Frente a los ojos de la Araucanía,

cortaron las cabezas cacicales.

Se daban ánimo los verdugos. Toda

empapada de vísceras, aullando, 40

Inés de Suárez, la soldadera,

sujetaba los cuellos imperiales

con sus rodillas de infernal harpía.

Y las tiró sobre la empalizada,

bañándose de sangre noble, 45

cubriéndose de barro escarlata.

Así creyeron dominar Arauco.

Pero aquí la unidad sombría

de árbol y piedra, lanza y rostro,

trasmitió el crimen en el viento. 50

Lo supo el árbol fronterizo,

el pescador, el rey, el mago,

lo supo el labrador antártico,

lo supieron las aguas madres

del Bío-Bío.

Así nació la guerra patria. 55

Valdivia entró la lanza goteante

en las entrañas pedregosas

de Arauco, hundió la mano

en el latido, apretó los dedos

sobre el corazón araucano, 60

derramó las venas silvestres

de los labriegos,

exterminó



tu mejilla contra el maíz salvaje,  
todo será en la tierra devorado.  
Sonoro, sólo tú no beberás la copa 15  
de sangre, sonoro, sólo al rápido  
fulgor de ti nacido  
llegará la secreta boca del tiempo en vano  
para decirte: en vano.  
En vano, en vano 20  
sangre por los ramajes de cristal salpicado,  
en vano por las noches del puma  
el desafiante paso del soldado,  
las órdenes,  
los pasos 25  
del herido.  
Todo vuelve al silencio coronado de plumas  
en donde un rey remoto devora enredaderas.

### XXIII

#### **Se entierran las lanzas**

Así quedó repartido el patrimonio.  
La sangre dividió la patria entera.  
(Contaré en otras líneas  
la lucha de mi pueblo.) [66]  
Pero cortada fue la tierra 5  
por los invasores cuchillos.  
Después vinieron a poblar la herencia  
usureros de Euzkadi, nietos  
de Loyola. Desde la cordillera

hasta el océano 10  
dividieron con árboles y cuerpos,  
la sombra recostada del planeta.  
Las encomiendas sobre la tierra  
sacudida, herida, incendiada,  
el reparto de selva y agua 15  
en los bolsillos, los Errázuriz  
que llegan con su escudo de armas:  
un látigo y una alpargata.

## XXIV

### **El corazón magallánico (1519)**

De dónde soy, me pregunte a veces, de dónde diablos  
vengo, qué día es hoy, qué pasa,  
ronco, en medio del sueño, del árbol, de la noche,  
y una ola se levanta como un párpado, un día  
nace de ella, un relámpago con hocico de tigre. 5

### **Despierto de pronto en la noche pensando en el extremo sur**

Viene el día y me dice: «Oyes  
el agua lenta, el agua,  
el agua,  
sobre la Patagonia?»  
Y yo contesto: «Sí, señor, escucho.» 5  
Viene el día y me dice: «Una oveja salvaje  
lejos, en la región, lame el color helado  
de una piedra. No escuchas el balido, no reconoces

el vendaval azul en cuyas manos  
la luna es una copa, no ves la tropa, el dedo 10  
rencoroso del viento  
tocar la ola y la vida con su anillo vacío?»

### **Recuerdo la soledad del estrecho**

La larga noche, el pino, vienen adonde voy.  
Y se trastorna el ácido sordo, la fatiga,  
la tapa del tonel, cuanto tengo en la vida.  
Una gota de nieve llora y llora en mi puerta  
mostrando su vestido claro y desvencijado 5  
de pequeño cometa que me busca y solloza. [67]

Nadie mira la ráfaga, la extensión, el aullido  
del aire en las praderas.  
Me acerco y digo: vamos. Toco el Sur, desemboco  
en la arena, veo la planta seca y negra, todo raíz y roca, 10  
las islas arañadas por el agua y el cielo,  
el Río del Hambre, el Corazón de Ceniza,  
el Patio del Mar lúgubre, y donde silba  
la solitaria serpiente, donde cava  
el último zorro herido y esconde su tesoro sangriento 15  
encuentro la tempestad y su voz de ruptura,  
su voz de viejo libro, su boca de cien labios,  
algo me dice, algo que el aire devora cada día.

### **Los descubridores aparecen y de ellos no queda nada**

Recuerda el agua cuanto le sucedió al navío.



La dura tierra extraña guarda sus calaveras  
que suenan en el pánico austral como cornetas  
y ojos de hombre y de buey dan al día su hueco,  
su anillo, su sonido de implacable estelaje. 5  
El viejo cielo busca la vela,  
nadie  
ya sobrevive: el buque destruido  
vive con la ceniza del marinero amargo,  
y de los puestos de oro, de las casas de cuero  
del trigo pestilente, y de 10  
la llama fría de las navegaciones  
(cuánto golpe en la noche [roca y bajel] al fondo)  
sólo queda el dominio quemado y sin cadáveres,  
la incesante intemperie apenas rota  
por un negro fragmento 15  
de fuego fallecido.

### **Sólo se impone la desolación**

Esfera que destroza lentamente la noche, el agua, el hielo,  
extensión combatida por el tiempo y el término,  
con su marca violeta, con el final azul  
del arco iris salvaje  
se sumergen los pies de mi patria en tu sombra 5  
y aúlla y agoniza la rosa triturada.

### **Recuerdo al viejo descubridor**

Con él, con el antiguo, con el muerto.  
Por el canal navega nuevamente

el cereal helado, la barba del combate,  
el Otoño glacial, el transitorio herido  
con el destituido por el agua rabiosa, 5  
con él, en su tormenta, con su frente. [68]  
Aún lo sigue el albatros y la sogá de cuero  
comida, con los ojos fuera de la mirada,  
y el ratón devorado ciegamente mirando  
entre los palos rotos el esplendor iracundo, 10  
mientras en el vacío la sortija y el hueso  
caen, resbalan sobre la vaca marina.

### **Magallanes**

Cuál es el dios que pasa? Mirad su barba llena de gusanos  
y sus calzones en que la espesa atmósfera  
se pega y muerde como un perro náufrago:  
y tiene peso de ancla maldita su estatura,  
y silba el piélagó y el aquilón acude 5  
hasta sus pies mojados.

#### Caracol de la oscura

sombra del tiempo,  
espuela  
carcomida, viejo señor de luto litoral, aguilero  
sin estirpe, manchado manantial, el estiércol  
del Estrecho te manda, 10  
y no tiene de cruz tu pecho sino un grito  
del mar, un grito blanco, de luz marina,  
y de tenaza, de tumbo en tumbo, de aguijón demolido.

### **Llega al Pacífico**

Porque el siniestro día del mar termina un día,  
y la mano nocturna corta uno a uno sus dedos  
hasta no ser, hasta que el hombre nace  
y el capitán descubre dentro de sí el acero  
y la América sube su burbuja 5  
y la costa levanta su pálido arrecife  
sucio de aurora, turbio de nacimiento  
hasta que de la nave sale un grito y se ahoga  
y otro grito y el alba que nace de la espuma.

### **Todos han muerto**

Hermanos de agua y piojo, de planeta carnívoro:  
visteis, al fin, el árbol del mástil agachado  
por la tormenta? Visteis la piedra machacada  
bajo la loca nieve brusca de la ráfaga?  
Al fin, ya tenéis vuestro paraíso perdido, 5  
al fin, tenéis vuestra guarnición maldiciente,  
al fin, vuestros fantasmas atravesados del aire  
besan sobre la arena la huella de la foca.  
Al fin, a vuestros dedos sin sortija  
llega el pequeño sol del páramo, el día muerto, 10  
temblando, en su hospital de olas y piedras. [69]

XXXV

### **A pesar de la ira**

Roídos yelmos, herraduras muertas.

Pero a través del fuego y la herradura  
como de un manantial iluminado  
por la sangre sombría,  
con el metal hundido en el tormento 5  
se derramó una luz sobre la tierra:  
número, nombre, línea y estructura.

Páginas de agua, claro poderío  
de idiomas rumorosos, dulces gotas  
elaboradas como los racimos, 10  
sílabas de platino en la ternura  
de unos aljofarados pechos puros,  
y una clásica boca de diamantes  
dio su fulgor nevado al territorio.

Allá lejos la estatua deponía 15  
su mármol muerto,  
y en la primavera  
del mundo, amaneció la maquinaria.

La técnica elevaba su dominio  
y el tiempo fue velocidad y ráfaga  
en la bandera de los mercaderes. 20

Luna de geografía  
que descubrió la planta y el planeta  
extendiendo geométrica hermosura  
en su desarrollado movimiento.

Asia entregó su virginal aroma. 25

La inteligencia con un hilo helado  
fue detrás de la sangre hilando el día.  
El papel repartió la miel desnuda  
guardada en las tinieblas.

Un vuelo 30

de palomar salió de la pintura  
con arrebol y azul ultramarino. [70]

Y las lenguas del hombre se juntaron  
en la primera ira, antes del canto.

Así, con el sangriento 35

titán de piedra,  
halcón encarnizado,  
no sólo llegó sangre sino trigo.

La luz vino a pesar de los puñales!

[71]

#### - IV -

Los libertadores [73]

#### **Los libertadores**

*Aquí viene el árbol, el árbol  
de la tormenta, el árbol del pueblo.  
De la tierra suben sus héroes  
como las hojas por la savia,  
y el viento estrella los follajes*

5

*de muchedumbre rumorosa,  
hasta que cae la semilla  
del pan otra vez a la tierra.*

*Aquí viene el árbol, el árbol  
nutrido por muertos desnudos, 10  
muertos azotados y heridos,  
muertos de rostros imposibles,  
empalados sobre una lanza,  
desmenuzados en la hoguera,  
decapitados por el hacha, 15  
descuartizados a caballo,  
crucificados en la iglesia.*

*Aquí viene el árbol, el árbol  
cuyas raíces están vivas,  
sacó salitre del martirio, 20  
sus raíces comieron sangre,  
y extrajo lágrimas del suelo:  
las elevó por sus ramajes,  
las repartió en su arquitectura.  
Fueron flores invisibles, 25  
a veces, flores enterradas,  
otras veces iluminaron  
sus pétalos, como planetas.*

*Y el hombre recogió en las ramas  
las corolas endurecidas, 30  
las entregó de mano en mano  
como magnolias o granadas*

*y de pronto, abrieron la tierra,  
crecieron hasta las estrellas. [74]*

*Este es el árbol de los libres.* 35

*El árbol tierra, el árbol nube.*

*El árbol pan, el árbol flecha,*

*el árbol puño, el árbol fuego.*

*Lo ahoga el agua tormentosa*

*de nuestra época nocturna,* 40

*pero su mástil balancea*

*el rueda de su poderío.*

*Otras veces, de nuevo caen*

*las ramas rotas por la cólera,*

*y una ceniza amenazante* 45

*cubre su antigua majestad:*

*así pasó desde otros tiempos,*

*así salió de la agonía,*

*hasta que una mano secreta,*

*unos brazos innumerables,* 50

*el pueblo, guardó los fragmentos,*

*escondió troncos invariables,*

*y sus labios eran las hojas*

*del inmenso árbol repartido,*

*diseminado en todas partes,* 55

*caminando con sus raíces.*

*Este es el árbol, el árbol*

*del pueblo, de todos los pueblos*

*de la libertad, de la lucha.*

*Asómate a su cabellera:* 60  
*toca sus rayos renovados:*  
*hunde la mano en las usinas*  
*donde su fruto palpitante*  
*propaga su luz cada día.*

*Levanta esta tierra en tus manos,* 65  
*participa de este esplendor,*  
*toma tu pan y tu manzana,*  
*tu corazón y tu caballo*  
*y monta guardia en la frontera,*  
*en el límite de sus hojas.* 70

*Defiende el fin de sus corolas,*  
*comparte las noches hostiles,*  
*vigila el ciclo de la aurora,*  
*respira la altura estrellada,*  
*sosteniendo el árbol, el árbol* 75  
*que crece en medio de la tierra. [75]*

### **Cuauhtemoc (1520)**

Joven hermano hace ya tiempo y tiempo  
nunca dormido, nunca consolado,  
joven estremecido en las tinieblas  
metálicas de México, en tu mano  
recibo el don de tu patria desnuda. 5

En ella nace y crece tu sonrisa  
como una línea entre la luz y el oro.



Son tus labios unidos por la muerte  
el más puro silencio sepultado.

El manantial hundido 10  
bajo todas las bocas de la tierra.

Oíste, oíste, acaso,  
hacia Anáhuac lejano,  
un rumbo de agua, un viento  
de primavera destrozada? 15  
Era tal vez la palabra del cedro.  
Era una ola blanca de Acapulco.

Pero en la noche huía  
tu corazón como un venado  
hacia los límites, confuso, 20  
entre los monumentos sanguinarios,  
bajo la luna zozobranante.

Toda la sombra preparaba sombra.  
Era la tierra una oscura cocina,  
piedra y caldera, vapor negro, 25  
muro sin nombre, pesadumbre  
que te llamaba desde los nocturnos  
metales de tu patria.

Pero no hay sombra en tu estandarte. [76]

Ha llegado la hora señalada, 30  
y en medio de tu pueblo

eres pan y raíz, lanza y estrella.  
El invasor ha detenido el paso.  
No es Moctezuma extinto  
como una copa muerta, 35  
es el relámpago y su armadura,  
la pluma de Quetzal, la flor del pueblo,  
la cimera encendida entre las naves.

Pero una mano dura como siglos de piedra  
apretó tu garganta. No cerraron 40  
tu sonrisa, no hicieron  
caer los granos del secreto  
maíz, y te arrastraron,  
vencedor cautivo,  
por las distancias de tu reino, 45  
entre cascadas y cadenas,  
sobre arenales y aguijones  
como una columna incesante,  
como un testigo doloroso,  
hasta que una soga enredó 50  
la columna de la pureza  
y colgó el cuerpo suspendido  
sobre la tierra desdichada.

## II

### **Fray Bartolomé de las Casas**

Piensa uno, al llegar a su casa, de noche, fatigado,  
entre la niebla fría de mayo, a la salida

del sindicato (en la desmenuzada  
lucha de cada día, la estación  
lluviosa que gotea del alero, el sordo 5  
latido del constante sufrimiento)  
esta resurrección enmascarada,  
astuta, envilecida,  
del encadenador, de la cadena,  
y cuando sube la congoja 10  
hasta la cerradura a entrar contigo,  
surge una luz antigua, suave y dura  
como un metal, como un astro enterrado.  
Padre Bartolomé, gracias por este  
regalo de la cruda medianoche, 15 [77]  
gracias porque tu hilo fue invencible:

pudo morir aplastado, comido  
por el perro de fauces iracundas,  
pudo quedar en la ceniza  
de la casa incendiada, 20  
pudo cortarlo el filo frío  
del asesino innumerable  
o el odio administrado con sonrisas  
(la traición del próximo cruzado),  
la mentira arrojada en la ventana. 25  
Pudo morir el hilo cristalino,  
la irreductible transparencia  
convertida en acción, en combatiente  
y despeñado acero de cascada.  
Pocas vidas da el hombre como la tuya, pocas 30  
sombras hay en el árbol como tu sombra, en ella

todas las ascuas vivas del continente acuden,  
todas las arrasadas condiciones, la herida  
del mutilado, las aldeas  
exterminadas, todo bajo tu sombra 35  
renace, desde el límite  
de la agonía fundas la esperanza.  
Padre, fue afortunado para el hombre y su especie  
que tú llegaras a la plantación,  
que mordieras los negros cereales 40  
del crimen, que bebieras  
cada día la copa de la cólera.  
Quién te puso, mortal desnudo,  
entre los dientes de la furia?  
Cómo asomaron otros ojos, 45  
de otro metal, cuando nacías?

Cómo se cruzan los fermentos  
en la escondida harina humana  
para que tu grano inmutable  
se amasara en el pan del mundo? 50

Eras realidad entre fantasmas  
encarnizados, eras  
la eternidad de la ternura  
sobre la ráfaga del castigo.  
De combate en combate tu esperanza 55  
se convirtió en precisas herramientas:  
la solitaria lucha se hizo rama,  
el llanto inútil se agrupó en partido. [78]

No sirvió la piedad. Cuando mostrabas  
tus columnas, tu nave amparadora, 60  
tu mano para bendecir, tu manto,  
el enemigo pisoteó las lágrimas  
y quebrantó el color de la azucena.  
No sirvió la piedra alta y vacía  
como una catedral abandonada. 65  
Fue tu invencible decisión, la activa  
resistencia, el corazón armado.  
  
Fue la razón tu material titánico.  
  
Fue flor organizada tu estructura.  
  
Desde arriba quisieron contemplarte 70  
(desde su altura) los conquistadores,  
apoyándose como sombras de piedra  
sobre sus espadones, abrumando  
con sus sarcásticos escupos  
las tierras de tu iniciativa, 75  
diciendo: «Ahí va el agitador»,  
mintiendo: «Lo pagaron  
los extranjeros»,  
«No tiene patria», «Traiciona»,  
pero tu prédica no era 80  
frágil minuto, peregrina  
pauta, reloj del pasajero.  
Tu madera era bosque combatido,  
hierro en su cepa natural, oculto  
a toda luz por la tierra florida, 85

y más aún, era más hondo:  
en la unidad del tiempo, en el transcurso  
de la vida, era tu mano adelantada  
estrella zodiacal, signo del pueblo.  
Hoy a esta casa, Padre, entra conmigo. 90  
Te mostraré las cartas, el tormento  
de mi pueblo, del hombre perseguido.  
Te mostraré los antiguos dolores.

Y para no caer, para afirmarme  
sobre la tierra, continuar luchando, 95  
deja en mi corazón el vino errante  
y el implacable pan de tu dulzura. [79]

### III

#### **Avanzando en las tierras de Chile**

España entró hasta el Sur del Mundo. Agobiados  
exploraron la nieve los altos españoles.  
El Bío-Bío, grave río,  
le dijo a España: «Detente»,  
el bosque de maitenes cuyos hilos 5  
verdes cuelgan como temblor de lluvia  
dijo a España: «No sigas». El alerce,  
titán de las fronteras silenciosas,  
dijo en un trueno su palabra.  
Pero hasta el fondo de la patria mía, 10  
puño y puñal, el invasor llegaba.  
Hacia el río Imperial, en cuya orilla

mi corazón amaneció en el trébol,  
entraba el huracán en la mañana.  
El ancho cauce de las garzas iba 15  
desde las islas hacia el mar furioso,  
lleno como una copa interminable,  
entre las márgenes de cristal sombrío.  
En sus orillas erizaba el polen  
una alfombra de estambres turbulentos 20  
y desde el mar el aire conmovía  
todas las sílabas de la primavera.  
El avellano de la Araucanía  
enarbolaba hogueras y racimos  
hacia donde la lluvia resbalaba 25  
sobre la agrupación de la pureza.  
Todo estaba enredado de fragancias,  
empapado de luz verde y lluviosa  
y cada matorral de olor amargo  
era un ramo profundo del invierno 30  
o una extraviada formación marina  
aún llena de oceánico rocío.

De los barrancos se elevaban  
torres de pájaros y plumas  
y un ventarrón de soledad sonora, 35  
mientras en la mojada intimidad,  
entre las cabelleras encrespadas  
del helecho gigante, era la topa-topa florecida  
un rosario de besos amarillos. [80]

## IV

### **Surgen hombres**

Allí germinaban los toquis.  
De aquellas negras humedades,  
de aquella lluvia fermentada  
en la copa de los volcanes  
salieron los pechos augustos, 5  
las claras flechas vegetales,  
los dientes de piedra salvaje,  
los pies de estaca inapelable,  
la glacial unidad del agua.

Arauco fue un útero frío, 10  
hecho de heridas, machacado  
por el ultraje, concebido  
entre las ásperas espinas,  
arañado en los ventisqueros,  
protegido por las serpientes. 15

Así la tierra extrajo al hombre.

Creció como una fortaleza.  
Nació de la sangre agredida.  
Amontonó su cabellera  
como un pequeño puma rojo 20  
y los ojos de piedra dura  
brillaban desde la materia  
como fulgores implacables  
salidos de la cacería.



### Toqui en Caupolicán

En la cepa secreta del raulí  
 creció Caupolicán, torso y tormenta  
 y cuando hacia las armas invasoras  
 su pueblo dirigió,  
 anduvo el árbol, 5

anduvo el árbol duro de la patria.  
 Los invasores vieron el follaje  
 moverse en medio de la bruma verde,  
 las gruesas ramas y la vestidura  
 de innumerables hojas y amenazas, 10 [81]  
 el tronco terrenal hacerse pueblo,  
 las raíces salir del territorio.

Supieron que la hora había acudido  
 al reloj de la vida y de la muerte.

Otros árboles con él vinieron. 15

Toda la raza de ramajes rojos,  
 todas las trenzas del dolor silvestre,  
 todo el nudo del odio en la madera.  
 Caupolicán, su máscara de lianas  
 levanta frente al invasor perdido: 20  
 no es la pintada pluma emperadora,  
 no es el trono de plantas olorosas,

no es el resplandeciente collar del sacerdote,  
no es el guante ni el príncipe dorado:  
es un rostro del bosque, 25  
un mascarón de acacias arrasadas,  
una figura rota por la lluvia,  
una cabeza con enredaderas.  
De Caupolicán el Toqui es la mirada  
hundida, de universo montañoso, 30  
los ojos implacables de la tierra,  
y las mejillas del titán son muros  
escalados por rayos y raíces.

## VI

### **La guerra patria**

La Auracánía estranguló el cantar  
de la rosa en el cántaro, cortó  
los hilos  
en el telar de la novia de plata.  
Bajó la ilustre Machi de su escala, 5  
y en los dispersos ríos, en la arcilla,  
bajo la copa hirsuta  
de las araucarias guerreras,  
fue naciendo el clamor de las campanas  
enterradas. La madre de la guerra 10  
saltó las piedras dulces del arroyo,  
recogió a la familia pescadora,  
y el novio labrador besó las piedras  
antes de que volaran a la herida. [82]

Detrás del rostro forestal del Toqui	15
Arauco amontonaba su defensa: eran ojos y lanzas, multitudes espesas de silencio y amenaza, cinturas imborrables, altaneras manos oscuras, puños congregados.	20
Detrás del alto Toqui, la montaña, y en la montaña, innumerable Arauco.	
Arauco era el rumor del agua errante.	
Arauco era el silencio tenebroso.	
El mensajero en su mano cortada iba juntando las gotas de Arauco.	25
Arauco fue la ola de la guerra. Arauco los incendios de la noche.	
Todo hervía detrás del Toqui agosto, y cuando él avanzó, fueron tinieblas, arenas, bosques, tierras, unánimes hogueras, huracanes, aparición fosfórica de pumas.	30

## El empalado

Pero Caupolicán llegó al tormento.

Ensartado en la lanza del suplicio,  
entró en la muerte lenta de los árboles.

Arauco replegó su ataque verde,  
sintió en las sombras el escalofrío, 5  
clavó en la tierra la cabeza,  
se agazapó con sus dolores.

El Toqui dormía en la muerte.

Un ruido de hierro llegaba  
del campamento, una corona 10  
de carcajadas extranjeras,  
y hacia los bosques enlutados  
sólo la noche palpitaba. [83]

No era el dolor, la mordedura  
del volcán abierto en las vísceras, 15  
era sólo un sueño del bosque,  
el árbol que se desangraba.

En las entrañas de mi patria  
entraba la punta asesina  
hiriendo las tierras sagradas. 20

La sangre quemante caía  
de silencio en silencio, abajo,  
hacia donde está la semilla  
esperando la primavera.

Más hondo caía esta sangre.

25

Hacia las raíces caía.

Hacia los muertos caía.

Hacia los que iban a nacer.

## VIII

### **Lautaro (1550)**

La sangre toca un corredor de cuarzo.

La piedra crece donde cae la gota.

Así nace Lautaro de la tierra.

## IX

### **Educación del cacique**

Lautaro era una flecha delgada.

Elástico y azul fue nuestro padre.

Fue su primera edad sólo silencio.

Su adolescencia fue dominio.

Su juventud fue un viento dirigido.

5

Se preparó como una larga lanza.

Acostumbró los pies en las cascadas.

Educó la cabeza en las espinas.

Ejecutó las pruebas del guanaco.

Vivió en las madrigueras de la nieve.

10

Acechó la comida de las águilas. [84]

Arañó los secretos del peñasco.  
Entretuvo los pétalos del fuego.  
Se amamantó de primavera fría.  
Se quemó en las gargantas infernales. 15  
Fue cazador entre las aves crueles.  
Se tiñeron sus manos de victorias.  
Leyó las agresiones de la noche.  
Sostuvo los derrumbes del azufre.

Se hizo velocidad, luz repentina. 20

Tomó las lentitudes del Otoño.  
Trabajó en las guaridas invisibles.  
Durmió en las sábanas del ventisquero.  
Igualó la conducta de las flechas.  
Bebió la sangre agreste en los caminos. 25  
Arrebató el tesoro de las olas.  
Se hizo amenaza como un dios sombrío.  
Comió en cada cocina de su pueblo.  
Aprendió el alfabeto del relámpago.  
Olfateó las cenizas esparcidas. 30  
Envolvió el corazón con pieles negras.

Descifró el espiral hilo del humo.  
Se construyó de fibras taciturnas.  
Se aceitó como el alma de la oliva.  
Se hizo cristal de transparencia dura. 35  
Estudió para viento huracanado.  
Se combatió hasta apagar la sangre.

Sólo entonces fue digno de su pueblo.

X

**Lautaro entre los invasores**

Entró en la casa de Valdivia.

Lo acompañó como la luz.

Durmió cubierto de puñales.

Vio su propia sangre vertida,

sus propios ojos aplastados,

5

y dormido en las pesebreras

acumuló su poderío.

No se movían sus cabellos

examinando los tormentos: [85]

miraba más allá del aire

10

hacia su raza desgranada.

Veló a los pies de Valdivia.

Oyó su sueño carnicero

crecer en la noche sombría

como una columna implacable.

15

Adivinó aquellos sueños.

Pudo levantar la dorada

barba del capitán dormido,

cortar el sueño en la garganta,

pero aprendió -velando sombras-

20

la ley nocturna del horario.

Marchó de día acariciando  
los caballos de piel mojada  
que iban hundiéndose en su patria.  
Adivinó aquellos caballos. 25  
Marchó con los dioses cerrados.  
Adivinó las armaduras.  
Fue testigo de las batallas,  
mientras entraba paso a paso  
al fuego de la Araucanía. 30

## XI

### **Lautaro contra el centauro (1554)**

Atacó entonces Lautaro de ola en ola.  
Disciplinó las sombras araucanas:  
antes entró el cuchillo castellano  
en pleno pecho de la masa roja.  
Hoy estuvo sembrada la guerrilla 5  
bajo todas las alas forestales,  
de piedra en piedra y vado en vado,  
mirando desde los copihues,  
acechando bajo las rocas.  
Valdivia quiso regresar.

Fue tarde. 10

Llegó Lautaro en traje de relámpago.  
Siguió el Conquistador acongojado.  
Se abrió paso en las húmedas marañas  
del crepúsculo austral.

Llegó Lautaro,



en un galope negro de caballos. 15 [86]  
La fatiga y la muerte conducían  
la tropa de Valdivia en el follaje.

Se acercaban las lanzas de Lautaro.

Entre los muertos y las hojas iba  
como en un túnel Pedro de Valdivia. 20

En las tinieblas llegaba Lautaro.

Pensó en Extremadura pedregosa,  
en el dorado aceite, en la cocina,  
en el jazmín dejado en ultramar.

Reconoció el aullido de Lautaro. 25

Las ovejas, las duras alquerías,  
los muros blancos, la tarde extremeña.

Sobrevino la noche de Lautaro.

Sus capitanes tambaleaban ebrios  
de sangre, noche y lluvia hacia el regreso. 30

Palpitaban las flechas de Lautaro.

De tumbo en tumbo la capitánía  
iba retrocediendo desangrada.

Ya se toca el pecho de Lautaro.

Valdivia vio venir la luz, la aurora, 35  
tal vez la vida, el mar.

Era Lautaro.

## XII

### **El corazón de Pedro de Valdivia**

Llevamos a Valdivia bajo el árbol.

Era un azul de lluvia, la mañana con fríos  
filamentos de sol deshilachado.

Toda la gloria, el trueno,  
turbulentos yacían 5  
en un montón de acero herido. [87]

El capelo elevaba su lenguaje  
y un fulgor de luciérnaga mojada  
en toda su pomposa monarquía.

Trajimos tela y cántaro, tejidos 10  
gruesos como las trenzas conyugales,  
alhajas como almendras de la luna,  
y los tambores que llenaron  
la Araucanía con su luz de cuero.

Colmamos las vasijas de dulzura 15  
y bailamos golpeando los terrones  
hechos de nuestra propia estirpe oscura.

Luego golpeamos el rostro enemigo.

Luego cortamos el valiente cuello.

Qué hermosa fue la sangre del verdugo 20  
que repartimos como una granada,  
mientras ardía viva todavía.

Luego, en el pecho entramos una lanza  
y el corazón alado como un ave  
entregamos al árbol araucano. 25

Subió un rumor de sangre hasta su copa.

Entonces, de la tierra  
hecha de nuestros cuerpos, nació el canto  
de la guerra, del sol, de las cosechas,  
hacia la magnitud de los volcanes. 30

Entonces repartimos el corazón sangrante.

Yo hundí los dientes en aquella corola  
cumpliendo el rito de la tierra:

«Dame tu frío, extranjero malvado.

Dame tu valor de gran tigre. 35

Dame en tu sangre tu cólera.

Dame tu muerte para que me siga  
y lleve el espanto a los tuyos.

Dame la guerra que trajiste.

Dame tu caballo y tus ojos. 40

Dame la tiniebla torcida.

Dame la madre del maíz

Dame la lengua del caballo.

Dame la patria sin espinas.  
Dame la paz vencedora. 45  
Dame el aire donde respira  
el canelo, señor florido.» [88]

### XIII

#### **La dilatada guerra**

Luego tierra y océanos, ciudades,  
naves y libros, conocéis la historia  
que desde el territorio huraño  
como una piedra sacudida  
llenó de pétalos azules 5  
las profundidades del tiempo.  
Tres siglos estuvo luchando  
la raza guerrera del roble,  
trescientos años la centella  
de Arauco pobló de cenizas 10  
las cavidades imperiales.  
Tres siglos cayeron heridas  
las camisas del capitán,  
trescientos años despoblaron  
los arados y las colmenas, 15  
trescientos años azotaron  
cada nombre del invasor,  
tres siglos rompieron  
la piel de las águilas agresoras,  
trescientos años enterraron 20  
como la boca del océano

techos y huesos, armaduras,  
torres y títulos dorados.  
A las espuelas iracundas,  
de las guitarras adornadas 25  
llegó un galope de caballos  
y una tormenta de ceniza.  
Las naves volvieron al duro  
territorio, nacieron espigas,  
crecieron ojos españoles 30  
en el reinado de la lluvia,  
pero Arauco bajó las tejas,  
molió las piedras, abatió  
los paredones y las vides,  
las voluntades y los trajes. 35  
Ved cómo caen en la tierra  
los hijos ásperos del odio.  
Villagras, Mendozas, Reinosos,  
Reyes, Morales, Alderetes,  
rodaron hacia el fondo blanco 40  
de las Américas glaciales.  
Y en la noche del tiempo agosto  
cayó Imperial, cayó Santiago, [89]  
cayó Villarrica en la nieve,  
rodó Valdivia sobre el río, 45  
hasta qué el reinado fluvial  
del Bío-Bío se detuvo  
sobre los siglos de la sangre  
y estableció la libertad  
en las arenas desangradas. 50

## XIV

(Intermedio)

### **La colonia cubre nuestras tierras (1)**

*Cuando la espada descansó y los hijos  
de España dura, como espectros,  
desde reinos y selvas, hacia el trono,  
montañas de papel con aullidos  
enviaron al monarca ensimismado: 5  
después que en la calleja de Toledo  
o del Guadalquivir en el recodo,  
toda la historia pasó de mano en mano,  
y por la boca de los puertos anduvo  
el ramal harapiento 10  
de los conquistadores espectrales,  
y los últimos muertos fueron puestos  
dentro del ataúd, con procesiones,  
en las iglesias construidas a sangre,  
llegó la ley al mundo de los ríos 15  
y vino el mercader con su bolsita.*

*Se oscureció la extensión matutina,  
trajes y telarañas propagaron  
la oscuridad, la tentación, el fuego  
del diablo en las habitaciones. 20*

*Una vela alumbró la vasta América  
llena de ventisqueros y panales,  
y por siglos al hombre habló en voz baja,*

*tosió trotando por las callejuelas,*  
*se persignó persiguiendo centavos.* 25  
*Llegó el criollo a las calles del mundo,*  
*esmirriado, lavando las acequias,*  
*suspirando de amor entre las cruces,*  
*buscando el escondido*  
*sendero de la vida* 30  
*bajo la mesa de la sacristía.*  
*La ciudad ere la esperma del cerote [90]*  
*fermentó, bajo los paños negros,*  
*y de las raspaduras de la cera*  
*elaboró manzanas infernales.* 35

*América, la copa de caoba,*  
*entonces fue un crepúsculo de llagas,*  
*un lazareto anegado de sombras*  
*y en la antigua extensión de la frescura*  
*creció la reverencia del gusano.* 40  
*El oro levantó sobre las pústulas*  
*macizas flores, hiedras silenciosas,*  
*edificios de sombra sumergida.*

*Una mujer recolectaba pus,*  
*y el vaso de substancia* 45  
*bebió en honor del cielo cada día,*  
*mientras el hambre bailaba en las minas*  
*de México dorado,*  
*y el corazón andino del Perú*  
*lloraba dulcemente* 50  
*de frío bajo los harapos.*

*En las sombras del día tenebroso  
 el mercader hizo su reino  
 apenas alumbrado por la hoguera  
 en que el hereje, retorcido, 55  
 hecho pavesas, recibía  
 su cucharadita de Cristo.  
 Al día siguiente las señoras,  
 arreglando las crinolinas,  
 recordaban el cuerpo enloquecido. 60  
 golpeado y devorado por el fuego,  
 mientras el alguacil examinaba  
 la minúscula mancha del quemado,  
 grasa, ceniza, sangre,  
 que lamían los perros. 65*

## XV

### **Las haciendas (2)**

*La tierra andaba entre los mayorazgos  
 de doblón en doblón, desconocida,  
 pasta de apariciones y conventos,  
 hasta que toda la azul geografía [91]  
 se dividió en haciendas y encomiendas. 5  
 Por el espacio muerto iba la llaga  
 del mestizo y el látigo  
 del chapetón y del negrero.  
 El criollo era un espectro desangrado  
 que recogía las migajas, 10*



*hasta que con ellas reunidas  
adquiría un pequeño título  
pintado con letras doradas.*

*Y en el carnaval tenebroso  
salía vestido de conde, 15  
orgullosa entre otros mendigos,  
con un bastoncito de plata.*

## XVI

### **Los nuevos propietarios (3)**

*Así se estancó el tiempo en la cisterna.  
El hombre dominado en las vacías  
encrucijadas, piedra del castillo,  
tinta del tribunal, pobló de bocas  
la cerrada ciudad americana. 5*

*Cuando ya todo fue paz y concordia,  
hospital y virrey, cuando Avellano,  
Rojas, Tapia, Castillo, Núñez, Pérez,  
Rosales, López, Jorquera, Bermúdez,  
los últimos soldados de Castilla, 10*

*envejecieron detrás de la Audiencia,  
cayeron muertos bajo el mamotreto,  
se fueron con sus piojos a la tumba  
donde hilaron el sueño  
de las bodegas imperiales, cuando 15  
era la rata el único peligro*

*de las tierras encarnizadas,  
se asomó el vizcaíno con un saco,  
el Errázuriz con sus alpargatas,  
el Fernández Larraín a vender velas, 20  
el Aldunate de la bayeta,  
el Eyzaguirre, rey del calcetín.*

*Entraron todos como pueblo hambriento,  
huyendo de los golpes, del gendarme. [92]*

*Pronto, de camiseta en camiseta, 25  
expulsaron al conquistador  
y establecieron la conquista  
del almacén de ultramarinos.*

*Entonces adquirieron orgullo  
comprado en el mercado negro. 30*

*Se adjudicaron  
haciendas, látigos, esclavos,  
catecismos, comisarías,  
cepos, conventillos, burdeles,  
y a todo esto denominaron 35  
santa cultura occidental.*

## XVII

### **Comuneros del Socorro (1781)**

Fue Manuela Beltrán (cuando rompió los bandos  
del opresor, y gritó «Mueran los déspotas»)  
la que los nuevos cereales  
desparramó por nuestra tierra.

Fue en Nueva Granada, en la villa  
del Socorro. Los comuneros  
sacudieron el virreinato  
en un eclipse precursor. 5

Se unieron contra los estancos,  
contra el manchado privilegio, 10  
y levantaron la cartilla  
de las peticiones forales.

Se unieron con armas y piedras,  
milicia y mujeres, el pueblo,  
orden y furia, encaminados 15  
hacia Bogotá y su linaje.

Entonces bajó el Arzobispo.  
«Tendréis todos vuestros derechos,  
en nombre de Dios lo prometo.»

El pueblo se juntó en la plaza. 20

Y el Arzobispo celebró  
una misa y un juramento.

Él era la paz justiciera. [93]

«Guardad las armas. Cada uno  
a vuestra casa», sentenció. 25

Los comuneros entregaron  
las armas. En Bogotá  
festejaron al Arzobispo,

celebraron su traición,  
su perjurio, en la misa pérfida, 30  
y negaron pan y derecho.

Fusilaron a los caudillos,  
repartieron entre los pueblos  
sus cabezas recién cortadas,  
con bendiciones del Prelado 35  
y bailes en el Virreinato.

Primeras, pesadas semillas  
arrojadas a las regiones,  
permanecéis, ciegas estatuas,  
incubando en la noche hostil 40  
la insurrección de las espigas.

## XVIII

### **Tupac Amaru (1781)**

Condorcanqui Tupac Amaru,  
sabio señor, padre justo,  
viste subir a Tungasuca  
la primavera desolada  
de los escalones andinos, 5  
y con ella sal y desdicha,  
iniquidades y tormentos.

Señor Inca, padre cacique,  
todo en tus ojos se guardaba  
como en un cofre calcinado 10

por el amor y la tristeza.  
El indio te mostró la espalda  
en que las nuevas mordeduras  
brillaban en las cicatrices  
de otros castigos apagados, 15  
y era una espalda y otra espalda,  
toda la altura sacudida  
por las cascadas del sollozo. [94]

Era un sollozo y otro sollozo.  
Hasta que armaste la jornada 20  
de los pueblos color de tierra,  
recogiste el llanto en tu copa  
y endureciste los senderos.

Llegó el padre de las montañas,  
la pólvora levantó caminos, 25  
y hacia los pueblos humillados  
llegó el padre de la batalla.

Tiraron la manta en el polvo,  
se unieron los viejos cuchillos,  
y la caracola marina 30  
llamó los vínculos dispersos.

Contra la piedra sanguinaria,  
contra la inercia desdichada,  
contra el metal de las cadenas.

Pero dividieron tu pueblo 35  
y al hermano contra el hermano  
enviaron, hasta que cayeron  
las piedras de tu fortaleza.

Ataron tus miembros cansados

a cuatro caballos rabiosos 40  
y descuartizaron la luz  
del amanecer implacable.

Tupac Amaru, sol vencido,  
desde tu gloria desgarrada  
sube como el sol en el mar 45  
una luz desaparecida.

Los hondos pueblos de la arcilla,  
los telares sacrificados,  
las húmedas casas de arena  
dicen en silencio: «Tupac», 50  
y Tupac se guarda en el surco,  
dicen en silencio: «Tupac»,  
y Tupac germina en la tierra.

## XIX

### **América insurrecta (1800)**

Nuestra tierra, ancha tierra, soledades,  
se pobló de rumores, brazos, bocas.  
Una callada sílaba iba ardiendo,  
congregando la rosa clandestina,  
hasta que las praderas trepidaron 5  
cubiertas de metales y galopes. [95]

Fue dura la verdad como un arado.

Rompió la tierra, estableció el deseo,

hundió sus propagandas germinales  
y nació en la secreta primavera. 10

Fue callada su flor, fue rechazada  
su reunión de luz, fue combatida  
la levadura colectiva, el beso  
de las banderas escondidas,  
pero surgió rompiendo las paredes, 15  
apartando las cárceles del suelo.

El pueblo oscuro fue su copa,  
recibió la substancia rechazada,  
la propagó en los límites marítimos,  
la machacó en morteros indomables. 20

Y salió con las páginas golpeadas  
y con la primavera en el camino.  
Hora de ayer, hora de mediodía,  
hora de hoy otra vez, hora esperada  
entre el minuto muerto y el que nace. 25  
en la erizada edad de la mentira.

Patria, naciste de los leñadores,  
de hijos sin bautizar, de carpinteros,  
de los que dieron como un ave entraña  
una gota de sangre voladora, 30  
y hoy nacerás de nuevo duramente,  
desde donde el traidor y el carcelero  
te creen para siempre sumergida.

Hoy nacerás del pueblo como entonces.

Hoy saldrás del carbón y del rocío. 35  
Hoy llegarás a sacudir las puertas  
con manos maltratadas, con pedazos  
de alma sobreviviente, con racimos  
de miradas que no extinguió la muerte,  
con herramientas hurañas 40  
armadas bajo los harapos. [96]

## XX

### **Bernardo O'Higgins Riquelme**

O'Higgins, para celebrarte  
a media luz hay que alumbrar la sala.  
A media luz del sur en Otoño  
con temblor infinito de álamos.

Eres Chile, entre patriarca y huaso, 5  
eres un poncho de provincia, un niño  
que no sabe su nombre todavía,  
un niño férreo y tímido en la escuela,  
un jovencito triste de provincia.  
En Santiago te sientes mal, te miran 10  
el traje negro que te queda largo,  
y al cruzarte la banda, la bandera  
de la patria que nos hiciste,  
tenía olor de yuyo matutino,  
para tu pecho de estatua campestre. 15

Joven, tu profesor Invierno



te acostumbró a la lluvia  
y en la Universidad de las calles de Londres  
la niebla y la pobreza te otorgaron sus títulos  
y un elegante pobre, errante incendio 20  
de nuestra libertad,  
te dio consejos de águila prudente  
y te embarcó en la Historia.

«Cómo se llama Ud.», reían  
los «caballeros» de Santiago: 25  
hijo de amor, de una noche de invierno,  
tu condición de abandonado  
te construyó con argamasa agreste,  
con seriedad de casa o de madera  
trabajada en el Sur, definitiva. 30  
Todo lo cambia el tiempo, todo menos tu rostro.

Eres, O'Higgins, reloj invariable  
con una sola hora en tu cándida esfera:  
la hora de Chile, el único minuto  
que permanece en el horario rojo 35  
de la dignidad combatiente.

Así estarás igual entre los muebles  
de palisandro y las hijas de Santiago, [97]  
que rodeado en Rancagua por la muerte y la pólvora.  
Eres el mismo sólido retrato 40  
de quien no tiene padre sino patria,  
de quien no tiene novia sino aquella  
tierra con azahares

que le conquistará la artillería.

Te veo en el Perú escribiendo cartas. 45

No hay desterrado igual, mayor exilio.

Es toda la provincia desterrada.

Chile se iluminó como un salón  
cuando no estabas. En derroche,  
un rigodón de ricos substituye 50

tu disciplina de soldado ascético,

y la patria ganada por tu sangre

sin ti fue gobernada como un baile

que mira el pueblo hambriento desde fuera.

Ya no podías entrar en la fiesta 55

con sudor, sangre y polvo de Rancagua.

Hubiera sido de mal tono

para los caballeros capitales.

Hubiera entrado contigo el camino,

un olor de sudor y de caballos, 60

el olor de la patria en Primavera.

No podías estar en este baile.

Tu fiesta fue un castillo de explosiones.

Tu baile desgredado es la contienda.

Tu fin de fiesta fue la sacudida 65

de la derrota, el porvenir aciago

hacia Mendoza, con la patria en brazos.

Ahora mira en el mapa hacia abajo,

hacia el delgado cinturón de Chile  
y coloca en la nieve soldaditos, 70  
jóvenes pensativos en la arena,  
zapadores que brillan y se apagan.

Cierra los ojos, duerme, sueña un poco,  
tu único sueño, el único que vuelve 75  
hacia tu corazón: una bandera  
de tres colores en el Sur, cayendo  
la lluvia, el sol rural sobre tu tierra, [98]  
los disparos del pueblo en rebeldía  
y dos o tres palabras tuyas cuando  
fueran estrictamente necesarias. 80

Si sueñas, hoy tu sueño está cumplido.  
Suéñalo, por lo menos, en la tumba.  
No sepas nada más porque, como antes,  
después de las batallas victoriosas,  
bailan los señoritos en Palacio 85  
y el mismo rostro hambriento  
mira desde la sombra de las calles.

Pero hemos heredado tu firmeza,  
tu inalterable corazón callado,  
tu indestructible posición paterna, 90  
y tú, entre la avalancha cegadora  
de húsares del pasado, entre los ágiles  
uniformes azules y dorados,  
estás hoy con nosotros, eres nuestro,  
padre del pueblo, inmutable soldado. 95

## XXI

### San Martín (1810)

Anduve, San Martín, tanto y de sitio en sitio,  
que descarté tu traje, tus espuelas, sabía  
que alguna vez, andando en los caminos  
hechos para volver, en los finales  
de cordillera, en la pureza 5  
de la intemperie que de ti heredamos,  
nos íbamos a ver de un día a otro.

Cuesta diferenciar entre los nudos  
de ceibo, entre raíces,  
entre senderos señalar tu rostro, 10  
entre los pájaros distinguir tu mirada,  
encontrar en el aire tu existencia.

Eres la tierra que nos diste, un ramo  
de cedrón que golpea con su aroma,  
que no sabemos dónde está, de dónde 15  
llega su olor de patria a las praderas.  
Te galopamos, San Martín, salimos  
amaneciendo a recorrer tu cuerpo, [99]  
respiramos hectáreas de tu sombra,  
hacemos fuego sobre tu estatura. 20

Eres extenso entre todos los héroes.

Otros fueron de mesa en mesa,

de encrucijada en torbellino,  
tú fuiste construido de confines,  
y empezamos a ver tu geografía, 25  
tu planicie final, tu territorio.

Mientras mayor el tiempo disemina  
como agua eterna los terrones  
del rencor, los afilados  
hallazgos de la hoguera, 30  
más terreno comprendes, más semillas  
de tu tranquilidad pueblan los cerros,  
más extensión das a la primavera.

El hombre que construye es luego el humo  
de lo que construyó, nadie renace 35  
de su propio brasero consumido:  
de su disminución hizo existencia,  
cayó cuando no tuvo más que polvo.

Tú abarcaste en la muerte más espacio.

Tu muerte fue un silencio de granero. 40  
Pasó la vida tuya, y otras vidas,  
se abrieron puertas, se elevaron muros  
y la espiga salió a ser derramada.

San Martín, otros capitanes  
fulguran más que tú, llevan bordados 45  
sus pámpanos de sal fosforescente,  
otros hablan aún como cascadas,  
pero no hay uno como tú, vestido

de tierra y soledad, de nieve y trébol.  
Te encontramos al retornar del río, 50  
te saludamos en la forma agraria  
de la Tucumania florida,  
y en los caminos, a caballo  
te cruzamos corriendo y levantando  
tu vestidura, padre polvoriento. 55

Hoy el sol y la luna, el viento grande [100]  
maduran tu linaje, tu sencilla  
composición: tu verdad era  
verdad de tierra, arenoso amasijo,  
estable como el pan, lámina fresca 60  
de greda y cereales, pampa pura.

Y así eres hasta hoy, luna y galope,  
estación de soldados, intemperie,  
por donde vamos otra vez guerreando,  
caminando entre pueblos y llanuras, 65  
estableciendo tu verdad terrestre,  
esparciendo tu germen espacioso,  
aventando las páginas del trigo.

Así sea, y que no nos acompañe  
la paz hasta que entremos 70  
después de los combates, a tu cuerpo  
y duerma la medida que tuvimos  
en tu extensión de paz germinadora.

## XXII

### **Mina (1817)**

Mina, de las vertientes montañosas  
llegaste como un hilo de agua dura.  
España clara, España transparente  
te parió entre dolores, indomable,  
y tienes la dureza luminosa  
del agua torrencial de las montañas. 5

Largamente, en los siglos y las tierras,  
sombra y fulgor en tu cuna lucharon,  
uñas rampantes degollaban  
la claridad del pueblo,  
y los antiguos halconeros, 10  
en sus almenas eclesiásticas,  
acechaban el pan, negaban  
entrada al río de los pobres.

Pero siempre en la torre despiadada,  
España, hiciste un hueco 15  
al diamante rebelde y a su estirpe  
de luz agonizante y renaciente. [101]

No en vano el estandarte de Castilla  
tiene el color del viento comunero,  
no en vano por tus cuencas de granito 20  
corre la luz azul de Garcilaso,  
no en vano en Córdoba, entre arañas  
sacerdotales, deja Góngora

sus bandejas de pedrería  
aljofaradas por el hielo. 25

España, entre tus garras  
de cruel antigüedad, tu pueblo puro  
sacudió las raíces del tormento,  
sufragó las acémilas feudales  
con invencible sangre derramada, 30  
y en ti la luz, como la sombra, es vieja,  
gastada en devorantes cicatrices.

Junto a la paz del albañil cruzada  
por la respiración de las encinas,  
junto a los manantiales estrellados 35  
en que cintas y sílabas relucen,  
sobre tu edad, como un temblor sombrío,  
vive en su escalinata el gerifalte.

Hambre y dolor fueron la sílice  
de tus arenas ancestrales 40  
y un tumulto sordo, enredado  
a las raíces de tus pueblos,  
dio a la libertad del mundo  
una eternidad de relámpagos,  
de cantos y de guerrilleros. 45

Las hondonadas de Navarra  
guardaron el rayo reciente.  
Mina sacó del precipicio  
el collar de sus guerrilleros:  
de las aldeas invadidas, 50



de las poblaciones nocturnas  
extrajo el fuego, alimentó  
la abrasadora resistencia,  
atravesó fuentes nevadas,  
atacó en rápidos recodos, 55  
surgió de los desfiladeros,  
brotó de las panaderías.

Lo sepultaron en prisiones,  
y al alto viento de la sierra [102]  
retornó, revuelto y sonoro, 60  
su manantial intransigente.

A América lo lleva el viento  
de la libertad española,  
y de nuevo atraviesa bosques  
y fertiliza las praderas 65  
su corazón inagotable.

En nuestra lucha, en nuestra tierra  
se desangraron sus cristales,  
luchando por la libertad  
indivisible y desterrada. 70

En México ataron el agua  
de las vertientes españolas.  
Y quedó inmóvil y callada  
su transparencia caudalosa.

**Miranda muere en la niebla (1816)**

Si entráis a Europa tarde con sombrero  
 de copa en el jardín condecorado  
 por más de un Otoño junto al mármol  
 de la fuente mientras caen hojas  
 de oro harapiento en el Imperio 5  
 si la puerta recorta una figura  
 sobre la noche de San Petersburgo  
 tiemblan los cascabeles del trineo  
 y alguien en la soledad blanca alguien  
 el mismo paso la misma pregunta 10  
 si tú sales por la florida puerta  
 de Europa un caballero sombra traje  
 inteligencia signo cordón de oro  
 Libertad Igualdad mira su frente  
 entre la artillería que truena 15  
 si en las Islas la alfombra lo conoce  
 la que recibe océanos Pase Ud Ya lo creo  
 Cuántas embarcaciones Y la niebla  
 siguiendo paso a paso su jornada  
 si en las cavidades de logias librerías 20  
 hay alguien guante espada con un mapa  
 con la carpeta pululante llena  
 de poblaciones de navíos de aire [103]  
 si en Trinidad hacia la costa el humo  
 de un combate y de otro el mar de nuevo 25  
 y otra vez la escalera de Bay Street la atmósfera  
 que lo recibe impenetrable

como un compacto interior de manzana  
 y otra vez esta mano patricia este azulado  
 guante guerrero en la antesala 30  
 largos caminos guerras y jardines  
 la derrota en sus labios otra sal  
 otra sal otro vinagre ardiente  
 si en Cádiz amarrado al muro  
 por la gruesa cadena su pensamiento el frío 35  
 horror de espada el tiempo el cautiverio  
 si bajáis subterráneos entre ratas  
 y la mampostería leprosa otro cerrojo  
 en un cajón de ahorcado el viejo rostro  
 en donde ha muerto ahogada una palabra 40  
 una palabra nuestro nombre la tierra  
 hacia donde querían ir sus pasos  
 la libertad para su fuego errante  
 lo bajan can cordeles a la mojada  
 tierra enemiga nadie saluda hace frío 45  
 hace frío de tumba en Europa

#### XXIV

**José Miguel Carrera (1810)**

#### Episodio

Dijiste Libertad antes que nadie,  
 cuando el susurro iba de piedra en piedra,  
 escondido en los patios, humillado.

Dijiste Libertad antes que nadie.  
Liberaste al hijo del esclavo. 5  
Iban como las sombras mercaderes  
vendiendo sangre de mares extraños.  
Liberaste al hijo del esclavo.

Estableciste la primera imprenta.  
Llegó la letra al pueblo oscurecido, 10  
la noticia secreta abrió los labios.  
Estableciste la primera imprenta.  
Implantaste la escuela en el convento.  
Retrocedió la gorda telaraña  
y el rincón de los diezmos sofocantes. 15  
Implantaste la escuela en el convento. [104]

#### Coro

Conózcase tu condición altiva,  
Señor centelleante y aguerrido.  
Conózcase lo que cayó brillando  
de tu velocidad sobre la patria. 20  
Vuelo bravío, corazón de púrpura.

Conózcense tus llaves desbocadas  
abriendo los cerrojos de la noche.  
Jinete verde, rayo tempestuoso.  
Conózcase tu amor a manos llenas, 25  
tu lámpara de luz vertiginosa.  
Racimo de una cepa desbordante.

Conózcase tu esplendor instantáneo,  
tu errante corazón, tu fuego diurno.

Hierro iracundo, pétalo patricio. 30

Conózcase tu rayo de amenaza  
destrozando las cúpulas cobardes.

Torre de tempestad, ramo de acacia.

Conózcase tu espada vigilante,  
tu fundación de fuerza y meteoro. 35

Conózcase tu rápida grandeza.

Conózcase tu indomable apostura.

### Episodio

Va por los mares, entre idiomas,  
vestidos, aves extranjeras,  
trae naves libertadoras, 40

escribe fuego, ordena nubes,  
desentraña sol y soldados,  
cruza la niebla en Baltimore  
gastándose de puerta en puerta,  
créditos y hombres lo desbordan, 45  
lo acompañan todas las olas.

Junto al mar de Montevideo,  
en su habitación desterrada,  
abre una imprenta, imprime balas.

Hacia Chile vive la flecha 50  
de su dirección insurgente,  
arde la furia cristalina

que lo conduce, y endereza  
la cabalgata del rescate [105]  
montado en las crines ciclónicas 55  
de su despeñada agonía.  
Sus hermanos aniquilados  
le gritan desde el paredón  
de la venganza. Sangre suya  
tiñe como una llamarada 60  
en los adobes de Mendoza  
su trágico trono vacío.  
Sacude la paz planetaria  
de la pampa como un circuito  
de luciérnagas infernales. 65  
Azota las ciudadelas  
con el aullido de las tribus.  
Ensarta cabezas cautivas  
en el huracán de las lanzas.  
Su poncho desencadenado 70  
relampaguea en la humareda  
y en la muerte de los caballos.

Joven Pueyrredón, no relates  
el desolado escalofrío  
de su final, no me atormentes 75  
con la noche del abandono,  
cuando lo llevan a Mendoza  
mostrando el marfil de su máscara  
la soledad de su agonía.

## Coro

Patria, presévalo en tu manto, 80  
recoge este amor peregrino:

no lo dejes rodar al fondo  
de su tenebrosa desdicha:  
sube a tu frente este fulgor,  
esta lámpara inolvidable, 85  
repliega esta rienda frenética,  
llama a este párpado estrellado,  
guarda el ovillo de esta sangre  
para tus telas orgullosas.

Patria, recoge esta carrera, 90  
la luz, la gota mal herida,  
este cristal agonizante,  
esta volcánica sortija.

Patria, galopa y defiéndelo,  
galopa, corre, corre, corre. 95 [106]

## Éxodo

Lo llevan a los muros de Mendoza,  
al árbol cruel, a la vertiente  
de sangre inaugurada, al solitario  
tormento, al final frío de la estrella.

Va por las carreteras inconclusas, 100  
zarza y tapiales desdentados,  
álamos que le arrojan oro muerto,

rodeado por su orgullo inútil  
como por una túnica harapienta  
a la que el polvo de la muerte llega. 105

Piensa en su desangrada dinastía,  
en la luna inicial sobre los robles  
desgarradores de la infancia,  
la escuela castellana y el escudo  
rojo y viril de la milicia hispana, 110  
su tribu asesinada, la dulzura

del matrimonio, entre los azahares  
el destierro, las luchas por el mundo,  
O'Higgins el enigma abanderado,  
Javiera sin saber en los remotos 115  
jardines de Santiago.

Mendoza insulta su linaje negro,  
golpea su vencida investidura,  
y entre las piedras arrojadas sube  
hacia la muerte.

Nunca un hombre tuvo 120  
un final más exacto. De las ásperas  
embestidas, entre viento y bestias,  
hasta este callejón donde sangraron  
todos los de su sangre.

Cada grada  
del cadalso lo ajusta a su destino. 125  
Ya nadie puede continuar la cólera.  
La venganza, el amor cierran sus puertas.  
Los caminos ataron al errante.  
Y cuando le disparan, y a través



de su paño de príncipe del pueblo 130  
asoma sangre, es sangre que conoce  
la tierra infame, sangre que ha llegado  
donde tenía que llegar, al suelo  
de lagares sedientos que esperaban  
las uvas derrotadas de su muerte. 135

Indagó hacia la nieve de la patria.

Todo era niebla en la erizada altura. [107]

Vio los fusiles cuyo hierro  
hizo nacer su amor desmoronado,  
se sintió sin raíces, pasajero 140  
del humo, en la batalla solitaria,  
y cayó envuelto en polvo y sangre  
como en dos brazos de bandera.

### Coro

Húsar infortunado, alhaja ardiente,  
zarza encendida en la patria nevada. 145

Llorad por él, llorad hasta que mojen,  
mujeres, vuestras lágrimas la tierra,  
la tierra que él amó, su idolatría.  
Llorad, guerreros ásperos de Chile,  
acostumbrados a montaña y ola, 150  
este vacío es como un ventisquero,  
esta muerte es el mar que nos golpea.

No preguntéis por qué, nadie diría  
la verdad destrozada por la pólvora.  
No preguntéis quien fue, nadie arrebatara 155  
el crecimiento de la primavera,  
nadie mató la rosa del hermano.  
Guardemos cólera, dolor y lágrimas,  
llenemos el vacío desolado  
y que la hoguera en la noche recuerde 160  
la luz de las estrellas fallecidas.  
Hermana, guarda tu rencor sagrado.  
La victoria del pueblo necesita  
la voz de tu ternura triturada.  
Extended mantos en su ausencia 165  
para que pueda -frío y enterrado-  
con su silencio sostener la patria.  
Más de una vida fue su vida.

Buscó su integridad como una llama.  
La muerte fue con él hasta dejarlo 170  
para siempre completo y consumido.

#### Antistrofa

Guarde el laurel doloroso su extrema substancia de invierno.  
[108]  
A su corona de espinas llevemos arena radiante,  
hilos de estirpe araucana resguarden la luna mortuoria,  
hojas de boldo fragante resuelvan la paz de su tumba, 175  
nieve nutrida en las aguas inmensas y oscuras de Chile,



la patria en su proa lo inscriba y lo bese el relámpago  
porque así fue su libre y delgada y ardiente materia.

200 [109]

XXV

**Manuel Rodríguez**

Cueca

Señora, dicen que donde,  
mi madre dicen, dijeron,  
el agua y el viento dicen  
que vieron al guerrillero.

Vida

Puede ser un obispo,  
puede y no puede,  
puede ser sólo el viento  
sobre la nieve:  
sobre la nieve, sí,  
madre, no mires,  
que viene galopando  
Manuel Rodríguez.  
Ya viene el guerrillero  
por el estero.

5

10

Cueca

Saliendo de Melipilla, 15  
corriendo por Talagante,  
cruzando por San Fernando,  
amaneciendo en Pomaire.

### Pasión

Pasando por Rancagua,  
por San Rosendo, 20  
por Cauquenes, por Chena,  
por Nacimiento:  
por Nacimiento, sí,  
desde Chiñigüe,  
por todas partes viene 25  
Manuel Rodríguez.  
Pásale este clavel.  
Vamos con él.

### Cueca

Que se apague la guitarra,  
que la patria está de duelo. 30  
Nuestra tierra se oscurece.  
Mataron al guerrillero. [110]

### Y muerte

En Til-Til lo mataron  
los asesinos,  
su espalda está sangrando 35  
sobre el camino:  
sobre el camino, sí.

Quién lo diría,  
el que era nuestra sangre,  
nuestra alegría. 40

La tierra está llorando.  
Vamos callando.

## XXVI

### Artigas

1

#### (I)

Artigas crecía entre los matorrales y fue tempestuoso  
su paso porque en las praderas creciendo el galope de piedra o  
campana  
llegó a sacudir la inclemencia del páramo como repetida  
centella,  
llegó a acumular el color celestial extendiendo los cascos  
sonoros  
hasta que nació una bandera empapada en el uruguayano 5  
rocío.

---

<sup>1</sup>Aunque escrito varios años después «Artigas», Octavo episodio del libro *La barcarola* (Losada, 1967), su tema corresponde al Capítulo IV, «Los Libertadores». Por esta razón se incluye en esta edición revisada del *Canto General*.

(II)

Uruguay, Uruguay, uruguayan los cantos del río uruguayo,  
las aves turpiales, la tórtola de voz malherida, la torre del  
trueno uruguayo  
proclaman el grito celeste que dice Uruguay en el viento  
y si la cascada redobla y repite el galope de los caballeros  
amargos  
que hacia la frontera recogen los últimos granos de su  
victoriosa derrota 10  
se extiende el unísono nombre de pájaro puro,  
la luz de violín que bautiza la patria violenta. [111]

(III)

Oh Artigas, soldado del campo creciente, cuando para toda la  
tropa bastaba  
tu poncho estrellado por constelaciones que tú conocías,  
hasta que la sangre corrompe y redime la aurora, y despiertan 15  
tus hombres  
marchando agobiados por los polvorientos ramales del día.  
Oh padre constante del itinerario, caudillo del rumbo,  
centauro de la polvareda!

(IV)

Pasaron los días de un siglo y siguieron las horas detrás de tu  
exilio:  
detrás de la selva enredada por mil telarañas de hierro:  
detrás del silencio en que solo catan los frutos podridos sobre 20  
los pantanos,  
las hojas, la lluvia desencadenada, la música del urutaú,

los pasos descalzos de los paraguayos entrando y saliendo en  
el sol de la sombra,  
la trenza del látigo, los cepos, los cuerpos roídos por  
escarabajos:  
un grave cerrojo se impuso apartando el color de la selva  
y el amoratado crepúsculo cerraba con sus cinturones 25  
los ojos de Amigas que buscan en su desventura la luz  
uruguaya.

(V)

«*Amargo trabajo el exilio*» escribió aquel hermano de mi  
alma  
y así el entretanto de América cayó como párpado oscuro  
sobre la mirada de Artigas, jinete del escalofrío,  
opreso en la inmóvil mirada de vidrio de un déspota, en un 30  
reino vacío.

(VI)

América tuya temblaba con penitenciales dolores:  
Oribes, Alveares, Carreras, desnudos corrían hacia el  
sacrificio: [112]  
morían, nacían, caían: los ojos del ciego mataban: la voz de  
los mudos  
hablaba. Los muertos, por fin encontraron partido,  
por fin conocieron su bando patricio en la muerte. 35  
Y todos aquellos sangrientos supieron que pertenecían  
a la misma fila: la tierra no tiene adversarios.

(VII)



Uruguay es palabra de pájaro, o idioma del agua,  
sílabas de una cascada, es tormento de cristalería,  
Uruguay es la voz de las frutas en la primavera fragante, 40  
es un beso fluvial de los bosques y la máscara azul del  
Atlántico.

Uruguay es la ropa tendida en el oro de un día de viento,  
es el pan en la mesa de América, la pureza del pan en la mesa.

(VIII)

Y si Pablo Neruda, el cronista de todas las cosas te debía,  
Uruguay, este canto,  
este canto, este cuento, esta miga de espiga, este Artigas, 45  
no falté a mis deberes ni acepté los escrúpulos del  
intransigente:

esperé una hora quieta, aceché una hora inquieta, recogí los  
herbarios del río,  
sumergí mi cabeza en tu arena y en la plata de los pejerreyes,  
en la clara amistad de tus hijos, en tus destartalados mercados  
me acendré hasta sentirme deudor de tu olor y tu amor. 50

Y tal vez está escrito el rumor que tu amor y tu olor me  
otorgaron  
en estas palabras oscuras, que dejo en memoria de tu capitán  
luminoso.

XXVII

**Guayaquil (1822)**

Cuando entró San Martín, algo nocturno  
de camino impalpable, sombra, cuero,  
entró en la sala.

Bolívar esperaba. [113]

Bolívar olfateó lo que llegaba.

Él era aéreo, rápido, metálico, 5  
todo anticipación, ciencia de vuelo,  
su contenido ser temblaba  
allí, en el cuarto detenido  
en la oscuridad de la historia.

Venía de la altura indecible, 10  
de la atmósfera constelada,  
iba su ejército adelante  
quebrantando noche y distancia,  
capitán de un cuerpo invisible,  
de la nieve que lo seguía. 15

La lámpara tembló, la puerta  
detrás de San Martín mantuvo  
la noche, sus ladridos, un rumor  
tibio de desembocadura.

Las palabras abrieron un sendero 20  
que iba y volvía en ellos mismos.  
Aquellos dos cuerpos se hablaban,  
se rechazaban, se escondían,  
se comunicaban, se huían.

San Martín traía del Sur 25  
un saco de números grises,  
la soledad de las monturas  
infatigables, los caballos  
batiendo tierras, agregándose

a su fortaleza arenaria. 30

Entraron con él los ásperos

arrieros de Chile, un lento

ejército ferruginoso,

el espacio preparatorio,

las banderas con apellidos 35

envejecidos en la pampa.

Cuanto hablaron cayó de cuerpo a cuerpo

en el silencio, en el hondo intersticio.

No eran palabras, era la profunda

emanación de las tierras adversas, 40

de la piedra humana que toca

otro metal inaccesible.

Las palabras volvieron a su sitio.

Cada uno, delante de sus ojos

veía sus banderas. 45 [114]

Uno, el tiempo con flores deslumbrantes,

otro, el roído pasado,

los desgarrones de la tropa.

Junto a Bolívar una mano blanca

lo esperaba, lo despedía, 50

acumulaba su acicate ardiente,

extendía el lino en el tálamo.

San Martín era fiel a su pradera.

Su sueño era un galope,

una red de correas y peligros. 55

Su libertad era una pampa unánime.

Un orden cereal fue su victoria.

Bolívar construía un sueño,  
una ignorada dimensión, un fuego  
de velocidad duradera, 60  
tan incommunicable, que lo hacía  
prisionero, entregado a su substancia.

Cayeron las palabras y el silencio.

Se abrió otra vez la puerca, otra vez toda  
la noche americana, el ancho río 65  
de muchos labios palpité un segundo.

San Martín regresó de aquella noche  
hacia las soledades, hacia el trigo.  
Bolívar siguió solo.

## XXVIII

### Sucre

Sucre en las altas tierras, desbordando  
el amarillo perfil de los montes,  
Hidalgo cae, Morelos recoge  
el sonido, el temblor de una campana  
propagado en la tierra y en la sangre. 5  
Páez recorre los caminos  
repartiendo aire conquistado,  
cae el rocío en Cundinamarca

sobre la fraternidad de las heridas,  
el pueblo insurge inquieto 10 [115]  
desde la latitud a la secreta  
célula, emerge un mundo  
de despedidas y galopes,  
nace a cada minuto una bandera  
como una flor anticipada: 15  
banderas hechas de pañuelos  
sangrientos y de libros libres,  
banderas arrastradas al polvo  
de los caminos, destrozadas  
por la caballería, abiertas 20  
por estampidos y relámpagos.

### **Las banderas**

Nuestras banderas de aquel tiempo  
fragante, bordadas apenas,  
nacidas apenas, secretas  
como un profundo amor, de pronto  
encarnizadas en el viento 5  
azul de la pólvora amada.

América, extensa cuna, espacio  
de estrella, granada madura,  
de pronto se llenó de abejas  
tu geografía, de susurros 10  
conducidos por los adobes  
y las piedras, de mano en mano,  
se llenó de trajes la calle

como un panal atolondrado.

En la noche de los disparos 15  
el baile brillaba en los ojos,  
sabía como una naranja  
el azahar a las camisas,  
besos de adiós, besos de harina,  
el amor amarraba besos, 20  
y la guerra cantaba con  
su guitarra por los caminos.

## XXIX

2

### Castro Alves del Brasil

*Castro Alves del Brasil, tú para quién cantaste?  
Para la flor cantaste? Para el agua  
cuya hermosura dice palabras a las piedras? [116]  
Cantaste para los ojos, para el perfil cortado  
de la que amaste entonces? Para la primavera?* 5

Sí, pero aquellos pétalos no tenían rocío,  
aquellas aguas negras no tenían palabras,  
aquellos ojos eran los que vieron la muerte,  
ardían los martirios aun detrás del amor,  
la primavera estaba salpicada de sangre. 10

---

<sup>2</sup>Anteriormente el poema «Castro Alves del Brasil» integraba el Apéndice «Poesía y Prosa no incluidas en libro», de las *Obras Completas*. Lo incluimos ahora en «Los Libertadores» del *Canto General*, lugar que le corresponde por su tema.

-Canté para los esclavos, ellos sobre los barcos  
como el racimo oscuro del árbol de la ira  
viajaron, y en el puerto se desangró el navío  
dejándonos el peso de una sangre robada.

-Canté en aquellos días contra el infierno, 15  
contra las afiladas lenguas de la codicia,  
contra el oro empapado en el tormento,  
contra la mano que empuñaba el látigo,  
contra los directores de tinieblas.

-Cada rosa tenía un muerto en sus raíces. 20  
La luz, la noche, el cielo se cubrían de llanto,  
los ojos se apartaban de las manos heridas  
y era mi voz la única que llenaba el silencio.

-Yo quise que del hombre nos salváramos, 25  
yo creía que la ruta pasaba por el hombre,  
y que de allí tenía que salir el destino.  
Yo canté para aquellos que no tenían voz.  
Mi voz golpeó las puertas hasta entonces cerradas  
para que, combatiendo, la Libertad entrase.

*Castro Alves del Brasil, hoy que tu libro puro 30*  
*vuelve a nacer para la tierra libre,*  
*déjame a mí, poeta de nuestra pobre América,*  
*coronar tu cabeza con el laurel del pueblo.*  
*Tu voz se unió a la eterna y alta voz de los hombres.*  
*Cantaste bien. Cantaste como debe cantarse. 35*

## Toussaint l'Ouverture

Haití, de su dulzura enmarañada,  
extrae pétalos patéticos,  
rectitud de jardines, edificios  
de la grandeza, arrulla  
el mar como un abuelo oscuro 5  
su antigua dignidad de piel y espacio. [117]

Toussaint L'Ouverture anuda  
la vegetal soberanía,  
la majestad encadenada,  
la sorda voz de los tambores 10  
y ataca, cierra el paso, sube,  
ordena, expulsa, desafía  
como un monarca natural,  
hasta que en la red tenebrosa  
cae y lo llevan por los mares 15  
arrastrado y atropellado  
como el regreso de su raza,  
tirado a la muerte secreta  
de las sentinas y los sótanos.

Pero en la Isla arden las peñas, 20  
hablan las ramas escondidas,  
se transmiten las esperanzas,  
surgen los muros del baluarte.

La libertad es bosque tuyo,  
oscuro hermano, preserva 25  
tu memoria de sufrimientos  
y que los héroes pasados  
custodien tu mágica espuma.



XXXI

**Morazán (1842)**

Alta es la noche y Morazán vigila.

Es hoy, ayer, mañana? Tú lo sabes.

Cinta central, América angostura

que los golpes azules de dos mares

fueron haciendo, levantando en vilo

5

cordilleras y plumas de esmeralda:

territorio, unidad, delgada diosa

nacida en el combate de la espuma.

Te desmoronan hijos y gusanos,

se extienden sobre ti las alimañas

10

y una tenaza te arrebata el sueño

y un puñal con tu sangre te salpica

mientras se despedaza tu estandarte.

Alta es la noche y Morazán vigila. [118]

Ya viene el tigre enarbolando un hacha.

15

Vienen a devorarte las entrañas.

Vienen a dividir la estrella.

Vienen,

pequeña América olorosa,

a clavarte en la cruz, a desollarte,

a tumbar el metal de tu bandera. 20

Alta es la noche y Morazán vigila.

Invasores llenaron tu morada.  
Y te partieron como fruta muerta,  
y otros sellaron sobre tus espaldas  
los dientes de una estirpe sanguinaria, 25  
y otros te saquearon en los puertos  
cargando sangre sobre tus dolores.

Es hoy, ayer, mañana? Tú lo sabes.

Hermanos, amanece. (Y Morazán vigila.)

## XXXII

### **Viaje por la noche de Juárez**

Juárez, si recogiéramos  
la íntima estrata, la materia  
de la profundidad, si cavando tocáramos  
el profundo metal de las repúblicas,  
esta unidad sería tu estructura, 5  
tu impasible bondad, tu terca mano.  
Quien mira tu levita,  
tu parca ceremonia, tu silencio,  
tu rostro hecho de tierra americana,  
si no es de aquí, si no ha nacido en estas 10  
llanuras, en la greda montañosa

de nuestras soledades, no comprende.  
Te hablarán divisando una cantera.  
Te pasarán como se pasa un río.  
Darán la mano a un árbol, a un sarmiento, 15  
a un sombrío camino de la tierra.

Para nosotros eres pan y piedra,  
horno y producto de la estirpe oscura. [119]

Tu rostro fue nacido en nuestro barro.  
Tu majestad es mi región nevada, 20  
tus ojos la enterrada alfarería.

Otras tendrán el átomo y la gota  
de eléctrico fulgor, de brasa inquieta:  
tú eres el muro hecho de nuestra sangre,  
tu rectitud impenetrable 25  
sale de nuestra dura geología.

No tienes nada que decir al aire,  
al viento de oro que viene de lejos,  
que lo diga la tierra ensimismada,  
la cal, el mineral, la levadura. 30

Yo visité los muros de Querétaro,  
toqué cada peñasco en la colina,  
la lejanía, cicatriz y cráter,  
los cactus de ramales espinosos:  
nadie persiste allí, se fue el fantasma, 35  
nadie quedó dormido en la dureza:

sólo existen la luz, los agujones  
del matorral, y una presencia pura:  
Juárez, tu paz de noche justiciera,  
definitiva, férrea y estrellada. 40

### XXXIII

#### **El viento sobre Lincoln**

A veces el viento del Sur resbala  
sobre la sepultura de Lincoln trayendo  
voces y briznas de ciudades y árboles  
nada pasa en su tumba las letras no se mueven  
el mármol se suaviza con lentitud de siglos 5  
el viejo caballero ya no vive  
no existe el agujero de su antigua camisa  
se han mezclado las fibras de tiempo y polvo humano  
qué vida tan cumplida dice una temblorosa  
señora de Virginia una escuela que canta 10  
más de una escuela canta pensando en otras cosas  
pero el viento del Sur la emanación de tierras  
de caminos a veces se detiene en la tumba  
su transparencia es un periódico moderno  
vienen sordos rencores lamentos como aquéllos 15 [120]  
el sueño inmóvil vencedor yacía  
bajo los pies llenos de lodo que pasaron  
cantando y arrastrando tanta fatiga y sangre  
pues bien esta mañana vuelve al mármol el odio  
el odio del Sur blanco hacia el viejo dormido 20  
en las iglesias los negros están solos con Dios

con Dios según lo creen en las plazas  
en los trenes el mundo tiene ciertos letreros  
que dividen el cielo el agua el aire  
qué vida tan perfecta dice la delicada 25  
señorita y en Georgia matan a palos  
cada semana a un joven negro  
mientras Paul Robeson canta como la tierra  
como el comienzo del mar y de la vida  
canta sobre la crueldad y los avisos 30  
de coca-cola canta para hermanos  
de mundo a mundo entre los castigos  
canta para los nuevos hijos para  
que el hombre oiga y detenga su látigo  
la mano cruel la mano que Lincoln abatiera 35  
la mano que resurge como una blanca víbora  
el viento pasa el viento sobre la tumba trae  
conversaciones restos de juramentos algo  
que llora sobre el mármol como una lluvia fina  
de antiguos de olvidados dolores insepultos 40  
el Klan mató a un bárbaro persiguiéndolo  
colgando al pobre negro que aullaba quemándolo  
vivo y agujereado por los tiros  
bajo sus capuchones los prósperos rotarios  
no saben así creen que sólo son verdugos 45  
cobardes carniceros detritus del dinero  
con la cruz de Caín regresan  
a lavarse las manos a rezar el domingo  
telefonean al Senado contando sus hazañas  
de esto no sabe nada el muerto de Illinois 50  
porque el viento de hoy habla un lenguaje

de esclavitud de furia de cadena  
y a través de las losas el hombre ya no existe  
es un desmenuzado polvillo de victoria  
de victoria arrasada después de triunfo muerto 55  
no sólo la camisa del hombre se ha gastado  
no sólo el agujero de la muerte nos mata  
sino la primavera repetida el transcurso  
que roe al vencedor con su canto cobarde  
muere el valor de ayer se derraman de nuevo 60  
las furiosas banderas del malvado  
alguien canta junto al monumento es un coro [121]  
de niñas escolares voces ácidas  
que suben sin tocar el polvo externo  
que pasan sin bajar al leñador dormido 65  
a la victoria muerta bajo las reverencias  
mientras el burlón y viajero viento del Sur sonrío.

#### XXXIV

#### **Martí (1890)**

Cuba, flor espumosa, efervescente  
azucena escarlata, jazminero,  
cuesta encontrar bajo la red florida  
tu sombrío carbón martirizado,  
la antigua arruga que dejó la muerte, 5  
la cicatriz cubierta por la espuma.

Pero dentro de ti como una clara  
geometría de nieve germinada,

donde se abren tus últimas cortezas,  
yace Martí como una almendra pura. 10

Está en el fondo circular del aire,  
está en el centro azul del territorio,  
y reluce como una gota de agua  
su dormida pureza de semilla.

Es de cristal la noche que lo cubre. 15  
Llanto y dolor, de pronto, crueles gotas  
atraviesan la tierra hasta el recinto  
de la infinita claridad dormida.

El pueblo a veces baja sus raíces  
a través de la noche hasta tocar 20  
el agua quieta en su escondido manto.  
A veces cruza el rencor iracundo  
pisoteando sembradas superficies  
y un muerto cae en la copa del pueblo.

A veces vuelve el látigo enterrado 25  
a silbar en el aire de la cúpula  
y una gota de sangre como un pétalo  
cae a la tierra y desciende al silencio.  
Todo llega al fulgor immaculado. [122]

Los temblores minúsculos golpean 30  
las puertas de cristal del escondido.

Toda lágrima toca su corriente.

Todo fuego estremece su estructura.  
Y así de la yacente fortaleza,  
del escondido germen caudaloso 35  
salen los combatientes de la isla.

Vienen de un manantial determinado.

Nacen de una vertiente cristalina.

XXXV

### **Balmaceda de Chile (1891)**

Mr. North ha llegado de Londres.

Es un magnate del nitrato.  
Antes trabajó en la pampa,  
de jornalero, algún tiempo,  
pero se dio cuenta y se fue. 5

Ahora vuelve, envuelto en libras.  
Trae dos caballitos árabes  
y una pequeña locomotora  
toda de oro. Son regalos  
para el Presidente, un tal 10  
José Manuel Balmaceda.

«You are very clever, Mr. North.»

Rubén Darío entra por esta casa,  
por esta Presidencia como quiere.



Una botella de coñac le aguarda. 15

El joven Minotauro envuelto en niebla  
de ríos, traspasado de sonidos  
sube la gran escala que será  
tan difícil subir a Mr. North.

El Presidente regresó hace poco 20

del desolado Norte salitroso,  
allí dijo: «Esta tierra, esta riqueza  
será de Chile, esta materia blanca [123]  
convertiré en escuelas, en caminos,  
en pan para mi pueblo.» 25

Ahora entre papeles, en palacio,  
su fina forma, su intensa mirada  
mira hacia los desiertos del salitre.

Su noble rostro no sonríe.

La cabeza, de pálida apostura, 30  
tiene la antigua calidad de un muerto,  
de un viejo antepasado de la patria.

Todo su ser es examen solemne.

Algo inquieta como una racha fría,  
su paz, su movimiento pensativo. 35

Rechazó los caballos, la maquinita de oro  
de Mr. North. Los alejó sin verlos  
hacia su dueño, el poderoso gringo.  
Movié apenas la desdeñosa mano.

«Ahora, Mr. North, no puedo  
entregarle estas concesiones,  
no puedo amarrar a mi patria  
a los misterios de la City.» 40

Mr. North se instala en el Club.  
Cien whiskies van para su mesa, 45  
cien comidas para abogados,  
para el Parlamento, champaña  
para los tradicionalistas.

Corren agentes hacia el Norte,  
las hebras van, vienen y vuelven. 50

Las suaves libras esterlinas  
tejen como arañas doradas  
una tela inglesa, legítima,  
para mi pueblo, un traje sastre  
de sangre, pólvora y miseria. 55

«You are very clever, Mr. North.»  
Sitia la sombra a Balmaceda.

Cuando llega el día lo insultan,  
lo escarnecen los aristócratas,  
le ladran en el Parlamento, 60 [124]  
lo fustigan y lo calumnian.

Dan la batalla, y han ganado.  
Pero no basta: hay que torcer  
la historia. Las buenas viñas  
se «sacrifican» y el alcohol 65  
llena la noche miserable.

Los elegantes jovencitos  
marcan las puertas y una horda  
asalta las casas, arroja  
los pianos desde los balcones. 70

Aristocrático picnic  
con cadáveres en la acequia  
y champagne francés en el Club.

«You are very clever, Mr. North.»

La Embajada argentina abrió 75  
sus puertas al Presidente.

Esa tarde escribe con la misma  
seguridad de mano fina,  
la sombra entra en sus grandes ojos  
como una oscura mariposa, 80  
de profundidad fatigada.

Y la magnitud de su frente  
sale del mundo solitario,  
de la pequeña habitación,  
ilumina la noche oscura. 85

Escribe su nítido nombre,  
las letras de largo perfil  
de su doctrina traicionada.

Tiene el revólver en su mano.

Mira a través de la ventana 90

un trozo postrero de patria,  
pensando en todo el largo cuerpo  
de Chile, oscurecido  
como una página nocturna.

Viaja, y sin ver cruzan sus ojos, 95  
como en los vidrios de un tren,  
rápidos campos, caseríos,  
torres, riberas anegadas,  
pobreza, dolores, harapos.

Él soñó un sueño preciso, 100 [125]  
quiso cambiar el desgarrado  
paisaje, el cuerpo consumido  
del pueblo, quiso defenderlo.

Es tarde ya, escucha disparos  
aislados, los gritos vencedores, 105  
el salvaje malón, los aullidos  
de la «aristocracia», escucha  
el último rumor, el gran silencio,  
y entra con él, recostado, a la muerte.

### XXXVI

#### **Emiliano Zapata con música de Tata Nacho**

Cuando arreciaron los dolores  
en la tierra, y los espinares desolados  
fueron la herencia de los campesinos,  
y como antaño, las rapaces  
barbas ceremoniales, y los látigos, 5

entonces, flor y fuego galopado...

*Borrachita me voy*

*hacia la capital*

se encabritó en el alba transitoria  
la tierra sacudida de cuchillos,  
el peón de sus amargas madrigueras  
cayó como un elote desgranado  
sobre la soledad vertiginosa.

10

*a pedirle al patrón*

*que me mandó llamar*

15

Zapata entonces fue tierra y aurora.  
En todo el horizonte aparecía  
la multitud de su semilla armada.  
En un ataque de aguas y fronteras  
el férreo manantial de Coahuila,  
las estelares piedras de Sonora:  
todo vino a su paso adelantado,  
a su agraria tormenta de herraduras.

20

*que si se va del rancho*

*muy pronto volverá*

25 [126]

Reparte el pan, la tierra:

te acompaño.

Yo renuncio a mis párpados celestes.

Yo, Zapata, me voy con el rocío

de las caballerías matutinas,  
en un disparo desde los nopales 30  
hasta las casas de pared rosada.

*...cintitas pa tu pelo  
no llores por tu Pancho...*

La luna duerme sobre las monturas.  
La muerte amontonada y repartida 35  
yace con los soldados de Zapata.  
El sueño esconde bajo los baluartes  
de la pesada noche su destino,  
su incubadora sábana sombría.  
La hoguera agrupa el aire desvelado: 40  
grasa, sudor y pólvora nocturna.

*...Borrachita me voy  
para olvidarte...*

Pedimos patria para el humillado.  
Tu cuchillo divide el patrimonio 45  
y tiros y corceles amedrentan  
los castigos, la barba del verdugo.  
La tierra se reparte con un rifle.  
No esperes, campesino polvoriento,  
después de tu sudor la luz completa 50  
y el cielo parcelado en tus rodillas.  
Levántate y galopa con Zapata.

*...Ya la quise traer*

*dijo que no...*

México, huraña agricultura, amada 55  
tierra entre los oscuros repartida:  
de las espadas del maíz salieron  
al sol tus centuriones sudorosos.  
De la nieve del Sur vengo a cantarte.  
Déjame galopar en tu destino 60  
y llenarme de pólvora y arados.

*...Que si habrá de llorar  
pa qué volver... [127]*

## XXXVII

### **Sandino (1926)**

Fue cuando en tierra nuestra  
se enterraron  
las cruces, se gastaron  
inválidas, profesionales.  
Llegó el dólar de dientes agresivos 5  
a morder territorio,  
en la garganta pastoril de América.  
Agarró Panamá con fauces duras,  
hundió en la tierra fresca sus colmillos,  
chapoteó en barro, whisky, sangre, 10  
y juró un Presidente con levita:  
«Sea con nosotros el soborno  
de cada día.»

Luego, llegó el acero,  
y el canal dividió las residencias,  
aquí los amos, allí la servidumbre. 15

Corrieron hacia Nicaragua.

Bajaron, vestidos de blanco,  
tirando dólares y tiros.  
Pero allí surgió un capitán  
que dijo: «No, aquí no pones 20  
tus concesiones, tu botella.»

Le prometieron un retrato  
de Presidente, con guantes,  
banda terciada y zapatitos  
de charol recién adquiridos. 25

Sandino se quitó las botas,  
se hundió en los trémulos pantanos,  
se terció la banda mojada  
de la libertad en la selva,  
y, tiro a tiro, respondió 30  
a los «civilizadores.»

La furia norteamericana  
fue indecible: documentados  
embajadores convencieron  
al mundo que su amor era 35  
Nicaragua, que alguna vez  
el orden debía llegar  
a sus entrañas soñolientas.



Sandino colgó a los intrusos. [128]

Los héroes de Wall Street 40  
fueron comidos por la ciénaga,  
un relámpago los mataba,  
más de un machete los seguía,  
una sogá los despertaba  
como una serpiente en la noche, 45  
y colgando de un árbol eran  
acarreados lentamente  
por coleópteros azules  
enredaderas devorantes.

Sandino estaba en el silencio, 50  
en la Plaza del Pueblo, en todas  
partes estaba Sandino,  
matando norteamericanos,  
ajusticiando invasores.

Y cuando vino la aviación, 55  
la ofensiva de los ejércitos  
acorazados, la incisión  
de aplastadores poderíos,  
Sandino, con sus guerrilleros,  
como un espectro de la selva, 60  
era un árbol que se enroscaba  
o una tortuga que dormía  
o un río que se deslizaba.

Pero árbol, tortuga, corriente  
fueron la muerte vengadora, 65  
fueron sistemas de la selva,

mortales síntomas de araña.

(En 1948

un guerrillero

de Grecia, columna de Esparta,

70

fue la urna de luz atacada

por los mercenarios del dólar.

Desde los montes echó fuego

sobre los pulpos de Chicago,

y como Sandino, el valiente

75

de Nicaragua, fue llamado

«bandolero de las montañas.»)

Pero cuando fuego, sangre

y dólar no destruyeron

la torre altiva de Sandino,

80

los guerreros de Wall Street

hicieron la paz, invitaron

a celebrarla al guerrillero, [129]

y un traidor recién alquilado

le disparó su carabina.

85

Se llama Somoza. Hasta hoy

está reinando en Nicaragua:

los treinta dólares crecieron

y aumentaron en su barriga.

Ésta es la historia de Sandino,

90

capitán de Nicaragua,

encarnación desgarradora  
de nuestra arena traicionada,  
dividida y acometida,  
martirizada y saqueada. 95

### XXXVIII

(1)

#### **Hacia Recabarren**

La tierra, el metal de la tierra, la compacta  
hermosura, la paz ferruginosa  
que será lanza, lámpara o anillo,  
materia pura, acción  
del tiempo, salud 5  
de la tierra desnuda.

El mineral fue como estrella  
hundida y enterrada.  
A golpes de planeta, gramo a gramo,  
fue escondida la luz. 10

Áspera capa, arcilla, arena  
cubrieron tu hemisferio.

Pero yo amé tu sal, tu superficie.  
Tu goterón, tu párpado, tu estatua.

En el quilate de pureza dura 15  
cantó mi mano: en la égloga  
nupcial de la esmeralda fui citado,

y en el hueco del hierro puse mi rostro un día  
hasta emanar abismo, resistencia y aumento.

Pero yo no sabía nada.

20 [130]

El hierro, el cobre, las sales lo sabían.

Cada pétalo de oro fue arrancada con sangre.

Cada metal llene un soldado.

(2)

### **El cobre**

Yo llegué al cobre, a Chuquicamata,

Era tarde en las cordilleras.

El aire era como una copa

fría, de seca transparencia.

Antes viví en muchos navíos,

5

pero en la noche del desierto

la inmensa mina resplandecía

como un navío cegador

con el rocío deslumbrante

de aquellas alturas nocturnas.

10

Cerré los ojos: sueña y sombra

extendían sus gruesas plumas

sobre mí como aves gigantes.

Apenas y de tumbo en tumbo,

mientras bailaba el automóvil,

15

la oblicua estrella, el penetrante  
planeta, como una lanza,  
me arrojaban un rayo helado  
de fuego frío, de amenaza.

(3)

### **La noche en Chuquicamata**

Era alta noche ya, noche profunda,  
como interior vacío de campana.  
y tete mis ojos vi los muros implacables,  
el cobre derribado en la pirámide.  
Era verde la sangre de esas tierras.

5

Alta hasta los planetas empapados  
era la magnitud nocturna y verde.  
Gota a gota una leche de turquesa,  
una aurora de piedra,  
fue construida por el hombre  
y ardía en la inmensidad,  
en la estrellada tierra abierta  
de toda la noche arenosa. [131]

10

Paso a paso, entonces, la sombra  
me llegó  
de la mano hacia el Sindicato.

Era el mes de julio

15

en Chile, en la estación fría.  
Junto a mis pasos, muchos días

(o siglos) (o simplemente meses  
de cobre, piedra y piedra y piedra,  
es decir, de infierno en el tiempo: 20  
del infinito sostenido  
por una mano sulfurosa),  
iban otros pasos y pies  
que sólo el cobre conocía.

Era una multitud grasienta, 25  
hambre y harapo, soledades,  
la que cavaba el socavón.  
Aquella noche no vi  
desfilas su herida sin número  
en la costa cruel de la mina. 30

Pero yo fui de esos tormentos.

Las vértebras del cobre estaban húmedas,  
descubiertas a golpes de sudar  
en la infinita luz del aire andino.  
Para excavar los huesos minerales 35  
de la estatua enterrada por los siglos,  
el hombre construyó las galerías  
de un teatro vacío.

Pero la esencia dura,  
la piedra en su estatura, la victoria 40  
del cobre huyó dejando un cráter  
de ordenado volcán, como si aquella  
estatua, estrella verde,  
fuera arrancada al pecho de un dios ferruginoso

dejando un hueco pálido socavado en la altura.

45

(4)

### Los chilenos

Todo eso fue tu mano.

Tu mano fue la uña

del compatriota mineral, del «roto»

combatido, del pisoteado [132]

material humano, del hombrecito con harapos.

5

Tu mano fue como la geografía:

cavó este cráter de tiniebla verde,

fundó un planeta de piedra oceánica.

Anduvo por las maestranzas

manejando las palas rotas

10

y poniendo pólvora en todas

partes, como huevos

de gallina ensordecedora.

Se trata de un cráter remoto:

aun desde la luna llena

15

se vería su profundidad

hecha mano a mano por

un tal Rodríguez, un tal Carrasco,

un tal Díaz Iturrieta,

un tal Abarca, un tal Gumersindo,

20

un tal chileno llamado Mil.

Esta inmensidad, uña a uña,  
el desgarrado chileno, un día  
y otro día, otro invierno, a pulso,  
a velocidad, en la lenta 25  
atmósfera de las alturas,  
la recogió de la argamasa,  
la estableció entre las regiones.

(5)

### **El héroe**

No fue sólo firmeza tumultuosa  
de muchos dedos, no sólo fue la pala,  
no sólo el brazo, la cadera, el peso  
de todo el hombre y su energía:  
fueron dolor, incertidumbre y furia 5  
los que cavaron el centímetro  
de altura calcárea, buscando  
las venas verdes de la estrella,  
los finales fosforescentes  
de los cometas enterrados. 10

Del hombre gastado en su abismo  
nacieron las sales sangrientas.  
Porque es el Reinaldo agresivo,  
busca piedras, el infinito [133]  
Sepúlveda, tu hijo, sobrino de 15  
tu tía Eduviges Rojas,  
el héroe ardiendo, el que desvencija



la cordillera mineral.

Así fue como conociendo,  
entrando como a la uterina 20  
originalidad de la entraña,  
en tierra y vida, fui venciéndome:  
hasta sumirme en hombre, en agua  
de lágrimas como estalactitas,  
de pobre sangre despeñada, 25  
de sudor caldo en el polvo.

(6)

### **Oficios**

Otras vetes con Lafertte, más lejos,  
entramos en Tarapacá,  
desde Iquique azul y ascético,  
por los límites de la arena.

Me mostró Elías las palas 5  
de los derripiadores, hundido  
en las maderas cada dedo  
del hombre: estaban gastadas  
por el roce de cada yema.  
Las presiones de aquellas manos derretieron 10  
los pedernales de la pala,  
y así abrieron los corredores  
de tierra y piedra, metal y ácido,  
estas uñas amargas, estos

ennegrecidos cinturones 15  
de manos que rompen planetas,  
y elevan las sales al cielo,  
diciendo como en el cuento,  
en la historia celeste: «Éste  
es el primer día de la tierra.» 20

Así aquel que nadie vio antes  
(antes de aquel día de origen),  
el prototipo de la pala,  
se levantó sobre las cáscaras  
del infierno; las dominó 25  
con sus rudas manos ardiente,  
abrió las hojas de la tierra, [134]  
y apareció en camisa azul  
el capitán de dientes blancos,  
el conquistador de salitre. 30

(7)

### **El desierto**

El duro mediodía de las grandes arenas  
ha llegado:  
el mundo está desnudo,  
ancho, estéril y limpio hasta las últimas  
fronteras arenales: 5  
escuchad el sonido quebradizo  
de la sal viva, sola en los salares:  
el sol rompe sus vidrios en la extensión vacía

y agoniza la tierra con un seco  
y ahogado ruido de la sal que gime. 10

(8)

**(Nocturno)**

Ven al circuito del desierto,  
a la alta aérea noche de la pampa,  
al círculo nocturno, espacio y astro,  
donde la zona del Tamarugal recoge  
todo el silencio perdido en el tiempo. 5

Mil años de silencio en una copa  
de azul calcáreo, de distancia y luna,  
labran la geografía desnuda de la noche.

Yo te amo, pura tierra, como tantas  
cosas amé contrarias: 10  
la flor, la calle, la abundancia, el rito.

Yo te amo, hermana pura del océano.  
Para mí fue difícil esta escuela vacía  
en que no estaba el hombre, ni el muro, ni la planta  
para apoyarme en algo. 15

Estaba solo.

Era llanura y soledad la vida.

Era éste el pecho varonil del mundo. [135]

Y amé el sistema de tu forma recta,

la extensa precisión de tu vacío. 20

(9)

### **El páramo**

En el páramo el hombre vivía  
mordiendo tierra, aniquilado.  
Me fui derecho a la madriguera,  
metí la mano entre los piojos,  
anduve por los rieles hasta 5  
el amanecer desolado,  
dormí sobra las tablas duras,  
bajé de la faena en la tarde,  
me quemaron el vapor y el yodo,  
estreché la mano del hombre, 10  
conversé con la mujercita,  
puertas adentro entre gallinas,  
entre harapos, en el olor  
de la pobreza abrasadora.

Y cuando tantos dolores 15  
reuní, cuando tanta sangre  
recogí en el cuenco del alma,  
vi venir del espacio puro  
de las pampas inabarcables  
un hombre hecho de su misma arena, 20

un rostro inmóvil y extendido,  
un traje con un ancho cuerpo,  
unos ojos entrecerrados  
como lámparas indomables.

Recabarren era su nombre.

25

### XXXIX

#### **Recabarren (1921)**

Su nombre era Recabarren.

Bonachón, corpulento, espacioso,  
clara mirada, frente firme,  
su ancha compostura cubría,  
como la arena numerosa,  
los yacimientos de la fuerza. [136]

5

Mirad en la pampa de América  
(ríos ramales, clara nieve,  
cortaduras ferruginosas)  
a Chile con su destrozada  
biología, como un ramaje  
arrancado, como un brazo  
cuyas falanges dispersó  
el tráfico de las tormentas.

10

Sobre las áreas musculares  
de los metales y el nitrato,

15

sobre la atlética grandeza  
del cobre recién excavado,  
el pequeño habitante vive,  
acumulado en el desorden, 20  
con un contrato apresurado,  
lleno de niños andrajosos,  
extendidos por los desiertos  
de la superficie salada.

Ea el chileno interrumpido 25  
por la cesantía o la muerte.

Es el durísimo chileno  
sobreviviente de las obras  
o amortajado por la sal.

Allí llegó con sus panfletos 30  
este capitán del pueblo.

Tomó al solitario ofendido  
que, envolviendo sus mantas rotas  
sobre sus hijos hambrientos,  
aceptaba las injusticias 35

encarnizadas, y le dijo:

«Junta tu voz a otra voz»,

«Junta tu mano a otra mano.»

Fue por los rincones aciagos  
del salitre, llenó la pampa 40  
con su investidura paterna  
y en el escondite invisible  
lo vio toda la minería.

Llegó cada «gallo» golpeado,  
vino cada uno de los lamentos: 45  
entraron como fantasmas  
de pálida voz triturada [137]  
y salieron de sus manos  
con una nueva dignidad.  
En toda la pampa se supo. 50  
Y fue por la patria entera  
fundando pueblo, levantando  
los corazones quebrantados.  
Sus periódicos recién impresos  
entraron en las galerías 55  
del carbón, subieron al cobre,  
y el pueblo besó las columnas  
que por primera vez llevaban  
la voz de los atropellados.  
  
Organizó las soledades. 60  
Llevó los libros y los cantos  
basta los muros del terror,  
juntó una queja y otra queja,  
y el esclavo sin voz ni boca,  
el extendido sufrimiento, 65  
se hizo nombre, se llamó Pueblo,  
Proletariado, Sindicato,  
tuvo persona y apostura.  
  
Y este habitante transformado  
que se construyó en el combate, 70

este organismo valeroso,  
esta implacable tentativa,  
este metal inalterable,  
esta unidad de los dolores,  
esta fortaleza del hombre, 75  
este camino hacia mañana,  
esta cordillera infinita,  
esta germinal primavera,  
este armamento de los pobres,  
salió de aquellos sufrimientos, 80  
de lo más hondo de la patria,  
de lo más duro y más golpeado,  
de lo más alto y más eterno  
y se llamó Partido.

### *Partido*

*Comunista.*

Ése fue su nombre. 85  
Fue grande la lucha. Cayeron  
como buitres los dueños del oro. [138]  
  
Combatieron con la calumnia.  
«Este Partido Comunista  
está pagado por el Perú, 90  
por Bolivia, por extranjeros.»  
Cayeron sobre las imprentas,  
adquiridas gola por gota  
con sudor de los combatientes,  
y las atacaran quebrándolas, 95



quemándolas, desparramando  
la tipografía del pueblo.  
Persiguieron a Recabarren.  
Le negaron entrada y paso.  
Pero él congregó su semilla 100  
en los socavones desiertos  
y fue defendido el baluarte.

Entonces, los empresarios  
norteamericanos e ingleses,  
sus ahogados, senadores, 105  
sus diputadas, presidentes,  
vertieron la sangre en la arena,  
acorralaron, amarraron,  
asesinaron nuestra estirpe,  
la fuerza profunda de Chile, 110  
dejaron junto a los senderos  
de la inmensa pampa amarilla  
cruces de obreros fusilados,  
cadáveres amontonados  
en los repliegues de la arena. 115

Una vez a Iquique, en la costa,  
hicieron venir a los hombres  
que pedían escuela y pan.  
Allí confundidos, cercados  
en un patio, los dispusieron 120  
para la muerte.

Dispararon  
con silbante ametralladora,

coa fusiles tácticamente  
dispuestos, sobre el hacinado  
montón de dormidos obreros. 125  
La sangre llenó como un río  
la arena pálida de Iquique,  
y allí está la sangre caída,  
ardiendo aún sobre los años  
como una corola implacable. 130 [139]

Pero sobrevivió la resistencia.  
La luz organizada por las manos  
de Recabarren, las banderas rojas  
fueron desde las minas a los pueblos,  
fueros a las ciudades y a los surcos, 135  
rodaron con las ruedas ferroviarias,  
asumieron las bases del cemento,  
ganaron calles, plazas, alquerías,  
fábricas abrumadas por el polvo,  
llagas cubiertas por la primavera: 140  
toda cantó y luchó para vencer  
en la unidad del tiempo que amanece.

Cuánto ha pasado desde entonces.  
Cuánta sangre sobre la sangre,  
cuántas luchas sobre la tierra. 145  
Horas de espléndida conquista,  
triunfos ganados gota a gota,  
calles amargas, derrotadas,  
ornas oscuras como túneles,  
traiciones que parecían 150

cortar la vida con su filo,  
represiones armadas de odio,  
coronadas militarmente.

Parecía hundirse la tierra.

Pero la lucha permanece.

155

### **Envío (1949)**

Recabarren, en estos días  
de persecución, en la angustia  
de mis hermanos relegados,  
combatidos por un traidor,  
y con la patria envuelta en odio,  
herida por la tiranía,  
recuerdo la lucha terrible  
de tus prisiones, de tus pasos  
primeros, tu soledad  
de torreón irreductible,  
y cuando, saliendo del páramo,  
un hombre y otro a ti vinieron  
a congregarse el amasijo  
del pan humilde defendido  
por la unidad del pueblo augusto. [140]

5

10

15

### **Padre de Chile**

Recabarren, hijo de Chile,  
padre de Chile, padre nuestro,

en tu construcción, en tu línea  
fraguada en tierras y tormentos  
nace la fuerza de los días 5  
venideros y vencedores.

Tú eres la patria, pampa y pueblo,  
arena, arcilla, escuela, casa,  
resurrección, puño, ofensiva,  
orden, desfile, ataque, trigo, 10  
lucha, grandeza, resistencia.

Recabarren, bajo tu mirada  
juramos limpiar las heridas  
mutilaciones de la patria.

Juramos que la libertad 15  
levantará su flor desnuda  
sobre la arena deshonrada.

Juramos continuar tu camino  
hasta la victoria del pueblo.

XL

### **Prestes del Brasil (1949)**

Brasil agosto, cuánto amor quisiera  
para entenderme en tu regazo,  
para envolverme en tus hojas gigantes,  
en desarrollo vegetal, en vivo

detritus de esmeraldas: acecharte, 5  
Brasil, desde los ríos  
sacerdotales que te nutren,  
bailar en los terrados a la luz  
de la luna fluvial, y repartirme  
por tus inhabitados territorios 10  
viendo salir del barro el nacimiento  
de gruesas bestias rodeadas  
por metálicas aves blancas.

Cuánto recodo me darías.  
Entrar de nuevo en la alfandega, 15  
salir a los barrios, oler [141]  
tu extraño rito, descender  
a tus centros circulatorios,  
a tu corazón generoso.

Pero no puedo. 20

Una vez, en Bahía, las mujeres  
del barrio dolorido,  
del antiguo mercado de esclavos  
(donde hoy la nueva esclavitud, el hambre,  
el harapo, la condición doliente, 25  
viven como antes en la misma tierra),  
me dieron unas flores y una carta,  
unas palabras tiernas y unas flores.

No puedo apartar mi voz de cuanto sufre.  
Sé cuánto me darían 30

de invisible verdad tus espaciosas  
riberas naturales.

Sé que la flor secreta, la agitada  
muchedumbre de mariposas,  
todos los fértiles fermentos 35  
de las vidas y de los bosques  
me esperan con su teoría  
de inagotables humedades,

pero no puedo, no puedo

sino arrancar de tu silencio 40  
una vez más la voz del pueblo,  
evarla como la pluma  
más fulgurante de la selva,  
dejarla a mi lado y amarla  
hasta que cante por mis labios. 45

Por eso veo a Prestes caminando  
hacia la libertad, hacia las puertas  
que parecen en ti, Brasil, cerradas,  
clavadas al dolor, impenetrables.

Veo a Prestes, a su columna vencedora 50  
del hambre, cruzando la selva,  
hacia Bolivia, perseguida  
por el tirano de ojos pálidos.

Cuando vuelve a su pueblo y toca  
su campanario combatiente 55 [142]  
lo encierran, y su compañera  
entregan al pardo verdugo

de Alemania.

(Poeta, buscas en tu libro

los antiguos dolores griegos,

los orbes encadenados

60

por las antiguas maldiciones,

corren tus párpados torcidos

por los tormentos inventados,

y no ves en tu propia puerta

los océanos que golpean

65

el oscura pecho del pueblo.)

En el martirio nace su hija.

Pero ella desaparece

bajo el hacha, en el gas, tragada

por las ciénagas asesinas

70

de la Gestapo.

Oh, tormento

del prisionero! Oh, indecibles

padecimientos separados

de nuestro herido capitán!

(Poeta, borra de tu libro

75

a Prometeo y su cadena.

La vieja fábula no tiene

tanta grandeza calcinada,

tanta tragedia aterradora.)

Once años guardan a Prestes

80

detrás de las barras de hierro,

en el silencio de la muerte,

sin atreverse a asesinarlo.

No hay noticias para su pueblo.  
La tiranía borra el nombre 85  
de Presten en su mundo negro.

Y once años su nombre fue mudo.  
Vivió su nombre como un árbol  
en medio de todo su pueblo,  
reverenciado y esperado. 90

Hasta que la Libertad  
llegó a buscarlo a su presidio,  
y salió de nuevo a la luz,  
amado, vencedor y bondadoso,  
despojado de todo el odio 95  
que echaron sobre su cabeza. [143]

Recuerdo que en 1945  
estuve con él en Sao Paulo.  
(Frágil y firme su estructura,  
pálido como el marfil 100

desenterrado en la cisterna,  
fiero como la pureza  
del aire en las soledades,  
puro como la grandeza  
custodiada por el dolor.) 105

Por primera vez a su pueblo  
hablaba, en Pacaembú.  
El gran estadio pululaba  
con cien mil corazones rojos



que esperaban verlo y tocarlo. 110

Llegó en una indecible  
ola de canto y de ternura,  
cien mil pañuelos saludaban  
como un bosque su bienvenida.

Él miró con ojos profundos 115  
a mi lado, mientras hablé.

## XLI

### **Dicho en Pacaembú (Brasil, 1945)**

Cuántas cosas quisiera decir hoy, brasileños,  
cuántas historias, luchas, desengaños, victorias  
que he llevado por años en el corazón para decirlos,  
pensamientos  
y saludos. Saludos de las nieves andinas,  
saludos del Océano Pacífico, palabras que me han dicho 5

al pasar los obreros, los mineros, los albañiles, todos  
los pobladores de mi patria lejana.

Qué me dijo la nieve, la sube, la bandera?

Qué secreto me dijo el marinero?

Qué me dijo la niña pequeñita dándome unas espigas? 10

Un mensaje tenían: Era: Saluda a Prestes.

Búscalos, me decían, en la selva o el río.

Aparta sus prisiones, busca su celda, llama.

Y si no te permiten hablarle, míralo hasta cansarte

y cuéntanos mañana lo que has visto. 15

Hoy estoy orgulloso ere verlo rodeado  
de un mar de corazones victoriosos. [144]  
Voy a decirle a Chile: Lo saludé en el aire  
de las banderas libres de su pueblo.

Yo recuerdo en París, hace años, una noche 20  
hablé a la multitud, vine a pedir ayuda,  
para España Republicana, para el pueblo en su lucha.  
España estaba llena de ruinas y de gloria.  
Los franceses oían mi llamado en silencio.  
Les pedí ayuda en nombre de todo lo que existe 25  
y les dije: Los nuevos héroes, los que en España luchan,  
mueren.

Modesto, Lister, Pasionaria, Lorca,  
son hijos de los héroes de América, son hermanos  
de Bolívar, de O'Higgins, de San Martín, de Prestes.  
Y cuando dije el nombre de Prestes fue como un rumor 30  
inmenso  
en el aire de Francia: París lo saludaba.  
Viejos obreros con los ojos húmedos  
miraban hacia el fondo del Brasil y hacia España.

Os voy a contar aún otra pequeña historia.

Junto a las grandes minas del carbón, que avanzan bajo el 35  
mar  
en Chile, en el frío puerto de Talcahuano,  
llegó una vez, hace tiempo, un carguero soviético.  
(Chile no establecía aún relaciones  
con la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas.

Por eso la policía estúpida 40  
prohibió bajar a los marinos rusos,  
subir a los chilenos.)

Cuando llegó la noche  
vinieron por millares los mineros, desde las grandes minas,  
hombres, mujeres, niños, y desde las colinas 45  
con sus pequeñas lámparas mineras,  
toda la noche hicieron señales encendiendo y apagando  
hacia el barco que venía de los puertos soviéticos.

Aquella noche oscura tuvo estrellas:  
las estrellas humanas, las lámparas del pueblo. 50

Hoy también desde todos los rincones  
de nuestra América, desde México libre, desde el Perú  
sediento, [145]  
desde Cuba, desde Argentina populosa,  
desde Uruguay, refugio de hermanos asilados,  
el pueblo te saluda, Prestes, con sus pequeñas lámparas 55  
en que brillan las altas esperanzas del hombre.

Por eso me mandaron por el aire de América,  
para que te mirara y les contara luego  
cómo eras, qué decía su capitán callado  
por tantos años duros de soledad y sombra. 60

Voy a decirles que no guardas odio.

Que sólo quieres que tu patria viva.  
Y que la libertad crezca en el fondo  
del Brasil como un árbol eterno.

Yo quisiera contarte, Brasil, muchas cosas calladas, 65  
llevadas estos años entre la piel y el alma,  
sangre, dolores, triunfos, lo que deben decirse  
los poetas y el pueblo: será otra vez, un día.

Hoy pido un gran silencio de volcanes y ríos.

Un gran silencio pido de tierras y varones. 70

Pido silencio a América de la nieve a la pampa.

Silencio: La palabra al Capitán del Pueblo.

Silencio: Que el Brasil hablará por su boca.

## XLII

### **De nuevo los tiranos**

Hoy de nuevo la cacería  
se extiende por el Brasil,  
lo busca la fría codicia  
de los mercaderes de esclavos:  
en Wall Street decretaron 5  
a sus satélites porcinos  
que enterraran sus colmillos  
en las heridas del pueblo,  
y comenzó la cacería  
en Chile, en Brasil, en todas 10 [146]

nuestras Américas arrasadas  
por mercaderes y verdugos.

Mi pueblo escondió mi camino,  
cubrió mis versos con sus manos,  
me preservó de la muerte, 15  
y en Brasil la puerta infinita  
del pueblo cierra los caminos  
en donde Prestes otra vez  
rechaza de nuevo al malvado.

Brasil, que te sea salvado 20  
tu capitán doloroso,  
Brasil, que no tengas mañana  
que recoger de su recuerdo  
brizna por brizna su efigie  
para elevarla en piedra austera, 25  
sin haberlo dejado en medio  
de tu corazón disfrutar  
la libertad que aún, aún  
puede conquistarte, Brasil.

### XLIII

#### **Llegará el día**

Libertadores, en este crepúsculo  
de América, en la despoblada  
oscuridad de la mañana,  
os entrego la hoja infinita

de mis pueblos, el regocijo 5  
de cada hora de la lucha.

Húsares azules, caídos  
en la profundidad del tiempo,  
soldados en cuyas banderas  
recién bordadas amanece, 10

soldados de hoy, comunistas,  
combatientes herederos  
de los torrentes metalúrgicos,  
escuchad mi voz nacida  
en los glaciares, elevada 15

a la hoguera de cada día  
por simple deber amoroso:  
somos la misma tierra, el mismo [147]  
pueblo perseguido,  
la misma lucha ciñe la cintura 20  
de nuestra América:

Habéis visto  
por las tardes la cueva sombría  
del hermano?

Habéis traspasado  
su tenebrosa vida?

El corazón disperso  
del pueblo abandonado y sumergido! 25

Alguien que recibió la paz del héroe  
la guardó en su bodega, alguien robó los frutos  
de la cosecha ensangrentada  
y dividió la geografía

estableciendo márgenes hostiles, 30  
runas de desolada sombra ciega.

Recoged de las tierras el confuso  
latido del dolor, las soledades,  
el trigo de los suelos desgranados:  
algo germina bajo las banderas: 35  
la voz antigua nos llama de nuevo.

Bajad a las raíces minerales,  
y a las alturas del metal desierto,  
tocad la lucha del hombre en la tierra,  
a través del martirio que maltrata 40  
las manos destinadas a la luz.

No renunciéis al día que os entregan  
los muertos que lucharon. Cada espiga  
nace de un grano entregado a la tierra,  
y como el trigo, el pueblo innumerable 45  
junta raíces, acumula espigas,  
en la tormenta desencadenada  
sube a la claridad del universo.

[149]

- V -

La arena traicionada [151]

*Tal vez, tal vez el olvido sobre la tierra como una capa  
puede desarrollar el crecimiento y alimentar la vida  
(puede ser), como el humus sombrío en el bosque.*

*Tal vez, tal vez el hombre como un herrero acude  
a la brasa, a los golpes del hierro sobre el hierro, 5  
sin entrar en las ciegas ciudades del carbón,  
sin cerrar la mirada, precipitarse abajo  
en hundimientos, aguas, minerales, catástrofes.*

*Tal vez, pero mi plato es otro, mi alimento es distinto:  
mis ojos no vinieron para morder olvido: 10  
mis labios se abren sobre todo el tiempo, y todo el tiempo,  
no sólo una parte del tiempo ha gastado mis manos.*

*Por eso te hablaré de estos dolores que quisiera apartar,  
te obligaré a vivir una vez más entre sus quemaduras,  
no para detenernos como en una estación, al partir, 15  
ni tampoco para golpear con la frente la tierra,  
ni para llenarnos el corazón con agua salada,  
sino para caminar conociendo, para tocar la rectitud  
con decisiones infinitamente cargadas de sentido,  
para que la severidad sea una condición de la alegría, para 20  
que así seamos invencibles. [153]*

### **Los verdugos**

Sauria, escamosa América enrollada  
al crecimiento vegetal, al mástil  
erigido en la ciénaga:  
amamantaste hijos terribles  
con venenosa leche de serpiente, 5  
tórridas cunas incubaron  
y cubrieron con barro amarillo



una progenie encarnizada.  
El gato y la escorpiona fornicaron  
en la patria selvática. 10

Huyó la luz de rama en rama,  
pero no despertó el dormido.

Olía a caña la frazada,  
habían rodado los machetes  
al más huraño sitio de la siesta, 15  
y en el penacho enrarecido  
de las cantinas escupía  
su independencia jactanciosa  
el jornalero sin zapatos.

### **El doctor Francia**

El Paraná en las zonas marañosas, 20  
húmedas, palpitantes de otros ríos  
donde la red del agua, Yabebiri,  
Acaray, Igurey, joyas gemelas  
teñidas de quebracho, rodeadas  
por las espesas copas del copal, 25  
transcurre hacia las sábanas atlánticas  
arrastrando el delirio  
del nazaret morado, las raíces  
del curupay en su sueño arenoso.

Del légamo caliente, de los tronos 30  
del yacaré devorador, en medio

de la pestilencia silvestre  
cruzó el doctor Rodríguez de Francia [154]  
hacia el sillón del Paraguay.  
Y vivió entre los rosetones 35  
de rosada mampostería  
coma una estatua sórdida y cesárea  
cubierta por los velos de la araña sombría.

Solitaria grandeza en el salón  
lleno de espejos, espantajo 40  
negro sobre felpa roja  
y ratas asustadas en la noche.

Falsa columna, perversa  
academia, agnosticismo  
de rey leproso, rodeado 45  
por la extensión de los yerbales  
bebiendo números platónicos  
en la horca del ajusticiado,  
contando triángulos de estrellas,  
midiendo claves estelares, 50

acechando el anaranjado  
atardecer del Paraguay  
can un reloj en la agonía  
del fusilado en su ventana,  
con una mano en el cerrojo 55  
del crepúsculo maniatado.

Los estudios sobre la mesa,  
los ojos en el acicate  
del firmamento, en las volcados

cristales de la geometría, 60  
mientras la sangre intestinal  
del hombre muerto a culatazos  
bajaba por los escalones  
chupada por verdes enjambres  
de moscas que centelleaban. 65

Cerró el Paraguay como un nido  
de su majestad, amarró  
tortura y barro a las fronteras.  
Cuando en las calles su silueta  
pasa, los indios se colocan 70  
con la mirada hacia los muros:  
su sombra resbala dejando  
dos paredes de escalofríos.

Cuando la muerte llega a ver  
al doctor Francia, está mudo, 75 [155]  
inmóvil, atado en sí mismo,  
solo en su cueva, detenido  
por las sogas de la parálisis,  
y muere sola, sin que nadie  
entre en la cámara: nadie se atreve 80  
a tocar la puerta del amo.

Y amarrado por sus serpientes,  
deslenguado, hervido en su médula,  
agoniza y muere perdido  
en la soledad del palacio, 85  
mientras la noche establecida

como una cátedra, devora  
los capiteles miserables  
salpicados por el martirio.

**Rosas (1829-1849)**

Es tan difícil ver a través de la tierra 90  
(no del tiempo, que eleva su copa transparente  
iluminando el alto resumen del rocío),  
pero la tierra espesa de harinas y rencores,  
bodega endurecida con muertos y metales,  
no me deja mirar hacia abajo, en el fondo 95  
donde la entrecruzada soledad me rechaza.

Pero hablaré con ellos, los míos, los que un día  
a mi bandera huyeron, cuando era la pureza  
estrella de cristal en su tejido.

Sarmiento, Alberdi, Ora, del Carril: 100  
mi patria pura, después mancillada,  
guardó para vosotros  
la luz de su metálica angostura  
y entre pobres y agrícolas adobes  
los desterrados pensamientos 105  
fueron hilándose con dura minería,  
y agujones de azúcar viñatera.  
Chile los repartió en su fortaleza,  
les dio la sal de su ruedo marino,  
y esparció las simientes desterradas. 110

Mientras tanto el galope en la llanura.  
La argolla se partió sobre las hebras  
de la cabellera celeste,  
y la pampa mordió las herraduras  
de las bestias mojadas y frenéticas. 115 [156]

Puñales, carcajadas de mazorca  
sobre el martirio. Luna coronada  
de río a río sobre la blancura  
con un penacho de sombra indecible!

Argentina robada a culatazos 120  
en el vapor del alba, castigada  
hasta sangrar y enloquecer, vacía,  
cabalgada por agrios capataces!

Te hiciste procesión de viñas rojas,  
fuiste una máscara, un temblor sellado, 125  
y te substituyeron en el aire  
por una mano trágica de cera.

Salió de ti una noche, corredores,  
losas de piedra ennegrecida, escaleras  
donde se hundió el sonido, encrucijadas 130  
de carnaval, con muertos y bufones,  
y un silencio de párpado que cae  
sobre todos los ojos de la noche.

Dónde huyeron tus trigos espumosos?  
Tu apostura frutal, tu extensa boca, 135  
todo lo que se mueve por tus cuerdas

para cantar, tu cuero trepidante  
de gran tambor, de estrella sin medida,  
enmudecieron bajo la implacable  
soledad de la cúpula encerrada. 140

Planeta, latitud, claridad poderosa,  
en tu borde, en la cinta de nieve compartida  
se recogió el silencio nocturno que llegaba  
montado sobre un mar vertiginoso,  
y ola tras ola el agua desnuda, relataba, 145  
el viento gris temblando desataba su arena,  
la noche nos hería con su llanto estepario.

Pero el pueblo y el trigo se amasaron: entonces  
se alisó la cabeza terrenal, se peinaron  
las hebras enterradas de la luz, la agonía 150  
probó las puertas libres, destrozadas del viento,  
y de las polvaredas en el camino, una  
a una, dignidades sumergidas, escuelas,  
inteligencias, rostros en el polvo ascendieron  
hasta hacerse unidades estrelladas, 155  
estatuas de la luz, puras praderas. [157]

### **Ecuador**

Dispara Tunguragua aceite rojo,  
Sangay sobre la nieve  
derrama miel ardiendo,  
Imbabura de tus cimeras 160  
iglesias nevadas arroja

peces y plantas, ramas duras  
del infinito inaccesible,  
y hacia los páramos, cobriza  
luna, edificación crepitante, 165  
deja caer tus cicatrices  
como venas sobre Antisana,  
en la arrugada soledad  
de Pumachaca, en la sulfúrica  
solemnidad de Pambamarca, 170  
volcán y luna, frío y cuarzo,  
llamas glaciales, movimiento  
de catástrofes, vaporoso  
y huracanado patrimonio.

Ecuador, Ecuador, cola violeta 175  
de un astro ausente, en la irisada  
muchedumbre de pueblos que te cubren  
con infinita piel de frutería,  
ronda la muerte con su embudo,  
arde la fiebre en los poblados pobres, 180  
el hambre es un arado  
de ásperas púas en la tierra,  
y la misericordia te golpea  
el pecho con sayales y conventos,  
como una enfermedad humedecida 185  
en las fermentaciones de las lágrimas.

### **García Moreno**

De allí salió el tirano.

García Moreno es su nombre.  
Chacal enguantado, paciente  
murciélago de sacristía, 190  
recoge ceniza y tormento  
en su sombrero de seda  
y hunde las uñas en la sangre  
de los ríos ecuatoriales.

Con los pequeños pies metidos 195  
en esarpines charolados,  
santiguándose y encerándose  
en las alfombras del altar,  
con los faldones sumergidos [158]  
en las aguas procesionales, 200  
baila en el crimen arrastrando  
cadáveres recién fusilados,  
desgarra el pecho de los muertos,  
pasea sus huesos volando  
sobre los féretros, vestido 205  
con plumas de paño agorero.

En los pueblos indios, la sangre  
cae sin dirección, hay miedo  
en todas las calles y sombras  
(bajo las campanas hay miedo 210  
que suena y sale hacia la noche),  
y pesan pobre Quito las gruesas  
paredes de los monasterios,  
rectas, inmóviles, selladas.



Todo duerme con los florones 215  
de oro oxidado en las cornisas,  
los ángeles duermen colgados  
en sus perchas sacramentales,  
todo duerme como una tela  
de sacerdocio, todo sufre 220  
bajo la noche membranosa.

Pero no duerme la crueldad.  
La crueldad de bigotes blancos  
pasea con guantes y garras  
y clava oscuros corazones 225  
sobre la verja del dominio,  
Hasta que un día entra la luz  
como un puñal en el palacio  
y abre el chaleco hundiendo un rayo  
en la pechera inmaculada. 230

Así salió García Moreno  
del palacio una vez más, volando  
a inspeccionar las sepulturas,  
empeñosamente mortuorio,  
pero esta vez rodó hasta el fondo 235  
de las masacres, retenido,  
entre las víctimas sin nombre,  
a la humedad del pudridero. [159]

### **Los brujos de América**

Centro América hollada por los búhos,

engrasada por ácidos sudores, 240  
antes de entrar en tu jazmín quemado  
considérame fibra de tu nave,  
ala de tu madera combatida  
por la espuma gemela,  
y lléname de arrobador aroma 245  
polen y pluma de tu copa,  
márgenes germinales de tus aguas,  
líneas rizadas de tu nido.  
Pero los brujos matan los metales  
de la resurrección, cierran las puertas 250  
y entenebrecen la morada  
de las aves deslumbradoras.

### **Estrada**

Viene tal vez Estrada, chiquito,  
en su chaqué de antiguo enano  
y entre una tos y otra los muros 255  
de Guatemala fermentan  
regados incesantemente  
por los orines y las lágrimas.

### **Ubico**

O es Ubico por los senderos,  
atravesando los presidios 260  
en motocicleta, frío  
como una piedra, mascarón  
de la jerarquía del miedo.

### **Gómez**

Gómez, tembladeral de Venezuela,  
sumerge lentamente rostros, 265  
inteligencias, en su cráter.  
El hombre cae de noche en él  
moviendo los brazos, tapándose  
el rostro de los golpes crueles,  
y se lo tragan cenagales, 270  
se hunde en bodegas subterráneas,  
aparece en las carreteras  
cavando cargado de hierro,  
hasta morir despedazado,  
desaparecido, perdido. 275 [160]

### **Machado**

Machado en Cuba arreó su Isla  
con máquinas, importó tormentos  
hechos en Estados Unidos,  
silbaron las ametralladoras  
derribando la florecencia, 280  
el néctar marino de Cuba,  
y el estudiante apenas herido  
era tirado al agua donde  
los tiburones terminaban  
la obra del benemérito. 285  
Hasta México llegó la mano  
del asesino, y rodó Mella

como un discóbolo sangrante  
sobre la calle criminal  
mientras la Isla ardía, azul, 290  
empapelada en lotería,  
hipotecada con azúcar.

### **Melgarejo**

Bolivia muere en sus paredes  
como una flor enrarecida:  
se encaraman en sus monturas 295  
los generales derrotados  
y rompen cielos a pistolazos.

Máscara de Melgarejo,  
bestia borracha, espumarajo  
de minerales traicionados, 300  
barba de infamia, barba horrenda

sobre los montes rencorosos,  
barba arrastrada en el delirio,  
barba cargada de coágulos,  
barba hallada en las pesadillas 305

de la gangrena, barba errante  
galopada por los potreros,  
amancebada en los salones,  
mientras el indio y su carga cruzan  
la última sábana de oxígeno 310  
trotando por los corredores  
desangrados de la pobreza.

### Bolivia (22 de marzo de 1865)

Belzu ha triunfado. Es de noche. La Paz arde  
con los últimos tiros. Polvo seco  
y baile triste hacia la altura 315  
suben trenzados con alcohol lunario  
y horrenda púrpura recién mojada.  
Melgarejo ha caído, su cabeza [161]  
golpea contra el filo mineral  
de la cima sangrienta, los cordones 320  
de oro, la casaca  
tejida de oro, la camisa  
rota empapada de sudor maligno,  
yacen junto al detritus del caballo  
y a los sesos del nuevo fusilado. 325  
Belzu en Palacio, entre los guantes  
y las levitas, recibe sonrisas,  
se reparte el dominio del oscuro  
pueblo en la altura alcoholizada,  
los nuevos favoritos se deslizan 330  
por los salones encerados  
y las luces de lágrimas y lámparas  
caen al terciopelo despeinado  
por unos cuantos fogonazos.

Entre la muchedumbre 335  
va Melgarejo, tempestuoso espectro  
apenas sostenido por la furia.  
Escucha el ámbito que fuera suyo,  
la masa ensordecida, el grito  
despedazado, el fuego de la hoguera 340

alto sobre los montes, la ventana  
del nuevo vencedor.

Su vida (trozo

de fuerza ciega y ópera desatada  
sobre los cráteres y las mesetas,  
sueño de regimiento, en que los trajes 345

se vierten sobre tierras indefensas  
con sables de cartón, pero hay heridas  
que mancillan, con muerte verdadera  
y degollados, las plazas rurales,  
dejando tras el coro enmascarado 350

y los discursos del Eminentísimo,  
estiércol de caballos, seda, sangre  
y los muertos de turno, rotos, rígidos  
atravesados por el atronante  
disparo de los rápidos rifleros) 355

ha caído en lo más hondo del polvo,  
de lo desestimado y lo vacío,  
de una tal vez muerte inundada  
de humillación, pero de la derrota  
como un toro imperial saca las fauces, 360

escarba las metálicas arenas  
y empuja el bestial paso vacilante  
el minotauro boliviano andando [162]  
hacia las salas de oro clamoroso.

Entre la multitud cruza cortando 365  
masa sin nombre, escala  
pesadamente el trono enajenado,  
y al vencedor caudillo asalta. Rueda  
Belzu, manchado el almidón, roto el cristal

que cae derramando su luz líquida 370  
 agujereado el pecho para siempre,  
 mientras el asaltante solitario  
 búfalo ensangrentado del incendio  
 sobre el balcón apoya su estatura,  
 gritando: «Ha muerto Belzu», «Quién vive», 375  
 «Responded». Y de la plaza,  
 ronco un grito de tierra, un grito negro  
 de pánico y horror, responde: «Viva,  
 sí, Melgarejo, viva Melgarejo»,  
 la misma multitud del muerto, aquella 380  
 que festejó el cadáver desangrándose  
 en la escalera del palacio: «Viva»,  
 grita el fantoche colosal, que cubre  
 todo el balcón con traje desgarrado,  
 barro de campamento y sangre sucia. 385

### **Martínez (1932)**

Martínez el curandero  
 de El Salvador reparte frascos  
 de remedios multicolores,  
 que los ministros agradecen  
 con prosternación y zalemas, 390  
 El brujito vegetariano  
 vive recelando en palacio  
 mientras el hambre tormentosa  
 aúlla en los cañaverales.  
 Martínez entonces decreta: 395  
 y en unos días veinte mil

campesinos asesinados  
se pudren en las aldeas  
que Martínez manda incendiar  
con ordenanzas de higiene. 400

De nuevo en Palacio retorna  
a sus jarabes, y recibe  
las rápidas felicitaciones  
del Embajador norteamericano.  
«Está asegurada -le dice- 405

la cultura occidental,  
el cristianismo de occidente  
y además los buenos negocios, [163]  
las concesiones de bananas  
y los controles aduaneros.» 410

Y beben juntos una larga  
copa de champagne, mientras cae  
la lluvia caliente en las pútridas  
agrupaciones del osario.

### **Las satrapías**

Trujillo, Somoza, Carías, 415  
hasta hoy, hasta este amargo  
mes de septiembre  
del año 1948,

con Moriñigo (o Natalicio)  
en Paraguay, hienas voraces 420  
de nuestra historia, roedores  
de las banderas conquistadas



con tanta sangre y tanto fuego,  
encharcados en sus haciendas,  
depredadores infernales, 425  
sátrapas mil veces vendidos  
y vendedores, azuzados  
por los lobos de Nueva York.

Máquinas hambrientas de dólares,  
manchadas en el sacrificio 430  
de sus pueblos martirizados,  
prostituidos mercaderes  
del pan y el aire americanos,  
cenagales verdugos, piara  
de prostibularios caciques, 435  
sin otra ley que la tortura  
y el hambre azotada del pueblo.

Doctores «honoris causa»  
de Columbia University,  
con la toga sobre las fauces 440  
y sobre el cuchillo, feroces  
trashumantes de Waldorf Astoria  
y de las cámaras malditas  
donde se pudren las edades  
eternas del encarcelado. 445

Pequeños buitres recibidos  
por Mr. Truman, recargados  
de relojes, condecorados  
por «Loyalty», desangradores  
de patrias, sólo hay uno 450 [164]  
peor que vosotros, sólo hay uno

y ése lo dio mi patria un día  
para desdicha de mi pueblo.

## II

### Las oligarquías

No, aún no secaban las banderas,  
aún no dormían los soldados  
cuando la libertad cambió de traje,  
se transformó en hacienda:  
de las tierras recién sembradas 5  
salió una casta, una cuadrilla  
de nuevos ricos con escudo,  
con policía y con prisiones.

Hicieron una línea negra:  
«Aquí nosotros, porfiristas 10  
de México, “caballeros”  
de Chile, pitucos  
del Jockey Club de Buenos Aires,  
engomados filibusteros  
del Uruguay, pisaverdes 15  
ecuatorianos, clericales  
señoritos de todas partes.»

«Allá vosotros, rotos, cholos,  
pelados de México, gauchos,  
amontonados en pocilgas, 20  
desamparados, andrajosos,

piojentos, pililos, canalla,  
desbaratados, miserables,  
sucios, perezosos, pueblo.»

Todo se edificó sobre la línea. 25

El Arzobispo bautizó este muro  
y estableció anatemas incendiarios  
sobre el rebelde que desconociera  
la pared de la casta.

Quemaron por la mano del verdugo 30  
los libros de Bilbao.

El policía  
custodió la muralla, y al hambriento  
que se acercó a los mármoles sagrados [165]  
le dieron con un palo en la cabeza  
o lo enchufaron en un cepo agrícola 35  
o a puntapiés lo nombraron soldado.

Se sintieron tranquilos y seguros.  
El pueblo fue por calles y campiñas  
a vivir hacinado, sin ventanas,  
sin suelo, sin camisa, 40  
sin escuela, sin pan.

Anda por nuestra América un fantasma  
nutrido de detritus, iletrado,  
errante, igual en nuestras latitudes,  
saliendo de las cárceles fangosas, 45  
arrabalero y prófugo, marcado  
por el temible compatriota lleno

de trajes, órdenes y corbatines.

En México produjeron pulque  
para él, en Chile 50  
vino litriado de color violeta,  
lo envenenaron, le rasparon  
el alma pedacito a pedacito,  
le negaron el libro y la luz,  
hasta que fue cayendo en polvo, 55  
hundido en el desván tuberculoso,  
y entonces no tuvo entierro  
litúrgico: su ceremonia  
fue meterlo desnudo entre otras  
carroñas que no tienen nombre. 60

### **Promulgación de la ley del embudo**

Ellos se declararon patriotas.  
En los clubs se condecoraron  
y fueron escribiendo la historia.  
Los Parlamentos se llenaron  
de pompa, se repartieron 65  
después la tierra, la ley,  
las mejores calles, el aire,  
la Universidad, los zapatos.  
  
Su extraordinaria iniciativa  
fue el Estado erigido en esa 70  
forma, la rígida impostura.  
Lo debatieron, como siempre,

con solemnidad y banquetes, [166]  
primero en círculos agrícolas,  
con militares y abogados. 75  
Y al fin llevaron al Congreso  
la Ley suprema, la famosa,  
la respetada, la intocable  
Ley del Embudo.  
Fue aprobada.

Para el rico la buena mesa. 80

La basura para los pobres.

El dinero para los ricos.

Para los pobres el trabajo.

Para los ricos la casa grande.

El tugurio para los pobres. 85

El fuero para el gran ladrón.

La cárcel al que roba un pan.

París, París para los señoritos.

El pobre a la mina, al desierto.

El señor Rodríguez de la Crota 90

habló en el Senado con voz  
meliflua y elegante.

«Esta ley, al fin, establece

la jerarquía obligatoria  
y sobre todo los principios  
de la cristiandad.

Era

95

tan necesaria como el agua.

Sólo los comunistas, venidos

del infierno, como se sabe,

pueden discutir este código

del Embudo, sabio y severo.

100

Pero esta oposición asiática,

venida del sub-hombre, es sencillo

refrenarla: a la cárcel todos,

al campo de concentración, [167]

así quedaremos sólo

105

los caballeros distinguidos

y los amables yanaconas

del Partido Radical.»

Estallaron los aplausos

de los bancos aristocráticos:

110

qué elocuencia, qué espiritual,

qué filósofo, qué lumbrera!

Y corrió cada uno a llenarse

los bolsillos en su negocio,

uno acaparando la leche,

115

otro estafando en el alambre,

otro robando en el azúcar

y todos llamándose a voces  
patriotas, con el monopolio  
del patriotismo, consultado 120  
también en la Ley del Embudo.

### **Elección en Chimbarongo (1947)**

En Chimbarongo, en Chile, hace tiempo  
fui a una elección senatorial.  
Vi cómo eran elegidos  
los pedestales de la patria. 125

A las once de la mañana  
llegaron del campo las carretas  
atiborradas de inquilinos.  
Era en invierno, mojados,  
sucios, hambrientos, descalzos, 130  
los siervos de Chimbarongo  
descienden de las carretas.

Torvos, tostados, harapientos,  
son apiñados, conducidos  
con una boleta en la mano, 135  
vigilados y apretujados  
vuelven a cobrar la paga,  
y otra vez hacia las carretas  
enfilados como caballos  
los han conducido.

Más tarde 140  
les han tirado carne y vino  
hasta dejarlos bestialmente  
envilecidos y olvidados.

Escuché más tarde el discurso,  
del senador así elegido: 145  
«Nosotros, patriotas cristianos,  
nosotros, defensores del orden,  
nosotros, hijos del espíritu.» [168]  
Y estremecía su barriga  
su voz de vaca aguardentosa 150  
que parecía tropezar  
como una trompa de mamuth  
en las bóvedas tenebrosas  
de la silbante prehistoria.

### **La crema**

Grotescos, falsos aristócratas 155  
de nuestra América, mamíferos  
recién estucados, jóvenes  
estériles, pollinos sesudos,  
hacendados malignos, héroes  
de la borrachera en el Club, 160  
salteadores de banca y bolsa,  
pijes, granfinos, pitucos,  
apuestos tigres de Embajada,  
pálidas niñas principales,  
flores carnívoras, cultivos 165  
de las cavernas perfumadas,  
enredaderas chupadoras  
de sangre, estiércol y sudor,  
lianas estranguladoras,  
cadenas de boas feudales. 170



Mientras temblaban las praderas  
con el galope de Bolívar,  
o de O'Higgins (soldados pobres,  
pueblo azotado, héroes descalzos),  
vosotros formasteis las filas 175  
del rey, del pozo clerical,  
de la traición a las banderas,  
pero cuando el viento arrogante  
del pueblo, agitando sus lanzas,  
nos dejó la patria en los brazos, 180  
surgisteis alambrando tierras,  
midiendo cercas, hacinando  
áreas y seres, repartiendo  
la policía y los estancos.

El pueblo volvió de las guerras, 185  
se hundió en las minas, en la oscura  
profundidad de los corrales,  
cayó en los surcos pedregosos,  
movió las fábricas grasientas,  
procreando en los conventillos, 190 [169]  
en las habitaciones repletas  
con otros seres desdichados.

Naufragó en vino hasta perderse,  
abandonado, invadido  
por un ejército de piojos 195  
y de vampiros, rodeado  
de muros y comisarías,

sin pan, sin música, cayendo  
en la soledad desquiciada  
donde Orfeo le deja apenas 200  
una guitarra para su alma,  
una guitarra que se cubre  
de cintas y desgarraduras  
y canta encima de los pueblos  
como el ave de la pobreza. 205

### **Los poetas celestes**

Qué hicisteis vosotros gidistas,  
intelectualistas, rilkistas,  
misterizantes, falsos brujos  
existenciales, amapolas  
surrealistas encendidas 210  
en una tumba, europeizados  
cadáveres de la moda,  
pálidas lombrices del queso  
capitalista, qué hicisteis  
ante el reinado de la angustia, 215  
frente a este oscuro ser humano,  
a esta pateada compostura,  
a esta cabeza sumergida  
en el estiércol, a esta esencia  
de ásperas vidas pisoteadas? 220

No hicisteis nada sino la fuga:  
vendisteis hacinado detritus,  
buscasteis cabellos celestes,

plantas cobardes, uñas rotas,  
«Belleza pura», «sortilegio», 225  
obra de pobres asustados  
para evadir los ojos, para  
enmarañar las delicadas  
pupilas, para subsistir  
con el plato de restos sucios 230  
que os arrojaron los señores,  
sin ver la piedra en agonía, [170]  
sin defender, sin conquistar,  
más ciegos que las coronas  
del cementerio, cuando cae 235  
la lluvia sobre las inmóviles  
flores podridas de las tumbas.

### **Los explotadores**

Así fue devorada,  
negada, sometida, arañada, robada,  
joven América, tu vida. 240

De los despeñaderos de la cólera  
donde el caudillo pisoteó cenizas  
y sonrisas recién tumbadas,  
hasta las máscaras patriarcales  
de los bigotudos señores 245  
que presidieron la mesa dando  
la bendición a los presentes,  
y ocultando los verdaderos  
rostros de oscura saciedad,

de concupiscencia sombría 250  
y cavidades codiciosas:  
fauna de fríos mordedores  
de la ciudad, tigres terribles,  
comedores de carne humana,  
expertos en la cacería 255  
del pueblo hundido en las tinieblas,  
desamparado en los rincones,  
en los sótanos de la tierra.

### Los siúuticos

Entre la miasma ganadera  
o papelera, o cocktelera 260  
vivió el producto azul, el pétalo  
de la podredumbre altanera.

Fue el «siúutico» de Chile, el Raúl  
Aldunatillo (conquistador  
de revistas con manos ajenas, 265  
con manos que mataron indios),  
el Teniente cursi, el Mayor  
Negocio, el que compra letras  
y se estima letrado, compra  
sable y se cree soldado, 270  
pero no puede comprar pureza  
y escupe entonces como víbora. [171]

Pobre América revendida  
en los mercados de la sangre,  
por los mugrones enterrados 275

que resurgen en el salón  
de Santiago, de Minas Geraes  
haciendo «elegancia», caninos  
caballeretes de «boudoir»,  
pecheras inútiles, palos 280  
del golf de la sepultura.  
Pobre América, enmascarada  
por elegantes transitorios,  
falsificadores de rostros,  
mientras, abajo, el viento negro 285  
hiere el corazón derribado  
y rueda el héroe del carbón  
hacia el osario de los pobres,  
barrido por la pestilencia,  
cubierto por la oscuridad, 290  
dejando siete hijos hambrientos  
que arrojarán a los caminos.

### **Los validos**

En el espeso queso cárdeno  
de la tiranía amanece  
otro gusano: el favorito. 295

Es el cobardón arrendado  
para alabar las manos sucias.  
Es orador o periodista.  
Despierta de pronto en palacio,  
y mastica con entusiasmo 300  
las deyecciones del soberano,

elucubrando largamente  
sobre sus gestos, enturbiando  
el agua y pescando sus peces  
en la laguna purulenta. 305

Llamémoslo Darío Poblete,  
o Jorge Delano «Coke».  
(Es igual, podría llamarse  
de otra manera, existió cuando  
Machado calumniaba a Mella, 310  
después de haberlo asesinado.)

Allí Poblete hubiera escrito  
sobre las «Viles enemigos»  
del «Pericles de La Habana.» [172]  
Más tarde Poblete besaba 315  
las herraduras de Trujillo,  
la montura de Moriñigo,  
el ano de Gabriel González.

Fue ayer igual, recién salido  
de la montonera, alquilado 320  
para mentir, para ocultar  
ejecuciones y saqueos,  
que hoy, levantando su cobarde  
pluma sobre los tormentos  
de Pisagua, sobre el dolor 325  
de miles de hombres y mujeres.

Siempre el tirano en nuestra negra  
geografía martirizada

halló un bachiller cenagoso  
que repartiera la mentira 330  
y que dijera: *El Serenísimo,*  
*el Constructor, el Gran Repúblico*  
*que nos gobierna*, y deslizara  
entre la tinta emputecida  
sus garras negras de ladrón. 335  
Cuando el queso está consumido  
y el tirano cae al infierno,  
el Poblete desaparece,  
el Delano «Coke» se esfuma,  
el gusano vuelve al estiércol, 340  
esperando la rueda infame  
que aleja y trae tiranías,  
para aparecer sonriente  
con un nuevo discurso escrito  
para el déspota que despunta. 345

Por eso, pueblo, antes que a nadie,  
busca al gusano, rompe su alma  
y que su líquido aplastado,  
su oscura materia viscosa  
sea la última escritura, 350  
la despedida de una tinta  
que borraremos de la tierra. [173]

### **Los abogados del dólar**

Infierno americano, pan nuestro  
empapado en veneno, hay otra

lengua en tu pérfida fogata: 355  
es el abogado criollo  
de la compañía extranjera.

Es el que remacha los grillos  
de la esclavitud en su patria,  
y desdeñoso se pasea 360  
con la casta de los gerentes  
mirando con aire supremo  
nuestras banderas harapientas.

Cuando llegan de Nueva York  
las avanzadas imperiales, 365  
ingenieros, calculadores,  
agrimensores, expertos,  
y miden tierra conquistada,  
estaño, petróleo, bananas,  
nitrato, cobre, manganeso, 370  
azúcar, hierro, caucho, tierra,  
se adelanta un enano oscuro,  
con una sonrisa amarilla,  
y aconseja, con suavidad,  
a los invasores recientes: 375

*No es necesario pagar tanto  
a estos nativos, sería  
torpe, señores, elevar  
estos salarios. No conviene.  
Estos rotos, estos cholitos 380  
no sabrían sino embriagarse*



*con tanta plata. No, por Dios.  
Son primitivos, poco más  
que bestias, los conozco mucho.  
No varan a pagarles tanto.* 385

Es adoptado. Le ponen  
librea. Viste de gringo,  
escupe como gringo. Baila  
como gringo, y sube.

Tiene automóvil, whisky, prensa, 390  
lo eligen juez y diputado,  
lo condecoran, es Ministro,  
y es escuchado en el Gobierno. [174]

Él sabe quién es sobornable.  
Él sabe quién es sobornado. 395  
Él lame, unta, condecora,  
halaga, sonrío, amenaza.  
Y así vacían por los puertos  
las repúblicas desangradas.

Dónde habita, preguntaréis, 400  
este virus, este abogado,  
este fermento del detritus,  
este duro piojo sanguíneo,  
engordado con nuestra sangre?

Habita las bajas regiones 405  
ecuatoriales, el Brasil,  
pero también es su morada  
el cinturón central de América.

Lo encontraréis en la escarpada  
altura de Chuquicamata. 410

Donde huele riqueza sube  
los montes, cruza los abismos,  
con las recetas de su código  
para robar la tierra nuestra.

Lo hallaréis en Puerto Limón, 415  
en Ciudad Trujillo, en Iquique,  
en Caracas, en Maracaibo,

en Antofagasta, en Honduras,  
encarcelando a nuestro hermano,  
acusando a su compatriota, 420

despojando peones, abriendo  
puertas de jueces y hacendados,  
comprando prensa, dirigiendo  
la policía, el palo, el rifle  
contra su familia olvidada. 425

Pavoneándose, vestido  
de smoking, en las recepciones,  
inaugurando monumentos  
con esta frase: *Señores,*

*la Patria antes que la vida,* 430

*es nuestra madre, es nuestro suelo,*

*defendamos el orden, hagamos*

*nuevos presidios, otras cárceles.* [175]

Y muere glorioso, «el patriota  
senador, patricio, eminente, 435  
condecorado por el Papa,  
ilustre, próspero, temido,  
mientras la trágica ralea  
de nuestros muertos, los que hundieron  
la mano en el cobre, arañaron 440  
la tierra profunda y severa,  
mueren golpeadas y olvidados,  
apresuradamente puestos  
en sus cajones funerales:  
un nombre, un número en la cruz 445  
que el viento sacude, matando  
hasta la cifra de los héroes.

### **Diplomáticos (1948)**

Si usted nace tonto en Rumania  
sigue la carrera de tonto,  
si usted es tonto en Avignon 450  
su calidad es conocida  
por las viejas piedras de Francia,  
por las escuelas y los chicos  
irrespetuosos de las granjas.  
Pero si usted nace tonto en Chile 455  
pronto lo harán Embajador.

Llámesese usted tonto Mengano,

tonto Joaquín Fernández, tonto  
Fulano de Tal, si es posible  
tenga una barba acrisolada. 460

Es todo cuanta se le exige  
para «entablar negociaciones».

Informará después, sabihondo,  
sobre su espectacular  
presentación de credenciales, 465  
diciendo: *Etc., la carroza,*  
*etc., Su Excelencia, etc.,*  
*frases, etc., benévolas.*

Tome una voz ahuecada  
tono de vaca protectora, 470  
mutuamente con el enviado de Trujillo,  
mantenga discretamente  
una «garçonnière» «Usted sabe, [176]

las conveniencias de estas cosas  
para los Tratados de Límites»), 475  
remita en algo disfrazado  
el editorial del periódico  
doctoral, que desayunando  
leyó anteayer: es un «informe».

Júntese con lo «granado» 480  
de la «sociedad», con los tontos  
de aquel país, adquiera cuanta  
platería pueda comprar,  
hable en los aniversarios

junto a los caballos de bronce, 485  
diciendo: *Ejem, los vínculos,*  
*etc., ejem, etc.,*  
*ejem, los descendientes,*  
*etc., la raza, ejem, el puro,*  
*el sacrosanto, ejem, etc.* 490

Y quédese tranquilo, tranquilo:  
es usted un buen diplomático  
de Chile, es usted un tonto  
condecorado y prodigioso.

### **Los burdeles**

De la prosperidad nació el burdel, 495  
acompañando el estandarte  
de los billetes hacinados:  
sentina respetada  
del capital, bodega de la nave  
de mi tiempo.

Fueron mecanizados 500  
burdeles en la cabellera  
de Buenos Aires, carne fresca  
exportada por el infortunio  
de las ciudades y los campos  
remotos, en donde el dinero 505  
acechó los pasos del cántaro  
y aprisionó la enredadera.

Rurales lenocinios, de noche,  
en invierno, con los caballos  
a la puerta de las aldeas 510

y las muchachas atolondradas  
que cayeron de venta en venta  
en la mano de los magnates.  
Lentos prostíbulos provinciales  
en que los hacendados del pueblo 520  
-dictadores de la vendimia- [177]  
aturden la noche venérea  
con espantosos estertores  
Por los rincones, escondidas,  
grey de ramerías, inconstantes 525  
fantasmas, pasajeras  
del tren mortal, ya os tomaron,  
ya estáis en la red mancillada,  
ya no podéis volver al mar,  
ya os acecharon y cazaron, 530  
ya estáis muertas en el vacío  
de lo más vivo de la vida,  
ya podéis deslizar la sombra  
por las paredes: a ninguna  
otra parte sino a la muerte 535  
van estos muros por la tierra.

### **Procesión en Lima (1947)**

Eran muchos, llevaban el ídolo  
sobre los hombros, era espesa  
la cola de la muchedumbre  
como una salida del mar 540  
con morada fosforescencia.

Saltaban bailando, elevando  
graves murmullos masticados  
que se unían a la fritanga  
y a los tétricos tamboriles. 545

Chalecos morados, zapatos  
morados, sombreros  
llenaban de manchas violetas  
las avenidas como un río  
de enfermedades pustulosas 550  
que desembocaba en los vidrios  
inútiles de la catedral.

Algo infinitamente lúgubre  
como el incienso, la copiosa  
aglomeración de las llagas 555  
hería los ojos uniéndose  
con las llamas afrodisíacas  
del apretado río humano.

Vi al obeso terrateniente  
sudando en los sobrepellices, 560  
rascándose los goterones  
de sagrada esperma en la nuca. [178]

Vi al zaparrastroso gusano  
de las estériles montañas,  
al indio de rostro perdido 565  
en las vasijas, al pastor  
de llamas dulces, a las niñas  
cortantes de las sacristías,

a los profesores de aldea  
con rostros azules y hambrientos. 570  
Narcotizados bailadores  
con camisones purpurinos  
iban los negros pataleando  
sobre tambores invisibles.  
Y todo Perú se golpeaba 575  
el pecho mirando la estatua  
de una señora remilgada,  
azul-celeste y rosadilla  
que navegaba las cabezas  
en su hamo de confitura 580  
hinchado de aire sudoroso.

### **La Standard Oil Co.**

Cuando el barreno se abrió paso  
hacia las simas pedregales  
y hundió su intestino implacable  
en las haciendas subterráneas, 585  
y los años muertos, los ojos  
de las edades, las raíces  
de las plantas encarceladas  
y los sistemas escamosos  
se hicieran estratas del agua, 590  
subió por los tubos el fuego  
convertido en líquido frío,  
en la aduana de las alturas  
a la salida de su mundo  
de profundidad tenebrosa, 595



encontró un pálido ingeniero  
y un título de propietario.

Aunque «te enreden los caminos  
del petróleo, aunque las napas  
cambien su sitio silencioso 600  
y muevan su soberanía

entre los vientres de la tierra,  
cuando sacude el surtidor  
su ramaje de parafina,  
antes llegó la Standard Oil 605

con sus letrados y sus botas. [179]  
con sus cheques y sus fusiles,  
con sus gobiernos y sus presos.

Sus obesos emperadores  
viven en New York, son suaves 610  
y sonrientes asesinos,  
que compran seda, nylon, puros,  
tiranuelos y dictadores.

Compran países, pueblos, mares,  
policías, diputaciones, 615  
lejanas comarcas en donde  
los pobres guardan su maíz  
como los avaros el aro:

la Standard Oil los despierta,  
los uniforma, les designa 620  
cuál es el hermano enemigo,  
y el paraguayo hace su guerra

y el boliviano se deshace  
con su ametralladora en la selva.

Un presidente asesinado 625  
por una gota de petróleo,  
una hipoteca de millones  
de hectáreas, un fusilamiento  
rápido en una mañana  
mortal de luz, petrificada, 630  
un nuevo campo de presos  
subversivos en Patagonia,  
una traición, un tiroteo  
bajo la luna petrolada,  
un cambio sutil de ministros 635  
en la capital, un rumor  
como una marea de aceite,  
y luego el zarpazo, y verás  
cómo brillan, sobre las nubes,  
sobre los mares, en tu casa, 640  
las letras de la Standard Oil  
iluminando sus dominios.

### **La anaconda Copper Mining Co.**

Nombre enrollado de serpiente,  
fauce insaciable, monstruo verde,  
en las alturas agrupadas, 645  
en la montura enrarecida  
de mi país, bajo la luna [180]  
de la dureza, excavadora,

abres los cráteres lunarios  
del mineral, las galerías 650  
del cobre virgen, enfundado  
en sus arenas de granito.

Yo he visto arder en la noche eterna  
de Chuquicamata, en la altura,  
el fuego de los sacrificios, 655  
la crepitación desbordante  
del cíclope que devoraba  
la mano, el peso, la cintura  
de los chilenos, enrollándolos  
bajo sus vértebras de cobre, 660  
vaciándoles la sangre tibia,  
trituyendo los esqueletos  
y escupiéndolos en los montes  
de los desiertos desolados.

665

El aire suena en las alturas  
de Chuquicamata estrellada.  
Los socavones aniquilan  
con manos pequeñas de hombre  
la resistencia del planeta,  
trepida el ave sulfurosa 670  
de las gargantas, se amotina  
el férreo frío del metal  
con sus hurañas cicatrices,  
y cuando aturden las bocinas  
la tierra se traga un desfile 675  
de hombres minúsculos que bajan

a las mandíbulas del cráter.

Son pequeñitos capitanes,  
sobrinos míos, hijos míos,  
y cuando vierten los lingotes 680  
hacia los mares, y se limpian  
la frente y vuelven trepidando  
en el último escalofrío,  
la gran serpiente se los come,  
los disminuye, los tritura, 685  
los cubre de baba maligna,  
los arroja por los caminos,  
los mata con la policía,  
los hace pudrir en Pisagua,  
los encarcela, los escupe, 690  
compra un Presidente traidor [181]

que los insulta y los persigue,  
los mata de hambre en las llanuras  
de la inmensidad arenosa.

Y hay una y otra cruz torcida 695  
en las laderas infernales  
como única leña dispersa  
del árbol de la minería.

### **La United Fruit Co.**

Cuando sonó la trompeta, estuvo  
todo preparado en la tierra, 700

y Jehová repartió el mundo  
a Coca-Cola Inc., Anaconda,  
Ford Motors, y otras entidades:  
la Compañía Frutera Inc.  
se reservó lo más jugoso, 705  
la costa central de mi tierra,  
la dulce cintura de América.  
Bautizó de nuevo sus tierras  
como «Repúblicas Bananas»,  
y sobre los muertos dormidos, 710  
sobre los héroes inquietos  
que conquistaron la grandeza,  
la libertad y las banderas,  
estableció la ópera bufa:  
enajenó los albedríos, 715  
regaló coronas de César,  
desenvainó la envidia, atrajo  
la dictadura de las moscas,  
moscas Trujillos, moscas Tachos,  
moscas Carías, moscas Martínez, 720  
moscas Ubico, moscas húmedas  
de sangre humilde y mermelada,  
moscas borrachas que zumban  
cubre las tumbas populares,  
moscas de circo, sabias moscas 725  
entendidas en tiranía.

Entre las moscas sanguinarias  
la Frutera desembarca,  
arrasando el café y las frutas,

en sus barcos que deslizaron 730  
como bandejas el tesoro  
de nuestras tierras sumergidas.

Mientras tanto, por los abismos [182]  
azucarados de los puertos,  
caían indios sepultados 735  
en el vapor de la mañana:  
un cuerpo rueda, una cosa  
sin nombre, un número caído,  
un racimo de fruta muerta  
derramada en el pudridero. 740

### **Las tierras y los hombres**

Viejos terratenientes incrustados  
en la tierra como huesos  
de pavorosos animales  
supersticiosos herederos  
de la encomienda, emperadores 745  
de una tierra oscura, cerrada  
con odio y cercados de púa.

Entre los cercos el estambre  
del ser humano fue ahogado,  
el niño fue enterrado vivo, 750  
se le negó el pan y la letra,  
se le marcó como inquilino,  
so le condenó a los corrales.  
Pobre peón infortunado

entre las zarzas, amarrado 755  
a la no existencia, a la sombra  
de las praderías salvajes.

Sin Ebro fuiste carne inerme,  
y luego insensato esqueleto,  
comprado de una vida a otra, 780  
rechazado en la puerta blanca  
sin más amar que una guitarra  
desgarradora en su tristeza  
y el baile apenas encendido  
como una ráfaga mojada. 785

Pero no sólo fue en los campos  
la herida del hambre. Más lejos,  
más cerca, más hondo clavaron:  
en la ciudad, junto al palacio,  
creció el conventillo leproso, 790  
pululante de porquería,  
con su acusadora gangrena.

Yo he visto en los agrios recodos  
de Talcahuano, en la encharcada [183]  
cenicería de los cerros, 795  
hervir los pétalos inmundos  
de la pobreza, el amasijo  
de corazones degradados,  
la pústula abierta en la sombra  
del atardecer submarino, 800  
la cicatriz de los harapos,

y la substancia envejecida  
del hombre hirsuto y apaleado.

Yo entré en las casas profundas,  
como cuevas de ratas, húmedas 805  
de salitre y de sal podrida,  
vi arrastrarse seres hambrientos,  
oscuridades desdentadas,  
que trataban de sonreírme  
a través del aire maldito. 810

Me atravesaron los dolores  
de mi pueblo, se me enredaron  
como alambradas en el alma:  
me crisparon el corazón:  
salí a gritar por los caminos, 815  
salí a llorar envuelto en humo,  
toqué las puertas y me hirieron  
como cuchillos espinosos,  
llamé a los rostros impasibles  
que antes adoré como estrellas 820  
y me mostraron su vacío.

Entonces me hice soldado:  
número oscuro, regimiento,  
orden de puños combatientes,  
sistema de la inteligencia, 825  
fibra del tiempo innumerable,  
árbol armado, indestructible  
camino del hombre en la tierra.



Y vi cuántos éramos, cuántos 830  
estaban junto a mí, no eran  
nadie, eran todos los hombres,  
no tenían rostro, eran pueblo,  
eran metal, eran caminos.  
Y anduve con los mismos pasos  
de la primavera en el mundo. 835 [184]

### Los mendigos

Junto a las catedrales, anudados  
al muro. acarrearon  
sus pies, sus bultos, sus miradas negras,  
sus crecimientos lívidos de gárgolas,  
sus latas andrajosas de comida, 840  
y desde allí, desde la dura  
santidad de la piedra,  
se hicieron flora de la calle, errantes  
flores de las legales pestilencias.

El parque tiene sus mendigos 845  
como sus árboles de torturados  
ramajes y raíces:  
a los pies del jardín vive el esclavo,  
como al final del hombre, hecho basura,  
aceptada su impura simetría, 850  
listo para la escoba de la muerte.

La caridad lo entierra  
en su agujero de tierra leprosa:

sirve de ejemplo al hombre de mis días.  
Debe aprender a pisotear, a hundir 855  
la especie en los pantanos del desprecio,  
a poner los zapatos en la frente  
del ser con uniforme de vencido,  
o por lo menos debe comprenderlo  
en los productos de la naturaleza. 860  
Mendigo americano, hijo del año  
1948, nieto  
de catedrales, yo no te venero,  
yo no voy a poner marfil antiguo,  
barbas de rey en tu escrita figura, 865  
como te justifican en los libros,  
yo te voy a borrar con esperanza:  
no entrarás a mi amor organizado,  
no entrarás a mi pecho con los tuyos,  
con los que te crearon escupiendo 870  
tu forma degradada,  
yo apartaré tu arcilla de la tierra  
hasta que te construyan los metales  
y salgas a brillar como una espada.

### **Los indios**

El indio huyó desde su piel al fondo 875  
de antigua inmensidad de donde un día  
subió como las islas: derrotado,  
se transformó en atmósfera invisible, [185]  
se fue abriendo en la tierra, derramando  
su secreta señal sobre la arena. 890

El que gastó la luna, el que peinaba  
la misteriosa soledad del mundo,  
el que no transcurrió sin levantarse  
en altas piedras de aire coronadas,  
el que duró como la luz celeste 895  
bajo la magnitud de su arboleda,  
se gastó de repente hasta ser hilo,  
se convirtió en arrugas,  
desmenuzó sus torres torrenciales  
y recibió su paquete de harapos. 900

Yo lo vi en las alturas imantadas  
de Amatitlán, royendo las orillas  
del agua impenetrable: anduve un día  
sobre la majestad abrumadora  
del monte boliviano, con sus restos 905  
de pájaro y raíz.

Yo vi llorar  
a mi hermano de loca poesía,  
Alberti, en los recintos araucanos,  
cuando lo rodearon como a Ercilla  
y eran, en vez de aquellos dioses rojos, 910  
una cadena cárdena de muertos.

Más lejos, en la red de agua salvaje  
de la Tierra del Fuego,  
los vi subir, oh lobos, desgñados,  
a las piraguas rotas, 915  
a mendigar el pan en el Océano.

Allí fueron matando cada fibra  
de sus desérticos dominios,  
y el cazador de indios recibía  
sucios billetes por traer cabezas, 920  
de los dueños del aire, de los reyes  
de la nevada soledad antártica.

Los que pagaron crímenes se sientan  
hoy en el Parlamento, matriculan  
sus matrimonios en las Presidencias, 925  
viven con Cardenales y Gerentes,  
y sobre la garganta acuchillada  
de los dueños del Sur crecen las flores. [186]

Ya de la Araucanía los penachos  
fueron desbaratados por el vino, 930  
raídos por la pulpería,  
ennegrecidos par los abogados  
al servicio del robo de su reino,  
y a los que fusilaron a la tierra,  
a los que en los caminos defendidos 935  
por el gladiador deslumbrante  
de nuestra propia orilla  
entraron disparando y negociando,  
llamaron «Pacificadores»  
y les multiplicaron charreteras. 940

Así perdió sin ver, así invisible  
fue para el indio el desmoronamiento

de su heredad: no vio los estandartes,  
no echó a rodar la flecha ensangrentada,  
sino que lo royeron, poco a poco, 945  
magistrados, rateros, hacendados,  
todos tomaron su imperial dulzura,  
todos se le enredaron en la manta  
hasta que lo tiraron desangrándose  
a las últimas ciénagas de América. 950

Y de las verdes láminas, del cielo  
innumerable y puro del follaje,  
de la inmortal morada construida  
con pétalos pesados de granito,  
fue conducido a la cabaña rota, 955  
al árido albañal de la miseria.  
De la fulguradora desnudez,  
dorados pechos, pálida cintura,  
o de los ornamentos minerales  
que unieron a su piel todo el rocío, 960  
lo llevaron al hilo del andrajo,  
le repartieron pantalones muertos  
y así paseó su majestad parchada  
por el aire del mundo que fue suyo.

Así fue cometido este tormento. 965

El hecho fue invisible como entrada  
de traidor, como impalpable cáncer,  
hasta que fue agobiado nuestro padre,  
hasta que le enseñaron a fantasma

y entró a la única puerta que le abrieron, 970  
la puerta de otros pobres, la de todos  
los azotados pobres de la tierra. [187]

### Los jueces

Por el alto Perú, por Nicaragua,  
sobre la Patagonia, en las ciudades,  
no tuviste razón, no tienes nada: 975  
copa de miseria, abandonado  
hijo de las Américas, no hay  
ley, no hay juez que te proteja  
la tierra, la casita con maíces.

980

Cuando llegó la casta de los tuyos,  
de los señores tuyos, ya olvidado  
el sueño antiguo de garras y cuchillos,  
vino la ley a despoblar tu cielo,  
a arrancarte terrones adorados,  
a discutir el agua de los ríos, 985  
a robarte el reinado de los árboles.

Te atestiguaron, te pusieron sellos  
en la camisa, te forraron  
el corazón con hojas y papeles,  
te sepultaron en edictos fríos, 990  
y cuando despertaste en la frontera  
de la más despeñada desventura,  
desposeído, solitario, errante,  
te dieron calabozo, te amarraron,

te maniataron para que nadando 995  
no salieras del agua de los pobres,  
sino que te ahogaras pataleando.

El juez benigno te lee el inciso  
número Cuatro mil, Tercer acápite,  
el mismo usado en toda 1000  
la geografía azul que libertaron  
otros que fueron como tú y cayeron,  
y te instituye por su codicilo  
y sin apelación, perro sarnoso.

Dice tu sangre, cómo entretejieron 1005  
al rico y a la ley? Con qué tejido  
de hierro sulfuroso, cómo fueron  
cayendo pobres al juzgado?  
Cómo se hizo la tierra tan amarga  
para los pobres hijos, duramente 1010  
amamantados con piedra y dolores?  
Así pasó y así lo dejo escrito.  
Las vidas lo escribieron en mi frente. [188]

### III

#### **Los muertos de la plaza (28 de enero 1946 Santiago de Chile)**

Yo no vengo a llorar aquí donde cayeron:  
vengo a vosotros, acudo a los que viven.  
Acudo a ti y a mí y en tu pecho golpeo.  
Cayeron otros antes. Recuerdas? Sí, recuerdas.  
Otros que el mismo nombre y apellido tuvieron. 5

En San Gregorio, en Lonquimay lluvioso,  
en Ranquil, derramados por el viento,  
en Iquique, enterrados en la arena,  
a lo largo del mar y del desierto,  
a lo largo del humo y de la lluvia, 10  
desde las pampas a los archipiélagos  
fueron asesinados otros hombres,  
otros que como tú se llamaban Antonio  
y que eran como tú pescadores o herreros:  
carne de Chile, rostros 15  
cicatrizados por el viento,  
martirizados por la pampa,  
firmados por el sufrimiento.

Yo encontré por los muros de la patria,  
junto a la nieve y su cristalería, 20  
detrás del río de ramaje verde,  
debajo del nitrato y de la espiga,  
una gota de sangre de mi pueblo  
y cada gota, como el fuego, ardía.

### **Las masacres**

Pero entonces la sangre fue escondida 25  
detrás de las raíces, fue lavada  
y negada  
(fue tan lejos), la lluvia del Sur la borró de la tierra  
(tan lejos fue), el salitre la devoró en la pampa:  
y la muerte del pueblo fue como siempre ha sido:  
como si no muriera nadie, nada, 30



como si fueran piedras las que caen  
sobre la tierra, o agua sobre el agua.

De Norte a Sur, adonde trituraron  
o quemaron los muertos,  
fueron en las tinieblas sepultados, 35  
o en la noche quemados en silencio,  
acumulados en un pique  
o escupidos al mar sus huesos: [189]  
nadie sabe dónde están ahora,  
no tienen tumba, están dispersos 40  
en las raíces de la patria  
sus martirizados dedos:  
sus fusilados corazones:  
la sonrisa de los chilenos:  
los valerosos de la pampa: 45  
los capitanes del silencio.

Nadie sabe dónde enterraron  
los asesinos estos cuerpos,  
pero ellos saldrán de la tierra  
a cobrar la sangre caída 50  
en la resurrección del pueblo.

En medio de la Plaza fue este crimen.

No escondió el matorral la sangre pura  
del pueblo, ni la tragó la arena de la pampa

Nadie escondió este crimen. 55

Este crimen fue en medio de la Patria

### **Los hombres del nitrato**

Yo estaba en el salitre, con los héroes oscuros,  
con el que cava nieve fertilizante y fina  
en la corteza dura del planeta,  
y estreché con orgullo sus manos de tierra. 60

Ellos me dijeron: «Mira,  
hermano, cómo vivimos,  
aquí en «Humberstone», aquí en «Mapocho»,  
en «Ricaventura», en «Paloma»,  
en «Fan de Azúcar» en «Piojillo». 65

Y me mostraron sus raciones  
de miserables alimentos,  
su piso de tierra en las casas,  
el sol, el polvo, las vinchucas,  
y la soledad inmensa. 70

Yo vi el trabajo de los derripiadores,  
que dejan sumida, en el mango [190]  
de la madera de la pala,  
toda la huella de sus manos.

Yo escuché una voz que venía 75  
desde el fondo estrecho del pique,  
como de un útero infernal,

y después asomar arriba  
una criatura sin rostro,  
una mascara polvorienta 80  
de sudor, de sangre y de polvo.

Y ése me dijo: «Adonde vayas,  
habla tú de estos tormentos,  
habla tú, hermano, de tu hermano  
que vive abajo, en el infierno.» 85

### **La muerte**

Pueblo, aquí decidiste dar tu mano  
al perseguido obrero de la pampa, y llamaste,  
llamaste al hombre, a la mujer, al niño,  
hace un año, a esta Plaza.

Y aquí cayó tu sangre.

En medio de la patria fue vertida, 90  
frente al palacio, en medio de la calle,  
para que la mirara todo el mundo  
y no pudiera borrarla nadie,  
y quedaran sus manchas rojas  
como planetas implacables. 95

Fue cuando mano y mano de chileno  
alargaron sus dedos a la pampa,  
y con el corazón entero  
iría la unidad de sus palabras:  
fue cuando ibas, pueblo, a cantar 100  
una vieja canción con lágrimas,

con esperanza y con dolores:  
vino la mano del verdugo  
y empapó de sangre la plaza!

### **Cómo nacen las banderas**

Están así hasta hoy nuestras banderas. 105

El pueblo las bordó con su ternura,  
cosió los trapos con su sufrimiento.

Clavó la estrella con su mano ardiente. [191]

Y cortó, de camisa o firmamento,  
azul para la estrella de la patria 110

El rojo, gota s grata, iba naciendo.

### **Los llamo**

Uno a uno hablaré con ellos esta tarde.

Uno a uno, llegáis en el recuerdo,  
esta tarde, a esta plaza.

Manuel Antonio López, 115  
camarada.

Lisboa Calderón,  
otros te traicionaron, nosotros continuamos tu jornada.

Alejandro Gutiérrez,

el estandarte que cayó contigo 120  
sobre toda la tierra se levanta.

César Tapia,  
tu corazón está en estas banderas,  
palpita hoy el viento de la plaza.

Filomeno Chávez, 125  
nunca estreché tu mano, pero aquí está tu mano:  
es una mano pura que la muerte no mata.

Ramona Parra, joven  
estrella iluminada,  
Ramona Parra, frágil heroína, 130  
Ramona Parra, flor ensangrentada,  
amiga nuestra, corazón valiente,  
niña ejemplar, guerrillera dorada:  
juramos en tu nombre continuar esta lucha  
para que así florezca tu sangre derramada. 135

### **Los enemigos**

Ellos aquí trajeron los fusiles repletos  
de pólvora, ellos mandaron el acerbo exterminio,  
ellos aquí encontraron un pueblo que cantaba,  
un pueblo por deber y por amor reunido,  
y la delgada niña cayó con su bandera, 140  
y el joven sonriente rodó a su lado herido, [192]  
y el estupor del pueblo vio caer a los muertos  
con furia y con dolor.

Entonces, en el sitio  
donde cayeron los asesinados, 145  
bajaron las banderas a empaparse de sangre  
para alzarse de nuevo frente a los asesinos.

Por estos muertos, nuestros muertos,  
pido castigo.

Para los que de sangre salpicaron la patria, 150  
pido castigo.

Para el verdugo que mandó esta muerte  
pido castigo.

Para el traidor que ascendió sobre el crimen,  
pido castigo. 155

Para el que dio la orden de agonía,  
pido castigo.

Para los que defendieron este crimen,  
pido castigo.

No quiero que me den la mano 160  
empapada con nuestra sangre.

Pido castigo.

No los quiero de Embajadores,  
tampoco en su casa tranquilos,  
los quiero ver aquí juzgados, 165  
en esta plaza, en este sitio.

Quiero castigo.

### **Están aquí**

He de llamar aquí como si aquí estuvieran.

Hermanos: sabed que nuestra lucha

continuará en la tierra.

170

Continuará en la fábrica, en el campo,

en la calle, en la salitrera.

En el cráter del cobre verde y rojo, [193]

en el carbón y su terrible cueva.

Estará nuestra lucha en todas partes,

175

y en nuestro corazón, estas banderas

que presenciaron vuestra muerte,

que se empaparon en la sangre vuestra,

se multiplicarán como las hojas

de la infinita primavera.

180

### **Siempre**

Aunque los pasos toquen mil años este sitio,

no borrarán la sangre de los que aquí cayeron.

Y no se extinguirá la hora en que caísteis,

aunque miles de voces crucen este silencio.

La lluvia empapará las piedras de la plaza,

185

pero no apagará vuestros nombres de fuego.

Mil noches caerán con sus alas oscuras,  
sin destruir el día que esperan estos muertos.

El día que esperamos a lo largo del mundo  
tantos hombres, el día final del sufrimiento. 190

Un día de justicia conquistada en la lucha,  
y vosotros, hermanos caídos, en silencio,  
estaréis con nosotros en ese vasto día  
de la lucha final, en ese día inmenso.

#### IV

#### **Crónica de 1948 (América)**

*Mal año, año de ratas, año impuro!*

Alta y metálica es tu línea  
en las orillas del océano  
y del aire, como un alambre  
de tempestades y tensión. 5

Pero, América, también eres  
nocturna, azul y pantanosa:  
ciénaga y cielo, una agonía  
de corazones aplastados  
como negras naranjas rotas 10  
en tu silencio de bodega. [194]



## Paraguay

Desenfrenado Paraguay!  
De qué sirvió la luna pura  
iluminando los papeles  
de la geometría dorada? 15

Para qué sirvió el pensamiento  
heredado de las columnas  
y de los números solemnes?

Para este agujera abrumado  
de sangre podrida, para 20  
este hígado equinoccial  
arrebatada por la muerte.

Para Moriñigo reinante,  
sentado sobre las prisiones  
en su charca de parafina, 25  
mientras las plumas escarlata  
de los colibríes eléctricos  
vuelan y fulguran sobre  
los pobres muertos de la selva.

*Mal año, año de rosas desmedradas,* 30  
*año de carabinas, mira, bajo tus ojos*  
*no te ciegue*

*el aluminio del avión, la música*  
*de su velocidad seca y sonora:*  
*mira tu pan, tu tierra, tu multitud raída,* 35  
*tu estirpe roca!*

*Miras ese valle*  
*verde y ceniza desde el alto cielo?*

*Pálida agricultura, minería  
harapienta, silencio y llanto  
como el trigo, cayendo 40  
y naciendo  
en una eternidad malvada.*

### **Brasil**

Brasil, el Dutra, el pavoroso  
pavo de las tierras calientes,  
engordado por las amargas  
ramas del aire venenoso: 45  
sapo de las negras ciénagas  
de nuestra luna americana:  
botones dorados, ojillos  
de rata gris amoratada:  
Oh, Señor, de los intestinos 50  
de nuestra pobre madre hambrienta,  
de tanto sueño y resplandecientes [195]  
libertadores, de tanto  
sudor sobre los agujeros  
de la mina, de tanta y tanta 55  
soledad en las plantaciones,  
América, elevas de pronto  
a tu claridad planetaria  
a un Dutra sacado del fondo  
de tus reptiles, de tu sorda 60  
profundidad y prehistoria.

Y así sucedió!

### Albañiles

del Brasil, golpead la frontera,  
pescadores, llorad de noche  
sobre las aguas litorales, 65  
mientras Dutra, con sus pequeños  
ojos de cerdo selvático,  
rompe con un hacha la imprenta,  
quema los libros en la plaza,  
encarcela, persigue y fustiga 70  
hasta que el silencio se hace  
en nuestra noche tenebrosa.

### Cuba

En Cuba están asesinando!  
  
Ya tienen a Jesús Menéndez  
en un cajón recién comprado. 75  
Él salió, como un rey, del pueblo,  
y anduvo mirando raíces,  
deteniendo a los transeúntes,  
golpeando el pecho a los dormidos,  
estableciendo las edades, 80  
componiendo las almas rotas,  
y levantando del azúcar  
los sangrientos cañaverales,  
el sudor que pudre las piedras,  
preguntando por las cocinas 85  
pobres: quién eres?, cuánto comes?,  
tocando este brazo, esta herida,

y acumulando estos silencios  
en una sola voz, la ronca  
voz entrecortada de Cuba. 90

Lo asesinó un capitancito,  
un generalito: en un tren [196]  
le dijo: ven, y por la espalda  
hizo fuego el generalito,  
para que callara la voz 95  
ronca de los cañaverales.

### **Centro América**

*Mal año, ves más allá de la espesa  
sombra de matorrales la cintura  
de nuestra geografía?*

Una ola estrella  
como un panal sus abejas azules 100  
*contra la costa y vuelan los destellos  
del doble mar sobre la tierra angosta...*

Delgada tierra como un látigo,  
calentada como un tormento,  
tu paso en Honduras, tu sangre 105  
en Santo Domingo, de noche,  
tus ojos desde Nicaragua  
me tocan, me llaman, me exigen,  
y por la tierra americana  
toco las puertas para hablar, 110  
toco las lenguas amarradas,

levanto las cortinas, hundo  
la mano en la sangre:

Oh, dolores

de tierra mía, oh, estertores  
del gran silencio establecido, 115  
oh, pueblos de larga agonía,  
oh, cintura de los sollozos.

### **Puerto Rico**

Mr. Truman llega a la Isla  
de Puerto Rico,

viene al agua

azul de nuestros mares puros 120  
a lavar sus dedos sangrientos.

Acaba de ordenar la muerte  
de doscientos jóvenes griegos,  
sus ametralladoras funcionan  
estrictamente,

cada día 125

por sus órdenes las cabezas  
dóricas -uva y oliva-,  
ojos del mar antiguo, pétalos  
de la corola corinthiana,  
caen al polvo griego. [197]

Los asesinos 130

alzan la copa  
dulce de Chipre con los  
expertos norteamericanos,  
entre grandes risotadas, con

los bigotes chorreantes 135  
de aceite frito y sangre griega.

Truman a nuestras aguas llega  
a lavarse las manos rojas  
de la sangre lejana. Mientras,  
decreta, predica y sonrío 140  
en la Universidad, en su idioma,  
cierta la boca castellana,  
cubre la luz de las palabras  
que allí circularon como un  
río de estirpe cristalina 145  
y estatuye: «Muerte a tu lengua,  
Puerto Rico.»

### **Grecia**

(La sangre griega

baja en esta hora. Amanece  
en las colinas.

Es un simple

arroyo entre el polvo y las piedras: 150  
los pastores pisan la sangre  
de otros pastores:

es un simple

hilo delgado que desciende  
desde los montes hasta el mar,  
hasta el mar que conoce y canta.) 155

*...A tu tierra, a tu mar vuelve los ojos,*

*mira la claridad en las australes  
aguas y nieves, construye el sol las uvas,  
brilla el desierto, el mar de Chile surge  
coa su linea golpeada...* 160

En Lota están las bajas minas  
del carbón: es un puerto frío,  
del grave invierno austral, la lluvia  
cae y cae sobre los techos, alas  
de gaviotas color de niebla, 165  
y bajo el mar sombrío el hombre  
cava y cava el recinto negro. [198]

La vida del hombre es oscura  
como el carbón, noche andrajosa,  
pan miserable, duro día. 170

Yo por el mundo anduve largo,  
pero jamás por los caminos  
o las ciudades, nunca vi  
más maltratados a los hombres.  
Doce duermen en una pieza. 175

Las habitaciones tienen  
techos de restos sin nombre:  
pedazos de hojalata, piedras,  
cartones, papeles mojados.  
Niños y perros, en el vapor 180  
húmedo de la estación fría,  
se agrupan hasta darse el fuego  
de la pobre vida que un día  
será otra vez hambre y tinieblas.

## Los tormentos

Una huelga más, los salarios 185  
no alcanzan, las mujeres lloran  
en las cocinas, los mineros  
juntan una a una sus manos  
y sus dolores.

Es la huelga  
de los que bajo el mar excavaron, 190  
tendidos en la cueva húmeda,  
y extrajeron con sangre y fuerza  
el terrón negro de las minas.

Esta vez vinieron soldados.  
Rompieron sus casas, de noche. 195  
Los condujeron a las minas  
como a un presidio y saquearon  
la pobre harina que guardaban,  
el grano de arroz de los hijos.

Luego, golpeando las paredes, 200  
los exilaron, los hundieron,  
los acorralaron, marcándolos  
como a bestias, y en los caminos,  
en un éxodo de dolores,

los capitanes del carbón 205  
vieron expulsados sus hijos,  
atropelladas sus mujeres  
y a centenares de mineros [199]  
trasladados y encarcelados,



a Patagonia, en el frío antártico, 210  
o a los desiertos de Pisagua.

### **El traidor**

Y encima de estas desventuras  
un tirano que sonreía  
escupiendo las esperanzas  
de los mineros traicionados. 215

Cada pueblo con sus dolores,  
cada lucha con sus tormentos,  
pero venid aquí a decirme  
si entre los sanguinarios,  
entre todos los desmandados 220

déspotas, coronados de odio,  
con cetros de látigos verdes,  
alguno fue como el de Chile?  
Éste traicionó pisoteando  
sus promesas y sus sonrisas, 225  
éste del asco hizo su cetro,  
éste bailó sobre los dolores  
de su pobre pueblo escupido.

Y cuando en las prisiones llenas  
por sus desleales decretos 230  
se acumularon ojos negros  
de agraviados y de ofendidos,  
él bailaba en Viña del Mar,  
rodeado de alhajas y copas.

Pero los negros ojos miran a 235  
través de la noche negra.

*Tú qué hiciste? No vino tu palabra  
para el hermano de las bajas minas,  
para el dolor de los traicionados,  
no vino a ti la sílaba de llamas 240  
para clamar y defender tu pueblo?*

### **Acuso**

Acusé entonces al que había  
estrangulado la esperanza,  
llamé a los rincones de América  
y puse su nombre en la cueva 245 [200]  
de las deshonras.

Entonces crímenes  
me reprocharon, la jauría  
de los vendidos y alquilados:  
los «secretarios de gobierno»,  
los policías, escribieron 250  
con alquitrán su espeso insulto  
contra mí, pero las paredes  
miraban cuando los traidores  
escribían con grandes letras  
mi nombre, y la noche borraba, 255  
con sus manos innumerables,  
manos del pueblo y de la noche,  
la ignominia que vanamente

quieren arrojar a mi canto.

Fueron de noche a quemar entonces 260  
mi casa (el fuego marca ahora  
el nombre de quien los enviara),  
y los jueces se unieron todos  
para condenarme, buscándome,  
para crucificar mis palabras 265  
y castigar estas verdades.

Cerraron las cordilleras  
de Chile para que no partiera  
a contar lo que aquí sucede,  
y cuando México abrió sus puertas 270  
para recibirme y guardarme,  
Torres Bodet, pobre poeta,  
ordenó que se me entregara  
a los carceleros furiosos.

Pero mi palabra está viva, 275  
y mi libre corazón acusa.

*Qué pasará, qué pasará? En la noche  
de Pisagua, la cárcel, las cadenas,  
el silencio, la patria envilecida,  
y este mal año, año de ratas ciegas, 280  
este mal año de ira y de rencores,  
qué pasará, preguntas, me preguntas? [201]*

## **El pueblo victorioso**

Está mi corazón en esta lucha.

Mi pueblo vencerá. Todos los pueblos  
vencerán, uno a uno.

Estos dolores 285

se exprimirán como pañuelos hasta  
estrujar tantas lágrimas vertidas  
en socavones del desierto, en tumbas,  
en escalones del martirio humano.

Pero está cerca el tiempo victorioso. 290

Que sirva el odio para que no tiemblen  
las manos del castigo,

que la hora

llegue a su horario en el instante puro,  
y el pueblo llene las calles vacías  
con sus frescas y firmes dimensiones. 295

Aquí está mi ternura para entonces.

La conocéis. No tengo otra bandera.

## V

### **González Videla el traidor de Chile (*Epílogo*) 1949**

De las antiguas cordilleras salieron los verdugos,  
como huesos, como espinas americanas en el hirsuto lomo  
de una genealogía de catástrofes: establecidos fueron,  
enquistados en la miseria de nuestras poblaciones.

Cada día la sangre manchó sus alamares. 5

Desde las cordilleras como bestias huesudas  
fueron procreados por nuestra arcilla negra.  
Aquéllos fueron los saurios tigres, los dinastas glaciales,  
recién salidos de nuestras cavernas y de nuestras derrotas.  
Así desenterraron los maxilares de Gómez 10  
bajo las carreteras manchadas por cincuenta años de nuestra  
sangre.

La bestia oscurecía las tierras con sus costillas  
cuando después de las ejecuciones se torcía el bigote  
junto al Embajador Norteamericano que le servía el té.

Los monstruos envilecieron, pero no fueron viles. Ahora 15  
en el rincón que la luz reservó a la pureza,  
en la nevada patria blanca de Araucanía,  
un *traidor* sonrío sobre un trono podrido. [202]

En mi patria preside la vileza.

Es González Videla la rata que sacude 20  
su pelambreira llena de estiércol y de sangre  
sobre la tierra mía que vendió. Cada día  
saca de sus bolsillos las monedas robadas  
y piensa si mañana venderá territorio  
o sangre.

Todo lo ha *traicionado*. 25  
Subió como una rata a los hombros del pueblo  
y desde allí, royendo la bandera sagrada  
de mi país, ondula su cola roedora  
diciendo al hacendado, al extranjero, dueño

del subsuelo de Chile: «Bebed toda la sangre  
de este pueblo, yo soy el mayordomo  
de los suplicios.» 30

Triste clown, miserable  
mezcla de mono y rata, cuyo rabo  
peinan en Wall Street con pomada de oro,  
no pasarán los días sin que caigas del árbol 35  
y seas el montón de inmundicia evidente  
que el transeúnte evita pisar en las esquinas!

Así ha sido. La *traición* fue Gobierno de Chile.  
Un traidor ha dejado su nombre en nuestra historia.  
*Judas* enarbolando dientes de calavera 40  
vendió a mi hermano,

dio veneno a mi patria,  
fundó Pisagua, demolió nuestra estrella,  
escupió los colores de una bandera pura.

*Gabriel González Videla*. Aquí dejó su nombre,  
para que cuando el tiempo haya borrado 45  
la ignominia, cuando mi patria limpie  
su rostro iluminado por el trigo y la nieve,  
más tarde, los que aquí busquen la herencia  
que en estas líneas dejo como una brasa verde  
hallen también el nombre del traidor que trajera 50  
la copa de agonía que rechazó mi pueblo.

Mi pueblo, pueblo mío, levanta tu destino!  
Rompe la cárcel, abre los muros que te cierran!  
Aplasta el paso torvo de la rata que manda

desde el Palacio: sube tus lanzas a la aurora, 55  
y en lo más alto deja que tu estrella iracunda  
fulgure, iluminando los caminos de América. [203]

- VI -

América, no invoco tu nombre en vano [205]

**Desde arriba (1942)**

Lo recorrido, el aire  
indefinible, la luna de los cráteres,  
la seca luna derramada  
sobre las cicatrices,  
el calcáreo agujero de la túnica rota, 5  
el ramaje de venas congeladas, el pánico del cuarzo,  
del trigo, de la aurora,  
las llaves extendidas en las rocas secretas,  
la aterradora línea  
del Sur despedazado, 10  
el sulfato dormido en su estatura  
de larga geografía,  
y las disposiciones de turquesa  
rodando en torno de la luz cortada,  
del acre ramo sin cesar florido, 15  
de la espaciosa noche de espesura.

II

**Un asesino duerme**

La cintura manchada por el vino

cuando el dios tabernario  
pisa los vasos rotos y desgrena  
la luz del alba desencadenada:  
la rosa humedecida en el sollozo 5  
de la pequeña prostituta, el viento de los días febriles  
que entra por la ventana sin cristales  
donde el vengado duerme con los zapatos puestos  
en un olor amargo de pistolas,  
en un color azul de ojos perdidos. 10 [206]

### III

#### **En la costa**

En Santos, entre el olor dulceagudo de los plátanos  
que, como un río de oro blando, abierto en las espaldas,  
deja en las márgenes la estúpida saliva  
del paraíso desquiciado,  
y un clamor férreo de sombras, de agua y locomotora, 5  
una corriente de sudor y plumas  
algo que baja y corre desde el fondo de las hojas ardientes  
como desde un sobaco palpitante:  
una crisis de vuelos, una remota espuma.

### IV

#### **Invierno en el sur, a caballo**

Yo he traspasado la corteza mil  
veces agredida por los golpes australes:



he sentido el cogote del caballo dormirse  
bajo la piedra fría de la noche del Sur,  
tiritar en la brújula del monte deshojado, 5  
ascender en la pálida mejilla que comienza:  
yo conozco el final del galope en la niebla,  
el harapo del pobre caminante:  
y para mí no hay dios sino la arena oscura,  
el lomo interminable de la piedra y la noche, 10  
el insociable día  
con un advenimiento  
de mala ropa, de alma exterminada.

## V

### Los crímenes

Tal vez tú, de las noches oscuras has recorrido  
el grito con puñal, la pisada en la sangre:  
el solitario filo de nuestra cruz mil veces  
pisoteada,  
los grandes golpes en la callada puerta, 5  
el abismo o el rayo que tragó al asesino  
cuando ladran los perros y la violenta policía [207]  
llega entre los dormidos  
a torcer fuertemente los hilos de la lágrima  
tirándolos del párpado aterrado. 10

## VI

## Juventud

Un perfume como una ácida espada  
de ciruelas en un camino,  
los besos del azúcar en los dientes,  
las gotas vitales resbalando en los dedos,  
la dulce pulpa erótica, 5  
las eras, los pajares, los incitantes  
sitios secretos de las casas anchas,  
los colchones dormidos en el pasado, el agrio valle verde  
mirado desde arriba, desde el vidrio escondido:  
toda la adolescencia mojándose y ardiendo 10  
como una lámpara derribada en la lluvia.

## VII

### Los climas

En el otoño caen desde el álamo  
las altas flechas, el renovado olvido:  
se hunden los pies en su frazada pura:  
el frío de las hojas irritadas  
es un espeso manantial de oro, 5  
y un esplendor de espinas pone cerca del cielo  
los secos candelabros de estatura erizada,  
y el jaguar amarillo, entre las uñas,  
huele una gota viva.

## VIII

## Varadero en Cuba

Fulgor de Varadero desde la costa eléctrica  
cuando, despedazándose, recibe en la cadera  
la Antilla, el mayor golpe de luciérnaga y agua,  
el sinfín fulgurario del fósforo y la luna,  
el intenso cadáver de la turquesa muerta: 5  
y el pescador oscuro saca de los metales  
una cola erizada de violetas marinas. [208]

## IX

### Los dictadores

Ha quedado un olor entre los cañaverales:  
una mezcla de sangre y cuerpo, un penetrante  
pétalo nauseabundo.  
Entre los cocoteros las tumbas están llenas  
de huesos demolidos, de estertores callados. 5  
El delicado sátrapa conversa  
con copas, cuellos y cordones de oro.  
El pequeño palacio brilla como un reloj  
y las rápidas risas enguantadas  
atraviesan a veces los pasillos 10  
y se reúnen a las voces muertas  
y a las bocas azules, frescamente enterradas.  
El llanto está escondido como una planta  
cuya semilla cae sin cesar sobre el suelo  
y hace crecer sin luz sus grandes hojas ciegas. 15  
El odio se ha formado escama a escama,  
golpe a golpe, en el agua terrible del pantano,

con un hocico lleno de légamo y silencio.

## X

### **Centro-América**

Qué luna como una culata ensangrentada,  
qué ramaje de látigos,  
qué luz atroz de párpado arrancado  
te hacen gemir sin voz, sin movimiento,  
rompen tu padecer sin voz, sin boca: 5  
oh, cintura central, oh, paraíso  
de llagas implacables.  
De noche y día veo los martirios,  
de día y noche veo al encadenado,  
al rubio, al negro, al indio 10  
escribiendo con manos golpeadas y fosfóricas  
en las interminables paredes de la noche.

## XI

### **Hambre en el sur**

Veo el sollozo en el carbón de Lota  
y la arrugada sombra del chileno humillado  
picar la amarga veta de la entraña, morir,  
vivir, nacer en la dura ceniza. [209]  
agachados, caídos como si el mundo 5  
entrara así y saliera así  
entre polvo negro, entre llamas,

y sólo sucediera  
la tos en el invierno, el paso  
de un caballo en el agua negra, donde ha caído 10  
una hoja de eucaliptus como un cuchillo muerto.

## XII

### **Patagonia**

Las focas están pariendo  
en la profundidad de las zonas heladas,  
en las crepusculares grutas que forman  
los últimos hocicos del océano,  
las vacas de la Patagonia 5  
se destacan del día  
como un tumulto, como un vapor pesado  
que levanta en el frío su caliente columna  
hacia las soledades.

Desierta eres, América, como una campana: 10  
llena por dentro de un canto que no se eleva,  
el pastor, el llanero, el pescador  
no tienen una mano, ni una oreja, ni un piano,  
ni una mejilla cerca: la luna los vigila,  
la extensión los aumenta, la noche los acecha, 15  
y un viejo día lento como los otros, nace.

## XIII

### **Una rosa**

Veo una rosa junto al agua, una pequeña copa  
de párpados bermejos,  
sostenida en la altura por un sonido aéreo:  
una luz de hojas verdes toca los manantiales  
y transfigura el bosque con solitarios seres  
de transparentes pies:  
el aire está poblado de claras vestiduras  
y el árbol establece su magnitud dormida. [210]

5

### XIV

#### **Vida y muerte de una mariposa**

Vuela la mariposa de Muzo en la tormenta:  
todos los hilos equinocciales,  
la pasta helada de las esmeraldas,  
todo vuela en el rayo,  
se sacuden las últimas consecuencias del aire  
y entonces una lluvia de estambres verdes  
el polen asustado de la esmeralda sube:  
sus grandes terciopelos de fragancia mojada  
caen en las riberas azules del ciclón,  
se unen a las caídas levaduras terrestres,  
regresan a la patria de las hojas.

5

10

### XV

#### **El hombre enterrado en la Pampa**

De tango a tango, si alcanzara  
a rayar el dominio, las praderas,  
si ya dormido  
saliendo de mi boca el cereal salvaje,  
si yo escuchara en las llanuras 5  
un trueno de caballos,  
una furiosa tempestad de patas  
pasar sobre mis dedos enterrados,  
besaría sin labios la semilla  
y amarraría a ella los vestigios 10  
de mis ojos  
para ver el galope que amó mi turbulencia:  
mátame, vidalita,  
mátame y se derrame mi substancia  
como el ronco metal de las guitarras. 15

## XVI

### **Obreros marítimos**

En Valparaíso, los obreros del mar  
me invitaron: eran pequeños y duros,  
y sus rostros quemados eran la geografía  
del Océano Pacífico: eran una corriente  
adentro de las inmensas aguas, una ola muscular, 5  
un ramo de alas marinas en la tormenta.  
Era hermoso verlos como pequeños dioses pobres, [211]  
semidesnudos, malnutridos, era hermoso  
verlos luchar y palpitar con otros hombres más allá del  
océano,

con otros hombres de otros puertos miserables, y oírlos, 10  
era el mismo lenguaje de españoles y chinos,  
el lenguaje de Baltimore y Kronstadt,  
y cuando cantaron «La Internacional» canté con ellos:  
me subía del corazón un himno, quise decirles: «Hermanos»,  
pero no tuve sino ternura que se me hacía canto 15  
y que iba con su canto desde mi boca hasta el mar.  
Ellos me reconocían, me abrazaban con sus poderosas  
miradas  
sin decirme nada, mirándome y cantando.

## XVII

3

### Un río

Yo quiero ir por el Papaloapán  
como tantas veces por el terroso espejo,  
tocando con las uñas el agua poderosa:  
quiero ir hacia las matrices, hacia la contextura  
de sus originales ramajes de cristal: 5  
ir, mojarme la frente, hundir en la secreta  
confusión del rocío  
la piel, la sed, el sueño.  
El sábalo saliendo del agua  
como un violín de plata, 10  
y en la orilla las flores atmosféricas  
y las alas inmóviles

---

<sup>3</sup>Las vicisitudes políticas que rodearon la publicación de la primera edición y de otras clandestinas del *Canto General* determinaron la extraña circunstancia de que este poema se extraviase. Sucesivas ediciones incurrieron en la misma ausencia. Hernán Loyola, estudioso de la obra nerudiana, advierte esta falta y rescata el poema que ahora incluimos.



en un calor de espacio defendido  
por espadas azules.

## XVIII

### América

Estoy, estoy rodeado  
por madreSelva y páramo, por chacal y centella,  
por el encadenado perfume de las lilas: [212]  
estoy, estoy rodeado  
por días, meses, aguas que sólo yo conozco, 5  
por uñas, peces, meses que sólo yo establezco,  
estoy, estoy rodeado  
por la delgada espuma combatiente  
del litoral poblado de campanas.  
La camisa escarlata del volcán y del indio, 10  
el camino, que el pie desnudo levantó entre las hojas  
y las espinas entre las raíces,  
llega a mis pies de noche para que lo camine.  
La oscura sangre como en un otoño  
derramada en el suelo, 15  
el temible estandarte de la muerte en la selva,  
los pasos invasores deshaciéndose, el grito  
de los guerreros, el crepúsculo de las lanzas dormidas,  
el sobresaltado sueño de los soldados, los grandes  
ríos en que la paz del caimán chapotea, 20  
tus recientes ciudades de alcaldes imprevistos,  
el coro de los pájaros de costumbre indomable,  
en el pútrido día de la selva, el fulgor

tutelar de la luciérnaga,  
 cuando en tu vientre existo, en tu almenada 25  
 tarde, en tu descanso, en el útero de tus nacimientos, en el  
 terremoto, en el diablo de los campesinos, en la ceniza  
 que cae de los ventisqueros, en el espacio,  
 en el espacio puro, circular, inasible,  
 en la garra sangrienta de los cóndores, en la paz humillada 30  
 de Guatemala, en los negros,  
 en los muelles de Trinidad, en la Guayra:  
 todo es mi noche, todo  
 es mi día, todo  
 es mi aire, todo 35  
 es lo que vivo, sufro, levanto y agonizo.  
 América, no de noche  
 ni de luz están hechas las sílabas que canto.  
 De tierra es la materia apoderada  
 del fulgor y del pan de mi victoria, 40  
 y no es sueño mi sueño sino tierra.  
 Duermo rodeado de espaciosa arcilla  
 y por mis manos corre cuando vivo  
 un manantial de caudalosas tierras.  
 Y no es vino el que bebo sino tierra, 45  
 tierra escondida, tierra de mi boca,  
 tierra de agricultura con rocío,  
 vendaval de legumbres luminosas,  
 estirpe cereal, bodega de oro. [213]

### **América no invoco tu nombre en vano**

América, no invoco tu nombre en vano.  
Cuando sujeto al corazón la espada,  
cuando aguanto en el alma la gotera,  
cuando por las ventanas  
un nuevo día tuyo me penetra, 5  
soy y estoy en la luz que me produce,  
vivo en la sombra que me determina,  
duermo y despierto en tu esencial aurora  
dulce como las uvas, y terrible,  
conductor del azúcar y el castigo, 10  
empapado en esperma de tu especie,  
amamantado en sangre de tu herencia. [215]

### **- VII -**

Canto General de Chile [217]

#### **Eternidad**

*Escribo para una tierra recién secada, recién  
fresca de flores, de polen, de argamasa,  
escribo para unos cráteres cuyas cúpulas de tiza  
repiten su redondo vacío junto a la nieve pura,  
dictamino de pronto para lo que apenas 5  
lleva el vapor ferruginoso recién salido del abismo,  
hablo para las praderas que no conocen apellido  
sino la pequeña campanilla del liquen o el estambre  
quemado  
o la áspera espesura donde la yegua arde.*

*De dónde vengo, sino de estas primerizas, azules* 10  
*materias que se enredan o se encrespan o se destituyen*  
*o se esparcen a gritos o se derraman sonámbulas,*  
*o se trepan y forman el baluarte del árbol,*  
*o se sumen y amarran la célula del cobre*  
*o saltan a la rama de los ríos, o sucumben* 15  
*en la raza enterrada del carbón o relucen*  
*en las tinieblas verdes de la uva?*

*En las noches duermo como los ríos, recorriendo*  
*algo incesantemente, rompiendo, adelantando*  
*la noche natatoria, levantando las horas* 20  
*hacia la luz, palpando las secretas*  
*imágenes que la cal ha desterrado, subiendo por el bronce*  
*hasta las cataratas recién disciplinadas, y toco*  
*en un camino de ríos lo que no distribuye*  
*sino la rosa nunca nacida, el hemisferio ahogado.* 25  
*La tierra es una catedral de párpados pálidos,*  
*eternamente unidos y agregados en un*  
*vendaval de segmentos, en una sal de bóvedas,*  
*en un color final de otoño perdonado. [218]*

*No habéis, no habéis rosado jamás en el camino* 30  
*lo que la estalactita desnuda determina,*  
*la fiesta entre las lámparas glaciales,*  
*el alto frío de las hojas negras,*  
*no habéis entrado conmigo en las fibras*  
*que la tierra ha escondido,* 35  
*no habéis vuelto a subir después de muertos*  
*grano a grano las gradas de la arena*

*hasta que las coronas del rocío  
de nuevo cubran una rosa abierta,  
no podéis existir sin ir muriendo  
con el vestuario usado de la dicha.*

40

*Pero yo soy el nimbo metálico, la argolla  
encadenada a espacios, a nubes, a terrenos  
que roca despertadas y enmudecidas aguas,  
y vuelve a desafiar la intemperie infinita.*

45 [219]

### **Himno y regreso (1939)**

Patria, mi patria, vuelvo hacia ti la sangre.

Pero te pido, como a la madre el niño

lleno de llanto.

Acoge

esta guitarra ciega

y esta frente perdida.

5

Salí a encontrarte hijos por la tierra,

salía cuidar caídos con tu nombre de nieve,

salí a hacer una casa con tu madera pura,

salí a llevar tu estrella a los héroes heridos.

Ahora quiero dormir en tu substancia.

10

Dame tu clara noche de penetrantes cuerdas,

tu noche de navío, tu estatura estrellada.

Patria mía: quiero mudar de sombra.

Patria mía: quiero cambiar de rosa.

Quiero poner mi brazo en tu cintura exigua

15

y sentarme en tus piedras por el mar calcinadas,  
a detener el trigo y mirarlo por dentro.  
Voy a escoger la flora delgada del nitrato,  
voy a hilar el estambre glacial de la campana,  
y mirando tu ilustre y solitaria espuma 20  
un ramo litoral tejeré a tu belleza.

Patria, mi patria  
toda rodeada de agua combatiente  
y nieve combatida,  
en ti se junta el águila al azufre, 25  
y en tu antártica mano de armiño y de zafiro  
una gota de pura luz humana  
brilla encendiendo el enemigo cielo.

Guarda tu luz, oh patria! mantén  
tu dura espiga de esperanza en medio 30  
del ciego aire temible.  
En tu remota tierra ha caído toda esta luz difícil, [220]  
este destino de los hombres,  
que te hace defender una flor, misteriosa  
sola, en la inmensidad de América dormida. 35

## II

### **Quiero volver al sur (1941)**

Enfermo en Veracruz, recuerdo un día  
del Sur, mi tierra, un día de plata  
como un rápido pez en el agua del cielo.

Loncoche, Lonquimay, Carahue, desde arriba  
esparcidos, rodeados por silencio y raíces, 5  
sentados en sus tronos de cueros y maderas.

El Sur es un caballo echado a pique  
coronado con lentos árboles y rocío,  
cuando levanta el verde hocico caen las gotas,  
la sombra de su cola moja el gran archipiélago 10  
y en su intestino crece el carbón venerado.

Nunca más, dime, sombra, nunca más, dime, mano,  
nunca más, dime, pie, puerta, pierna, combate,  
trastornarás la selva, el camino, la espiga,  
la niebla, el frío, lo que, azul, determinaba 15  
cada uno de tus pasos sin cesar consumidos?  
Cielo, déjame un día de estrella a estrella irme  
pisando luz y pólvora, destrozando mi sangre  
hasta llegar al nido de la lluvia!

Quiero ir  
detrás de la madera por el río 20  
Toltén fragante, quiero salir de los aserraderos,  
entrar en las cantinas con los pies empapados,  
guiarme por la luz del avellano eléctrico,  
tenderme junto al excremento de las vacas,  
morir y revivir mordiendo trigo.

Océano, tráeme 25  
un día del Sur, un día agarrado a tus olas,  
un día de árbol mojado, trae un viento  
azul polar a mi bandera fría!

### III

#### **Melancolía cerca de Orizaba (1942)**

Qué hay para ti en el Sur sino un río, una noche,  
unas hojas que el aire frío manifiesta  
y extiende hasta cubrir las riberas del cielo?  
Es que la cabellera del amor desemboca  
como otra nieve o agua del deshecho archipiélago, 5 [221]  
como otro movimiento subterráneo del fuego  
y espera en los galpones otra vez,  
donde las hojas caen tantas veces  
temblando, devoradas por esa boca espesa,  
y el brillo de la lluvia cierra su enredadera 10  
desde la reunión de los granos secretos  
hasta el follaje lleno de campanas y gotas?

Donde la primavera trae una voz mojada  
que zumba en las orejas del caballo dormido  
y luego cae al oro del trigo triturado 15  
y luego asoma un dedo transparente en la uva.  
Qué hay para ti esperándote, dónde, sin corredores,  
sin paredes, te llama el Sur?

Como el llanero escuchas en tu mano la copa  
de la tierra, poniendo tu oído en las raíces: 20  
desde lejos un viento de hemisferio temible,  
el galope en la escarcha de los carabineros:  
donde la aguja cose con agua fina el tiempo  
y su desmenuzada costura se destruye:  
qué hay para ti en la noche de costado salvaje 25  
aullando con la boca toda llena de azul?



Hay un día tal vez detenido, una espina  
clava en el viejo día su aguijón degradado  
y su antigua bandera nupcial se despedaza.

Quién ha guardado un día de bosque negro, quién 30  
ha esperado unas horas de piedra, quién rodea  
la herencia lastimada por el tiempo, quién huye  
sin desaparecer en el centro del aire?

Un día, un día lleno de hojas desesperadas,  
un día, una luz rota por el frío zafiro, 35  
un silencio de ayer preservado en el hueco  
de ayer, en la reserva del territorio ausente.

Amo tu enmarañada cabellera de cuero,  
tu antártica hermosura de intemperie y ceniza,  
tu doloroso peso de cielo combatiente: 40

amo el vuelo del aire del día en que me esperas,  
sé que no cambia el beso de la tierra, y no cambia,  
sé que no cae la hoja del árbol, y no cae:  
sé que el mismo relámpago detiene sus metales  
y la desamparada noche es la misma noche, 45  
pero es mi noche, pero es mi planta, el agua  
de las glaciales lágrimas que conocen mi pelo.

Sea yo lo que ayer me esperaba en el hombre: [222]  
lo que en laurel, ceniza, cantidad, esperanza,  
desarrolla su párpado en la sangre, 50  
en la sangre que puebla la cocina y el bosque,  
las fábricas que el hierro cubre de plumas negras,  
las minas taladradas por el sudor sulfúrico.

No sólo el aire agudo del vegetal me espera:  
no sólo el trueno sobre el nevado esplendor: 55  
lágrimas y hambre como dos escalofríos  
suben al campanario de la patria y repican:  
de ahí que en medio del fragante cielo,  
de ahí que cuando Octubre estalla, y corre  
la primavera antártica sobre el fulgor del vino, 60  
hay un lamento y otro y otro lamento y otro  
hasta que cruzan nieve, cobre, caminos, naves,  
y pasan a través de la noche y la tierra  
hasta mi desangrada garganta que los oye.

Pueblo mío, qué dices? Marinero, 65  
peón, alcalde, obrero del salitre, me escuchas?  
Yo te oigo, hermano muerto, hermano vivo, te oigo,  
lo que tú deseabas, lo que enterraste, todo,  
la sangre que en la arena y en el mar derramabas,  
el corazón golpeado que resiste y asusta. 70

Qué hay para ti en el Sur? La lluvia dónde cae?  
Y desde el intersticio, qué muertos ha azotado?  
Los míos, los del Sur, los héroes solos,  
el pan diseminado por la cólera amarga,  
el largo luto, el hambre, la dureza y la muerte, 75  
fas hojas sobre ellos han caído, las hojas,  
la luna sobre el pecho del soldado, la luna,  
el callejón del miserable, y el silencio  
del hombre en todas partes, como un mineral duro  
cuya veta de frío hiela la luz de mi alma 80

antes de construir la campana en la altura.

Patria llena de gérmenes, no me llames, no puedo  
dormir sin tu mirada de cristal y tiniebla.

Tu ronco grito de aguas y seres me sacude  
y ando en el sueño al borde de tu espuma solemne 85  
hasta la última isla de tu cintura azul.

Me llamas dulcemente como una novia pobre.

Tu larga luz de acero me enceguece y me busca  
como una espada llena de raíces. [223]

Patria, tierra estimable, quemada luz ardiendo: 90  
como el carbón adentro del fuego precipita  
tu sal temible, tu desnuda sombra.

Sea yo lo que ayer me esperaba, y mañana  
resista en un puñado de amapolas y polvo.

#### IV

#### Océano

Si tu desnudo aparecido y verde,  
si tu manzana desmedida, si  
en las tinieblas tu mazurca, dónde  
está tu origen?

Noche 5

más dulce que la noche,

sal

madre, sal sangrienta, curva madre del agua,  
planeta recorrido por la espuma y la médula:  
titánica dulzura de estelar longitud: 10

noche con una sola ola en la mano:  
tempestad contra el águila marina,  
ciega bajo las manos del sulfato insondable:  
bodega en tanta noche sepultada,  
corola fría toda de invasión y sonido, 15  
catedral enterrada a golpes en la estrella.

Hay el caballo herido que en la edad de tu orilla  
recorre, por el fuego glacial substituido,  
hay el abeto rojo transformado en plumaje  
y deshecho en tus manos de atroz cristalería, 20  
y la incesante rosa combatida en las islas  
y la diadema de agua y luna que estableces.

Patria mía, a tu tierra  
todo este cielo oscuro!  
Toda esta fruta universal, toda esta 25  
delirante corona!

Para ti esta copa de espumas donde el rayo  
se pierde como un albatros ciego, y donde el sol del Sur  
se levanta mirando tu condición sagrada.

### **Talabardera**

Para mí esta montura dibujada  
como pesada rosa en plata y cuero,  
suave de hondura, lisa y duradera. [224]  
Cada recorte es una mano, cada  
costura es una vida, en ella vive 5

la unidad de las vidas forestales,

una cadena de ojos y caballos.  
Los granos de la avena la formaron,  
la hicieron dura matorrales y agua,  
la cosecha opulenta le dio orgullo, 10  
metal y tafiletes trabajados:  
y así de desventuras y dominio  
este trono salió por las praderas.

### **Alfarería**

Torpe paloma, alcancía de greda,  
en tu lomo de luto un signo, apenas  
algo que te descifra. Pueblo mío,  
cómo con tus dolores a la espalda,  
apaleado y rendido, cómo fuiste 5  
acumulando ciencia deshojada?  
Prodigio negro, mágica materia  
elevada a la luz por dedos ciegos,  
mínima estatua en que lo más secreto  
de la tierra nos abre sus idiomas, 10  
cántaro de Pomaire en cuyo beso  
tierra y piel se congregan, infinitas  
formas del barro, luz de las vasijas,  
la forma de una mano que fue mía,  
el paso de una sombra que me llama, 15  
sois reunión de sueños escondidos,  
cerámica, paloma indestructible!

### **Telares**

Sabéis que allí la nieve vigilando  
los valles, o más bien  
la primavera oscura del Sur, las aves negras  
a cuyo pecho sólo una gota de sangre  
vino a temblar, la bruma 5  
de un gran invierno que extendió las alas,  
así es el territorio, y su fragancia  
sube de flores pobres, derribadas  
por el peso de cobre y cordilleras.  
Y allí el telar hilo a hilo, buscando 10  
reconstruyó la flor, subió la pluma  
a su imperio escarlata, entretejiendo  
azules y azafranes, la madeja  
del fuego y su amarillo poderío,  
la estirpe del relámpago violeta, 15  
el verde enarenado del lagarto. [225]  
Manos del pueblo mío en los telares,  
manos pobres que tejen, uno a uno,  
los plumajes de estrella que faltaron  
a tu piel, Patria de color oscuro, 20  
substituyendo hebra por hebra el cielo  
para que cante le hombre sus amores  
y galope encendiendo cereales!

## VI

### **Inundaciones**

Los pobres viven abajo esperando que el río  
se levante en la noche y se los lleve al mar.

He visto pequeñas cunas que flotaban, destrozos  
de viviendas, sillas, y una cólera augusta  
de lívidas aguas en que se confunden el cielo y el terror. 5  
Sólo es para ti, pobre, para tu esposa y tu sembrado,  
para tu perro y tus herramientas, para que aprendas a  
mendigo.  
El agua no sube hasta las casas de los caballeros  
cuyos nevados cuellos vuelan desde las lavanderías.  
Come este fango arrollador y estas ruinas que nadan 10  
con tus muertos vagando dulcemente hacia el mar,  
entre las pobres mesas y los perdidos árboles  
que van de tumbo en tumbo mostrando sus raíces.

### Terremoto

Desperté cuando la tierra de los sueños faltó bajo mi cama.  
Una columna ciega de ceniza se tambaleaba en medio  
de la noche,  
yo te pregunto: he muerto?  
Dame la mano en esta ruptura del planeta  
mientras la cicatriz del cielo morado se hace estrella. 5  
Ay!, pero recuerdo, dónde están?, dónde están?  
Por qué hierve la tierra llenándose de muerte?  
Oh máscaras bajo las viviendas arrolladas, sonrisas  
que no alcanzaron el espanto, seres despedazados  
bajo las vigas, cubiertos por la noche. 10  
Y hoy amaneces, oh día azul, vestido  
para un baile, con tu cola de oro  
sobre el mar apagado de los escombros, ígneo  
buscando el rostro perdido de los insepultos. [226]

## VII

### Atacama

Voz insufrible, diseminada  
sal, substituida  
ceniza, ramo negro  
en cuyo extremo aljófara aparece la luna  
ciega, por corredores enlutados de cobre. 5

Qué material, qué cisne hueco  
hunde en la arena su desnudo agónico  
y endurece su luz líquida y lenta?  
Qué rayo duro rompe su esmeralda  
entre sus piedras indomables hasta 10  
cuajar la sal perdida?

Tierra, tierra  
sobre el mar, sobre el aire, sobre el galope  
de la amazona llena de corales:  
bodega amontonada donde el trigo 15  
duerme en la temblorosa raíz de la campana:  
oh madre del océano!, productora  
del ciego jaspe y la dorada sílice:  
sobre tu pura piel de pan, lejos del bosque  
nada sino tus líneas de secreto, 20  
nada sino tu frente de arena,  
nada sino las noches y los días del hombre,  
pero junto a la sed del cardo, allí  
donde un papel hundido y olvidado, una piedra  
marca las hondas cunas de la espada y la copa, 25



indica los dormidos pies del calcio.

## VIII

### **Tocopilla**

De Tocopilla al sur, al norte, arena,  
cales caídas, el lanchón, las tablas  
rotas, el torcido hierro.

Quién a la línea pura del planeta,  
áurea y cocida, sueño, sal y pólvora 5

agregó el utensilio deshecho, la inmundicia?

Quién puso el techo hundido, quién dejó las paredes  
abiertas, con un ramo  
de papeles pisados?

Lóbrega luz del hombre en ti destituido, 10  
siempre volviendo al cuenco de tu luna calcárea,  
apenas recibido por tu letal arena?

Gaviota enrarecida de las obras, arenque [227]  
petrel ensortijado,

frutos, vosotros, hijos del espínel sangriento 15  
y de la tempestad, habéis visto al chileno?

Habéis visto al humano, entre las dobles líneas del frío  
y de las aguas, bajo la dentadura  
de la línea de tierra, en la bahía?

Piojos, piojos ardientes atacando la sal, 20  
piojos, piojos de costa, poblaciones, mineros,  
desde una cicatriz del desierto hasta otra,  
contra la costa de la luna, fuera!,

picando el sello frío sin edad.

Más allá de los pies de alcatraz, cuando 25  
 agua ni pan ni sombra tocan la dura etapa,  
 el ejercicio del salitre asoma  
 o la estatua del cobre decide su estatura.  
 Es todo como estrellas enterradas  
 como puntas amargas, como infernales 30  
 flores  
 blancas, nevadas de luz temblorosa  
 o verde y negra rama de esplendores pesados.  
 No vale allí la pluma sino la mano rota  
 del oscuro chileno, no sirve allí la duda. 35  
 Sólo la sangre. Sólo ese golpe duro  
 que en la vena pregunta por el hombre.  
 En la vena, en la mina, en la horadada cueva  
 sin agua y sin laurel.

Oh pequeños 40  
 compatriotas quemados por esta luz más agria  
 que el baño de la muerte, héroes oscurecidos  
 por el amanecer de la sal en la tierra,  
 dónde hacéis vuestro nido, errantes hijos?  
 Quién os ha visto entre las hebras rotas 45  
 de los puertos desérticos?

Bajo

la niebla de salmuera  
 o detrás de la costa metálica,  
 o tal vez o tal vez,  
 bajo el desierto ya, bajo 50  
 su palabra de polvo

para siempre!  
Chile, Metal y Cielo,  
y vosotros, chilenos,  
semilla, hermanos duros, 55  
todo dispuesto en orden y silencio  
como la permanencia de las piedras. [228]

## IX

### Peumo

Quebré una hoja enlosada de matorral: un dulce  
aroma de los bordes cortados  
me tocó como un ala profunda que volara  
desde la tierra, desde lejos, desde nunca.  
Peumo, entonces vi tu follaje, tu verdura 5  
minuciosa, encrespada, cubrir con sus impulsos  
tu tronco terrenal y tu anchura olorosa.  
Pensé cómo eres toda mi tierra: mi bandera  
debe tener aroma de peumo al desplegarse,  
un olor de fronteras que de pronto 10  
entran en ti con toda la patria en su corriente.  
Peumo puro, fragancia de años y cabelleras  
en el viento, en la lluvia, bajo la curvatura  
de la montaña, con un ruido de agua que baja  
hasta nuestras raíces, oh amor, oh tiempo agreste 15  
cuyo perfume puede nacer, desenredarse  
desde una hoja y llenarnos hasta que derramamos  
la tierra, como viejos cántaros enterrados!

## Quilas

Entre las hojas rectas que no saben sonreír  
escondes tu plantel de lanzas clandestinas.  
Tú no olvidaste. Cuando paso por tu follaje  
murmura la dureza, y despiertan palabras  
que hieren, sílabas que amamantan espinas. 5

Tú no olvidas. Eras argamasa mojada  
con sangre, eras columna de la casa y la guerra,  
eras bandera, techo de mi madre araucana,  
espada del guerrero silvestre, araucanía  
erizada de flores que hirieron y mataron. 10

Ásperamente escondes las lanzas que fabricas  
y que conoce el viento de la región salvaje,  
la lluvia, el águila de los bosques quemados,  
y el furtivo habitante recién desposeído.  
Tal vez, tal vez: no digas a nadie tu secreto. 15

Guárdame a mí una lanza silvestre, o la madera  
de una flecha. Yo tampoco he olvidado.

## Drimis Winterei

Plantas sin nombre, hojas  
y cuerdas montañosas,  
ramas tejidas de aire verde, hilos  
recién bordados, ganchos de metales oscuros, [229]  
innumerable flora coronaria 5

de la humedad, del vasto vapor, del agua inmensa.  
Y entre toda la forma que buscó esta enramada,  
entre estas hojas cuyo molde intacto

equilibró en la lluvia su prodigio,  
oh árbol, despertaste como un trueno 10  
y en tu copa poblada por toda la verdura  
se durmió como un pájaro el invierno.

## X

### Zonas eriales

Término abandonado! Línea loca  
en que la hoguera o cardo enfurecido  
forman capas de azul electrizado.  
Piedras golpeadas por  
las agujas del cobre, carreteras 5  
de material silencio, ramas hundidas  
en la sal de las piedras.

Aquí estoy, aquí estoy,  
boca humana entregada al paso pálido  
de un detenido tiempo como copa o cadera, 10  
central presidio de agua sin salida,  
árbol de corporal flor derribada,  
únicamente sorda y brusca arena.  
Patria mía, terrestre y ciega como  
nacidos aguijones de la arena, para ti toda 15  
la fundación de mi alma, para ti los perpetuos  
párpados de mi sangre, para ti de regreso  
mi plato de amapolas.

Dame de noche, en medio de las plantas terrestres,

la huraña rosa de rocío que duerme en tu bandera, 20  
dame de luna o tierra tu pan espolvoreado  
con tu temible sangre oscura:  
bajo tu luz de arena  
no hay muertos, sino largos ciclos de sal, azules  
ramas de misterioso metal muerto. 25

## XI

### Chercanes

Me gustaría que no desconfiarais: es verano,  
el agua me regó y levantó un deseo  
como una rama, un canto mío me sostiene [230]  
como un tronco arrugado, con ciertas cicatrices.  
Minúsculos, amados, venid a mi cabeza. 5  
Anidad en mis hombros en los que pasea  
el fulgor de un lagarto, en mis pensamientos  
sobre los que han caído tantas hojas,  
oh círculos pequeños de la dulzura, granos  
de alado cereal, huevecillo emplumado, 10  
formas purísimas en que el ojo  
certero dirige vuelo y vida,  
aquí, unidad en mi oreja, desconfiados  
y diminutos: ayudadme:  
quiero ser más pájaro cada día. 15

### Loica

Cerca de mí, sangrienta, pero ausente.

Con tu máscara cruel y tus ojos guerreros,  
entre los terrones, saltando de un tesoro  
a otro, en la plenitud pura y salvaje.  
Cuéntame cómo entre todas, 5  
entre toda la oscura formación anidada  
en nuestros matorrales que la lluvia  
tiñó con sus lamentos, cómo, sola,  
tu pechera recoge todo el carmín del mundo?  
Ay, eres espolvoreada por el verano rojo, 10  
has entrado en la gruta del polen escarlata  
y tu mancha recoge todo el fuego.  
Y a esta mirada más que al firmamento  
y a la noche nevada en su baluarte andino  
cuando abre el abanico de cada día, nada 15  
la detiene: sólo tu zarza  
que sigue ardiendo sin quemar la tierra.

### **Chucao**

En el frío follaje multiplicado, de pronto  
la voz del chucao como si nadie existiera  
sino ese grito de toda la soledad unida,  
como esa voz de todos los árboles mojados.  
Pasó la voz temblando sobre mi caballo, 5  
más lenta y más profunda que un vuelo: me detuve,  
dónde estaba? Qué días eran éstos?  
Todo lo que viví galopando en aquellas  
estaciones perdidas, el mundo de la lluvia  
en las ventanas, el puma en la intemperie 10  
rondando con dos puntas de fuego sanguinario,

y el mar de los canales, entre túneles verdes  
de empapada hermosura, la soledad, el beso  
de la que amé más joven bajo los avellanos, [231]  
todo surgió de pronto cuando en la selva el grito 15  
del chucao cruzó con sus sílabas húmedas.

## XII

### Botánica

El sanguinario litre y el benéfico boldo  
diseminan su estilo  
en irritantes besos de animal esmeralda  
o antologías de agua oscura entre las piedras.

El chupón en la cima del árbol establece 5  
su dentadura nívea  
y el salvaje avellano construye su castillo  
de páginas y gotas.

La altamisa y la chépica rodean  
los ojos del orégano 10  
y el radiante laurel de la frontera  
perfuma las lejanas intendencias.

Quila y quelenquelén de las mañanas.  
Idioma frío de las fucsias,  
que se va por las piedras tricolores 15  
gritando viva Chile con la espuma!

El dedal de oro espera



los dedos de la nieve  
y rueda el tiempo sin su matrimonio  
que uniría a los ángeles del fuego y del azúcar. 20

El mágico canelo  
lava en la lluvia su racial ramaje,  
y precipita sus lingotes verdes  
bajo la vegetal agua del Sur.

La dulce aspa del ulmo 25  
con fanegas de llores  
sube las gotas del copihue rojo  
a conocer el sol de las guitarras.

La agreste delgadilla  
y el celestial poleo 30  
bailan en las praderas con el joven rocío  
recientemente armado por el río Toltén. [232]

La indescifrable doca  
decapita su púrpura en la arena  
y conduce sus triángulos marinos 35  
hacia las secas lunas litorales.

La bruñida amapola,  
relámpago y herida, dardo y boca,  
sobre el quemante trigo  
pone sus puntuaciones escarlata. 40

La patagua evidente

condecora sus muertos  
y teje sus familias  
con manantiales aguas y medallas de río.

El paico arregla lámparas 45  
en el clima del Sur, desamparado,  
cuando viene la noche  
del mar nunca dormido.

El roble duerme solo,  
muy vertical, muy pobre, muy mordido, 50  
muy decisivo en la pradera pura  
con su traje de roto maltratado  
y su cabeza llena de solemnes estrellas.

### XIII

#### **Araucaria**

Todo el invierno, toda la batalla,  
todos los nidos del mojado hierro,  
en tu firmeza atravesada de aire,  
en tu ciudad silvestre se levantan.

La cárcel renegada de las piedras, 5  
los hilos sumergidos de la espina,  
hacen de tu alambrada cabellera  
un pabellón de sombras minerales.

Llanto erizado, eternidad del agua,

monte de escamas, rayo de herraduras, 10  
tu atormentada casa se construye  
con pétalos de pura geología. [233]

El alto invierno besa tu armadura  
y te cubre de labios destruidos:  
la primavera de violento aroma 15  
rompe su red en tu implacable estatua:  
y el grave otoño espera inútilmente  
derramar oro en tu estatura verde.

#### XIV

#### **Tomás Lago**

Otras gentes se acostaron entre las páginas durmiendo  
como insectos elzevirianos, entre ellos  
se han disputado ciertos libros recién impresos  
como en el foot-ball, dándose goles de sabiduría.  
Nosotros cantamos entonces en la primavera, 5  
junto a los ríos que arrastran piedras de los Andes,  
y estábamos trenzados con nuestras mujeres sorbiendo  
más de un panal, devorando hasta el azufre del mundo.  
No sólo eso sino mucho más: compartimos  
la vida con humildes amigos que amamos, 10  
y que nos enseñaron con las fechas del vino  
el alfabeto honrado de la arena, el reposo  
de los que han conseguido en la dureza  
salir cantando. Oh días en que juntos  
visitamos la cueva y los tugurios, 15

destrozamos las telas de araña, y en las márgenes  
del Sur bajo la noche y su argamasa  
removida viajamos:  
todo era flor y patria pasajera,  
todo era lluvia y material del humo. 20  
Qué ancha carretera caminamos, deteniendo  
el paso en las posadas, dirigiendo  
la atención a un extremo crepúsculo, a una piedra,  
a una pared escrita por un carbón, a un grupo  
de fogoneros que de pronto 25  
nos enseñaron todas las canciones de invierno.  
Pero no sólo el orugo andaba camaleando,  
en nuestras ventanas, bañado en celulosas,  
cada vez más celestial en su papel de culto,  
sino el ferruginoso, el iracundo, el vaquero 30  
que nos quería cobrar con dos pistolas al pecho,  
amenazándonos con comerse a nuestras madres  
y empeñar nuestras posesiones  
(llamando a todo esto *heroísmo* y otras cosas). [234]  
Los dejamos pasar mirándolos, no pudieron 35  
sacarnos una cáscara, dobligar un latido,  
y se dirigieron cada uno a su tumba,  
de diarios europeos o pesos bolivianos.  
Nuestras lámparas siguen encendidas, ardiendo  
más altas que el papel y que los forajidos. 40

### **Rubén Azócar**

Hacia las islas!, dijimos. Eran días de confianza  
y estábamos sostenidos por árboles ilustres:

nada nos parecía lejano, todo podía enredarse  
de un momento a otro en la luz que producíamos.  
Llegamos con zapatos de cuero grueso: llovía, 5  
llovía en las islas, así se mantenía el territorio  
como una mano verde, como un guante  
cuyos dedos flotaban  
entre las algas rojas.  
Llenamos de tabaco el archipiélago, fumábamos  
hasta tarde en el Hotel Nilsson, y disparábamos 10  
ostras frescas hacia todos los puntos cardinales.  
La ciudad tenía una fábrica religiosa  
de cuyas puertas grandes, en la tarde inanimada,  
salía como un largo coleóptero un desfile  
negro, de sotanillas bajo la triste lluvia: 15  
acudíamos a todos los borgoñas, llenábamos  
el papel con los signos de un dolor jeroglífico.  
Yo me evadí de pronto: por muchos años, distante,  
en otros climas que acaudalaron mis pasiones  
recordé las barcas bajo la lluvia, contigo, 20  
que allí te quedabas para que tus grandes cejas  
echaran sus raíces mojadas en las islas.

### **Juvencio Valle**

Juvencio, nadie sabe como tú y yo el secreto  
del bosque de Boroa: nadie  
conoce ciertos senderos de tierra enrojecida  
sobre los que despierta la luz del avellano.  
Cuando la gente no nos oye no sabe 5  
que escuchamos llover sobre árboles y techos

de zinc, y que aún amamos a la telegrafista,  
aquella, aquella muchacha que como nosotros  
conoce el grito hundido de las locomotoras  
de invierno, en las comarcas.

Solo tú, silencioso, 10  
entraste en el aroma que la lluvia derriba,  
incitaste el aumento dorado de la flora, [235]  
recogiste el jazmín antes de que naciera.  
El barco triste, frente a los almacenes,  
el barro triturado por las graves carretas 15  
como la negra arcilla de ciertos sufrimientos,  
está, quién como tú lo sabe?, derramado  
detrás de la profunda primavera.

También  
tenemos en Secreto otros tesoros:  
hojas que como lenguas escarlata 20  
cubren la tierra, y piedras suavizadas  
por la corriente, piedras de los ríos.

### **Diego Muñoz**

No sólo nos defendimos, así parece, con descubrimientos  
y signos extendidos en papel tempestuoso,  
sino que, capitanes, corregimos  
a puñetazos la calle maligna  
y luego entre acordeones elevamos 5  
el corazón con aguas y cordajes.  
Marinero, ya has regresado de tus puertos,  
de Guayaquil, olores de frutas polvorientas,  
y de toda la tierra un sol de acero

que te hizo derramar victoriosas espadas. 10  
Hoy sobre los carbones de la patria ha llegado  
una hora -dolores y amor- que compartimos,  
y del mar sobresale sobre tu voz el hilo  
de una fraternidad más ancha que la tierra.

## XV

### **Jinete en la lluvia**

Fundamentales aguas, paredes de agua, trébol  
y avena combatida,  
cordelajes ya unidos a la red de una noche  
húmeda, goteante, salvajemente hilada,  
gota desgarradora repetida en lamento, 5  
cólera diagonal cortando cielo.  
Galopan los caballos de perfume empapado,  
bajo el agua, golpeando el agua, interviniéndola  
con sus ramajes rojos de pelo, piedra y agua:  
y el vapor acompaña como una leche loca 10  
el agua endurecida con fugaces palomas.  
No hay día sino los cisternales  
del clima duro, del verde movimiento [236]  
y las patas anudan veloz tierra y transcurso  
entre bestial aroma de caballo con lluvia. 15  
Mantas, monturas, pellones agrupados  
en sombrías granadas sobre los  
ardientes lomos de azufre que golpean  
la selva decidiéndola.

Más allá, más allá, más allá, más allá,

más allá, más allá, más allá, más alláaaaaa, 20  
los jinetes derriban la lluvia, los jinetes  
pasan bajo los avellanos amargos, la lluvia  
tuerce en trémulos rayos su trigo sempiterno.  
Hay luz del agua, relámpago confuso  
derramado en la hoja, y del mismo sonido del galope 25  
sale un agua sin vuelo, herida por la tierra.  
Húmeda rienda, bóveda enramada,  
pasos de pasos, vegetal nocturno  
de estrellas rotas como hielo o luna, ciclónico caballo  
cubierto por las flechas como un helado espectro, 30  
lleno de nuevas manos nacidas en la furia,  
golpeante manzana rodeada por el miedo  
y su gran monarquía de temible estandarte.

## XVI

### Mares de Chile

En lejanas regiones  
tus pies de espuma, tu esparcida orilla  
regué con llanto desterrado y loco.

Hoy a tu boca vengo, hoy a tu frente.

No al coral sanguinario, no a la quemada estrella, 5  
ni a las incandescentes y derribadas aguas  
entregué el respetuoso secreto, ni la sílaba.  
Guardé tu voz, enfurecida, un pétalo  
de tutelar arena



entre los muebles y los viejos trajes. 10

Un polvo de campanas, una mojada rosa.

Y muchas veces era el agua misma  
de Arauco, el agua dura:  
pero yo conservaba mi sumergida piedra  
y en ella, el palpitante sonido de tu sombra. 15 [237]

Oh, mar de Chile, oh, agua  
alta y ceñida como aguda hoguera,  
presión y sueño y uñas de zafiro,  
oh, terremoto de sal y leones!  
Vertiente, origen, costa 20

del planeta, tus párpados  
abren el mediodía de la tierra  
atacando el azul de las estrellas.  
La sal y el movimiento se desprenden de ti  
y reparten océano a las grutas del hombre 25

hasta que más allá de las islas tu peso  
rompe y extiende un ramo de substancias totales.  
Mar del desierto norte, mar que golpea el cobre  
y adelanta la espuma hacia la mano  
del áspero habitante solitario, 30  
entre alcatraces, rocas de frío sol y estiércol,  
costa quemada al paso de una aurora inhumana!

Mar de Valparaíso, ola  
de luz sola y nocturna,  
ventana del océano 35

en que se asoma  
la estatua de mi patria  
viendo con ojos todavía ciegos.

Mar del Sur, mar océano,  
mar, luna misteriosa, 40  
por Imperial aterrador de robles,  
por Chiloé a la sangre asegurado,  
y desde Magallanes hasta el límite  
todo el silbido de la sal, toda la luna loca,  
y el estelar caballo desbocado del hielo. 45

## XVII

### **Oda de invierno al río Mapocho**

Oh, sí, nieve imprecisa,  
oh, sí, temblando en plena flor de nieve,  
párpado boreal, pequeño rayo helado  
quién, quién te llamó hacia el ceniciento valle,  
quién, quién te arrastró desde el pico del águila 5  
hasta donde tus aguas puras tocan  
los terribles harapos de mi patria?  
Río, por qué conduces  
agua fría y secreta, [238]  
agua que el alba dura de las piedras 10  
guardó en su catedral inaccesible  
hasta los pies heridos de mi pueblo?  
Vuelve, vuelve a tu copa de nieve, río amargo,  
vuelve, vuelve a tu copa de espaciosa escarchas,

sumerge tu plateada raíz en tu secreto origen 15  
 o despéñate y rómpete en otro mar sin lágrimas?  
 Río Mapocho cuando la noche llega  
 y como negra estatua echada  
 duerme bajo tus puentes como un racimo negro  
 de cabezas golpeadas por el frío y el hambre 20  
 como por dos inmensas águilas, oh río,  
 oh duro río parido por la nieve,  
 por qué no te levantas como inmenso fantasma  
 o como nueva cruz de estrellas para los olvidados?  
 No, tu brusca ceniza corre ahora 25  
 junto al sollozo echado al agua negra,  
 junto a la manga rota que el viento endurecido  
 hace temblar debajo de las hojas de hierro.  
 Río Mapocho, adónde llevas  
 plumas de hielo para siempre heridas, 30  
 siempre junto a tu cárdena ribera  
 la flor salvaje nacerá mordida por los piojos  
 y tu lengua de frío raspará las mejillas  
 de mi patria desnuda?  
 Oh, que no sea,  
 oh, que no sea, y que una gota de tu espuma negra 35  
 salte del légamo a la flor del fuego  
 y precipite la semilla del hombre!

[239]

- VIII -

La tierra se llama Juan [241]

**Cristóbal Miranda** (*Palero-Tocopilla*)

Te conocí, Cristóbal, en las lanchas  
de la bahía, cuando baja  
el salitre, hacia el mar, en la quemante  
vestidura de un día de Noviembre.

Recuerdo aquella extática apostura, 5  
los cerros de metal, el agua quieta.  
Y sólo el hombre de las lanchas, húmedo  
de sudor, moviendo nieve.

Nieve de los nitratos, derramada  
sobre los hombros del dolor, cayendo 10  
a la barriga ciega de las naves.

Allí, paleros, héroes de una aurora  
carcomida por ácidos, sujeta  
a los destinos de la muerte, firmes,  
recibiendo el nitrato caudaloso. 15

Cristóbal, este recuerdo para ti.  
Para los camaradas de la pala,  
a cuyos pechos entra el ácido  
y las emanaciones asesinas,  
hinchando como águilas aplastadas 20  
los corazones, hasta que cae el hombre,  
hasta que rueda el hombre hacia las calles,  
hacia las cruces rotas de la pampa.

Bien, no digamos más, Cristóbal, ahora  
este papel que te recuerda, a todos, 25  
a los lancheros de bahía, al hombre  
ennegrecido de los barcos, mis ojos  
van con vosotros en esta jornada  
y mi alma es una pala que levanta  
cargando y descargando sangre y nieve, 30

junto a vosotros, vidas del desierto. [242]

## II

### **Jesús Gutiérrez (Agrarista)**

En Monterrey murió mi padre,  
Genovevo Gutiérrez, se fue  
con Zapata. De noche los caballos  
cerca de casa, el humo  
de los federales, los tiros en el viento, 5  
el huracán que sale del maíz,  
llevó el fusil de lado a lado,  
desde las tierras de Sonora,  
a ratos dormíamos, medíamos  
ríos y bosques, a caballo, 10  
entre muertos, a defender  
la tierra del pobre, frijoles,  
tortilla, guitarra, rodábamos  
hasta el límite, éramos polvo,  
los señores nos madrugaban, 15  
hasta que de cada piedra  
nacían nuestros fusiles.  
Aquí está mi casa, mi tierra  
pequeña, el certificado  
firmado por mi general 20  
Cárdenas, los guajolotes,  
los patitos en la laguna,  
ahora ya no se pelea,  
mi padre quedó en Monterrey

y aquí colgado en la pared 25  
junto a la puerta la canana,  
el fusil listo, el caballo listo,  
por la tierra, por nuestro pan,  
mañana tal vez de galope,  
si mi general lo aconseja. 30

### III

#### **Luis Cortés (de Tocapilla)**

Camarada, me llamo Luis Cortés.  
Cuando vino la represión, en Tocapilla  
me agarraron. Me tiraron a Pisagua.  
Usted sabe, camarada, cómo es eso.  
Muchos cayeron enfermos, otros 5  
enloquecieron. Es el peor  
campo de concentración de González  
Videla. Vi morir a Ángel Veas, [243]  
del corazón, una mañana. Fue terrible  
verlo morir en esa arena asesina, 10  
rodeados de alambradas, después de toda  
su vida generosa. Cuando me sentí enfermo  
también del corazón, me trasladaron  
a Garitaya. Usted no conoce, camarada.  
Es en lo alto, en la frontera con Bolivia. 15  
Un punto desolado, a 5.000 metros de altura.  
Hay una agua salobre para beber, salobre  
más que el agua del mar, y llena de pulgones  
como gusanos rosados que pululan.

Hace frío y el cielo parece que encima 20  
de la soledad cayera sobre nosotros,  
sobre mi corazón que ya no pudo más.  
Los mismos carabineros tuvieron piedad,  
y contra las órdenes de dejarnos morir  
sin que jamás quisieran enviar una camilla, 25  
me amarraron a una mula y bajamos las montañas:  
26 horas caminó la mula, y mi cuerpo  
ya no resistía, camarada, entré la cordillera sin caminos,  
y mi corazón enfermo, aquí me tiene, fíjese  
en las magulladuras, no sé cuánto viviré, 30  
pero a usted le toca, no pienso pedir nada,  
diga usted, camarada, lo que hace al pueblo el maldito,  
a los que lo llevamos a la altura en que ríe  
con risa de hiena sobre nuestros dolores,  
usted, camarada, dígallo, dígallo, no importa mi muerte 35  
ni nuestros sufrimientos porque la lucha es larga,  
pero que se conozcan estos padecimientos,  
que se conozcan, camarada, no se olvide.

### **Olegario Sepúlveda (Zapatero Talcahuano)**

Olegario Sepúlveda me llamo.  
Soy zapatero, estoy  
cojo desde el gran terremoto.  
Sobre el conventillo un pedazo de cerro  
y el mundo sobre mi pierna. 5  
Allí grité dos días,  
pero la boca se me llenó de tierra,  
grité más suavemente

hasta que me dormí para morir. [244]

Fue un gran silencio el terremoto, 10  
el terror en los cerros,  
las lavanderas lloraban,  
una montaña de polvo  
enterró las palabras.

Aquí me ve con esta suela 15  
frente al mar, lo único limpio,  
las olas no debieran  
llegar azules a mi puerta.

Talcahuano, tus gradas sucias,  
tus corredores de pobreza, 20  
en las colinas agua podrida,  
madera rota, cuevas negras  
donde el chileno mata y muere.

(Oh!, dolores del filo abierto  
de la miseria, lepra del mundo, 25  
arrabal de muertos, gangrena  
acusadora y venenosa!

habéis llegado del sombrío  
Pacífico, de noche, al puerto?  
Habéis tocado entre las pústulas 30  
la mano del niño, la rosa  
salpicada de sal y orina?

Habéis levantado los ojos  
por los escalones torcidos?  
Habéis visto la limosnera 35  
como un alambre en la basura  
temblar, levantar las rodillas  
y mirar desde el fondo donde



ya no quedan lágrimas ni odio?)  
Soy zapatero en Talcahuano. 40  
Sepúlveda, frente al Dique grande.  
Cuando quiera. señor, los pobres  
nunca cerramos la puerta.

V

**Arturo Carrión (Navegante, Iquique)**

Junio 1948. Querida Rosaura, aquí  
me tienes, en Iquique, preso, mándame una camisa  
y tabaco. No sé  
hasta cuándo durará este baile.  
Cuando me embarqué en el «Glenfoster» 5  
pensé en ti, te escribí desde Cádiz,  
allí fusilaban a gusto, luego fue más [245]  
triste en Atenas, aquella mañana  
en la cárcel a bala mataron  
a doscientos setenta y tres muchachos: 10  
la sangre corría fuera del muro,  
vimos salir a los oficiales  
griegos con los jefes norteamericanos, venían riéndose:  
la sangre del pueblo les gusta,  
pero había como un humo negro 15  
en la ciudad, estaba escondido el llanto, el dolor, el luto,  
te compré un tarjetero, allí  
conocí un paisano chilote,  
tiene un pequeño restaurant, me dijo  
están mal las cosas, hay odio: 20

luego fue mejor en Hungría,  
los campesinos tienen tierra,  
reparten libros, en Nueva York  
encontré tu carta, pero todos  
se juntan, palo y palo al pobre, 25  
ya ves, yo marinero viejo  
y porque soy del sindicato,  
apenas desde la cubierta  
me sacaron, me preguntaron  
sandeces, me dejaron preso, 30  
policía por todas partes,  
lágrimas también en la pampa:  
hasta cuándo estas cosas  
duran, todos se preguntan, hoy es uno  
y el otro palo para el pobre, 35  
dicen que en Pisagua hay dos mil,  
yo pregunto qué le pasa al mundo,  
pero no hay derecho a preguntas  
así, dice la policía: no te olvides el tabaco, habla con Rojas  
si no está preso, no llores, 40  
el mundo tiene demasiadas  
lágrimas, hace falta otra cosa  
y aquí te digo hasta pronto, te  
abraza y besa tu esposo amante  
Arturo Camión Cornejo, cárcel 45  
de Iquique. [246]

**Abraham Jesús Brito (Poeta popular)**

Jesús Brito es su nombre, Jesús Parrón o pueblo,  
y fue haciéndose agua por los ojos,  
y por las manos se fue haciendo raíces,  
hasta que lo plantaron de nuevo donde estuvo  
antes de ser, antes de que brotara 5  
del territorio, entre las piedras pobres.

Y fue entre mina y marinero un ave  
nudosa, un patriarcal talabartero  
de la corteza suave de la patria terrible:  
mientras más fría, más azul la hallaba: 10  
mientras más duro el suelo, más luna le salía:  
cuanto más hambre, más cantaba.

Y todo el mundo ferroviario abría  
con su llave y su lira sarmentosa,  
y por la espuma de la patria andaba 15  
lleno de paquetitos estrellados,  
él, el árbol del cobre, iba regando  
cada pequeño trébol sucedido,  
el espantoso crimen, el incendio,  
y el ramo de los ríos tutelares. 20

Su voz era la de los roncros gritos  
perdidos en la noche de los raptos,  
él llevaba campanas torrenciales  
recogidas de noche en su sombrero,  
y recogía en su harapiento saco 25  
las desbordantes lágrimas del pueblo.

Iba por los ramales arenosos,  
por la extensión hundida del salitre,  
por los ásperos cerros litorales  
construyendo el romance clavo a clavo, 30  
y teja a teja levantando el verso:  
dejando en él la mancha de las manos  
y las goteras de la ortografía.

Brito, por las paredes capitales,  
entre el rumor de las cafeterías, 35  
andabas como un árbol peregrino  
buscando tierra con los pies profundos,  
hasta que fuiste haciéndole raíces,  
piedra y terrón y minería oscura. [247]

Brito, tu majestad fue golpeada 40  
como un tambor de majestuoso cuero  
y era una monarquía a la intemperie  
tu señorío de arboleda y pueblo.

Árbol errante, ahora tus raíces  
cantan bajo la tierra, y en silencio. 45  
Un poco más profundo eres ahora.  
Ahora tienes tierra y tienes tiempo.

## VII

### **Antonino Bernales (Pescador, Colombia)**

El trío Magdalena anda como la luna,

lento por el planeta de hojas verdes,  
un ave roja aúlla, zumba el sonido  
de viejas alas negras, las riberas  
tiñen el trascorrir de aguas y de aguas. 5

Todo es el río, toda vida es río,  
y Antonino Bernales era río.  
Pescador, carpintero, boga, aguja  
de red, clavo para las tablas,  
martillo y canto, todo era Antonino 10

mientras el Magdalena como la luna lenta  
arrastraba el caudal de las vidas del río.  
Más alto en Bogotá, llamas, incendio,  
sangre, se oye decir, no está bien claro,  
Gaytán ha muerto. Entre las hojas 15

como un chacal la risa de Laureano  
azuza las hogueras, un temblor  
de pueblo como un escalofrío  
recorre el Magdalena.

Es Antonino Bernales el culpable. 20

No se movió de su pequeña choza.  
Pasó durmiendo aquellos días.  
Pero los abogados lo decretan,  
Enrique Santos quiere sangre.

Todos se unen bajo las levitas. 25

Antonino Bernales ha caído  
asesinado en la venganza,  
cayó abriendo los brazos en el río,  
volvió a su río como al agua madre.

El Magdalena lleva al mar su cuerpo 30  
y del mar a otros ríos, a otras aguas

y a otros mares y a otros pequeños ríos [248]  
girando alrededor de la tierra.

Otra vez

entra en el Magdalena, son las márgenes  
que él ama, abre los brazos de agua roja, 35  
pasa entre sombras, entre luz espesa,  
y otra vez sigue su camino de agua.

Antonino Bernales, nadie puede  
distinguirte en el cauce, yo sí, yo te recuerdo  
y oigo arrastrar tu nombre que no puede 40  
morir, y que envuelve la tierra,  
apenas nombre, entre los nombres, pueblo.

## VIII

### **Margarita Naranjo (Salitrera «María Elena» Antofagasta)**

Estoy muerta. Soy de María Elena.  
Toda mi vida la viví en la pampa.  
Dimos la sangre para la Compañía  
norteamericana, mis padres antes, mis hermanos.  
Sin que hubiera huelga, sin nada nos rodearon. 5

Era de noche, vino todo el Ejército,  
iban de casa en casa despertando a la gente,  
llevándola al campo de concentración.  
Yo esperaba que nosotros no fuéramos.  
Mi marido ha trabajado tanto para la Compañía, 10  
y para el Presidente, fue el más esforzado  
consiguiendo los votos aquí, es tan querido,  
nadie tiene nada que decir de él, él lucha

por sus ideales, es puro y honrado  
como pocos. Entonces vinieron a nuestra puerta, 15  
mandados por el Coronel Urízar,  
y lo sacaron a medio vestir y a empellones  
lo tiraron al camión que partió en la noche,  
hacia Pisagua, hacia la oscuridad. Entonces  
me pareció que no podía ya respirar más, me parecía 20  
que la tierra faltaba debajo de los pies,  
es tanta la traición, tanta la injusticia,  
que me subió a la garganta algo como un sollozo  
que no me dejó vivir. Me trajeron comida  
las compañeras, y les dije: «No comeré hasta que vuelva.» 25  
Al tercer día hablaron al señor Urízar,  
que se rió con grandes carcajadas, enviaron  
telegramas y telegramas que el tirano en Santiago [249]  
no contestó. Me fui durmiendo y muriendo,  
sin comer, apreté los dientes para no recibir 30  
ni siquiera la sopa o el agua. No volvió, no volvió,  
y poco a poco me quedé muerta, y me enterraron:  
aquí, en el cementerio de la oficina salitrera,  
había en esa tarde un viento de arena,  
lloraban los viejos y las mujeres y cantaban 35  
las canciones que tantas veces canté con ellos.  
Si hubiera podido, habría mirado a ver si estaba  
Antonio, mi marido, pero no estaba, no estaba,  
no lo dejaron venir ni a mi muerte: ahora,  
aquí estoy muerta, en el cementerio de la pampa 40  
no hay más que soledad en torno a mí, que ya no existo,  
que ya no existiré sin él, nunca más, sin él.

## IX

### **José Cruz Achachalla (Minero, Bolivia)**

Sí, Señor, José Cruz Achachalla,  
de la Sierra de Granito, al sur de Oruro.  
Pues allí debe vivir aún  
mi madre Rosalía:  
a unos señores trabaja, 5  
lavándoles, pues, la ropa.  
Hambre pasábamos, capitán,  
y con una varilla golpeaban  
a mi madre todos los días.  
Por eso me hice minero. 10  
Me escapé por las grandes sierras,  
una hojita de coca, señor,  
unas ramas sobre la cabeza  
y andar, andar, andar. Los buitres  
me perseguían desde el cielo, 15  
y pensaba: son mejores  
que los señores blancos de Oruro,  
y así anduve hasta el territorio  
de las minas.

Hace ya  
cuarenta años, era yo entonces 20  
un niño hambriento. Los mineros  
me recogieron. Fui aprendiz  
y en las oscuras galerías,  
uña por uña contra la tierra,  
recogí el estaño escondido. 25 [250]



No sé adónde ni para qué  
salen los lingotes plateados:  
vivimos mal, las casas rotas,  
y el hambre, otra vez, señor,  
y cuando 30  
nos reunimos, capitán,  
para un peso más de salario,  
el viento rojo, el palo, el fuego,  
la policía nos golpeaba,  
y aquí estoy, pues, capitán, 35  
despedido de los trabajos,  
dígame dónde me voy,  
nadie me conoce en Oruro,  
estoy viejo como las piedras,  
ya no puedo cruzar los montes, 40  
qué voy a hacer por los caminos,  
aquí mismo me quedo ahora,  
que me entierren en el estaño,  
sólo el estaño me conoce.  
José Cruz Achachalla, sí, 45  
no sigas moviendo los pies,  
hasta aquí llegaste, hasta aquí,  
Achachalla, hasta aquí llegaste.

X

**Eufrosino Martínez (Casa Verde, Chuquicamata)**

Teníamos que tomar las planchas calientes  
del cobre con las manos, y entregárselas

a la pala mecánica. Salían casi ardiendo,  
 pesaban como el mundo, íbamos extenuados  
 transportando las láminas del mineral, a veces 5  
 una de ellas caía sobre un pie quebrantándolo,  
 sobre una mano dejándola convertida en muñón.  
 Vinieron los gringos y dijeron: «Llévenlas  
 en menos tiempo, y váyanse a sus casas.»  
 A duras penas, para irnos más temprano, 10  
 hicimos la tarea. Pero volvieron ellos:  
 «Ahora trabajan menos, ganen menos.»  
 Fue la huelga en la Casa Verde, diez semanas,  
 huelga, y cuando volvimos al trabajo,  
 con un pretexto: dónde está su herramienta?, 15  
 me echaron a la calle. Usted mire estas manos,  
 son sólo callos que hizo el cobre,  
 óigame el corazón, no le parece  
 que da saltos?, el cobre lo machaca,  
 y apenas puedo andar de un sitio a otro 20 [251]  
 buscando, hambriento, trabajo que no encuentro:  
 parece que me ven agachado, llevando  
 las hojas invisibles del cobre que me mata.

## XI

### **Juan Figueroa (Casa de Yodo «María Elena», Antofagasta)**

Uste es Neruda? Pase, camarada.  
 Sí, de la Casa del Yodo, ya no quedan  
 otros viviendo. Yo me aguanto.  
 Sé que ya no estoy vivo, que me espera

la tierra de la pampa. Son cuatro horas 5  
al día, en la Casa del Yodo.

Viene por unos tubos, sale como una masa,  
como una goma cárdena. La entramos  
de batea en batea la envolvemos  
como criatura. Mientras tanto, 10  
el ácido nos roe, nos socava,  
entrando por los ojos y la boca,  
por la piel, por las uñas.

De la Casa del Yodo no se sale  
cantando, compañero. Y si pedimos 15  
que nos den otros pesos de salario  
para los hijos que no tienen zapatos,  
dicen: «Moscú los manda», camarada,  
y declaran estado de sitio, y nos rodean  
como si fuéramos bestias y nos golpean, 20  
y así son, camarada, estos hijos de puta!  
Aquí me tiene usted, ya soy el último:  
dónde está Sánchez?, dónde está Rodríguez?  
Podridos bajo el polvo de Polvillo.

Al fin la muerte les dio lo que pedíamos: 25  
sus rostros tienen máscaras de yodo.

## XII

### **El maestro Huerta (De la mina «La Despreciada», Antofagasta)**

Cuando usted vaya al Norte, señor,  
vaya a la mina «La Despreciada»,  
y pregunte por el maestro Huerta.

Desde lejos no verá nada,  
sino los grises arenales. 5

Luego, verá las estructuras,  
el andarivel, los desmontes.  
Las fatigas, los sufrimientos  
no se ven, están bajo tierra  
moviéndose, rompiendo seres, 10 [252]  
o bien descansan, extendidos,  
transformándose silenciosos.  
Era «picano» el maestro Huerta.  
Medía 1.95 m.

Los picanos son los que rompen 15  
el terreno hacia el desnivel,  
cuando la veta se rebaja.  
500 metros abajo,  
con el agua hasta la cintura,  
el picano pica que pica. 20

No sale del infierno sino  
cada cuarenta y ocho horas,  
hasta que las perforadoras  
en la roca, en la oscuridad,  
en el barro, dejan la pulpa 25  
por donde camina la mina.  
El maestro Huerta, gran picano,  
parecía que llenaba el pique  
con sus espaldas. Entraba  
cantando como un capitán. 30

Salía agrietado, amarillo,  
corcovado, reseco, y sus ojos  
miraban como los de un muerto.

Después se arrastró por la mina.  
Ya no pudo bajar al pique. 35  
El antimonio le comió las tripas.  
Enflaqueció, que daba miedo,  
pero no podía andar.  
Las piernas las tenía picadas  
como por puntas, y como era 40  
tan alto, parecía  
como un fantasma hambriento  
pidiendo sin pedir, usted sabe.  
No tenía treinta años cumplidos.  
Pregunto dónde está enterrado. 45  
Nadie se lo podrá decir,  
porque la arena y el viento derriban  
y entierran las cruces, más tarde.  
Es arriba, en «La Despreciada»,  
donde trabajó el maestro Huerta. 50

### XIII

#### **Amador Cea (De Coronel, Chile, 1949)**

Como habían detenido a mi padre  
y pasó el Presidente que elegimos  
y dijo que todos éramos libres, yo pedí que a mi viejo lo  
soltaran. [253]  
Me llevaron y me pegaron todo un día.  
No conozco a nadie en el cuartel. No sé, no puedo 5  
ni recordar sus caras. Era la policía.  
Cuando perdía el conocimiento, me tiraban

agua en el cuerpo y me seguían pegando.  
En la tarde, antes de salir, me llevaron  
arrastrando a una sala de baño, 10  
me empujaron la cabeza adentro de una taza  
de W.C. llena de excrementos. Me ahogaba.  
«Ahora, sal a pedir libertad al Presidente,  
que te manda este regalo», me decían.  
Me siento apaleado, esta costilla me la rompieron. 15  
Pero por dentro estoy como antes, camarada.  
A nosotros no nos rompen sino matándonos.

#### XIV

#### **Benilda Varela (Concepción, Ciudad Universitaria, Chile, 1949)**

Arreglé la comida a mis chiquillos y salí.  
Quise entrar a Lota a ver a mi marido.  
Como se sabe, mandan la policía  
y nadie puede entrar sin su permiso.  
Les cayó mal mi cara. Eran las órdenes 5  
de González Videla, antes de entrar  
a decir sus discursos para que nuestra gente  
tenga miedo. Así pasó: me agarraron,  
me desnudaron, me tiraron al suelo a golpes.  
Perdí el sentido. Me desperté en el suelo 10  
desnuda, con una sábana mojada sobre  
mi cuerpo sangrante. Reconocí a un verdugo:  
se llama Víctor Molina ese bandido.  
Apenas abrí los ojos, me siguieron golpeando  
con pedazos de goma. Tengo todo morado 15

con sangre, y no puedo moverme.  
Eran cinco, y los cinco me golpeaban  
como a un saco. Y esto duró seis horas.  
Si no he muerto, es para decirles, camaradas:  
tenemos que luchar mucho más, hasta que desaparezcan 20  
estos verdugos de la faz de la tierra.  
Que conozcan los pueblos sus discursos  
en la ONU sobre la «libertad»,  
mientras los bandidos matan a golpes a las mujeres  
en los sótanos, sin que nadie lo sepa. 25  
Aquí no ha pasado nada, dirán, y don Enrique  
Molina nos hablará del triunfo del «espíritu».  
Pero no pasará todo esto siempre. [254]  
Un fantasma recorre el mundo, y pueden empezar de nuevo  
a golpear en los sótanos: ya pagarán sus crímenes. 30

## XV

### **Calero, trabajador del banano (Costa Rica, 1940)**

No te conozco. En las páginas de Fallas leí tu vida,  
gigante oscuro, niño golpeado, harapiento y errante.

De aquellas páginas vuelan tu risa y las canciones  
entre los bananeros, en el barro sombrío, la lluvia y el  
sudor.

Qué vida la de los nuestros, qué alegrías segadas, 5  
qué fuerzas destruidas por la comida innoble,  
qué cantos derribados por la vivienda rota,  
qué poderes del hombre deshechos por el hombre!

Pero cambiaremos la tierra. No irá tu sombra alegre  
de charco en charco hacia la muerte desnuda. 10

Cambiaremos, uniendo tu mano con la mía,  
la noche que te cubre con su bóveda verde.

(Las manos de los muertos que cayeron  
con éstas y otras manos que construyen  
están selladas como las alturas andinas 15  
con la profundidad de su hierro enterrado.)

Cambiaremos la vida para que tu linaje  
sobreviva y construya su luz organizada.

## XVI

### **Catástrofe en Sewell**

Sánchez, Reyes, Ramírez, Núñez, Álvarez.

Estos nombres son como los cimientos de Chile.

El pueblo es el cimiento de la patria.

Si los dejáis morir, la patria va cayendo,  
va desangrándose hasta quedar vacía. 5

Ocampo nos ha dicho: cada minuto  
hay un herido, y cada hora un muerto.

Cada minuto y cada hora  
la sangre nuestra cae, Chile muere. [255]

Hoy es el humo del incendio, ayer fue el gas grisú, 10  
anteayer el derrumbe, mañana el mar o el frío,  
la máquina y el hambre, la imprevisión o el ácido.



Pero allí donde muere el marinero,  
pero allí donde mueren los pampinos,  
pero allí donde en Sewell se perdieron, 15  
está todo cuidado, las máquinas, los vidrios,  
los hierros, los papeles,  
menos el hombre, la mujer o el niño.  
No es el gas: es la codicia la que mata en Sewell.  
Ese grifo cerrado de Sewell para que no cayera 20  
ni una gota de agua para el pobre café de los mineros,  
ahí está el crimen, el fuego no es culpable.  
Por todas partes al pueblo se le cierran los grifos  
para que el agua de la vida no se reparta.  
Pero el hambre y el frío y el fuego que devora 25  
nuestra raza, la flor, los cimientos de Chile,  
los harapos, la casa miserable,  
eso no se raciona, siempre hay bastante  
para que cada minuto haya un herido  
y cada hora un muerto. 30  
Nosotros no tenemos dioses donde acudir.  
Las pobres madres vestidas de negro  
habrán rezado mientras lloraron ya todas sus lágrimas.

Nosotros no rezamos.  
Stalin dijo: «Nuestro mejor tesoro 35  
es el hombre»,  
los cimientos, el pueblo.  
Stalin alza, limpia, construye, fortifica,  
preserva, mira, protege, alimenta,  
pero también castiga. 40  
Y esto es cuanto quería decirlos, camaradas:

hace falta el castigo.  
No puede ser este derrumbe humano,  
esta sangría de la patria amada,  
esta sangre que cae del corazón del pueblo 45  
cada minuto, esta muerte  
de cada hora.  
Yo me llamo como ellos, como los que murieron.  
Yo soy también Ramírez, Muñoz, Pérez, Fernández.  
Me llamo Álvarez, Núñez, Tapia, López, Contreras. 50  
Soy pariente de todos los que mueren, soy pueblo,  
y por toda esta sangre que cae estoy de luto.  
Compatriotas, hermanos muertos, de Sewell, muertos  
de Chile, obreros, hermanos, camaradas,  
hoy que estáis silenciosos, vamos a hablar nosotros. 55 [256]  
Y que vuestro martirio nos ayude  
a construir una patria severa  
que sepa florecer y castigar.

## XVII

### **La tierra se llama Juan**

Detrás de los libertadores estaba Juan  
trabajando, pescando y combatiendo,  
en su trabajo de carpintería o en su mina mojada.  
Sus manos han arado la tierra y han medido  
los caminos.  
Sus huesos están en todas partes. 5  
Pero vive. Regresó de la tierra. Ha nacido.  
Ha nacido de nuevo como una planta eterna.

Toda la noche impura trató de sumergirlo  
y hoy afirma en la aurora sus labios indomables.  
Lo ataron, y es ahora decidido soldado. 10  
Lo hirieron, y mantiene su salud de manzana.  
Le cortaron las manos, y hoy golpea con ellas.  
Lo enterraron, y viene cantando con nosotros.

Juan, es tuya la puerta y el camino.

La tierra  
es tuya, pueblo, la verdad ha nacido 15  
contigo, de tu sangre.

No pudieron exterminarte. Tus raíces,  
árbol de humanidad,  
árbol de eternidad,  
hoy están defendidas con acero, 20  
hoy están defendidas con tu propia grandeza  
en la patria soviética, blindada,  
contra las mordeduras del lobo agonizante.

Pueblo, del sufrimiento nació el orden.

Del orden tu bandera de victoria ha nacido. 25

Levántala con todas las manos que cayeron,  
defiéndelas con todas las manos que se juntan:  
y que avance a la lucha final, hacia la estrella  
la unidad de tus rostros invencibles. [257]

- IX -

Que despierte el leñador [259]

*... Y tú Capharnaum, que hasta  
los cielos estás levantada, hasta los  
infiernos serás abajada...*

San Lucas, X, 15 [261]

**Que despierte el leñador**

Al oeste de Colorado River  
hay un sitio que amo.  
Acudo con todo lo que palpitando  
transcurre en mí, con todo  
lo que fui, lo que soy, lo que sostengo. 5  
Hay unas altas piedras rojas, el aire  
salvaje de mil manos  
las hizo edificadas estructuras:  
el escarlata ciego subió desde el abismo  
y en ellas se hizo cobre, fuego y fuerza. 10  
América extendida como la piel del búfalo,  
aérea y clara noche del galope,  
allí hacia las alturas estrelladas,  
bebo tu copa de verde rocío.  
Sí, por agria Arizona y Wisconsin nudoso, 15  
hasta Milwaukee levantada contra el viento y la nieve  
o en los enardecidos pantanos de West Palm,  
cerca de los pinares de Tacoma, en el espeso  
olor de acero de tus bosques,  
anduve pisando tierra madre, 20  
hojas azules, piedras de cascada,

huracanes que temblaban como toda la música,  
ríos que rezaban como los monasterios,  
ánades y manzanas, tierras y aguas,  
infinita quietud para que el trigo nazca. 25

Allí puede, en mi piedra central, extender al aire  
ojos, nidos, manos, hasta oír  
libros, locomotoras, nieve, luchas,  
fábricas, tumbas, vegetales, pasos,  
y de Manhattan la luna en el navío, 30  
el canto de la máquina que hila,  
la cuchara de hierro que come tierra,  
la perforadora con su golpe de cóndor  
y cuanto corta, oprime, corre, cose:  
seres y ruedas repitiendo y naciendo. 35 [262]

Amo el pequeño hogar del *farmer*. Recientes madres  
duermen  
aromadas como el jarabe del tamarindo, las telas  
recién planchadas. Arde  
el fuego en mil hogares rodeados de cebollas.  
(Los hombres cuando cantan cerca del río tienen 40  
una voz ronca como las piedras del fondo:  
el tabaco salió de sus anchas hojas  
y como un duende del fuego llegó a estos hogares.)  
Missouri adentro venid, mirad el queso y la harina,  
las tablas olorosas, rojas como violines, 45  
el hombre navegando la cebada,  
el potro azul recién montado huele  
el aroma del pan y de la alfalfa:

campanas, amapolas, herrerías,  
y en los destartalados cinemas silvestres 50  
el amor abre su dentadura  
en el sueño nacido de la tierra.  
Es tu paz lo que amamos, no tu máscara.  
No es hermoso tu rostro de guerrero.  
Eres hermosa y ancha Norte América. 55  
Vienes de humilde cuna como una lavandera,  
junto a tus ríos, blanca.  
Edificada en lo desconocido,  
es tu paz de panal lo dulce tuyo.  
Amamos tu hombre con las manos rojas 60  
de barro de Oregón, tu niño negro  
que te trajo la música nacida  
en su comarca de marfil: amamos  
tu ciudad, tu substancia,  
tu luz, tus mecanismos, la energía 65  
del Oeste, la pacífica  
miel, de colmenar y aldea,  
el gigante muchacho en el tractor,  
la avena que heredaste  
de Jefferson, la rueda rumorosa 70  
que mide tu terrestre oceanía,  
el humo de una fábrica y el beso  
número mil de una colonia nueva:  
tu sangre labradora es la que amamos:  
tu mano popular llena de aceite. 75

Bajo la noche de las praderas hace ya tiempo  
reposan sobre la piel del búfalo en un grave

silencio las sílabas, el canto  
 de lo que fui antes de ser, de lo que fuimos.  
 Melville es un abeto marino, de sus ramas 80 [263]  
 nace una curva de carena, un brazo  
 de madera y navío, Whitman innumerable  
 como los cereales, Poe en su matemática  
 tiniebla, Dreiser, Wolfe,  
 frescas heridas de nuestra propia ausencia, 85  
 Lockridge reciente, atados a la profundidad,  
 cuántos otros, atados a la sombra:  
 sobre ellos la misma aurora del hemisferio arde  
 y de ellos está hecho lo que somos.  
 Poderosos infantes, capitanes ciegos, 90  
 entre acontecimientos y follajes amedrentados a veces,  
 interrumpidos por la alegría y por el duelo,  
 bajo las praderas cruzadas de tráfico,  
 cuántos muertos en las llanuras antes no visitadas:  
 inocentes atormentados, profetas recién impresos, 95  
 sobre la piel del búfalo de las praderas.

De Francia, de Okinawa, de los atolones  
 de Leyte (Norman Mailer lo ha dejado escrito),  
 del aire enfurecido y de las olas,  
 han regresado casi todos los muchachos. 100  
 Casi todos... Fue verde y amarga la historia  
 de barro y sudor: no oyeron  
 bastante el canto de los arrecifes  
 ni tocaron tal vez sino para morir en las islas, las coronas  
 de fulgor y fragancia:  
 sangre y estiércol 105

los persiguieron, la mugre y las ratas,  
y un cansado y desolado corazón que luchaba.  
Pero ya han vuelto,  
los habéis recibido  
en el ancho espacio de las tierras extendidas  
y se han cerrado (los que han vuelto) como una corola 110  
de innumerables pétalos anónimos  
para renacer y olvidar.

## II

Perro además han encontrado  
un huésped en la casa,  
o trajeron nuevos ojos (o fueron ciegos antes) 115  
o el hirsuto ramaje les rompió los párpados  
o nuevas cosas hay en las tierras de América. [264]  
Aquellos negros que combatieron contigo, los  
duros y sonrientes, mirad:

Han puesto una cruz ardiendo  
frente a sus caseríos, 120  
han colgado y quemado a tu hermano de sangre:  
le hicieron combatiente, hoy le niegan  
palabra y decisión: se juntan  
de noche los verdugos  
encapuchados, con la cruz y el látigo.

(Otra cosa 125  
se oía en ultramar combatiendo.)

Un huésped imprevisto  
como un viejo octopus roído,  
inmenso, circundante,



se instaló en tu casa, soldadito:  
la prensa destila el antiguo veneno, cultivado en Berlín. 130  
Los periódicos (*Times*, *Newsweek*, etc.) se han convertido  
en amarillas hojas de delación: Hearst,  
que cantó el canto de amor a los nazis, sonrío  
y afila las uñas para que salgáis de nuevo  
hacia los arrecifes o las estepas 135  
a combatir por este huésped que ocupa tu casa.  
No te dan tregua: quieren seguir vendiendo  
acero y balas, preparan nueva pólvora  
y hay que venderla pronto, antes de que se adelante  
la fresca pólvora y caiga en nuevas manos. 140

Por todas partes los amos instalados  
en tu mansión alargan sus falanges,  
aman a España negra y una copa de sangre te ofrecen  
(un fusilado, cien): *el cocktail Marshall*.  
Escoged sangre joven: campesinos 145  
de China, prisioneros  
de España,  
sangre y sudor de Cuba azucarera,  
lágrimas de mujeres  
de las minas de cobre y del carbón en Chile, 150  
luego batid con energía,  
como un golpe de garrote,  
no olvidando trocitos de hielo y algunas gotas  
del canto *Defendemos la cultura cristiana*.  
Es amarga esta mezcla? 155  
Ya te acostumbrarás, soldadito, a beberla.  
En cualquier sitio del mundo, a la luz de la luna,

o en la mañana, en el hotel de lujo, [265]  
pida usted esta bebida que vigoriza y refresca  
y páguela con un buen billete 160  
con la imagen de Washington.

Has encontrado también que Carlos Chaplin, el último  
padre de la ternura en el mundo,  
debe huir, y que los escritores (Howard Fast, etc.),  
los sabios y los artistas 165  
en tu tierra  
deben sentarse para ser enjuiciados por «un-american»  
pensamientos  
ante un tribunal de mercaderes enriquecidos por la guerra.  
Hasta los últimos confines del mundo llega el miedo.

Mi tía lee estas noticias asustada, 170  
y todos los ojos de la tierra miran  
esos tribunales de vergüenza y venganza.  
Son los estrados de los Babbitts sangrientos,  
de los esclavistas, de los asesinos de Lincoln,  
son las nuevas inquisiciones levantadas ahora 175  
no por la cruz (y entonces era horrible e inexplicable)  
sino por el oro redondo que golpea  
las mesas de los prostíbulos y los bancos  
y que no tiene derecho a juzgar.

En Bogotá se unieron Moriñigo, Trujillo, 180  
González Videla, Somoza, Dutra, y aplaudieron.  
Tú, joven americano, no los conoces: son  
los vampiros sombríos de nuestro cielo, amarga  
es la sombra de sus alas:

prisiones,  
martirio, muerte, odio: las tierras 185  
del Sur con petróleo y nitrato  
concibieron monstruos.

De noche en Chile, en Lota,  
en la humilde y mojada casa de los mineros,  
llega la orden del verdugo. Los hijos  
se despiertan llorando.

Miles de ellos 190  
encarcelados, piensan.

En Paraguay  
la densa sombra forestal esconde  
los huesos del patriota asesinado, un tiro  
suena  
en la fosforescencia del verano.

Ha muerto 195  
allí la verdad. [266]

Por qué no intervienen  
en Santo Domingo a defender el Occidente Mr.  
Vandenberg,  
Mr. Armour, Mr. Marshall, Mr. Hearst?  
Por qué en Nicaragua el Sr. Presidente,  
despertado de noche, atormentado, tuvo 200  
que huir para morir en el destierro?

(Hay allí bananas que defender y no *libertades*,  
y para eso basta con Somoza.)

Las *grandes*  
victoriosas ideas están en Grecia  
y en China para auxilio 205

de gobiernos manchados como alfombras inmundas.

Ay, soldadito!

### III

Yo también más allá de tus tierras, América,  
ando y hago mi casa errante, vuelo, paso,  
canto y converso a través de los días. 210

Y en el Asia, en la URSS, en los Urales me detengo  
y extendiendo el alma empapada de soledades y resina.

Amo cuanto en las extensiones  
a golpe de amor y lucha el hombre ha creado.  
Aún rodea mi casa en los Urales 215

la antigua noche de los pinos  
y el silencio como una alta columna.  
Trigo y acero aquí han nacido  
de la mano del hombre, de su pecho.  
Y un canto de martillos alegra el bosque antiguo 220  
como un nuevo fenómeno azul.

Desde aquí miro extensas zonas de hombre,  
geografía de niños y mujeres, amor,  
fábricas y canciones, escuelas  
que brillan como alhelíes en la selva 225  
donde habitó hasta ayer el zorro salvaje.

Desde este punto abarca mi mano en el mapa  
el verde de las praderas, el humo  
de mil talleres, los aromas  
textiles, el asombro 230  
de la energía dominada. [267]

Vuelvo en las tardes  
por los nuevos caminos recién trazados  
y entro en las cocinas  
donde hierve el repollo y de donde sale 235  
un nuevo manantial para el mundo.

También aquí regresaron los muchachos,  
pero muchos millones quedaron atrás,  
enganchados, colgando de las horcas,  
quemados en hornos especiales, 240  
destruidos hasta no quedar de ellos  
sino el nombre en el recuerdo.

Fueron asesinadas también sus poblaciones:  
la tierra soviética fue asesinada:  
millones de vidrios y de huesos se confundieron, 245  
vacas y fábricas, hasta la Primavera  
desapareció tragada por la guerra.

Volvieron los muchachos, sin embargo,  
y el amor por la patria construida  
se había mezclado en ellos con tanta sangre 250  
que *Patria* dicen con las venas,

Unión Soviética cantan con la sangre.  
Fue alta la voz de los conquistadores  
de Prusia y de Berlín cuando volvieron  
para que renacieran las ciudades, 255  
los animales y la primavera.

Walt Whitman, levanta tu barba de hierba,  
mira conmigo desde el bosque,  
desde estas magnitudes perfumadas.

Qué ves allí, Walt Whitman? 260  
Veo, me dice mi hermano profundo,  
veo cómo trabajan las usinas,  
en la ciudad que los muertos recuerdan,  
en la capital pura,  
en la resplandeciente Stalingrado. 265  
Veo desde la planicie combatida  
desde el padecimiento y el incendio  
nacer en la humedad de la mañana  
un tractor rechinante hacia las llanuras.  
Dame tu voz y el peso de tu pecho enterrado, 270  
Walt Whitman, y las graves  
raíces de tu rostro  
para cantar estas reconstrucciones!  
Cantemos juntos lo que se levanta  
de todos los dolores, lo que surge 275 [268]  
del gran silencio, de la grave  
victoria:  
                    Stalingrado, surge tu voz de acero,  
renace piso a piso la esperanza  
como una casa colectiva,  
y hay un temblor de nuevo en marcha 280  
enseñando,  
cantando  
y construyendo.  
Desde la sangre surge Stalingrado  
como una orquesta de agua, piedra y hierro 285  
y el pan renace en las panaderías,  
la primavera en las escuelas,  
sube nuevos andamios, nuevos árboles,

mientras el viejo y férreo Volga palpita.

Estos libros,

en frescas cajas de pino y cedro, 290

están reunidos sobre la tumba

de los verdugos muertos:

estos teatros hechos en las ruinas

cubren martirio y resistencia:

libros claros como monumentos: 295

un libro sobre cada héroe,

sobre cada milímetro de muerte,

sobre cada pétalo de esta gloria inmutable.

Unión Soviética, si juntáramos

toda la sangre derramada en tu lucha, 300

toda la que diste como una madre al mundo

para que la libertad agonizante viviera,

tendríamos un nuevo océano,

grande como ninguno,

profundo como ninguno, 305

viviente como todos los ríos,

activo como el fuego de los volcanes araucanos.

En ese mar hunde tu mano,

hombre de todas las tierras,

y levántala después para ahogar en él 310

al que olvidó, al que ultrajó,

al que mintió y al que manchó,

al que se unió con cien pequeños canes

del basural de Occidente

para insultar tu sangre, Madre de los libres! 315

Desde el fragante olor de los pinos urales  
miro la biblioteca que nace [269]  
en el corazón de Rusia,  
el laboratorio en que el silencio  
trabaja, miro los trenes que llevan 320  
madera y canciones a las nuevas ciudades,  
y en esta paz balsámica crece un latido  
como en un nuevo pecho:  
a la estepa muchachas y palomas  
regresan agitando la blancura, 325  
los naranjales se pueblan de oro:  
el mercado tiene hoy  
cada amanecer  
un nuevo aroma,  
un nuevo aroma que llega desde las altas tierras 330  
en donde el martirio fue más grande:  
los ingenieros hacen temblar el mapa  
de las llanuras con sus números  
y las cañerías se envuelven como largas serpientes  
en las tierras del nuevo invierno vaporoso. 335  
En tres habitaciones del viejo Kremlin  
vive un hombre llamado José Stalin.  
Tarde se apaga la luz de su cuarto.  
El mundo y su patria no le dan reposo.  
Otros héroes han dado a luz una patria, 340  
él además ayudó a concebir la suya,  
a edificarla  
y defenderla.  
Su inmensa patria es, pues, parte de él mismo  
y no puede descansar porque ella no descansa. 345



En otro tiempo la nieve y la pólvora  
lo encontraron frente a los viejos bandidos  
que quisieron (como ahora otra vez) revivir  
el *knut*, y la miseria, la angustia de los esclavos,  
el dormido dolor de millones de pobres. 350

Él estuvo contra los que como Wrangel y Denikin  
fueron enviados desde Occidente para «defender la  
cultura.»

Allí dejaron el pellejo aquellos defensores  
de los verdugos, y en el ancho terreno  
de la URSS, Stalin trabajó noche y día. 355

Pero más tarde vinieron en una ola de plomo  
los alemanes cebados por Chamberlain.  
Stalin los enfrentó en todas las vastas fronteras,  
en todos los repliegues, en todos los avances  
y hasta Berlín sus hijos como un huracán de pueblos 360  
llegaron y llevaron la paz ancha de Rusia. [270]

Molotov y Voroshilov  
están allí, los veo,  
con los otros, los altos generales,  
los indomables. 365

Firmes como nevados encinares.  
Ninguno de ellos tiene palacios.  
Ninguno de ellos tiene regimientos de siervos.  
Ninguno de ellos se hizo rico en la guerra  
vendiendo sangre. 370

Ninguno de ellos va como un pavo real  
a Río de Janeiro o a Bogotá  
a dirigir a pequeños sátrapas manchados de tortura:

ninguno de ellos tiene doscientos trajes:

ninguno de ellos tiene acciones en fábricas de armamentos, 375

y todos ellos tienen

acciones

en la alegría y en la construcción

del vasto país donde resuena la aurora

levantada en la noche de la muerte. 380

Ellos dijeron «Camarada» al mundo.

Ellos hicieron rey al carpintero.

Por esa aguja no entrará un camello.

Lavaron las aldeas.

Repartieron la tierra. 385

Elevaron al siervo.

Borraron al mendigo.

Aniquilaron a los crueles.

Hicieron luz en la espaciosa noche.

Por eso a ti, muchacha de Arkansas o más bien 390

a ti joven dorado de West Point o mejor

a ti mecánico de Detroit o bien

a ti cargador de la vieja Orleáns, a todos

hablo y digo: afirma el paso,

abre tu oído al vasto mundo humano, 395

no son los elegantes del State Department

ni los feroces dueños del acero

los que te están hablando

sino un poeta del extremo Sur de América,

hijo de un ferroviario de Patagonia, 400

americano como el aire andino,

hoy fugitivo de una patria en donde

cárcel, tormento, angustia imperan  
mientras cobre y petróleo lentamente  
se convierten en oro para reyes ajenos.

Tú no eres 405 [271]

el ídolo que en una mano lleva el oro  
y en la otra la bomba.

Tú eres

lo que soy, lo que fui, lo que debemos  
amparar, el fraternal subsuelo  
de América purísima, los sencillos  
hombres de los caminos y las calles.

410

Mi hermano Juan vende zapatos  
como tu hermano John,  
mi hermana Juana pela papas,  
como tu prima Jane,  
y mi sangre es minera y marinera  
como tu sangre, Peter.

415

Tú y yo vamos a abrir las puertas  
para que pase el aire de los Urales  
a través de la cortina de tinta,

420

tú y yo vamos a decir al furioso:  
«My dear guy, hasta aquí no más llegaste»,  
más acá la tierra nos pertenece  
para que no se oiga el silbido  
de la ametralladora sino una  
canción, y otra canción, y otra canción.

425

Pero si armas tus huestes, Norte América,  
para destruir esa frontera pura  
y llevar al matarife de Chicago  
a gobernar la música y el orden 430  
que amamos,

saldremos de las piedras y del aire  
para morderte:

saldremos de la última ventana  
para volcarte fuego:

saldremos de las olas más profundas  
para clavarte con espinas:

saldremos del surco para que la semilla  
golpee como un puño colombiano, 435

saldremos para negarte el pan y el agua,  
saldremos para quemarte en el infierno.

No pongas la planta entonces, soldado, [272]  
en la dulce Francia, porque allí estaremos  
para que las verdes viñas den vinagre 440  
y las muchachas pobres te muestren el sitio  
donde está fresca la sangre alemana.

No subas las secas sierras de España  
porque cada piedra se convertirá en fuego,  
y allí mil años combatirán los valientes: 445

no te pierdas entre los olivares porque nunca  
volverás a Oklahoma, pero no entres  
en Grecia, que hasta la sangre que hoy estás derramando  
se levantará de la tierra para deteneros.

No vengáis entonces a pescar a Tocopilla 450

porque el pez espada conocerá vuestros despojos  
y el oscuro minero desde la araucanía  
buscará las antiguas flechas crueles  
que esperan enterradas nuevos conquistadores.  
No confiéis del gaucho cantando una vidalita, 455  
ni del obrero de los frigoríficos. Ellos  
estarán en todas partes con ojos y puños,  
como los venezolanos que os esperan para entonces  
con una botella de petróleo y una guitarra en las manos.  
No entres, no entres a Nicaragua tampoco. 460  
Sandino duerme en la selva hasta ese día,  
su fusil se ha llenado de lianas y de lluvia,  
su rostro no tiene párpados,  
pero las heridas con que lo matasteis están vivas  
como las manos de Puerto Rico que esperan 465  
la luz de los cuchillos.

Será implacable el mundo para vosotros.

No sólo serán las islas despobladas, sino el aire  
que ya conoce las palabras que le son queridas.

No llegues a pedir carne de hombre  
al alto Perú: en la niebla roída de los monumentos 470  
el dulce antepasado de nuestra sangre afila  
contra ti sus espadas de amatista,  
y por los valles el ronco caracol de batalla  
congrega a los guerreros, a los honderos  
hijos de Amaru. Ni por las cordilleras mexicanas 475  
busques hombres para llevarlos a combatir la aurora:  
los fusiles de Zapata no están dormidos,  
son aceitados y dirigidos a las tierras de Texas.

No entres a Cuba, que del fulgor marino  
de los cañaverales sudorosos 480  
hay una sola oscura mirada que te espera [273]  
y un solo grito hasta matar o morir.

No llegues

a tierra de partisanos en la rumorosa  
Italia: no pases de las filas de los soldados con «*jacquet*»  
que mantienes en Roma, no pases de San Pedro: 485  
más allá los santos rústicos de las aldeas,  
los santos marineros del pescado  
aman el gran país de la estepa  
en donde floreció de nuevo el mundo.

No toques

los puentes de Bulgaria, no te darán el paso, 490  
los ríos de Rumania, les echaremos sangre hirviendo  
para que quemen a los invasores:  
no saludes al campesino que hoy conoce  
la tumba de los feudales, y vigila  
con su arado y su rifle: no lo mires 495  
porque te quemará como una estrella.

No desembarques

en China: ya no estará Chang el Mercenario  
rodeado de su podrida corte de mandarines:  
habrá para esperaros una selva  
de hoces labriegas y un volcán de pólvora. 500  
En otras guerras existieron fosos con agua  
y luego alambradas repetidas, con púas y garras,  
pero este foso es más grande, estas aguas más hondas,  
estos alambres más invencibles que todos los metales.  
Son un átomo y otro del metal humano, 505

son un nudo y mil nudos de vidas y vidas:  
son los viejos dolores de los pueblos  
de todos los remotos valles y reinos,  
de todas las banderas y navíos,  
de todas las cuevas donde se amontonaron, 510  
de todas las redes que salieron contra la tempestad,  
de todas las ásperas arrugas de las tierras,  
de todos los infiernos en las calderas calientes,  
de todos los telares y las fundiciones,  
de todas las locomotoras perdidas o congregadas. 515

Este alambre da mil vueltas al mundo:  
parece dividido, desterrado,  
y de pronto se juntan sus imanes  
hasta llenar la tierra.

Pero aún 520  
más allá, radiantes y determinados,  
acerados, sonrientes,  
para cantar o combatir  
os esperan [274]

hombres y mujeres de la tundra y la taiga, 525  
guerreros del Volga que vencieron la muerte,  
niños de Stalingrado, gigantes de Ucrania,  
toda una vasta y alta pared de piedra y sangre,  
hierro y canciones, coraje y esperanza.

Si tocáis ese muro caeréis 530  
quemados como el carbón de las usinas,  
las sonrisas de Rochester se harán tinieblas  
que luego esparcirá el aire estepario  
y luego enterrará para siempre la nieve.

Vendrán los que lucharon desde Pedro 535

hasta los nuevos héroes que asombraron la tierra  
y harán de sus medallas pequeñas balas frías  
que silbarán sin tregua desde toda  
la vasta tierra que hoy es alegría.

Y desde el laboratorio cubierto de enredaderas 540  
saldrá también el átomo desencadenado  
hacia vuestras ciudades orgullosas.

## V

Que nada de esto pase.

Que despierte el Leñador.

Que venga Abraham con su hacha 545  
y con su plato de madera  
a comer con los campesinos.

Que su cabeza de corteza,  
sus ojos vistos en las tablas,  
en las arrugas de la encina, 550  
vuelvan a mirar el mundo  
subiendo sobre los follajes,  
más altos que las secuoias.

Que entre a comprar en las farmacias,  
que tome un autobús a Tampa, 555  
que muerda una manzana amarilla,  
que entre en un cine, que converse  
con toda la gente sencilla.

Que despierte el Leñador.

Que venga Abraham, que hinche 560



su vieja levadura la tierra  
dorada y verde de Illinois,  
y levante el hacha en su pueblo [275]  
contra los nuevos esclavistas,  
contra el látigo del esclavo, 565  
contra el veneno de la imprenta,  
contra la mercadería  
sangrienta que quieren vender.  
Que marchen cantando y sonriendo  
el joven blanco, el joven negro, 570  
contra las paredes de oro,  
contra el fabricante de odio,  
contra el mercader de su sangre,  
cantando, sonriendo y venciendo.  
  
Que despierte el Leñador. 575

## VI

Paz para los crepúsculos que vienen,  
paz para el puente, paz para el vino,  
paz para las letras que me buscan  
y que en mi sangre suben enredando  
el viejo canto con tierra y amores, 580  
paz para la ciudad en la mañana  
cuando despierta el pan, paz para el río  
Mississippi, río de las raíces:  
paz para la camisa de mi hermano,  
paz en el libro como un sello de aire, 585  
paz para el gran koljós de Kiev,

paz para las cenizas de estos muertos  
y de estos otros muertos, paz para el hierro  
negro de Brooklyn, paz para el cartero  
de casa en casa como el día, 590  
paz para el coreógrafo que grita  
con un embudo a las enredaderas,  
paz para mi mano derecha,  
que sólo quiere escribir Rosario:  
paz para el boliviano secreto 595  
como una piedra de estaño, paz  
para que tú te cases, paz para todos  
los aserraderos de Bío-Bío,  
paz para el corazón desgarrado  
de España guerrillera: 600  
paz para el pequeño Museo de Wyoming  
en donde lo más dulce  
es una almohada con un corazón bordado, [276]  
paz para el panadero y sus amores  
y paz para la harina: paz 605  
para todo el trigo que debe nacer,  
para todo el amor que buscará follaje,  
paz para todos los que viven: paz  
para todas las tierras y las aguas.

Yo aquí me despido, vuelvo 610  
a mi casa, en mis sueños,  
vuelvo a la Patagonia en donde  
el viento golpea los establos  
y salpica hielo el Océano.

Soy nada más que un poeta: os amo a todos, 615

ando errante por el mundo que amo:  
en mi patria encarcelan mineros  
y los soldados mandan a los jueces.  
Pero yo amo hasta las raíces  
de mi pequeño país frío. 620  
Si tuviera que morir mil veces  
allí quiero morir:  
si tuviera que nacer mil veces  
allí quiero nacer,  
cerca de la araucaria salvaje, 625  
del vendaval del viento sur,  
de las campanas recién compradas.  
Que nadie piense en mí.  
Pensemos en toda la tierra,  
golpeando con amor en la mesa. 630  
No quiero que vuelva la sangre  
a empapar el pan, los frijoles,  
la música: quiero que venga  
conmigo el minero, la niña,  
el abogado, el marinero, 635  
el fabricante de muñecas,  
que entremos al cine y salgamos  
a beber el vino más rojo.

Yo no vengo a resolver nada.

Yo vine aquí para cantar 640  
y para que cantes conmigo. [277]

- X -

El fugitivo [279]

**El fugitivo (1948)**

Por la alta noche, por la vida entera,  
de lágrima a papel, de ropa en ropa,  
anduve en estos días abrumados.

Fui el fugitivo de la policía:

y en la hora de cristal, en la espesura 5

de estrellas solitarias,

crucé ciudades, bosques,

chacarerías, puertos,

de la puerta de un ser humano a otro,

de la mano de un ser a otro ser, a otro ser. 10

Grave es la noche, pero el hombre

ha dispuesto sus signos fraternales,

y a ciegas por caminos y por sombras

llegué a la puerta iluminada, al pequeño

punto de estrella que era mío, 15

al fragmento de pan que en el bosque los lobos

no habían devorado.

Una vez, a una casa, en la campiña,

llegué de noche, a nadie

antes de aquella noche había visto, 20

ni adivinado aquellas existencias.

Cuanto hacían, sus horas

eran nuevas en mi conocimiento.

Entré, eran cinco de familia:

todos como en la noche de un incendio 25

se habían levantado.

Estreché una  
y otra mano, vi un rostro y otro rostro,  
que nada me decían: eran puertas  
que antes no vi en la calle,  
ojos que no conocían mi rostro, 30  
y en la alta noche, apenas [280]  
recibido, me tendí al cansancio,  
a dormir la congoja de mi patria.

Mientras venía el sueño,  
el eco innumerable de la tierra 35  
con sus ronos ladridos y sus hebras  
de soledad, continuaba la noche,  
y yo pensaba: «Dónde estoy? Quiénes  
son? Por qué me guardan hoy?  
Por qué ellos, que hasta hoy no me vieron 40  
abren sus puertas y defienden mi canto?»  
Y nadie respondía  
sino un rumor de noche deshojada,  
un tejido de grillos construyéndose:  
la noche entera apenas 45  
parecía temblar en el follaje.  
Tierra nocturna, a mi ventana  
llegabas con tus labios,  
para que yo durmiera dulcemente  
como cayendo sobre miles de hojas, 50  
de estación a estación, de nido a nido  
de rama en rama, hasta quedar de pronto  
dormido como un muerto en tus raíces.

## II

Era el otoño de las uvas.  
Temblaba el parral numeroso. 55  
Los racimos blancos, velados,  
escarchaban sus dulces dedos,  
y las negras uvas llenaban  
sus pequeñas ubres repletas  
de un secreto río redondo. 60  
El dueño de casa, artesano  
de magro rostro, me leía  
el pálido libro terrestre  
de los días crepusculares.  
Su bondad conocía el fruto, 65  
la rama troncal y el trabajo  
de la poda que deja el árbol  
su desnuda forma de copa.  
A los caballos conversaba  
como a inmensos niños: seguían 70  
detrás de él los cinco gatos [281]  
y los perros de aquella casa,  
unos enarcados y lentos,  
otros corriendo locamente  
bajo los fríos durazneros. 75  
Él conocía cada rama,  
cada cicatriz de los árboles,  
y su antigua voz me enseñaba  
acariciando a los caballos.

### III

Otra vez a la noche acudí entonces. 80

Al cruzar la ciudad la noche andina,  
la noche derramada abrió su rosa  
sobre mi traje.

Era invierno en el Sur.

La nieve había  
subido a su alto pedestal, el frío 85  
quemaba con mil puntas congeladas.

El río Mapocho era de nieve negra.  
Y yo, entre calle y calle de silencio  
por la ciudad manchada del tirano.  
Ay!, era yo como el mismo silencio 90  
mirando cuánto amor y amor caía  
a través de mis ojos en mi pecho.

Porque esa calle y la otra y el dintel  
de la noche nevada, y la nocturna  
soledad de los seres, y mi pueblo 95  
hundido, oscuro, en su arrabal de muertos,  
todo, la última ventana

con su pequeño ramo de luz falsa,  
el apretado coral negro  
de habitación y habitación, el viento 100  
nunca gastado de mi tierra,  
todo era mío, todo  
hacia mí en el silencio levantaba  
una boca de amor llena de besos.

#### IV

Una joven pareja abrió una puerta 105  
que antes tampoco conocí.

Era ella [282]

dorada como el mes de junio,  
y él era un ingeniero de altos ojos.  
Desde entonces con ellos pan y vino  
compartí,

poco a poco 110

llegué a su intimidad desconocida.

Me dijeron: «Estábamos  
separados,

nuestra disensión era ya eterna:

hoy nos unimos para recibirte, 115

hoy te esperamos juntos.»

Allí, en la pequeña

habitación reunidos,

hicimos silenciosa fortaleza.

Guardé silencio hasta en el sueño. 120

Estaba en plena

palma de la ciudad, casi escuchaba

los pasos del Traidor, junto a los muros

que me apartaban, oía

las voces sucias de los carceleros, 125

sus carcajadas de ladrón, sus sílabas

de borrachos metidos entre balas

en la cintura de la patria mía.

Casi rozaban mi piel silenciosa

los eructos de Holgers y Pobletes, 130



sus pasos, arrastrándose, tocaban  
casi mi corazón y sus hogueras:  
ellos enviando al tormento a los míos,  
yo reservando mi salud de espada.  
Y otra vez, en la noche, adiós, Irene, 135  
adiós Andrés, adiós amigo nuevo,  
adiós a los andamios, a la estrella,  
adiós tal vez a la casa inconclusa  
que frente a mi ventana parecía  
poblarse de fantasmas lineales. 140  
Adiós al punto ínfimo de monte  
que recogía en mis ojos cada tarde,  
adiós a la luz verde neón que abría  
con su relámpago cada nueva noche.

## V

Otra vez, otra noche, fui más lejos. 145  
Toda la cordillera de la costa,  
el ancho margen hacia el mar Pacífico,  
y luego entre las calles torcidas, [283]  
calleja y callejón, Valparaíso.  
Entré a una casa de marineros. 150  
La madre me esperaba.  
«No lo supe hasta ayer -me dijo-; el hijo  
me llamó, y el nombre de Neruda  
me recorrió como un escalofrío.  
Pero le dije: qué comodidades, 155  
hijo, podemos ofrecerle?» «Él pertenece  
a nosotros, los pobres -me respondió-,

él no hace burla ni desprecio  
de nuestra pobre vida, él la levanta  
y la defiende.» «Yo le dije: sea, 160  
y ésta es su casa desde hoy.»

Nadie me conocía en esa casa.  
Miré el limpio mantel, la jarra de agua  
pura como esas vidas que del fondo  
de la noche como alas 165  
de cristal a mí llegaban.

Fui a la ventana: Valparaíso abría sus mil párpados  
que temblaban, el aire  
del mar nocturno entró en mi boca,  
las luces de los cerros, el temblor 170  
de la luna marítima en el agua,  
la oscuridad como una monarquía  
aderezada de diamantes verdes,  
todo el nuevo reposo que la vida  
me entregaba.

Miré: la mesa estaba puesta, 175  
el pan, la servilleta, el vino, el agua,  
y una fragancia de tierra y ternura  
humedeció mis ojos de soldado.

Junto a esa ventana de Valparaíso  
pasé días y noches. 180

Los navegantes de mi nueva casa  
cada día buscaban  
un barco en que partir.

Eran  
engañados una vez y otra vez.

El «Atomena»

no podía llevarlos, el «Sultana» 185  
tampoco. Me explicaron:  
ellos pagaban la mordida o coima,  
a unos y otros jefes. Otros  
daban más.

Todo estaba podrido  
como en el Palacio de Santiago. 190  
Aquí se abrían los bolsillos [284]  
del caporal, del Secretario,  
no eran tan grandes como los bolsillos  
del Presidente, pero roían  
el esqueleto de los pobres. 195

Triste república azotada  
como una perra por ladrones,  
aullando sola en los caminos,  
golpeada por la policía.  
Triste nación gonzalizada, 200  
arrojada por los tahúres  
al vómito del delator,  
vendida en las esquinas rotas,  
desmantelada en un remate.

Triste república en la mano 205  
del que vendió su propia hija  
y su propia patria entregó  
herida, muda y maniatada.

Volvían los dos marineros  
y partían a cargar al hombro 210  
sacos, bananas, comestibles,  
añorando la sal de las olas,

el pan marino, el alto cielo.

En mi día solitario el mar  
se alejaba: miraba entonces 215  
la llama vital de los cerros,  
cada casa colgando, el  
latido de Valparaíso:  
los altos cerros desbordantes  
de vidas, las puertas pintadas 220  
de turquesa, escarlata y rosa,  
los escalones desdentados,  
los racimos de puertas pobres,  
las viviendas desvencijadas,  
la niebla, el humo extendiendo sus 225  
redes de sal sobre las cosas,  
los árboles desesperados  
agarrándose a las quebradas,  
la ropa colgada en los brazos  
de las mansiones inhumanas, 230  
el ronco silbato de pronto  
hijo de las embarcaciones,  
el sonido de la salmuera,  
de la niebla, la voz marina,  
hecha de golpes y susurros, 235  
todo eso envolvía mi cuerpo [285]  
como un nuevo traje terrestre  
y habité la bruma de arriba,  
el alto pueblo de los pobres.

## VI

Ventana de los cerros! Valparaíso, estaño frío, 240  
roto en un grito y otro de piedras populares!  
Mira conmigo desde mi escondite  
el puerto gris tachonado de barcas,  
agua lunar apenas movediza,  
inmóviles depósitos del hierro. 245  
En otra hora lejana,  
poblado estuvo tu mar, Valparaíso,  
por los delgados barcos del orgullo,  
los Cinco Mástiles con susurro de trigo,  
los diseminadores del salitre, 250  
los que de los océanos nupciales  
a ti vinieron, colmando tus bodegas.  
Altos veleros del día marino,  
comerciales cruzados, estandartes  
hinchidos por la noche marinera, 255  
con vosotros el ébano y la pura  
claridad del marfil, y los aromas  
del café y de la noche en otra luna,  
Valparaíso, a tu paz peligrosa  
vinieron envolviéndote en perfume. 260  
Temblaba el «Potosí» con sus nitratos  
avanzando en el mar, pescado y flecha,  
turgencia azul, ballena delicada,  
hacia otros negros puertos de la tierra.  
Cuánta noche del Sur sobre las velas 265  
enrolladas, sobre los empinados  
pezones de la máscara del buque,  
cuando sobre la Dama del navío,

rostro de aquellas proas balanceadas,  
toda la noche de Valparaíso, 270  
la noche austral del mundo, descendía. [286]

## VII

Era el amanecer del salitre en las pampas.  
Palpitaba el planeta del abono  
hasta llenar a Chile como un barco  
de nevadas bodegas. 275

Hoy miro cuanto quedó de todos  
los que pasaron sin dejar sus huellas  
en las arenas del Pacífico.

Mirad lo que yo miro,  
el huracán detritus  
que dejó en la garganta de mi patria 280  
como un collar de pus, la lluvia de oro.

Que te acompañe, caminante,  
esta mirada inmóvil que perfora,  
atada al cielo de Valparaíso.

Vive el chileno 285  
entre basura y vendaval, oscuro  
hijo de la dura Patria.

Vidrios despedazados, techos rotos,  
muros aniquilados, cal leprosa,  
puerta enterrada, piso de barro, 290  
sujetándose apenas al vestigio  
del suelo.

Valparaíso, rosa inmunda,  
pestilencial sarcófago marino!

No me hieras con tus calles de espinas, 295  
con tu corona de agrios callejones,  
no me dejes mirar al niño herido  
por tu miseria de mortal pantano!  
Me duele en ti mi pueblo,  
toda mi patria americana, 300  
todo lo que han roído de tus huesos  
dejándote ceñida por la espuma  
como una miserable diosa despedazada,  
en cuyo dulce pecho roto  
orinan los perros hambrientos. 305

### VIII

Amo, Valparaíso, cuanto encierras,  
y cuanto irradias, novia del océano,  
hasta más lejos de tu nimbo sordo.  
Amo la luz violenta con que acudes [287]  
al marinero en la noche del mar, 310  
y entonces eres -rosa de azahares-  
luminosa y desnuda, fuego y niebla.  
Que nadie venga con un martillo turbio  
a golpear lo que amo, a defenderte:  
nadie sino mi ser por tus secretos: 315  
nadie sino mi voz por tus abiertas  
hileras de rocío, por tus escalones  
en donde la maternidad salobre  
del mar te besa, nadie sino mis labios  
en tu corona fría de sirena, 320  
elevada en el aire de la altura,

oceánico amor, Valparaíso.

Reina de todas las costas del mundo,  
verdadera central de olas y barcos,  
eres en mí como la luna o como  
la dirección del aire en la arboleda. 325

Amo tus criminales callejones,  
tu luna de puñal sobre los cerros,  
y entre tus plazas la marinería  
revistiendo de azul la primavera. 330

Que se entienda, te pido, puerto mío,  
que yo tengo derecho  
a escribirte lo bueno y lo malvado  
y soy como las lámparas amargas  
cuando iluminan las botellas rotas. 335

## IX

Yo recorrí los afamados mares,  
el estambre nupcial de cada isla,  
soy el más marinero del papel  
y anduve, anduve, anduve,  
hasta la última espuma, 340  
pero tu penetrante amor marino  
fue señalado en mí como ninguno.

Eres la montañosa  
cabeza capital  
del gran océano, 345  
y en tu celeste grupa de centaura  
tus arrabales lucen la pintura





No hay otra como tú sobre la arena,  
Albacora del Sur, Reina del agua.

X

Así, pues, de noche en noche,  
aquella larga hora, la tiniebla  
hundida en todo el litoral chileno, 380  
fugitivo pasé de puerta en puerta.  
Otras casas humildes, otras manos  
en cada arruga de la Patria estaban  
esperando mis pasos.

Tú pasaste

mil veces por esa puerta que no te dijo nada, 385  
por ese muro sin pintar, por esas  
ventanas con marchitas flores. [289]

Para mí era el secreto:  
estaba para mí palpitando,  
era en las zonas del carbón, 390  
empapadas por el martirio,  
era en los puertos de la costa  
junto al antártico archipiélago,  
era, escucha, tal vez en esa  
calle sonora, entre la música 395  
del mediodía de las calles,

o junto al parque esa ventana  
que nadie distinguió entre las otras  
ventanas, y que me esperaba  
con un plato de sopa clara 400  
y el corazón sobre la mesa.

Todas las puertas eran mías,  
todos dijeron: «Es mi hermano,  
tráelo a esta casa pobre»,  
mientras mi patria se teñía 405  
con tantos castigos  
como un lagar de vino amargo.  
Vino el pequeño hojalatero,  
la madre de aquellas muchachas,  
el campesino desgarbado, 410  
el hombre que hacía jabones,  
la dulce novelista, el joven  
clavado como un insecto  
a la oficina desolada,  
vinieron y en su puerta había 415  
un signo secreto, una llave  
defendida como una torre  
para que yo entrara de pronto,  
de noche, de tarde o de día  
y sin conocer a nadie 420  
dijera: «Hermano, ya sabes quién soy,  
me parece que me esperabas.»

## XI

Qué puedes tú, maldito, contra el aire?  
Qué puedes tú, maldito, contra todo  
lo que florece y surge y calla y mira, 425  
y me espera y te juzga?  
Maldito, con tus traiciones  
está lo que compraste, lo que debes [290]

regar a cada rato con monedas.

Maldito, puedes 430

relegar, apresar y dar tormentos,  
y apresuradamente pagar pronto,  
antes de que el vendido se arrepienta,  
podrás dormir apenas

rodeado de compradas carabinas, 435

mientras en el regazo de mi patria  
vivo yo, el fugitivo de la noche!

Qué triste es tu pequeña y pasajera  
victoria! Mientras Aragón, Ehreburg,  
Eluard, los poetas 440

de París, los valientes  
escritores  
de Venezuela y otros y otros y otros  
están conmigo,

tú, Maldito, 445

entre Escanilla y Cuevas,  
Peluchoneaux y Poblete!

Yo por escalas que mi pueblo asume,  
en socavones que mi pueblo esconde,  
sobre mi patria y su ala de paloma 450

duermo, sueño y derribo tus fronteras.

## XII

A todos, a vosotros  
los silenciosos seres de la noche  
que tomaron mi mano en las tinieblas, a vosotros,

lámparas 455  
de la luz inmortal, líneas de estrella,  
pan de las vidas, hermanos secretos,  
a todos, a vosotros,  
digo: no hay gracias,  
nada podrá llenar las copas 460  
de la pureza,  
nada puede  
contener todo el sol en las banderas  
de la primavera invencible,  
como vuestras calladas dignidades. 465  
Solamente  
pienso  
que he sido tal vez digno de tanta [291]  
sencillez, de flor tan pura,  
que tal vez soy vosotros, eso mismo, 470  
esa miga de tierra, harina y canto,  
ese amasijo natural que sabe  
de dónde sale y dónde pertenece.  
No soy una campana de tan lejos,  
ni un cristal enterrado tan profundo 475  
que tú no puedas descifrar, soy sólo  
pueblo, puerta escondida, pan oscuro,  
y cuando me recibes, te recibes  
a ti mismo, a ese huésped  
tantas veces golpeado 480  
y tantas veces  
renacido.

A todo, a todos,  
a cuantos no conozco, a cuantos nunca

oyeron este nombre, a los que viven  
a lo largo de nuestros largos ríos, 485  
al pie de los volcanes, a la sombra  
sulfúrica del cobre, a pescadores y labriegos,  
a indios azules en la orilla  
de lagos centelleantes como vidrios,  
al zapatero que a esta hora interroga 490  
clavando el cuero con antiguas manos,  
a ti, al que sin saberlo me ha esperado,  
yo pertenezco y reconozco y canto.

### XIII

Arena americana, solemne  
plantación, roja cordillera, 495  
hijos, hermanos desgranados  
por las viejas tormentas,  
juntemos todo el grano vivo  
antes de que vuelva a la tierra,  
y que el nuevo maíz que nace 500  
haya escuchado tus palabras  
y las repita y se repitan.  
Y se canten de día y de noche,  
y se muerdan y se devoren,  
y se propaguen por la tierra, 505  
y se hagan, de pronto, silencio,  
se hundan debajo de las piedras,  
encuentren las puertas nocturnas,

y otra vez salgan a nacer, [292]  
a repartirse, a conducirse 510  
como el pan, como la esperanza,  
como el aire de los navíos.  
El maíz te lleva mi canto,  
salido desde las raíces  
de mi pueblo, para nacer, 515  
para construir, para cantar,  
y para ser otra vez semilla  
más numerosa, en la tormenta.

Aquí están mis manos perdidas.  
Son invisibles, pero tú 520  
las ves a través de la noche,  
a través del viento invisible.  
Dame tus manos, yo las veo  
sobre las ásperas arenas  
de nuestra noche americana, 525  
y escojo la tuya y la tuya,  
esa mano y aquella otra mano,  
la que se levanta a luchar  
y la que vuelve a ser sembrada.

*No me siento solo en la noche,* 530  
*en la oscuridad de la tierra.*  
*Soy pueblo, pueblo innumerable.*  
*Tengo en mi voz la fuerza pura*  
*para atravesar el silencio*  
*y germinar en las tinieblas.* 535  
*Muerte, martirio, sombra, hielo,*

*cubren de pronto la semilla.*

*Y parece enterrado el pueblo.*

*Pero el maíz vuelve a la tierra.*

*Atravesaron el silencio*

540

*sus implacables manos rojas.*

*Desde la muerte renacemos.*

[293]

**- XI -**

Las Flores de Punitaqui [295]

**El valle de las piedras (1946)**

Hoy ha caído, 25 de abril, sobre los campos de Ovalle,  
la lluvia, la esperada, el agua de 1946.

En este primer jueves mojado, un día de vapor  
construye sobre los cerros su gris ferretería.

Es este jueves de las pequeñas semillas

5

que en sus bolsas guardaron los campesinos hambrientos:

hoy apresuradamente picarán la tierra y en ella  
dejarán caer sus granitos de verde vida.

Recién ayer subí Ríos Hurtado hacia arriba:

hacia arriba, entre los ásperos cerros quisquillosos,  
erizados de espinas, porque el gran cactus andino,  
como un cruel candelabro, aquí se establece.

10

Y sobre sus eriales espinas, como una vestidura  
escarlata, o como una mancha de terrible arrebol,



como sangre de un cuerpo arrastrado sobre un millar de púas, 15  
el quintral ha encendido sus lámparas sangrientas.

Las rocas son inmensas bolsas coaguladas  
en la edad del fuego, sacos ciegos de piedra  
que rodaron hasta fundirse en estas  
implacables estatuas que vigilan el valle. 20

El río lleva un dulce y agónico rumor  
de últimas aguas entre la sauceoscura  
multitud del follaje, y los álamos  
dejan caer a gotas su delgado amarillo. [296]

Es el otoño de Norte Chico, el atrasado otoño. 25

Aquí más parpadea la luz en el racimo.

Como una mariposa, se detiene más tiempo  
el transparente sol hasta cuajar la uva,  
y brillan sobre el valle sus paños moscateles.

## II

### **Hermano Pablo**

Mas hoy los campesinos vienen a verme: «Hermano,  
no hay agua, hermano Pablo, no hay agua, no ha llovido.

Y la escasa corriente  
del río  
siete días circula, siete días se seca.

5

Nuestras vacas han muerto arriba en la cordillera.

Y la sequía empieza a matar niños.

Arriba, muchos no tienen qué comer.

Hermano Pablo, tú hablarás al Ministro.»

(Sí, hermano Pablo hablará al Ministro, pero ellos no saben 10

cómo me ven llegar

esos sillones de cuero ignominioso

y luego la madera ministerial, fregada

y pulida por la saliva aduladora.)

Mentirá el Ministro, se sobará las manos, 15

y las ganaderías del pobre comunero,

con el burro y el perro, por las deshilachadas

rocas, caerán, de hambre en hambre, hacia abajo.

### III

#### **El hambre y la ira**

Adiós, adiós a tu predio, a la sombra

que ganaste, a la rama

transparente, a la tierra consagrada,

al buey, adiós, al agua avara, [297]

adiós, a las vertientes, a la música 5

que no llegó en la lluvia, al cinto pálido

de la resaca y pedregosa aurora.

Juan Ovalle, la mano te di, mano sin agua,

mano de piedra, mano de pared y sequía.  
Y te dije: a la parda oveja, a las más ásperas 10  
estrellas, a la luna como cárdeno cardo,  
maldice, al ramo roto de los labios nupciales,  
pero al hombre no toques, al hombre aún no derrames  
pegándole en las venas, aún no tiñas la arena,  
aún no enciendas el valle con el árbol 15  
de las caídas ramas arteriales.

Juan Ovalle, no mates. Y tu mano  
me contestó: «Estas tierras  
quieren matar, buscan de noche  
venganza, el viejo aire ambarino 20  
en la amargura es aire de veneno,  
y la guitarra es como una cadera  
de crimen, y el viento es un cuchillo.»

#### IV

##### **Les quitan la tierra**

Porque detrás del valle y la sequía,  
detrás del río y la delgada hoja,  
acechando el terrón y la cosecha,  
el ladrón de las tierras.

Mira aquel árbol de sonante púrpura, 5  
contempla su estandarte arbolado,  
y detrás de su estirpe matutina,  
el ladrón de tierras.

Oyes como la sal del arrecife  
el viento de cristal en los nogales, 10  
pero sobre el azul de cada día  
el ladrón de tierras.

Sientes entre las capas germinales  
latir el trigo en su flecha dorada,  
pero entre el pan y el hombre hay una máscara: 15  
el ladrón de tierras. [298]

## V

### Hacia los minerales

Después a las altas piedras  
de sal y de oro, a la enterrada  
república de los metales  
subí:  
eran los dulces muros en que una 5  
piedra se amarra con otra,  
con un beso de barro oscuro.

Un beso entre piedra y piedra  
por los caminos tutelares,  
un beso de tierra y tierra 10  
entre las grandes uvas rojas,  
y como un diente junto a otro diente  
la dentadura de la tierra,  
las pircas de materia pura,

las que llevan el interminable beso de las piedras del río a los mil labios del camino.	15
Subamos desde la agricultura al oro. Aquí tenéis los altos pedernales.	
El peso de la mano es como un ave. Un hombre, un ave, una sustancia de aire, de obstinación, de vuelo, de agonía, un párpado tal vez, pero un combate.	20
Y de allí en la transversal cuna del oro, en Punitaqui, frente a frente, con los callados palanqueros del pique, de la pala, ven, Pedro, con tu paz de cuero, ven, Ramírez, con tus abrasadas manos que indagaron el útero de las cerradas minerías, salud, en las gradas, en los calcáreos subterráneos del oro, abajo en sus matrices, quedaron vuestras digitales herramientas marcadas con fuego. [299]	25 30 35

Era dura la patria allí como antes.  
Era una sal perdida el oro,  
era  
un pez enrojecido y en el terrón colérico  
su pequeño minuto triturado  
nacía, iba naciendo de las uñas sangrientas. 5

Entre el alba como un almendro frío,  
bajo los dientes de las cordilleras,  
el corazón perfora su agujero,  
rastrea, toca, sufre, sube, y a la altura  
más esencial, más planetaria, llega 10  
con camiseta rota.

Hermano de corazón quemado,  
junta en mi mano esta jornada,  
y bajemos una vez más a las capas dormidas  
en que tu mano como una tenaza 15  
agarró el oro vivo que quería volar  
aún más profundo, aún más bajo, aún.

Y allí con unas flores  
las mujeres de allí, las chilenas de arriba,  
las minerales hijas de la mina, 20  
un ramo entre mis manos, unas flores  
de Punitaqui, unas rojas flores,  
geranios, flores pobres  
de aquella tierra dura,  
depositaron en mis manos como 25  
si hubieran sido halladas en la mina más honda,

si aquellas flores hijas de agua roja  
volvieran desde el fondo sepultado del hombre.

Tomé sus manos y sus flores, tierra  
despedazada y mineral, perfume 30  
de pétalos profundos y dolores.

Supe al mirarlas de dónde vinieron  
hasta la soledad dura del oro,  
me mostraron como gotas de sangre  
las vidas derramadas. 35

Eran en su pobreza [300]  
la fortaleza florecida, el ramo  
de la ternura y su metal remoto.

Flores de Punitaqui, arterias, vidas, junto  
a mi cama, en la noche, vuestro aroma 40  
se levanta y me guía por los más subterráneos  
corredores del duelo,  
por la altura picada, por la nieve, y aún  
por las raíces donde sólo las lágrimas alcanzan.

Flores, flores de altura, 45  
flores de mina y piedra, flores  
de Punitaqui, hijas  
del amargo subsuelo: en mí, nunca olvidadas.  
quedasteis vivas, construyendo  
la pureza inmortal, una corola 50  
de piedra que no muere.

## VII

### El oro

Tuvo el oro ese día de pureza.  
Antes de hundir de nuevo su estructura  
en la sucia salida que lo aguarda,  
recién llegado, recién desprendido  
de la solemne estatua de la tierra, 5  
fue depurado por el fuego, envuelto  
por el sudor y las manos del hombre.

Allí se despidió el pueblo del oro.  
Y era terrestre su contacto, puro  
como la madre gris de la esmeralda. 10  
Igual era la mano sudorosa  
que recorrió el lingote enmarañado,  
a la cepa de tierra reducida  
por la infinita dimensión del tiempo,  
al color terrenal de las semillas, 15  
al suelo poderoso de secretos,  
a la tierra que labra los racimos.

Tierras del oro sin manchar, humanos  
materiales, metal immaculado  
del pueblo, virginales minerías, 20 [301]  
que se tocan sin verse en la implacable  
encrucijada de sus dos caminos:  
el hombre seguirá mordiendo el polvo,  
seguirá siendo tierra pedregosa,



y el oro subirá sobre su sangre 25  
hasta herir y reinar sobre el herido.

## VIII

### **El camino del oro**

Entrad, señor, comprad patria y terreno,  
habitaciones, bendiciones, ostras,  
todo se vende aquí donde llegasteis.  
No hay torre que no caiga en vuestra pólvora,  
no hay presidencia que rechace nada, 5  
no hay red que no reserve su tesoro.

Como somos tan «libres» como el viento,  
podéis comprar el viento, la cascada,  
y en la desarrollada celulosa  
ordenar las impuras opiniones, 10  
o recoger amor sin albedrío,  
destronado en el lino mercenario.

El oro se cambió de ropa usando  
formas de trapo, de papel raído,  
fríos filos de lámina invisible, cinturones de dedos 15  
enroscados.

A la doncella en su nuevo castillo  
llevó el padre de abierta dentadura  
el plato de billetes  
que devoró la bella disputándolo

en el suelo y a golpes de sonrisa. 20

Al Obispo subió la investidura  
de los siglos del oro, abrió la puerta  
de los jueces, mantuvo las alfombras,  
hizo temblar la noche en los burdeles,  
corrió con los cabellos en el viento. 25

(Yo he vivido la edad en que reinaba.  
He visto consumida podredumbre,  
pirámides de estiércol abrumadas  
por el honor: llevados y traídos [302]  
césares de la lluvia purulenta, 30  
convencidos del peso que ponían  
en las balanzas, rígidos  
muñecos de la muerte, calcinados  
por su ceniza dura y devorante.

## IX

### **Fui más allá del oro: entré en la huelga.**

Allí duraba el hilo delicado  
que une a los seres, allí la cinta pura  
del hombre estaba viva.

La muerte los mordía,  
el oro, ácidos dientes y veneno 5  
estiraba hacia ellos, pero el pueblo  
puso sus pedernales en la puerta,  
fue terrón solidario que dejaba  
transcurrir la ternura y el combate

como dos aguas paralelas,  
hilos 10  
de las raíces, olas de la estirpe.

Vi la huelga en los brazos reunidos  
que apartan el desvelo  
y en una pausa trémula de lucha  
vi por primera vez lo único vivo! 15  
La unidad de las vidas de los hombres.  
En la cocina de la resistencia  
con sus fogones pobres, en los ojos  
de las mujeres, en las manos insignes  
que con torpeza se inclinaban 20  
hacia el ocio de un día  
como en un mar azul desconocido,  
en la fraternidad del pan escaso,  
en la reunión inquebrantable, en todos  
los gérmenes de piedra que surgían, 25  
en aquella granada valerosa  
elevada en la sal del desamparo,  
hallé por fin la fundación perdida,  
la remota ciudad de la ternura. [303]

X

### **El poeta**

Antes anduve por la vida, en medio  
de un amor doloroso: antes retuve  
una pequeña página de cuarzo

clavándome los ojos en la vida.  
 Compré bondad, estuve en el mercado 5  
 de la codicia, respiré las aguas  
 más sordas de la envidia, la inhumana  
 hostilidad de máscaras y seres.  
 Viví un mundo de ciénaga marina  
 en que la flor de pronto, la azucena 10  
 me devoraba en su temblor de espuma,  
 y donde puse el pie resbaló mi alma  
 hacia las dentaduras del abismo.  
 Así nació mi poesía, apenas  
 rescatada de ortigas, empuñada 15  
 sobre la soledad como un castigo,  
 o apartó en el jardín de la impudicia  
 su más secreta flor hasta enterrarla.  
 Aislado así como el agua sombría  
 que vive en sus profundos corredores, 20  
 corrí de mano en mano, al aislamiento  
 de cada ser, al odio cotidiano.  
 Supe que así vivían, escondiendo  
 la mitad de los seres, como peces  
 del más extraño mar, y en las fangosas 25  
 inmensidades encontré la muerte.  
 La muerte abriendo puertas y caminos.  
 La muerte deslizándose en los muros.

## XI

### La muerte en el mundo

La muerte iba mandando y recogiendo  
en lugares y tumbas su tributo:  
el hombre con puñal o con bolsillo,  
a mediodía o en la luz nocturna,  
esperaba matar, iba matando, 5  
iba enterrando seres y ramajes,  
asesinando y devorando muertos.  
Preparaba sus redes, estrujaba,  
desangraba, salía en las mañanas  
oliendo sangre de la cacería, 10 [304]  
y al volver de su triunfo estaba envuelto  
por fragmentos de muerte y desamparo,  
y matándose entonces enterraba  
con ceremonia funeral sus pasos.

Las casas de los vivos eran muertas. 15

Escoria, techos rotos, orinales,  
agusanados callejones, cuevas  
acumuladas con el llanto humano.

-Así debes vivir -dijo el decreto.

-Púdrete en tu substancia -dijo el Jefe. 20

-Eres inmundo -razonó la Iglesia.

-Acuéstate en el lodo -te dijeron.

Y unos cuantos armaron la ceniza

para que gobernara y decidiera,

mientras la flor del hombre se golpeaba 25

contra los muros que le construyeron.

El Cementerio tuvo pompa y piedra.

Silencio para todos y estatura

de vegetales altos y afilados.

Al fin estás aquí, por fin nos dejas 30  
un hueco en medio de la selva amarga,  
por fin te quedas tieso entre paredes  
que no traspasarás. Y cada día  
las flores como un río de perfume  
se juntaron al río de los muertos. 35  
Las flores que la vida no tocaba  
cayeron sobre el hueco que dejaste.

## XII

### **El hombre**

Aquí encontré el amor. Nació en la arena,  
creció sin voz, tocó los pedernales  
de la dureza, y resistió a la muerte.  
Aquí el hombre era vida que juntaba  
la intacta luz, el mar sobreviviente, 5  
y atacaba y cantaba y combatía  
con la misma unidad de los metales.  
Aquí los cementerios eran tierra  
apenas levantada, cruces rotas,  
sobre cuyas maderas derretidas 10  
se adelantaban los vientos arenosos. [305]

## XIII

## La huelga

Extraña era la fábrica inactiva.

Un silencio en la planta, una distancia  
entre máquina y hombre, como un hilo  
cortado entre planetas, un vacío  
de las manos del hombre que consumen  
el tiempo construyendo, y las desnudas  
estancias sin trabajo y sin sonido.

5

Cuando el hombre dejó las madrigueras  
de la turbina, cuando desprendió  
los brazos de la hoguera y decayeron  
las entrañas del horno, cuando sacó los ojos  
de la rueda y la luz vertiginosa  
se detuvo en su círculo invisible,  
de todos los poderes poderosos,  
de los círculos puros de potencia,  
de la energía sobrecogedora,  
quedó un montón de inútiles aceros  
y en las salas sin hombre, el aire viudo,  
el solitario aroma del aceite.

10

15

Nada existía sin aquel fragmento  
golpeado, sin Ramírez,  
sin el hombre de ropa desgarrada.  
Allí estaba la piel de los motores,  
acumulada en muerto poderío,  
como negros cetáceos en el fondo  
pestilente de un mar sin oleaje,  
o montañas hundidas de repente  
bajo la soledad de los planetas.

20

25

## XIV

### **El pueblo**

Paseaba el pueblo sus banderas rojas  
y entre ellos en la piedra que tocaron  
estuve, en la jornada fragorosa  
y en las altas canciones de la lucha.  
Vi cómo paso a paso conquistaban. 5  
Sólo su resistencia era camino,  
y aislados eran como trozos rotos  
de una estrella, sin bocas y sin brillo.  
Juntos en la unidad hecha en silencio,  
eran el fuego, el canto indestructible, 10  
el lento paso del hombre en la tierra [306]  
hecho profundidades y batallas.  
Eran la dignidad que combatía  
lo que fue pisoteado, y despertaba  
como un sistema, el orden de las vidas 15  
que tocaban la puerta y se sentaban  
en la sala central con sus banderas.

## XV

### **La letra**

Así fue. Y así será. En las sierras  
calcáreas, y a la orilla  
del humo, en los talleres,



hay un mensaje escrito en las paredes  
y el pueblo, sólo el pueblo, puede verlo. 5  
Sus letras transparentes se formaron  
con sudor y silencio. Están escritas.  
Las amasaste, pueblo, en tu camino  
y están sobre la noche como el fuego  
abrasador y oculto de la aurora. 10  
Entra, pueblo, en las márgenes del día.  
Anda como un ejército, reunido,  
y golpea la tierra con tus pasos  
y con la misma identidad sonora.  
Sea uniforme tu camino como 15  
es uniforme el sudor en la batalla,  
uniforme la sangre polvorienta  
del pueblo fusilado en los caminos.

Sobre esta claridad irá naciendo  
la granja, la ciudad, la minería, 20  
y sobre esta unidad como la tierra  
firme y germinadora se ha dispuesto  
la creadora permanencia, el germen  
de la nueva ciudad para las vidas.  
Luz de los gremios maltratados, patria 25  
amasada por manos metalúrgicas,  
orden salido de los pescadores  
como un ramo del mar, muros armados  
por la albañilería desbordante,  
escuelas cereales, armaduras 30  
de fábricas amadas por el hombre.  
Paz desterrada que regresas, pan

compartido, aurora, sortilegio  
del amor terrenal, edificado  
sobre los cuatro vientos del planeta.

35 [307]

### - XIII -

Los ríos del canto [309]

#### **Carta a Miguel Otero Silva. En Caracas (1948)**

Un amigo me trajo tu carta escrita  
con palabras invisibles, sobre su traje, en sus ojos.  
Qué alegre eres. Miguel, qué alegres somos!

Ya no queda en un mundo de úlceras estucadas  
sino nosotros, indefinidamente alegres.

5

Veo pasar al cuervo y no me puede hacer daño.  
Tú observas al escorpión y limpias tu guitarra.

Vivimos entre las fieras, cantando, y cuando tocamos  
un hombre, la materia de alguien en quien creíamos,  
y éste se desmorona como un pastel podrido,

10

tú en tu venezolano patrimonio recoges  
lo que puede salvarse, mientras que yo defiendo  
la brasa de la vida.

Qué alegría, Miguel!

Tú me preguntarás dónde estoy? Te contaré

-dando sólo detalles *útiles* al Gobierno-

15

que en esta costa llena de piedras salvajes  
se unen el mar y el campo, olas y pinos,  
águilas y petreles, espumas y praderas.

Has visto desde muy cerca y todo el día  
cómo vuelan los pájaros del mar? Parece

20

que llevaran las cartas del mundo a sus destinos.  
Pasan los alcatraces como barcos del viento,  
otras aves que vuelan como flechas y traen  
los mensajes de reyes difuntos, de los príncipes  
enterrados con hilos de turquesa en las costas andinas 25  
y las gaviotas hechas de blancura redonda,  
que olvidan continuamente sus mensajes.  
Qué azul es la vida, Miguel, cuando hemos puesto en ella  
amor y lucha, palabras que son el pan y el vino,  
palabras que ellos no pueden deshonorar todavía, 30  
porque nosotros salimos a la calle con escopeta y cantos.  
[310]  
Están perdidos con nosotros, Miguel.  
Qué pueden hacer sino matarnos y aun así  
les resulta un mal negocio, sólo pueden  
tratar de alquilar un piso frente a nosotros y seguirnos 35  
para aprender a reír y a llorar como nosotros.  
Cuando yo escribía versos de amor, que me brotaban  
por todas partes, y me moría de tristeza,  
errante, abandonado, royendo el alfabeto,  
me decían: «Qué grande eres, oh Teócrito!» 40  
Yo no soy Teócrito: tomé a la vida,  
me puse frente a ella, la besé hasta vencerla,  
y luego me fui por los callejones de las minas  
a ver cómo vivían oros hombres.  
Y cuando salí con las manos teñidas de basura y dolores, 45  
las levanté mostrándolas en las cuerdas de oro,  
y dije: «Yo no comparto el crimen.»  
Tosieron, se disgustaron mucho, me quitaron el saludo,  
me dejaron de llamar Teócrito, y terminaron

por insultarme y mandar toda la policía a encarcelarme, 50  
porque no seguía preocupado exclusivamente de asuntos  
metafísicos.

Pero yo había conquistado la alegría.

Desde entonces me levanté leyendo las cartas  
que traen las aves del mar desde tan lejos,  
cartas que vienen mojadas, mensajes que poco a poco 55  
voy traduciendo con lentitud y seguridad: soy meticoloso  
como un ingeniero en este extraño oficio.

Y salgo de repente a la ventana. Es un cuadrado  
de transparencia, es pura la distancia  
de hierbas y peñascos, y así voy trabajando 60  
entre las cosas que amo: olas, piedras, avispas,  
con una embriagadora felicidad marina.

Pero a nadie le gusta que estemos alegres, a ti te asignaron  
un papel bonachón: «Pero no exagere, no se preocupe»,  
y a mí me quisieron clavar en un insectario, entre las 65  
lágrimas,  
para que éstas me ahogaran y ellos pudieran decir sus  
discursos en mi tumba.

Yo recuerdo un día en la pampa arenosa  
del salitre, había quinientos hombres [311]  
en huelga. Era la tarde abrasadora  
de Tarapacá. Y cuando los rostros habían recogido 70  
toda la arena y el desangrado sol seco del desierto,  
yo vi llegar a mi corazón, como una copa que odio,  
la vieja melancolía. Aquella hora de crisis,  
en la desolación de los salares, en ese minuto débil de  
la lucha, en que podríamos haber sido vencidos, 75  
una niña pequeñita y pálida venida de las minas

dijo con una voz valiente en que se juntaban el cristal y el  
acero

un poema tuyo, un viejo poema tuyo, que rueda entre los  
ojos arrugados

de todos los obreros y labradores de mi patria, de América.

Y aquel trozo de canto tuyo refulgió de repente 80

en mi boca como una flor purpúrea

y bajó hacia mi sangre, llenándola de nuevo

con una alegría desbordante nacida de tu canto.

Y yo pensé no sólo en ti, sino en tu Venezuela amarga.

Hace años, vi un estudiante que tenía en los tobillos 85

la señal de las cadenas que un general le había impuesto,

y me contó cómo los encadenados trabajaban en los  
caminos

y los calabozos donde la gente se perdía. Porque así ha sido  
nuestra América:

una llanura con ríos devorantes y constelaciones

de mariposas (en algunos sitios, las esmeraldas son espesas 90  
como manzanas),

pero siempre a lo largo de la noche y de los ríos

hay tobillos que sangran, antes cerca del petróleo,

hoy cerca del nitrato, en Pisagua, donde un déspota sucio

ha enterrado la flor de mi patria para que muera, y él pueda  
comerciar con los huesos.

Por eso cantas, por eso, para que América deshonrada y 95  
herida

haga temblar sus mariposas y recoja sus esmeraldas

sin la espantosa sangre del castigo, coagulada

en las manos de los verdugos y de los mercaderes.

Yo comprendí qué alegre estarías, cerca del Orinoco,  
cantando,

seguramente, o bien comprando vino para tu casa, 100

ocupando tu puesto en la lucha y en la alegría,

ancho de hombros, como son los poetas de este tiempo,  
-con trajes claros y zapatos de camino-.

Desde entonces, he ido pensando que alguna vez te  
escribiría, [312]

y cuando el amigo llegó, todo lleno de historias tuyas 105  
que se te desprendían de todo el traje

y que bajo los castaños de mi casa se derramaron,  
me dijo: «Ahora», y tampoco comencé a escribirte.

Pero hoy ha sido demasiado: pasó por mi ventana  
no sólo un ave del mar, sino millares, 110

y recogí las cartas que nadie lee y que ellas llevan  
por las orillas del mundo, hasta perderlas.

Y entonces, en cada una leía palabras tuyas

y eran como las que yo escribo y sueño y canto,

y entonces decidí enviarte esta carta, que termino aquí 115  
para mirar por la ventana el mundo que nos pertenece.

## II

### **A Rafael Alberti (Puerto de Santa María, España)**

Rafael, antes de llegar a España me salió al camino

tu poesía, rosa literal, racimo biselado,

y ella hasta ahora ha sido no para mí un recuerdo

sino luz olorosa, emanación de un mundo.

A tu tierra reseca por la crueldad trajiste 5

el rocío que el tiempo había olvidado,

y España despertó contigo en la cintura,

otra vez coronada de aljófara matutino.

Recordarás lo que yo traía: sueños despedazados  
por implacables ácidos, permanencias. 10  
en aguas desterradas, en silencios  
de donde las raíces amargas emergían  
como palos quemados en el bosque.  
Cómo puedo olvidar, Rafael, aquel tiempo?

A tu país llegué como quien cae 15  
a una luna de piedra, hallando en todas partes  
águilas del erial, secas espinas,  
pero tu voz allí, marinero, esperaba  
para darme la bienvenida y la fragancia  
del alhelí, la miel de los frutos marinos. 20

Y tu poesía estaba en la mesa, desnuda.

Los pinares del Sur, las razas de la uva [313]  
dieron a tu diamante cortado sus resinas,  
y al tocar tan hermosa claridad, mucha sombra  
de la que traje al mundo, se deshizo. 25

Arquitectura hecha en la luz, como los pétalos,  
a través de tus versos de embriagador aroma,  
yo vi el agua de antaño, la nieve hereditaria,  
y a ti más que a ninguno debo España.  
Con tus dedos toqué panal y páramo, 30  
conocí las orillas gastadas por el pueblo  
como por un océano, y las gradas  
en que la poesía fue estrellando

toda su vestidura de zafiros.

Tú sabes que no enseña sino el hermano. Y en esa 35  
hora no sólo aquello me enseñaste,  
no sólo la apagada pompa de nuestra stirpe,  
sino la rectitud de tu destino,  
y cuando una vez más llegó la sangre a España  
defendí el patrimonio del pueblo que era mío. 40

Ya sabes tú, ya sabe todo el mundo estas cosas.  
Yo quiero solamente estar contigo,  
y hoy que te falta la mitad de la vida,  
tu tierra, a la que tienes más derecho que un árbol,  
hoy que de las desdichas de la patria no sólo 45  
el luto del que amamos, sino tu ausencia cubren  
la herencia del olivo que devoran los lobos,  
te quiero dar, ay!, si pudiera, hermano grande,  
la estrellada alegría que tú me diste entonces.

Entre nosotros dos la poesía 50  
se toca como piel celeste,  
y contigo me gusta recoger un racimo,  
este pámpano, aquella raíz de las tinieblas.

La envidia que abre puertas en los seres 55  
no pudo abrir tu puerta ni la mía. Es hermoso  
como cuando la cólera del viento  
desencadena su vestido afuera  
y están el pan, el vino y el fuego con nosotros,  
dejar que aülle el vendedor de furia,



dejar que silbe el que pasó entre tus pies, 60  
y levantar la copa llena de ámbar  
con todo el rito de la transparencia. [314]

Alguien quiere olvidar que tú eres el primero?  
Déjalo que navegue y encontrará tu rostro.  
Alguien quiere enterrarnos precipitadamente? 65  
Está bien, pero tiene la obligación del vuelo.

Vendrán, pero quién puede sacudir la cosecha  
que con la mano del otoño fue elevada  
hasta teñir el mundo con el temblor del vino?

Dame esa copa, hermano, y escucha: estoy rodeado 70  
de mi América húmeda y torrencial, a veces  
pierdo el silencio, pierdo la corola nocturna,  
y me rodea el odio, tal vez nada, el vacío  
de un vacío, el crepúsculo  
de un perro, de una rana, 75  
y entonces siento que tanta tierra mía nos separe,  
y quiero irme a tu casa en que, yo sé, me esperas,  
sólo para ser buenos como sólo nosotros  
podemos serlo. No debemos nada.

Y a ti sí que te deben, y es una patria: espera. 80

Volverás, volveremos. Quiero contigo un día  
en tus riberas ir embriagados de oro  
hacia tus puertos, puertos del Sur que entonces no alcancé.  
Me mostrarás el mar donde sardinas

y aceitunas disputan las arenas, 85  
y aquellos campos con los toros de ojos verdes  
que Villalón (amigo que tampoco  
me vino a ver, porque estaba enterrado)  
tenía, y los toneles del jerez, catedrales  
en cuyos corazones gongorinos 90  
arde el topacio con pálido fuego.

Iremos, Rafael, adonde yace  
aquel que con sus manos y las tuyas  
la cintura de España sostenía.  
El muerto que no pudo morir, aquel a quien tú guardas, 95  
porque sólo tu existencia lo defiende.

Allí está Federico, pero hay muchos que, hundidos,  
enterrados,  
entre las cordilleras españolas, caídos [315]  
injustamente, derramados,  
perdido cereal en las montañas, 100  
son nuestros, y nosotros estamos en su arcilla.

Tú vives porque siempre fuiste un dios milagroso.  
A nadie más que a ti te buscaron, querían  
devorarte los lobos, romper tu poderío.  
Cada uno quería ser gusano en tu muerte. 105

Pues bien, se equivocaron. Es tal vez la estructura  
de tu canción, intacta transparencia,  
armada decisión de tu dulzura,  
dureza, fortaleza delicada,

la que salvó tu amor para la tierra. 110

Yo iré contigo para probar el agua  
del Genil, del dominio que me diste,  
a mirar en la plata que navega  
las efigies dormidas que fundaron  
las sílabas azules de tu canto. 115

Entraremos también en las herrerías: ahora  
el metal de los pueblos allí espera  
nacer en los cuchillos: pasaremos cantando  
junto a las redes rojas que mueve el firmamento.  
Cuchillos, redes, cantos borrarán los dolores. 120  
Tu pueblo llevará con las manos quemadas  
por la pólvora, como laurel de las praderas  
lo que tu amor fue desgranando en la desdicha.

Sí, de nuestros destierros nace la flor, la forma  
de la patria que el pueblo reconquista con truenos, 125  
y no es un día solo el que elabora  
la miel perdida, la verdad del sueño,  
sino cada raíz que se hace canto  
hasta poblar el mundo con sus hojas.

Tú estás allí, no hay nada que no mueva 130  
la luna diamantina que dejaste:  
la soledad, el viento en los rincones,  
todo toca tu puro territorio,  
y los últimos muertos, los que caen  
en la prisión, leones fusilados, 135  
y los de las guerrillas, capitanes

del corazón, están humedeciendo  
tu propia investidura cristalina,  
tu propio corazón con sus raíces. [316]

Ha pasado el tiempo desde aquellos días en que 140  
compartimos

dolores que dejaron una herida radiante,  
el caballo de la guerra que con sus herraduras  
atropelló la aldea destrozando los vidrios.

Todo aquello nació bajo la pólvora,  
todo aquello te aguarda para elevar la espiga, 145  
y en ese nacimiento te envolverán de nuevo  
el humo y la ternura de aquellos duros días.

Ancha es la piel de España y en ella tu acicate  
vive como una espada de ilustre empuñadura,  
y no hay olvido, no hay invierno que te borre, 150  
hermano fulgurante, de los labios del pueblo.

Así te hablo, olvidando tal vez una palabra,  
contestando al fin cartas que no recuerdas  
y que cuando los climas del Este me cubrieron  
como aroma escarlata, llegaron 155  
hasta mi soledad.

Que tu frente dorada  
encuentre en esta carta un día de otro tiempo,  
y otro tiempo de un día que vendrá.

Me despido

hoy, 1948, dieciséis de diciembre,  
en algún punto de América en que canto. 160

### III

#### **A González Carbalho (en Río de la Plata)**

Cuando la noche devoró los sonidos humanos, y desplomó  
su sombra línea a línea,  
oímos, en el silencio acrecentado, más allá de los seres,  
el rumor de río de González Carbalho,  
su agua profunda y permanente, su transcurso que parece 5  
inmóvil como el crecimiento del árbol o del tiempo.

Este gran poeta fluvial acompaña el silencio del mundo,  
con sonora austeridad, y el que quiera en medio  
de los tráfgos oírlo, que ponga (como lo hace en los  
bosques o en los llanos, el explorador extraviado) su oído 10  
sobre la tierra: y aún en medio de la calle, oirá subir [317]  
entre los pasos del estruendo, esta poesía: las voces  
profundas de la tierra y del agua.

Entonces, bajo la ciudad y su atropello, bajo las lámparas  
de falda escarlata, como el trigo que nace, irrumpiendo en 15  
toda latitud, este río que canta.

Sobre su cauce, asustadas aves de  
crepúsculo, gargantas de arrebol que dividen el espacio,  
hojas purpúreas que descenden.

Todos los hombres que se atrevan a mirar la soledad: 20  
los que toquen la cuerda abandonada, todos los

inmensamente puros, y aquellos que desde la nave  
escucharon

sal, soledad y noche reunirse,  
oirán el coro de González Carbalho surgir alto y cristalino  
desde su primavera nocturna. 25

Recordáis otro? Príncipe de Aquitania: a su torre abolida,  
substituyó en la hora inicial, el rincón de las lágrimas  
que el hombre milenario trasvasó copa a copa.  
Y que lo sepa aquel que no miró los rostros, el vencedor  
o el vencido: 30

preocupados del viento de zafiro o de la copa amarga:  
más allá de la calle y la calle, más allá de una hora,  
tocad esas tinieblas, y continuemos juntos.

Entonces en el mapa desordenado de las pequeñas vidas  
con tinta azul: el río, el río de las aguas que cantan, 35  
hecho de la esperanza, del padecer perdido,  
del agua sin angustia que sube a la victoria.

Mi hermano hizo este río:  
de su alto y subterráneo canto se construyeron  
estos graves sonidos mojados de silencio. 40

Mi hermano es este río que rodea las cosas.

Donde estéis, en la noche, de día, de camino,  
sobre los desvelados trenes de las praderas, [318]  
o junto a la empapada rosa del alba fría,  
o más bien 45  
en medio de los trajes, tocando  
el torbellino,

caed en tierra, que vuestro rostro reciba  
este gran latido de agua secreta que circula.

Hermano, eres el río más largo de la tierra: 50  
detrás del orbe suena tu voz grave de río,  
y yo mojo las manos en tu pecho  
fiel a un tesoro nunca interrumpido,  
fiel a la transparencia de la lágrima augusta,  
fiel a la eternidad agredida del hombre. 55

#### IV

#### **A Silvestre Revueltas, de México en su muerte (oratorio menor)**

Quando un hombre como Silvestre Revueltas  
vuelve definitivamente a la tierra,  
hay un rumor, una ola  
de voz y llanto que prepara y propaga su partida.  
Las pequeñas raíces dicen a los cereales: «Murió 5  
Silvestre»,  
y el trigo ondula su nombre en las laderas  
y luego el pan lo sabe.  
Todos los árboles de América ya lo saben  
y también las flores heladas de nuestra región ártica.  
  
Las gotas de agua lo transmiten, 10  
los ríos indomables de la  
Araucanía ya saben la noticia.  
De ventisquero a lago, de lago a planta,  
de planta a fuego, de fuego a humo:





En este día solemne de despedida eres tú el despedido,  
pero tú ya no oyes,  
tu noble frente falta y es como si faltara  
un gran árbol en medio de la casa del hombre. 40

Pero la luz que vemos es otra luz desde hoy,  
la calle que doblamos es una nueva calle,  
la mano que tocamos desde hoy tiene tu fuerza,  
todas las cosas toman vigor en tu descanso  
y tu pureza subirá desde las piedras 45  
a mostrarnos la claridad de la esperanza.

Reposa, hermano, el día tuyo ha terminado,  
con tu alma dulce y poderosa lo llenaste  
de luz más alta que la luz del día  
y de un sonido azul como la voz del cielo. 50  
Tu hermano y tus amigos me han pedido  
que repita tu nombre en el aire de América,  
que lo conozca el toro de la pampa, y la nieve,  
que lo arrebate el mar, que lo discuta el viento.

Ahora son las estrellas de América tu patria 55  
y desde hoy tu casa sin puertas es la Tierra. [320]

## V

### **A Miguel Hernández asesinado en los presidios de España**

Llegaste a mí directamente del Levante. Me traías,  
pastor de cabras, tu inocencia arrugada,

la escolástica de viejas páginas, un olor  
a Fray Luis, a azahares, al estiércol quemado  
sobre los montes, y en tu máscara 5  
la aspereza cereal de la avena segada  
y una miel que medía la tierra con tus ojos.

También el ruiseñor en tu boca traías.  
Un ruiseñor manchado de naranjas, un hilo  
de incorruptible canto, de fuerza deshojada. 10  
Ay, muchacho, en la luz sobrevino la pólvora  
y tú, con ruiseñor y con fusil, andando  
bajo la luna y bajo el sol de la batalla.

Ya sabes, hijo mío, cuánto no pude hacer, ya sabes  
que para mí, de toda la poesía, tú eras el fuego azul. 15  
Hoy sobre la tierra pongo mi rostro y te escucho,  
te escucho, sangre, música, panal agonizante.

No he visto deslumbradora raza como la tuya,  
ni raíces tan duras, ni manos de soldado,  
ni he visto nada vivo como tu corazón 20  
quemándose en la púrpura de mi propia bandera.

Joven eterno, vives, comunero de antaño,  
inundado por gérmenes de trigo y primavera,  
arrugado y oscuro como el metal innato,  
esperando el minuto que eleve tu armadura. 25

No estoy solo desde que has muerto. Estoy con los que te  
buscan.

Estoy con los que un día llegarán a vengarte.  
Tú reconocerás mis pasos entre aquellos  
que se despeñarán sobre el pecho de España  
aplastando a Caín para que nos devuelva 30  
los rostros enterrados.

Que sepan los que te mataron que pagarán con sangre.  
Que sepan los que te dieron tormento que me verán un día.  
[321]  
Que sepan los malditos que hoy incluyen tu nombre 35  
en sus libros, los Dámasos, los Gerardos, los hijos  
de perra, silenciosos cómplices del verdugo,  
que no será borrado tu martirio, y tu muerte  
caerá sobre toda su luna de cobardes.

Y a los que te negaron en su laurel podrido,  
en tierra americana, el espacio que cubres 40  
con tu fluvial corona de rayo desangrado,  
déjame darles yo el desdeñoso olvido  
porque a mí me quisieron mutilar con tu ausencia.

Miguel, lejos de la prisión de Osuna, lejos  
de la crueldad, Mao Tse-tung dirige 45  
tu poesía despedazada en el combate  
hacia nuestra victoria.

Y Praga rumorosa  
construyendo la dulce colmena que cantaste,  
Hungría verde limpia sus graneros  
y baila junto al río que despertó del sueño. 50  
Y de Varsovia sube la sirena desnuda  
que edifica mostrando su cristalina espada.

Y más allá la tierra se agiganta,  
la tierra,  
que visitó tu canto, y el acero  
que defendió tu patria están seguros, 55  
acrecentados sobre la firmeza  
de Stalin y sus hijos.

Ya se acerca  
la luz a tu morada.

Miguel de España, estrella  
de tierras arrasadas, no te olvido, hijo mío,  
no te olvido, hijo mío!

Pero aprendí la vida 60  
con tu muerte: mis ojos se velaron apenas,  
y encontré en mí no el llanto  
sino las armas  
inexorables!

Espéralas! Espérame! [323]

### - XIII -

Coral del año nuevo para la patria en tinieblas [325]

#### **Saludo (1949)**

Feliz año, chilenos, para la patria en tinieblas  
feliz año para todos, para cada uno menos uno,  
somos tan pocos, feliz año, compatriotas, hermanos,  
hombres, mujeres, niños, hoy a Chile, a vosotros  
vuela mi voz, golpea como un pájaro ciego 5  
tu ventana, y te llama desde lejos.

Patria, el verano cubre tu cuerpo dulce y duro.  
Las aristas de donde se ha marchado la nieve  
galopando al océano con labios turbulentos,  
se ven azules y altas como carbón del cielo. 10

Tal vez hoy, a esta hora, llevas la verde túnica  
que adoro, bosques, aguas, y en la cintura el trigo.  
Y junto al mar, amada, patria marina, mueves  
tu universo irisado de arenas y de ostras.

Tal vez, tal vez... Quién soy para tocar de lejos 15  
tu nave, tu perfume? Soy parte tuya: círculo  
secreto de madera sorprendido en tus árboles,  
crecimiento callado como tu suave azufre,  
estentórea ceniza de tu alma subterránea.

Cuando salí de ti perseguido, erizado 20  
de barbas y pobreza, sin ropa, sin papel  
para escribir las letras que son mi vida, sin  
nada más que un pequeño saco, traje dos libros  
y una sección de espino recién cortada al árbol.  
(Los libros: una geografía 25  
y el Libro de las Aves de Chile.)

Todas las noches leo tu descripción, tus ríos:  
ellos guían mi sueño, mi exilio, mi frontera. [326]  
Toco tus trenes, paso la mano a tus cabellos,  
me detengo a pensar en la ferruginosa 30  
piel de tu geografía, bajo los ojos  
a la lunaria esfera de arrugas y de cráteres,

y hacia el Sur mientras duermo va mi silencio envuelto  
en tus finales truenos de sal desmoronada.

Cuando despierto (es otro el aire, la luz, otra 35  
la calle, el campo, las estrellas) toco  
la rodaja de espino tuyo que me acompaña,  
cortada en Melipilla de un árbol que me dieron.

Y miro en la coraza del espino tu nombre, 40  
áspero Chile, patria, corazón de corteza,  
veo en su forma dura como la tierra, el rostro  
de los que amo y me dieron sus manos como espinos,  
los hombres del desierto, del nitrato y el cobre.

El corazón del árbol espinoso  
es un círculo liso como un metal bruñado, 45  
ocre como una mancha de dura sangre seca,  
rodeada por un iris azufrado de leña,  
y tocando este puro prodigio de la selva,  
recuerdo sus hostiles y ensortijadas flores  
cuando por las guirnaldas espinudas y espesas 50  
el perfume violento de su fuerza te arroja.

Y así vidas y olores de mi país me siguen,  
viven conmigo, encienden su terca llamarada  
dentro de mí, gastándome y naciendo.

En otras tierras miran a través de mi ropa, 55  
me ven como una lámpara que pasa por las calles,  
dando una luz marina que traspasa las puertas:  
es la espada encendida que me diste y que guardo,  
como el espino, pura, poderosa, indomable.

## II

### Los hombres de Pisagua

Pero la mano que te acaricia se detiene  
junto al desierto, al borde de la costa marítima,  
en un mundo azotado por la muerte.

Eres tú, Patria, eres ésta, éste es tu rostro?

Este martirio, esta corona roja 5

de alambres oxidados por el agua salobre?

Es Pisagua también tu rostro ahora? [327]

Quién te hizo daño, cómo atravesaron

con un cuchillo tu desnuda miel?

Antes que a nadie, a ellos mi saludo, 10

a los hombres, al plinto de dolores,

a las mujeres, ramas de mañío,

a los niños, escuelas transparentes,

que sobre las arenas de Pisagua

fueron la patria perseguida, fueron 15

todo el honor de la tierra que amo.

Será el honor sagrado de mañana

haber sido arrojado a tus arenas,

Pisagua: haber sido de pronto

recogido a la noche del terror 20

por orden de un felón envilecido

y haber llegado a tu calcáreo infierno

por defender la dignidad del hombre.

No olvidaré tu costa muerta donde  
del mar hostil la sucia dentellada 25  
ataca las paredes del tormento  
y a pique se levantan los baluartes  
de los pelados cerros infernales:  
no olvidaré cómo miráis las aguas  
hacia el mundo que olvida vuestros rostros, 30  
no olvidaré cuando con ojos llenos  
de interrogante luz, volvéis la cara  
hacia las tierras pálidas de Chile  
dominada por lobos y ladrones.

Sé cómo os han tirado la comida, 35  
como a perros sarnosos, en el suelo,  
hasta que hicisteis de pequeñas latas  
vacías vuestros platos:  
sé cómo os arrojaron a dormir  
y cómo en fila recibisteis, 40  
ceñudos y valientes,  
los inmundos frijoles  
que tantas veces a la arena echasteis.

Sé cómo, cuando recibíais  
ropa, alimentos que de toda 45  
la extensión de la patria se juntaron,  
sentisteis con orgullo  
que tal vez, que tal vez no estabais solos.  
Valientes, acerados compatriotas  
que dais un nuevo sentido a la tierra: 50 [328]



os escogieron en la cacería,  
para que por vosotros todo el pueblo  
sufriera en desterrados arenales.  
Y escogieron infierno examinando  
el mapa, hasta que hallaron 55  
esta salobre cárcel, estos muros  
de soledad, de sobrecogedora  
angustia, para que machacarais la cabeza  
bajo los pies del ínfimo tirano.

Pero no hallaron su propia materia: 60  
no estáis hechos de estiércol como el pútrido,  
agusanado traidor: mintieron  
sus informes, hallaron  
la firmeza metálica del pueblo,  
el corazón del cobre y su silencio. 65

Es el metal que fundará la patria  
cuando el viento del pueblo enarenado  
expulse al capitán de la basura.

Firmes, firmes hermanos,  
firmes cuando en camiones, agredidos 70  
de noche en las cabañas, empujados,  
amarrados los brazos con alambre,  
sin despertar, apenas sorprendidos  
y atropellados, fuisteis a Pisagua,  
llevados por armados carceleros. 75

Después volvieron ellos

y llenaron camiones con familias  
desamparadas, golpeando a los niños.

Y un llanto de hijos dulces aparece  
aún en la noche del desierto, un llanto 80  
de millares de bocas infantiles,  
como un coro que busca el duro viento  
para que oigamos, para que no olvidemos.

### III

#### Los héroes

Félix Morales, Ángel Veas,  
asesinados en Pisagua,  
feliz año nuevo, hermanos, [329]  
bajo la dura tierra que amasteis,  
que defendisteis. Hoy estáis 5  
bajo los salares que crujen  
diciendo vuestros nombres puros,  
bajo las rosas extendidas  
del salitre, bajo la arena  
cruel del desierto ilimitado. 10

Feliz año nuevo, hermanos  
míos, cuánto amor  
me habéis enseñado, cuánta  
extensión sobre la ternura  
habéis abarcado en la muerte! 15

Sois como las islas que nacen  
de pronto en medio del océano,  
sustentadas por el espacio  
y la firmeza submarina.

Yo aprendí el mundo de vosotros: 20  
la pureza, el pan infinito.

Me mostrasteis la vida, el área  
de la sal, la cruz de los pobres.

Crucé las vidas del desierto  
como un barco en un mar oscuro 25  
y me mostrabais a mi lado  
los trabajos del hombre, el suelo,  
la casa andrajosa, el silbido  
de la miseria en las llanuras.

Félix Morales, te recuerdo 30  
pintando un retrato alto, fino,  
esbelto y joven como un nuevo  
tamarugo, en las extensiones  
sedientas de la pampa.

Tu melena bravía golpeaba 35  
tu frente pálida, pintabas  
el retrato de un demagogo  
para las próximas elecciones.

Te recuerdo dando la vida  
en tu pintura, encaramado 40  
en la escalera, resumiendo

toda su dulce juventud. [330]

Ibas haciendo la sonrisa  
de tu verdugo en la tela,  
agregando blanco, midiendo, 45  
añadiendo luz a la boca  
que ordenó después tu agonía.

Ángel, Ángel, Ángel Veas,  
obrero de la pampa, puro  
como el metal desenterrado, 50  
ya te asesinaron, ya estás  
donde quisieron que estuvieras  
los amos del suelo de Chile:  
bajo las piedras devoradoras  
que con tus manos tantas veces 55  
levantaste hacia la grandeza.

Nada más puro que tu vida.

Sólo los párpados del aire.

Sólo las madres del agua.

Sólo el metal inaccesible. 60

Llevaré por la vida entera  
el honor de haber estrechado  
tu noble mano combatiente.

Eras tranquilo, eras madera  
educada en el sufrimiento 65  
hasta ser herramienta pura.

Te recuerdo cuando se honraba  
la Intendencia de Iquique contigo,  
trabajador, asceta, hermano.

Faltaba pan, harina. Entonces 70  
te levantabas antes del alba  
y con tus manos repartías  
el pan para todos. Nunca  
te vi más grande, eras el pan,  
eras el pan del pueblo, abierto 75  
con tu corazón en la tierra.

Y cuando tarde en la jornada [331]  
volvías cargando el volumen  
del día de lucha terrible,  
sonreías como la harina, 80  
entrabas a tu paz de pan,  
y te repartías de nuevo,  
hasta que el sueño reunía  
tu desgranado corazón.

#### IV

#### **González Videla**

Quién fue? Quién es? dónde estoy, me preguntan  
en otras tierras en donde voy errante.

En Chile no preguntan, los puños hacia el viento,  
los ojos en las minas se dirigen a un punto,  
a un vicioso traidor que con ellos lloraba 5  
cuando pidió sus votos para trepar al trono.

Lo vieron estos hombres de Pisagua, los bravos  
titanes del carbón: derramaba las lágrimas,  
se sacaba los dientes prometiéndolo,  
abrazaba y besaba a los niños que ahora, 10  
se limpian con arena la huella de su pústula.

En mi pueblo, en mi tierra lo conocemos. Duerme  
el labrador pensando cuándo sus duras manos  
podrán rodear su cuello de perro mentiroso,  
y el minero en la sombra de su cueva intranquila 15  
estira el pie soñando que aplastó con la planta  
a este piojo maligno, degradado insaciable.

Sabe quién es el que había detrás de una cortina  
de bayonetas, o detrás de animales de feria,  
o detrás de los nuevos mercaderes, 20  
pero nunca detrás del pueblo que lo busca  
para hablar una hora con él, su última hora.

A mi pueblo arrancó su esperanza, sonriendo,  
la vendió en las tinieblas a su mejor postor,  
y en vez de casas frescas y libertad, lo hirieron, 25  
la apalearon en la garganta de la mina,  
le dictaron salario detrás de una cureña,  
mientras una tertulia gobernaba bailando  
con dientes afilados de caimanes nocturnos. [332]

**Yo no sufrí**

Pero tú no sufriste? Yo no sufrí. Yo sufro  
sólo los sufrimientos de mi pueblo. Yo vivo  
adentro, adentro de mi patria, célula  
de su infinita y abrasada sangre.  
No tengo tiempo para mis dolores. 5  
Nada me hace sufrir sino estas vidas  
que a mí me dieron su confianza pura,  
y que un traidor hizo rodar al fondo  
del agujero muerto, desde donde  
hay que volver a levantar la rosa. 10

Cuando el verdugo presionó a los jueces  
para que condenaran  
mi corazón, mi enjambre decidido,  
el pueblo abrió su laberinto inmenso,  
el sótano en que duermen sus amores, 15  
y allí me sostuvieron, vigilando  
hasta la entrada de la luz y el aire.  
Me dijeron: «Te debes a nosotros,  
eres el que pondrá la marca fría  
sobre los sucios nombres del malvado.» 20

Y no sufrí sino no haber sufrido.  
Sino no haber recorrido las oscuras  
cárceles de mi hermano y de mi hermano,  
con toda mi pasión como una herida,  
y cada paso roto a mí rodaba, 25

cada golpe en tu espalda me golpeaba,  
cada gota de sangre del martirio  
resbaló hacia mi canto que sangraba.

## VI

### En este tiempo

Feliz año... Hoy tú que tienes  
mi tierra a tus dos lados, feliz eres, hermano.  
Yo soy errante hijo de lo que amo.  
Respóndeme, piensa que estoy contigo  
preguntándote, piensa que soy el viento de enero, 5  
viento Puelche, viento viejo de las montañas  
que cuando abres la puerta te visita  
sin entrar, aventando sus rápidas preguntas. [333]  
Dime, has entrado a un campo de trigo o de cebada,  
están dorados? Háblame de un día de ciruelas. 10  
Lejos de Chile pienso en un día redondo,  
morado, transparente, de azúcar en racimos,  
y de granos espesos y azules que gotean  
en mi boca sus copas cargadas con delicia.  
Dime, mordiste hoy la grupa pura 15  
de un durazno, llenándote de inmortal ambrosía,  
hasta que fuiste fuente tú también de la tierra,  
fruto y fruto entregados al esplendor del mundo?

## VII



### **Antes me hablaron**

Por estas mismas tierras forasteras anduve  
en otro tiempo: el nombre de mi patria brillaba  
como los constelados secretos de su cielo.  
El perseguido en todas las latitudes, ciego,  
abrumado por la amenaza y la ignominia, 5  
me tocaba las manos, me decía «chileno»  
con una voz teñida por la esperanza. Entonces  
tu voz tenía el eco de un himno, eran pequeñas  
tus manos arenosas, patria, pero cubrieron  
más de una herida, rescataron 10  
más de una primavera desolada.  
Llevas guardada toda esa esperanza,  
reprimida en tu paz, bajo la tierra,  
ancha semilla para todo el hombre,  
resurrección segura de la estrella. 15

## VIII

### **Las voces de Chile**

Antes la voz de Chile fue metálica  
voz de la libertad, de viento y plata,  
antes sonó en la altura  
del planeta recién cicatrizado,  
de nuestra América agredida 5  
por matorrales y centauros.  
Hasta la nieve intacta, en el desvelo,  
subió tu coro de hojas honorables,  
el canto de aguas libres de tus ríos,

la majestad azul de tu decoro. 10 [334]  
Era Isidoro Errázuriz vertiendo  
su combatiente estrella cristalina,  
sobre pueblos oscuros y amarrados,  
era Bilbao con su frente  
de pequeño planeta tumultuoso, 15  
fue Vicuña Mackenna transportando  
su innumerable y germinal follaje  
preñado de señales y semillas  
por otros pueblos en que la ventana  
fue cerrada a la luz. Ellos entraron 20  
y encendieron la lámpara en la noche,  
y en el amargo día de otros pueblos  
fueron la luz más alta de la nieve.

## IX

### Los mentirosos

Hoy se llaman Gajardo, Manuel Trucco  
Hernán Santa Cruz, Enrique Berstein,  
Germán Vergara, los que -previo pago-  
dicen hablar, oh Patria, en tu sagrado  
nombre y pretenden defenderte hundiendo 5  
tu herencia de león en la basura.  
Enanos amasados como píldoras  
en la botica del traidor, ratones  
del presupuesto, mínimos  
mentirosos, cicateros 10  
de nuestra fuerza, pobres

mercenarios de manos extendidas  
y lenguas de conejos calumniosos.  
No son mi patria, lo declaro  
a quien me quiera oír en estas tierras, 15  
no son el hombre grande del salitre,  
no son la sal del pueblo transparente,  
no son las lentas manos que construyen  
el monumento de la agricultura,  
no son, no existen, mienten y razonan 20  
para seguir, sin existir, cobrando.

## X

### **Serán nombrados**

Mientras escribo mi mano izquierda me reprocha.  
Me dice: por qué los nombras, qué son, qué significan.  
Por qué no los dejaste en su anónimo lodo  
de invierno, en ese lodo que orinan los caballos? [335]  
Y mi mano derecha le responde: «Nací 5  
para golpear las puertas, para empuñar los golpes,  
para encender las últimas y arrinconadas sombras  
en donde se alimenta la araña venenosa.»  
Serán nombrados. No me entregaste, patria,  
el dulce privilegio de nombrarte 10  
sólo en tus alhelíes y tu espuma,  
no me diste palabras, patria, para llamarte  
sólo con nombres de oro, de polen, de fragancia,  
para esparcir sembrando las gotas de rocío  
que caen de tu negra cabellera imperiosa: 15

me diste con la leche y la carne las sílabas  
que nombrarán también los pálidos gusanos  
que viajan en tu vientre,  
los que acosan tu sangre saqueándote la vida.

## XI

### **Los gusanos del bosque**

Algo del bosque antiguo cayó, fue la tormenta  
tal vez, purificando crecimientos y capas,  
y en los troncos caídos fermentaron los hongos,  
las babosas cruzaron sus hilos nauseabundos,  
y la madera muerta que cayó de la altura 5  
se llenó de agujeros y larvas espantosas.  
Así está tu costado, patria, la desdichada  
gobernación de insectos que pueblan tus heridas,  
los gruesos traficantes que mastican alambre,  
los que desde Palacio negocian con el oro, 10  
los gusanos que juntan micros y pesquerías,  
los que roen algo cubiertos por el manto  
del traidor que baila su zamba enardecida,  
el periodista que encarcela a sus camaradas,  
el sucio delator que hace gobierno, 15  
el cursi que se adueña de una revista cursi  
con el oro robado a los yaganes,  
el almirante tonto como un tomate, el griego  
que escupe a sus vasallos una balsa con dólares.

## XII

### **Patria te quieren repartir**

«Lo llamaban chileno», dicen de mí estas larvas.

Quieren quitarme patria bajo los pies, desean  
cortarte para ellos como baraja sucia  
y repartirte entre ellos como carne grasienta. [336]

No los amo. Ellos creen que ya te tienen muerta, 5

cuarteada, y en la orgía de sus designios sucios  
te gastan como dueños. No los amo. A mí déjame

amarte en tierra y pueblo, déjame perseguir  
mi sueño en tus fronteras marinas y nevadas,

déjame recoger todo el perfume amargo 10

tuyo que en una copa llevo por los caminos,

pero no puedo estar con ellos, no me pidas

cuando muevas los hombros y caigan en el suelo

con sus germinaciones de animales podridos,

no me pidas que crea que son tus hijos. Es otra 15

la madera sagrada de mi pueblo.

Mañana

serás en tu angostura de embarcación ceñida,

entre tus dos mareas de océano y de nieve,

la más amada, el pan, la tierra, el hijo.

De día el noble rito del tiempo libertado, 20

de noche la entidad estrellada del cielo.

## XIII

### **Reciben órdenes contra Chile**

Pero detrás de todos ellos hay que buscar, hay algo  
detrás de los traidores y las ratas que roen,  
hay un imperio que pone la mesa,  
que sirve las comidas y las balas.  
Quieren hacer de ti lo que logran en Grecia. 5  
Los señoritos griegos en el banquete, y balas  
al pueblo en las montañas: hay que extirpar el vuelo  
de la nueva Victoria de Samotracia, hay que ahorcar,  
matar, perder, hundir el cuchillo asesino  
empuñado en New York, hay que romper con fuego 10  
el orgullo del hombre que asomaba  
por todas partes como si naciera  
de la tierra regada por la sangre.  
Hay que armar a Chiang y al ínfimo Videla,  
hay que darles dinero para cárceles, alas 15  
para que bombardeen compatriotas, hay que darles  
un mendrugo, unos dólares, ellos hacen el resto,  
ellos mienten, corrompen, bailan sobre los muertos  
y sus esposas lucen los «visones» más caros.  
No importa la agonía del pueblo, este martirio 20  
necesitan los amos dueños del cobre: hay hechos:  
los generales dejan el ejército y sirven  
de asistentes al Staff en Chuquicamata, [337]  
en el salitre el general «chileno»  
manda con su charrasca cuánto deben pedir 25  
como alza de salario los hijos de la pampa.  
Así mandan de arriba, de la bolsa con dólares,  
así recibe la orden el enano traidor,  
así los generales hacen de policías,  
así se pudre el tronco del árbol de la patria. 30

## XIV

### **Recuerdo el mar**

Chileno, has ido al mar en este tiempo?  
Anda en mi nombre, moja tus manos y levántalas  
y yo desde otras tierras adoraré esas gotas  
que caen desde el agua infinita en tu rostro.  
Yo conozco, he vivido toda la costa mía, 5  
el grueso mar del Norte, de los páramos, hasta  
el peso tempestuoso de la espuma en las islas.  
Recuerdo el mar, las costas agrietadas y férreas  
de Coquimbo, las aguas altaneras de Tralca,  
las solitarias olas del Sur, que me crearon. 10  
Recuerdo en Puerto Montt o en las islas, de noche,  
al volver por la playa, la embarcación que espera,  
y nuestros pies dejaban en sus huellas el fuego,  
las llamas misteriosas de un dios fosforescente.  
Cada pisada era un reguero de fósforo. 15  
íbamos escribiendo con estrellas la tierra.  
Y en el mar resbalando la barca sacudía  
un ramaje de fuego marino, de luciérnagas,  
una ola innumerable de ojos que despertaban  
una vez y volvían a dormir en su abismo. 20

## XV

### **No hay perdón**

Yo quiero tierra, fuego, pan, azúcar, harina,  
mar, libros, patria para todos, por eso  
ando errante: los jueces del traidor me persiguen  
y sus turiferarios tratan, como los micos  
amaestrados, de encharcar mi recuerdo. 5

Yo fui con *él*, con ese que preside, a la boca  
de la mina, al desierto de la aurora olvidada,  
yo fui con él y dije a mis pobres hermanos:  
«No guardaréis los hilos de la ropa harapienta, [338]  
no tendréis este día sin pan, seréis tratados 10  
como si fuerais hijos de la patria.» «Ahora  
vamos a repartir la belleza, y los ojos  
de las mujeres no llorarán por sus hijos.»  
Y cuando en vez de amor repartido, en la noche  
al hambre y al martirio sacaran a ese mismo, 15  
a ese que *lo* escuchó, a ese que su fuerza  
y su ternura de árbol poderoso entregara,  
entonces yo no estuve con el pequeño sátrapa,  
sino con aquel hombre sin nombre, con mi pueblo.

Yo quiero mi país para los míos, quiero 20  
la luz igual sobre la cabellera  
de mi patria encendida,  
quiero el amor del día y del arado,  
quiero borrar la línea que con odio  
hacen para apartar el pan del pueblo, 25  
y al que desvió la línea de la patria  
hasta entregarla como carcelero,  
atada, a los que pagan por herirla,  
yo no voy a cantarlo ni callarlo,  
voy a dejar su número y su nombre 30



clavado en la pared de fa deshonra.

## XVI

### **Tú lucharás**

Este año nuevo, compatriota, es tuyo.  
Ha nacido de ti más que del tiempo, escoge  
lo mejor de tu vida y entrégalo al combate.  
Este año que ha caído como un muerto en su tumba  
no puede reposar con amor y con miedo. 5  
Este año muerto es año de dolores que acusan.  
Y cuando sus raíces amargas, en la hora  
de la fiesta, en la noche, se desprendan y caigan  
y suba otro cristal ignorado al vacío  
de un año que tu vida llenará poco a poco, 10  
dale la dignidad que requiere mi patria,  
la tuya, esta angostura de volcanes y vinos.  
Ya no soy ciudadano de mi país: me escriben  
que el clown indecoroso que gobierna ha borrado  
con otros miles de nombres el mío 15  
de las listas que eran la ley de la República.  
Mi nombre está borrado para que yo no exista,  
para que el torvo buitre de la mazmorra vote  
y voten los bestiales encargados que dan  
los golpes y el tormento en los sótanos 20 [339]  
del gobierno, para que voten bien garantizados  
los mayordomos, caporales, socios  
del negociante que entregó la Patria.  
Yo estoy errante, vivo la angustia de estar lejos

del preso y de la flor, del hombre y de la tierra, 25  
pero tú lucharás para cambiar la vida.  
Tú lucharás para borrar la mancha  
de estiércol sobre el mapa, tú lucharás sin duda  
para que la vergüenza de este tiempo termine  
y se abran las prisiones del pueblo y se levanten 30  
las alas de la victoria traicionada.

## XVII

### **Feliz año para mi patria en tinieblas**

Feliz Año este año, para ti, para todos  
los hombres, y las tierras, Araucanía amada.  
Entre tú y mi existencia hay esta noche nueva  
que nos separa, y bosques y ríos y caminos.  
Pero hacia ti, pequeña patria mía, 5  
como un caballo oscuro mi corazón galopa:  
entro por sus desiertos de pura geografía,  
paso los valles verdes donde la uva acumula  
sus verdes alcoholes, el mar de sus racimos.  
Entro en tus pueblos de jardín cerrado, 10  
blanco como camelias, en el agrio  
olor de tus bodegas, y penetro  
como un madero al agua de los ríos que tiemblan  
trepidando y cantando con labios desbordados.  
  
Recuerdo, en los caminos, tal vez en este tiempo, 15  
o más bien en otoño, sobre las casas dejan  
las mazorcas doradas del maíz a secarse,

y cuántas veces fui como un niño arrobado  
viendo el oro en los techos de los pobres.

Te abrazo, debo ahora 20  
retornar a mi sitio escondido. Te abrazo  
sin conocerte: dime quién eres, reconoces  
mi voz en el coro de lo que está naciendo?  
Entre todas las cosas que te rodean, oyes  
mi voz, no sientes cómo te rodea mi acento 25  
emanado como agua natural de la tierra? [340]

Soy yo que abrazo toda la superficie dulce,  
la cintura florida de mi patria y te llamo  
para que hablemos cuando se apague la alegría  
y entregarte esta hora como una flor cerrada. 30  
Feliz año nuevo para mi patria en tinieblas.  
Vamos juntos, está el mundo coronado de trigo,  
el alto cielo corre deslizando y rompiendo  
sus altas piedras puras contra la noche: apenas  
se ha llenado la nueva copa con un minuto 35  
que ha de juntarse al río del tiempo que nos lleva.  
Este tiempo, esta copa, esta tierra son tuyos:  
conquístalos y escucha cómo nace la aurora.

[341]

#### - XIV -

El gran océano [343]

#### **El gran Océano**

Si de tus dones y de tus destrucciones, Océano, a mis manos

podiera destinar una medida, una fruta, un fermento,  
escogería tu reposo distante, las líneas de tu acero,  
tu extensión sigilada por el aire y la noche,  
y la energía de tu idioma blanco 5  
que destroza y derriba sus columnas  
en su propia pureza demolida.

No es la última ola con su salado peso  
la que tritura costas y produce  
la paz de arena que rodea el mundo: 10  
es el central volumen de la fuerza,  
la potencia extendida de las aguas,  
la inmóvil soledad llena de vidas.  
Tiempo, tal vez, o copa acumulada  
de todo movimiento, unidad pura 15  
que no selló la muerte, verde víscera  
de la totalidad abrasadora.

Del brazo sumergido que levanta una gota  
no queda sino un beso de la sal. De los cuerpos  
del hombre en tus orillas una húmeda fragancia 20  
de flor mojada permanece. Tu energía  
parece resbalar sin ser gastada,  
parece regresar a su reposo.

La ola que desprendes,  
arco de identidad, pluma estrellada, 25  
cuando se despeñó fue sólo espuma,  
y regresó a nacer sin consumirse.

Toda tu fuerza vuelve a ser origen.  
Sólo entregas despojos triturados,  
cáscaras que apartó tu cargamento, 30 [344]  
lo que expulsó la acción de tu abundancia,  
todo lo que dejó de ser racimo.

Tu estatua está extendida más allá de las olas.

Viviente y ordenada como el pecho y el manto  
de un solo ser y sus respiraciones, 35  
en la materia de la luz izadas,  
llanuras levantadas por las olas,  
forman la piel desnuda del planeta.  
Llenas tu propio ser con tu substancia.

Colmas la curvatura del silencio. 40

Con tu sal y tu miel tiembla la copa,  
la cavidad universal del agua,  
y nada falta en ti como en el cráter  
desollado, en el vaso cerril:  
cumbres vacías, cicatrices, señales 45  
que vigilan el aire mutilado.

Tus pétalos palpitan contra el mundo,  
tiemblan tus cereales submarinos,  
las suaves ovas cuelgan su amenaza,  
navegan y pululan las escuelas, 50  
y sólo sube al hilo de las redes  
el relámpago muerto de la escama,

un milímetro herido en la distancia  
de tus totalidades cristalinas.

## II

### Los nacimientos

Cuando se trasmularon las estrellas  
en tierra y en metal, cuando apagaron  
la energía y volcada fue la copa  
de auroras y carbones, sumergida  
la hoguera en sus moradas, 5  
el mar cayó como una gota ardiendo  
de distancia en distancia, de hora en hora:  
su fuego azul se convirtió en esfera,  
el aire de sus ruedas fue campana,  
su interior esencial tembló en la espuma, 10  
y en la luz de la sal fue levantada  
la flor de su espaciosa autonomía. [345]

Mientras que como lámparas letárgicas  
dormían las estrellas segregadas  
adelgazando su pureza inmóvil, 15  
el mar llenó de sal y mordeduras  
su magnitud, pobló de llamaradas  
y movimientos la extensión del día,  
creó la tierra y desató la espuma,  
dejó rastros de goma en sus ausencias, 20  
invadió con estatuas el abismo,  
y en sus orillas se fundó la sangre.

Estrella de oleajes, agua madre,  
madre materia, médula invencible,  
trémula iglesia levantada en lodo: 25

la vida en ti palpó piedras nocturnas,  
retrocedió cuando llegó a la herida,  
avanzó con escudos y diademas,  
extendió dentaduras transparentes,  
acumuló la guerra en su barriga. 30

Lo que formó la oscuridad quebrada  
por la substancia fría del relámpago,  
Océano, en tu vida está viviendo.

La tierra hizo del hombre su castigo.

Dimitió bestias, abolió montañas, 35  
escudriñó los huevos de la muerte.

Mientras tanto en tu edad sobrevivieron  
las aspas del transcurso sumergido,  
y la creada magnitud mantiene  
las mismas esmeraldas escamosas, 40

los abetos hambrientos que devoran  
con bocas azuladas de sortija,  
el cabello que absorbe ojos ahogados,  
la madrepora de astros combatientes,  
y en la fuerza aceitada del cetáceo 45  
se desliza la sombra triturando.

Se construyó la catedral sin manos  
con golpes de marea innumerable,

la sal se adelgazó como una aguja,  
se hizo lámina de agua incubadora, 50  
y seres puros, recién extendidos,  
pulularon tejiendo las paredes  
hasta que como nidos agrupados  
con el gris atavío de la esponja, [346]  
se deslizó la túnica escarlata, 55  
vivió la apoteosis amarilla,  
creció la flor calcárea de amaranto.

Todo era ser, substancia temblorosa,  
pétalos carniceros que mordían,  
acumulada cantidad desnuda, 60  
palpitación de plantas seminales,  
sangría de las húmedas esferas,  
perpetuo viento azul que derribaba  
los límites abruptos de los seres.  
Y así la luz inmóvil fue una boca 65  
y mordió su morada pedrería.

Fue, Océano, la forma menos dura,  
la traslúcida gruta de la vida,  
la masa existencial, deslizadora  
de racimos, las telas del ovario, 70  
los germinales dientes derramados,  
las espadas del suero matutino,  
los órganos acerbos del enlace:  
todo en ti palpitó llenando el agua  
de cavidades y estremecimientos. 75  
Así la copa de las vidas tuvo



su turbulento aroma, sus raíces,  
y estrellada invasión fueron las olas:  
cintura y plenitud sobrevivieron,  
penacho y latitud enarbolaron 80  
los huéspedes dorados de la espuma.  
Y tembló para siempre en las orillas  
la voz del mar, los tálamos del agua,  
la huracanada piel derribadora,  
la leche embravecida de la estrella. 85

### III

#### **Los peces y el ahogado**

De pronto vi pobladas las regiones  
de intensidad, de formas aceradas,  
bocas como una línea que cortaba,  
relámpagos de plata sumergida,  
peces de luto, peces ojivales, 5  
peces de firmamento tachonado,  
peces cuyos lunares resplandecen,  
peces que cruzan como escalofríos, [347]  
blanca velocidad, ciencias delgadas  
de la circulación, bocas ovales 10  
de la carnicería y el aumenta.

Hermosa fue la mano o la cintura  
que rodeaba la luna fugitiva  
vio trepidar la población pesquera,  
húmedo río elástico de vidas, 15

crecimiento de estrella en las escamas,  
ópalo seminal diseminado  
en la sábana oscura del océano.

Vio arder las piedras de plata que mordían  
estandartes de trémulo tesoro, 20  
y sometió su sangre descendiendo  
a la profundidad devoradora,  
suspendido por bocas que recorren  
su torso con sortijas sanguinarias  
hasta que desgredado y dividido 25  
como espiga sangrienta, es un escudo  
de la marea, un traje que trituran  
las amatistas, una herencia herida  
bajo el mar, en el árbol numeroso.

#### IV

##### **Los hombres y las islas**

Los hombres oceánicos despertaron, cantaban  
las aguas en las islas, de piedra en piedra verde:  
las doncellas textiles cruzaban el recinto  
en que el fuego y la lluvia entrelazados  
procreaban diademas y tambores.

La luna melanésica 5

fue una dura madrepora, las flores azufradas  
venían del océano, las hijas  
de la tierra temblaban como olas

en el viento nupcial de las palmeras  
y entraron a la carne los arpones 10  
persiguiendo las vidas de la espuma.

Canoas balanceadas en el día desierto,  
desde las islas como puntos de polen hacia  
la metálica masa de América nocturna: [348]  
diminutas estrellas sin nombre, perfumadas 15  
como manantiales secretos, rebosantes  
de plumas y corales, cuando  
los ojos oceánicos descubrieron la altura  
sombria de la costa del cobre, la escarpada  
torre de nieve, y los hombres de arcilla 20  
vieron bailar los estandartes húmedos  
y los ágiles hijos atmosféricos  
de la remota soledad marina,  
llegó la rama  
del azahar perdido, vino el viento  
de la magnolia oceánica, la dulzura 25  
del acicate azul en las caderas,  
el beso de las islas sin metales,  
puras como la miel desordenada,  
sonoras como sábanas del cielo.

## V

### **Rapa Nui**

Tepito-te-henúa, ombligo del mar grande,  
taller del mar, extinguida diadema.

De tu lava escorial subió la frente  
del hombre más arriba del Océano,  
los ojos agrietados de la piedra 5  
midieron el ciclónico universo,  
y fue central la mano que elevaba  
la pura magnitud de tus estatuas.

Tu roca religiosa fue cortada  
hacia todas las líneas del Océano 10  
y los rostros del hombre aparecieron  
surgiendo de la entraña de las islas,  
naciendo de los cráteres vacíos  
con los pies enredados al silencio.

Fueron los centinelas y cerraron 15  
el ciclo de las aguas que llegaban  
desde todos los húmedos dominios,  
y el mar frente a las máscaras detuvo  
sus tempestuosos árboles azules.

Nadie sino los rostros habitaron 20  
el círculo del reino. Era callado  
como la entrada de un planeta, el hilo  
que envolvía la boca de la isla. [349]

Así, en la luz del ábside marino  
la fábula de piedra condecora 25  
la inmensidad con sus medallas muertas,  
y los pequeños reyes que levantan  
toda esta solitaria monarquía  
para la eternidad de las espumas,

vuelven al mar en la noche invisible, 30  
vuelven a sus sarcófagos de sal.

Sólo el pez luna que murió en la arena.

Sólo el tiempo que muerde los *moais*.

Sólo la eternidad en las arenas  
conocen las palabras: 35  
la luz sellada, el laberinto muerto,  
las llaves de la copa sumergida.

## VI

### **Los constructores de estatuas (Rapa Nui)**

Yo soy el constructor de las estatuas. No tengo nombre.  
No tengo rostro. El mío se desvió hasta correr  
sobre la zarza y subir impregnando las piedras.  
Ellas tienen mi rostro petrificado la grave  
soledad de mi patria, la piel de Oceanía. 5

Nada quieren decir, nada quisieron  
sino nacer con todo su volumen de arena,  
subsistir destinadas al tiempo silencioso.

Tú me preguntarás si la estatua en que tantas  
uña y manos, brazos oscuros fui gastando, 10  
te reserva una sílaba del cráter, un aroma  
antiguo, preservado por un signo de lava?

No es así, las estatuas son lo que fuimos, somos  
nosotros, nuestra frente que miraba las olas,  
nuestra materia a veces interrumpida, a veces  
continuada en la piedra semejante a nosotros. 15

Otros fueron los dioses pequeños y malignos, [350]  
peces, pájaros que entretuvieron la mañana,  
escondiendo las hachas, rompiendo la estatura  
de los más altos rostros que concibió la piedra. 20

Guarden los dioses el conflicto, si lo quieren,  
de la cosecha postergada, y alimenten  
el azúcar azul de la flor en el baile.

Suban ellos y bajen la llave de la harina:  
empapen ellos todas las sábanas nupciales 25  
con el polen mojado que imperceptible danza  
adentro de la roya primavera del hombre,  
pero hasta estas paredes, a este cráter, no vengas  
sino tú, pequeñito mortal, picapedrero.

Se van a consumir esta carne y la otra, 30  
la flor perecerá tal vez, sin armadura,  
cuando estéril aurora, polvo reseco, un día  
venga la muerte al cinto de la isla orgullosa,  
y tú, estatua, hija del hombre, quedarás  
mirando con los ojos vacíos que subieron 35  
desde una mano y otra de inmortales ausentes.

Arañarás la tierra hasta que nazca  
la firmeza, hasta que caiga la sombra en la estructura  
como sobre una abeja colosal que devora  
su propia miel perdida en el tiempo infinito. 40

Tus manos tocarán la piedra hasta labrarla  
dándole la energía solitaria que pueda  
subsistir, sin gastarse los nombres que no existen,  
y así desde una vida a una muerte, amarrados  
en el tiempo como una sola mano que ondula, 45  
elevamos la torre calcinada que duerme.

La estatua que creció sobre nuestra estatura.

Míradlas hoy, tocad esta materia, estos labios  
tienen el mismo idioma silencioso que duerme  
en nuestra muerte, y esta cicatriz arenosa, 50  
que el mar y el tiempo como lobos han lamido,  
eran parte de un rostro que no fue derribado,  
punto de un ser, racimo que derrotó cenizas.

Así nacieron, fueron vidas que labraron [351]  
su propia celda dura, su panal en la piedra. 55  
Y esta mirada tiene más arena que el tiempo.  
Más silencio que toda la muerte en su colmena.

Fueron la miel de un grave designio que habitaba  
la luz deslumbradora que hoy resbala en la piedra.

## VII

### La lluvia (Rapa Nui)

No, que la Reina no reconozca  
tu rostro, es más dulce  
así, amor mío, lejos de las efigies, el peso  
de tu cabellera en mis manos, recuerdas  
el árbol de Mangareva cuyas flores caían 5  
sobre tu pelo? Estos dedos no se parecen  
a los pétalos blancos: míralos, son como raíces,  
son como tallos de piedra sobre los que resbala  
el lagarto. No temas, esperemos que caiga la lluvia,  
desnudos,  
la lluvia, la misma que cae sobre Manu Tara. 10

Pero así como el agua endurece sus rasgos en la piedra,  
sobre nosotros cae llevándonos suavemente  
hacia la oscuridad, más abajo del agujero  
de Ranu Raraku. Por eso  
que no te divise el pescador ni el cántaro. Sepulta 15  
tus pechos de quemadura gemela en mi boca,  
y que tu cabellera sea una pequeña noche mía,  
una oscuridad cuyo perfume mojado me cubre.

De noche sueño que tú y yo somos dos plantas  
que se elevaron juntas, con raíces enredadas, 20  
y que tú conoces la tierra y la lluvia como mi boca,  
porque de tierra y de lluvia estamos hechos. A veces  
pienso que con la muerte dormiremos abajo,  
en la profundidad de los pies de la efigie, mirando



el Océano que nos trajo a construir y a amar. 25

Mis manos no eran férreas cuando te conocieron, las aguas  
de otro mar las pasaban como a una red: ahora  
agua y piedras sostienen semillas y secretos. [352]

Ámame dormida y desnuda, que en la orilla  
eres como la isla: tu amor confuso, tu amor 30  
asombrado, escondido en la cavidad de los sueños,  
es como el movimiento del mar que nos rodea.

Y cuando yo también vaya durmiéndome  
en tu amor, desnudo,  
deja mi mano entre tus pechos para que palpite 35  
al mismo tiempo que tus pezones mojados en la lluvia.

## VIII

### Los oceánicos

Sin más dioses que el cuero de las focas podridas,  
honor del mar, *yámanas* azotados  
por el látigo antártico, alacalufes  
untados con aceites y detritus:  
entre los muros de cristal y abismo 5  
la pequeña canoa, en la erizada  
enemistad de témpanos y lluvias,  
llevó el amor errante de los lobos  
y las brasas del fuego sustentadas  
sobre las últimas aguas mortales. 10

Hombre, si el exterminio  
no bajó de los ríos de la nieve  
ni de la luna endurecida  
sobre el vapor glacial de los glaciares,  
sino del hombre que hasta en la substancia 15  
de la nieve perdida y de las aguas  
finales del Océano,  
especuló con huesos desterrados  
hasta empujarte más allá de todo,  
y hoy más allá de todo y de la nieve 20  
y de la tempestad desatada del hielo  
va tu piragua por la sal salvaje  
y la furiosa soledad buscando  
la guarida del pan, eres Océano,  
gota del mar y de su azul furioso, 25  
y tu raído corazón me llama  
como increíble fuego que no muere.

Amo la helada planta combatida  
por el aullido del viento espumoso, [353]  
y al pie de las gargantas, 30  
el diminuto pueblo lucernario  
que arde sobre las lámparas crustáceas  
del agua removida por el frío,  
y la antártica aurora en su castillo  
de pálido esplendor imaginario. 35

Amo hasta las raíces turbulentas  
de las plantas quemadas por la aurora

de manos transparentes,  
pero hacia ti, sombra del mar, hijo  
de las plumas glaciales, harapianto 40  
oceánida, va esta ola  
nacida en las rupturas, dirigida  
como el amor herido bajo el viento.

## IX

### **Antártica**

Antártica, corona austral, racimo  
de lámparas heladas, cineraria  
de hielo desprendida  
de la piel terrenal, iglesia rota  
por la pureza, nave desbocada 5  
sobre la catedral de la blancura,  
inmoladero de quebrados vidrios,  
huracán estrellado en las paredes  
de la nieve nocturna,  
dame tu doble pecho removido 10  
por la invasora soledad, el cauce  
del viento aterrador enmascarado  
por todas las corolas del armiño,  
con todas las bocinas del naufragio  
y el hundimiento blanco de los mundos, 15  
o tu pecho de paz que limpia el frío  
como un puro rectángulo de cuarzo,  
y lo no respirado, el infinito  
material transparente, el aire abierto,

la soledad sin tierra y sin pobreza. 20  
Reino del mediodía más severo,  
arpa de hielo susurrada, inmóvil,  
cerca de las estrellas enemigas.

Todos los mares son tu mar redondo. [354]

Todas las resistencias del Océano 25  
concentraron en ti su transparencia,  
y la sal te pobló con sus castillos,  
el hielo hizo ciudades elevadas  
sobre una aguja de cristal, el viento  
recorrió tu salado paroxismo 30  
como un tigre quemado por la nieve.

Tus cúpulas parieron el peligro  
desde la nave de los ventisqueros,  
y en tu dorsal desierto está la vida  
como una viña bajo el mar, ardiendo 35  
sin consumirse, reservando el fuego  
para la primavera de la nieve.

## X

### **Los hijos de la costa**

Parias del mar, antárticos  
perros azotados,  
yaganes muertos sobre cuyos huesos  
bailan los propietarios que pagaron

por tarifa los cuellos altaneros 5  
cercenados a golpe de navaja.  
Changos de Antofagasta y de la costa seca,  
parias, piojos helados del océano,  
nietas de Rapa, pobres de Anga-Roa,  
lémures rotos, leprosos de Hotu-Iti, 10  
siervos de las Galápagos, codiciados  
haraposos de los archipiélagos,  
ropas deshilachadas que a través  
del parche sucio muestran  
la contextura del combate, 15  
la piel salada por el aire, el valiente  
trazo de ser humano y ambarino:  
a la patria del mar vino el embarque,  
vino la cuerda, el sello, el fundamento,  
el billete con un perfil borroso, 20  
detritus de botellas en la playa,  
vino el gobernador, el diputado,  
y el corazón del mar se hizo costura,  
se hizo bolsillo, yodo y agonía.

Cuando llegaron a vender fue dulce 25  
el amanecer, las camisas [355]  
eran como la nieve en el navío,  
y los hijos celestes se encendieron,  
flor y fogata, luna y movimiento.

Piojos del mar, comed ahora estiércol, 30  
acechad las despojos, los zapatos  
rotos del navegante, del gerente,

oled a deyecciones y a pescado.  
Ya entrasteis en el círculo  
de donde no saldréis sino a morir. 35  
No a la muerte del mar, con agua y luna,  
sino a los desquiciados agujeros  
de la necrología, porque ahora  
si queréis olvidar, estáis perdidos.  
Antes la muerte tuvo territorios, 40  
trasmigración, etapas, estaciones,  
y pudisteis subir bailando, envueltos  
en el rocío diurno de la rosa  
o en la navegación del pez de plata:  
hoy estáis muertos para siempre: hundidos 45  
en el decreto tétrico del fraile,  
y sólo sois gusanos de la tierra  
que cuando más revolverán la cola  
bajo las notarías del infierno.

Venid y pululad por las orillas 50  
del mar: os aceptamos  
aún, podéis salir a pescar siempre  
que nuestra Sociedad Pesquera Inc.  
sea garantizada: podéis iros  
rascando las costillas en los muelles, 55  
cargando sacos de garbanzos,  
durmiendo en las escorias litorales.  
Sois en verdad una amenaza, roñosos  
desheredados de la espuma: es mucho  
mejor que, si el sacerdote os da permiso, 60  
entréis en el navío que os espera,

y que, con todo y piojos, a la nada  
os llevará, sin ataúd, mordidos  
por las últimas olas y desdichas,  
siempre que no se paguen, a la muerte.

65 [356]

## XI

### La muerte

Escualos parecidos a las ovas,  
al naval terciopelo del abismo,  
y que de pronto como angostas lunas  
aparecéis con filo empurpurado:

aletas aceitadas en tiniebla,

5

luto y velocidad, naves del miedo  
a las que asciende como una corola  
el crimen con su luz vertiginosa,  
sin una voz, en una hoguera verde,  
en la cuchillería de un relámpago.

10

Puras formas sombrías que resbalan  
bajo la piel del mar, como el amor,  
como el amor que invade la garganta,  
como la noche que brilla en las uvas,  
como el fulgor del vino en los puñales:

15

anchas sombras de cuero desmedido  
como estandartes de amenaza: ramos  
de brazos, bocas, lenguas que rodean  
con ondulante flor lo que devoran.

En la mínima gota de la vida 20  
aguarda una indecisa primavera  
que cerrará con su sistema inmóvil  
lo que tembló al caer en el vacío:  
la cinta ultravioleta que desliza  
un cinturón de fósforo perverso 25  
en la agonía negra del perdido,  
y el tapiz del ahogado recubierto  
por un bosque de lanzas y murenas  
temblorosas y activas como el telar que teje  
en la profundidad devoradora. 30

## XII

### **La ola**

La ola viene del fondo, con raíces  
hijas del firmamento sumergido.  
Su elástica invasión fue levantada  
por la potencia pura del Océano:  
su eternidad apareció inundando 5  
los pabellones del poder profundo [357]  
y cada ser le dio su resistencia,  
desgranó fuego frío en su cintura  
hasta que de las ramas de la fuerza  
despegó su nevado poderío. 10

Viene como una flor desde la tierra  
cuando avanzó con decidido aroma  
hasta la magnitud de la magnolia,



pero esta flor del fondo que ha estallado  
trae toda la luz que fue abolida, 15  
trae todas las ramas que no ardieron  
y todo el manantial de la blancura.

Y así cuando sus párpados redondos,  
su volumen, sus copas, sus corales  
hinchan la piel del mar apareciendo 20  
todo este ser de seres submarinos:  
es la unidad del mar que se construye:  
la columna del mar que se levanta:  
todos sus nacimientos y derrotas.

La escuela de la sal abrió las puertas, 25  
voló toda la luz golpeando el cielo,  
creció desde la noche hasta la aurora  
la levadura del metal mojado,  
toda la claridad se hizo corola,  
creció la flor hasta gastar la piedra, 30  
subió a la muerte el río de la espuma,  
atacaron las plantas procelarias,  
se desbordó la rosa en el acero:  
los baluartes del agua se doblaron  
y el mar desmoronó sin derramarse 35  
su torre de cristal y escalofrío.

### XIII

#### Los puertos

Acapulco, cortado como una piedra azul,  
cuando despierta, el mar amanece en tu puerta  
irisado y bordado como una caracola,  
y entre tus piedras pasan peces como relámpagos  
que palpitan cargados por el fulgor marino. 5

Eres la luz completa, sin párpados, el día [358]  
desnudo, balanceado como una flor de arena,  
entre la infinidad extendida del agua  
y la altura encendida con lámparas de arcilla.

Junto a ti las lagunas me dieron el amor 10  
de la tarde caliente con bestias y manglares,  
los nidos como nudos en las ramas de donde  
el vuelo de las garzas elevaba la espuma,  
y en el agua escarlata como un crimen hervía  
un pueblo encarcelado de bocas y raíces. 15

Topolobampo, apenas trazado en las orillas  
de la dulce y desnuda California marina,  
Mazatlán estrellado, puerto de noche, escucho  
las olas que golpean tu pobreza  
y tus constelaciones, el latido 20  
de tus apasionados orfeones,  
tu corazón sonámbulo que canta  
bajo las redes rojas de la luna.

Guayaquil, sílaba de lanza, filo  
de estrella ecuatorial, cerrojo abierto 25  
de las tinieblas húmedas que ondulan  
como una trenza de mujer mojada:

puerta de hierro maltratado  
por el sudor amargo  
que moja los racimos, 30  
que gotea el marfil en los ramajes  
y resbala a la boca de los hombres  
mordiéndolo como un ácido marino.

Subí a las rocas de Mollendo, blancas,  
árido resplandor y cicatrices, 35  
cráter cuyo agrietado continente  
sujeta entre las piedras su tesoro,  
la angostura del hombre acorralado  
en las calvicies del despeñadero,  
sombra de las metálicas gargantas, 40  
promontorio amarillo de la muerte.

Pisagua, letra del dolor, manchada  
por el tormento, en tus ruinas vacías,  
en tus acantilados pavorosos,  
en tu cárcel de piedra y soledades 45  
se pretendió aplastar la planta humana,  
se quiso hacer de corazones muertos  
una alfombra, bajar la desventura [359]  
como marca rabiosa hasta romper  
la dignidad: allí por los salobres 50  
callejones vacíos, los fantasmas  
de la desolación mueven sus mantos,  
y en las desnudas grietas ofendidas  
está la historia como un monumento  
golpeado por la espuma solitaria. 55

Pisagua, en el vacío de tus cumbres,  
en la furiosa soledad, la fuerza  
de la verdad del hambre se levanta  
como un desnudo y noble monumento.

No es sólo un hombre, no es sólo una sangre 60  
lo que manchó la vida en tus laderas,  
son todos los verdugos amarrados  
a la ciénaga herida, a los suplicios,  
al matorral de América enlutada,  
y cuando se poblaron con cadenas 65  
tus desérticas piedras escarpadas  
no sólo fue mordida una bandera,  
no fue sólo un bandido venenoso,  
sino la fauna de las aguas viles  
que repite sus dientes en la historia, 70  
atravesando con mortal cuchillo  
el corazón del pueblo desdichado,  
maniatando la tierra que los hizo,  
deshonrando la arena de la aurora.

Oh puertos arenosos, inundados 75  
por el salitre, por la sal secreta  
que deja los dolores en la patria  
y lleva el oro al dios desconocido  
cuyas uñas rasparon la corteza  
de nuestros dolorosos territorios. 80

Antofagasta, cuya voz remota  
desemboca en la luz cristalizada

y se amontona en sacos y bodegas  
y se reparte en la aridez matutina  
hacia la dirección de los navíos. 85

Rosa reseca de madera, Iquique,  
entre tus blancas balaustradas, junto  
a tus muros de pino que la luna  
del desierto y del mar han impregnado. [360]  
fue vertida la sangre de mi pueblo, 90  
fue asesinada la verdad, deshecha  
en sanguinaria pulpa la esperanza:  
el crimen fue enterrado por la arena  
y la distancia hundió los estertores.

Tocopilla espectral, bajo los montes, 95  
bajo la desnudez llena de agujas  
corre la nieve seca del nitrato  
sin extinguir la luz de su designio  
ni la agonía de la mano oscura  
que sacudió la muerte en los terrones. 100

Desamparada costa que rechazas  
el agua ahogada del amor humano,  
escondido en tus márgenes calcáreas  
como el metal mayor de la vergüenza.  
A tus puertos bajó el hombre enterrado 105  
a ver la luz de las calles vendidas,  
a desatar el corazón espeso,  
a olvidar arenales y desdichas.  
Tú cuando pasas, quién eres, quién resbala

por tus ojos dorados, quién sucede 110  
en los cristales? Bajas y sonrías,  
aprecias el silencio en las maderas,  
tocas la luna opaca de los vidrios  
y nada más: el hombre está guardado  
por carnívoras sombras y barrotes, 115  
está extendido en su hospital durmiendo  
sobre los arrecifes de la pólvora.

Puertos del Sur, que deshojaron  
la lluvia de las hojas en mi frente:  
coníferas amargas del invierno 120  
de cuyo manantial lleno de agujas  
llovió la soledad en mis dolores.  
Puerto Saavedra, helado en las riberas  
del Imperial: las desembocaduras  
enarenadas, el glacial lamento 125  
de las gaviotas que me parecían  
surgir como azahares tempestuosos,  
sin que nadie arrullara sus follajes,  
dulces desviadas hacia mi ternura,  
despedazadas por el mar violento 130  
y salpicadas en las soledades. [361]

Más tarde mi camino fue la nieve  
y en las casas dormidas del Estrecho  
en Punta Arenas, en Puerto Natales,  
en la extensión azul del aullido, 135  
en la silbante, en la desenfrenada  
noche final de la tierra, vi las tablas

que resistieron, encendí las lámparas  
bajo el viento feroz, hundí mis manos  
en la desnuda primavera antártica 140  
y besé el polvo frío de las últimas flores.

#### XIV

##### **Los navíos**

Los barcos de la seda sobre la luz llevados,  
erigidos en la violeta matutina,  
cruzando el sol marítimo con rojos pabellones  
deshilachados como estambres andrajosos,  
el olor caluroso de las cajas doradas 5  
que la canela hizo sonar como violines,  
y la codicia fría que susurró en los puertos  
en una tempestad de manos restregadas,  
las bienvenidas suavidades verdes  
de los jades, y el pálido cereal de la seda, 10  
todo paseó en el mar como un viaje del viento,  
como un baile de anémonas que desaparecieron.

Vinieron las delgadas velocidades, finas  
herramientas del mar, peces de trapo,  
dorados por el trigo, destinados 15  
por sus mercaderías cenicientas,  
por piedras desbordantes que brillaron  
como el fuego cayendo entre sus velas,  
o repletos de flores sulfurosas  
recogidas en páramos salinos. 20

Otros cargaron razas, dispusieron  
en la humedad de abajo, encadenados,  
ojos cautivos que agrietaron con lágrimas  
la pesada madera del navío.

Pies recién separados del marfil, amarguras 25  
amontonadas como frutos malheridos,  
dolores desollados como ciervos: cabezas  
que desde los diamantes del verano cayeron  
a la profundidad del estiércol infame.

Barcos llenos de trigo que temblaron 30 [362]  
sobre las olas como en las llanuras  
el viento cereal de las espigas:  
naves de las ballenas, erizadas  
de corazones duros como harpones,  
lentas de cacería, desplazando 35  
hacia Valparaíso sus bodegas,  
velas grasientas que se sacudieron  
heridas por el hielo y el aceite  
hasta colmar las copas de la nave  
con la cosecha blanda de la bestia. 40

Barcas desmanteladas que cruzaron  
de tumbo en tumbo en el furor marino  
con el hombre agarrado a sus recuerdos  
y a los andrajos últimos del buque,  
antes que, como manos cercenadas, 45  
los fragmentos del mar los condujeran  
a las delgadas bocas que poblaron  
el espumoso mar en su agonía.

Naves de los nitratos, aguzadas  
y alegres, como indómitos delfines 50



hacia las siete espumas deslizadas  
por el viento en sus sábanas gloriosas,  
finas como los dedos y las uñas,  
veloces como plumas y corceles,  
navegadoras de la mar morena 55  
que pica los metales de mi patria.

## XV

### **A una estatua de proa (Elegía)**

En las arenas de Magallanes te recogimos cansada  
navegante, inmóvil  
bajo la tempestad que tantas veces tu pecho dulce y doble  
desafió dividiendo en sus pezones.

Te levantamos otra vez sobre los mares del Sur, pero ahora 5  
fuiste la pasajera de lo oscuro, de los rincones, igual  
al trigo y al metal que custodiaste  
en alta mar, envuelta por la noche marina.

Hoy eres mía, diosa que el albatros gigante  
rozó con su estatura extendida en el vuelo, 10 [363]  
como un manto de música dirigida en la lluvia  
por tus ciegos y errantes párpados de madera.

Rosa del mar, abeja más pura que los sueños,  
almendrada mujer que desde las raíces  
de una encina poblada por los cantos 15  
te hiciste forma, fuerza de follaje con nidos,

boca de tempestades, dulzura delicada  
que iría conquistando la luz con sus caderas.

Cuando ángeles y reinas que nacieron contigo  
se llenaron de musgo, durmieron destinadas 20  
a la inmovilidad con un honor de muertos,  
tú subiste a la proa delgada del navío  
y ángel y reina y ola, temblor del mundo fuiste.  
El estremecimiento de los hombres subía  
hasta tu noble túnica con pechos de manzana, 25  
mientras tus labios eran oh dulce! humedecidos  
por otros besos dignos de tu boca salvaje.

Bajo la noche extraña tu cintura dejaba  
caer el peso puro de la nave en las olas  
cortando en la sombría magnitud un camino 30  
de fuego derribado, de miel fosforescente.  
El viento abrió en tus rizos su caja tempestuosa,  
el desencadenado metal de su gemido,  
y en la aurora la luz te recibió temblando  
en los puertos, besando tu diadema mojada.

A veces detuviste sobre el mar tu camino 36  
y el barco tembloroso bajó por su costado,  
como una gruesa fruta que se desprende y cae,  
un marinero muerto que acogieron la espuma  
y el movimiento puro del tiempo y del navío. 40  
Y sólo tú entre todos los rostros abrumados  
por la amenaza, hundidos en un dolor estéril,  
recibiste la sal salpicada en tu máscara,

y tus ojos guardaron las lágrimas saladas.  
Más de una pobre vida resbaló por tus brazos 45  
hacia la eternidad de las aguas mortuorias,  
y el roce que te dieron los muertos y los vivos  
gastó tu corazón de madera marina.

Hoy hemos recogido de la arena tu forma.  
Al final, a mis ojos estabas destinada. 50 [364]  
Duermes tal vez, dormida, tal vez has muerto, muerta:  
tu movimiento, al fin, ha olvidado el susurro  
y el esplendor errante cerró su travesía.  
Iras del mar, golpes del cielo han coronado  
tu altanera cabeza con grietas y rupturas, 55  
y tu rostro como una caracola reposa  
con heridas que marcan tu frente balanceada.

Para mí tu belleza guarda todo el perfume,  
todo el ácido errante, toda su noche oscura.  
Y en tu empinado pecho de lámpara o de diosa, 60  
torre turgente, inmóvil amor, vive la vida.  
Tú navegas conmigo, recogida, hasta el día  
en que dejen caer lo que soy en la espuma.

## XVI

### **El hombre en la nave**

Más allá de la línea de la nave  
hilada por la sal en movimiento,  
entre la grasa muerta que traspasa los sueños

el tripulante duerme con desnuda fatiga,  
alguien de guardia arrastra un cabo de metal, 5  
suena el mundo  
del barco, rechina el viento en las maderas,  
palpitan sordamente los hierros viscerales,  
el fogonero mira su rostro en un espejo:  
en un pedazo roto de vidrio, reconoce 10  
de esa huesuda máscara manchada por el humo  
unos ojos: aquellos ojos que amó Graciela  
Gutiérrez, antes de que muriera, sin que junto  
a su lecho estos ojos que amó pudieran verla,  
llevarla en esa última embarcación, adentro 15  
de la jornada, entre las brasas y el aceite.  
No importa, con los besos que se unían  
entre los viajes y los regalos aquellos, ahora nadie,  
nadie en la casa. El amor en la noche del mar,  
toca todos los lechos de los que duermen, vive 20  
más abajo del barco, como un alga  
nocturna que desliza sus ramas hacia arriba.

Hay otros extendidos en la noche del viaje,  
en el vacío sin mar bajo los sueños,  
como la vida, alturas fragmentadas, pedazos 25 [365]  
de la noche, pedruscos que apartaron  
la destrozada red de los sueños.

La tierra  
de noche invade el mar con sus olas y cubre  
el corazón del pobre pasajero dormido  
con una sola sílaba de polvo, con una 30  
cucharada de muerte que lo reclama.

Toda piedra oceánica es océano, la mínima  
cintura ultravioleta de la medusa, el cielo  
con todo su vacío constelado, la luna

tiene mar abolido en sus espectros: 35

pero el hombre cierra sus ojos, muerde un poco  
sus pasos, amenaza su corazón pequeño,  
y solloza y araña la noche con sus uñas,  
buscando tierra, haciéndose gusanos.

Es tierra que las aguas no cubren y no matan. 40

Es orgullo de arcilla que morirá en el cántaro,  
quebrándose, apartando las gotas que cantaron,  
amarrando a la tierra su indecisa costura.

No busques en el mar esta muerte, no esperes  
territorio, no guardes el puñado de polvo 45  
para integrarlo intacto y entregarlo a la tierra.

Entrégalo a estos labios infinitos que cantan,  
dónalo a este coro de movimiento y mundo,  
destrúyete en la eterna maternidad del agua.

## XVII

### Los enigmas

Me habéis preguntado qué hila el crustáceo entre sus patas de  
oro

y os respondo: El mar lo sabe.

Me decís qué espera la ascidia en su campana transparente?  
Qué espera?

Yo os digo, espera como vosotros el tiempo.

Me preguntáis a quién alcanza el abrazo del alga Macrocostis? 5 [366]

Indagadlo, indagadlo a cierta hora, en cierto mar que conozco.

Sin duda me preguntaréis por el marfil maldito del narwhal,  
para que yo os conteste

de qué modo el unicornio marino agoniza arponeado.

Me preguntáis tal vez por las plumas alcionarias que tiemblan  
en los puros orígenes de la marea austral? 10

Y sobre la construcción cristalina del pólipo habéis barajado,  
sin duda

una pregunta más, desgranándola ahora?

Queréis saber la eléctrica materia de las púas del fondo?

La armada estalactita que camina quebrándose?

El anzuelo del pez pescador, la música extendida 15  
en la profundidad como un hilo en el agua?

Yo os quiero decir que esto lo sabe el mar, que la vida en  
sus arcas

es ancha como la arena, innumerable y pura

y entre las uvas sanguinarias el tiempo ha pulido

la dureza de un pétalo, la luz de la medusa 20

y ha desgranado el ramo de sus hebras corales

desde una cornucopia de nácar infinito.

Yo no soy sino la red vacía que adelanta

ojos humanos, muertos en aquellas tinieblas,

dedos acostumbrados al triángulo, medidas 25

de un tímido hemisferio de naranja.

Anduve como vosotros escarbando  
la estrella interminable,  
y en mi red, en la noche, me desperté desnudo,  
única presa, pez encerrado en el viento. 30

## XVIII

### **Las piedras de la orilla**

Oceánicas, no tenéis la materia  
que emerge de las tierras vegetales  
entre la primavera y las espigas.

El tacto azul del aire que navega [367]  
entre las uvas, no conoce el rostro 5  
que de la soledad sale al océano.

El rostro de las rocas destrozadas,  
que no conoce abejas, que no tiene  
más que la agricultura de las olas,  
el rostro de las piedras que aceptaron 10  
la desolada espuma del combate  
en sus eternidades agrietadas.

Ásperas naves de granito hirsuto  
entregado a la cólera, planetas  
en cuya inmóvil dimensión detienen 15  
las banderas del mar su movimiento.

Tronos de la intemperie huracanada.

Torres de soledades sacudidas.

Tenéis, rocas del mar, el victorioso  
color del tiempo, el material gastado 20  
por una eternidad en movimiento.

El fuego hizo nacer estos lingotes  
que el mar estremeció con sus granadas.

Esta arruga en que el cobre y la salmuera  
se unieron: este hierro anaranjado, 25  
estas manchas de plata y de paloma,  
son el muro mortal y la frontera  
de la profundidad con sus racimos.

Piedras de soledad, piedras amadas  
de cuyas duras cavidades cuelga 30  
el tumultuoso frío de las algas,  
y a cuyo borde ornado por la luna  
sube la soledad de las orillas.

Desde los pies perdidos en la arena  
qué aroma se perdió, qué movimiento 35  
de corola nupcial trepó temblando?

Plantas de arena, triángulos carnosos,  
aplanadas substancias que llegaron [368]  
a encender su fulgor sobre las piedras,



primavera marina, delicada 40  
copa sobre las piedras erigida.  
pequeño rayo de amaranto apenas  
encendido y helado por la furia,  
dadme la condición que desafía  
las arenas del páramo estrellado. 45

Piedras del mar, centellas detenidas  
en el combate de la luz, campanas  
doradas por el óxido, filudas  
espadas del dolor, cúpulas rotas  
en cuyas cicatrices se construye 50  
la estatua desdentada de la tierra.

## XIX

### **Mollusca gongorina**

De California traje un múrex espinoso,  
la sílice en sus púas, ataviada con humo  
su erizada apostura de rosa congelada,  
y su interior rosado de paladar ardía  
con una suave sombra de corola carnosa. 5

Mas tuve una cyprea cuyas manchas cayeron  
sobre su capa, ornando su terciopelo puro  
con círculos quemados de pólvora o pantera,  
y otra llevó en su lomo liso como una copa  
una rama de ríos tatuados en la luna. 10

Mas la línea espiral, no sostenida  
sino por aire y mar, oh  
escalera, *scalaria* delicada,  
oh monumento frágil de la aurora  
que un anillo con ópalo amasado 15  
enrolla deslizando la dulzura.

Saqué del mar, abriendo las arenas,  
la ostra erizada de coral sangriento,  
*spondylus*, cerrando en sus mitades  
la luz de su tesoro sumergido, 20  
cofre envuelto en agujas escarlatas,  
o nieve con espinas agresoras. [369]

La oliva grácil recogí en la arena,  
húmeda caminante, pie de púrpura,  
alhaja humedecida en cuya forma 25  
la fruta endureció su llamarada,  
pulíó el cristal su condición marina  
y ovaló la paloma su desnudo.

La caracola del tritón retuvo  
la distancia en la gruta del sonido 30  
y en la estructura de su cal trenzada  
sostiene el mar con pétalos, su cúpula.

Oh *rostellaria*, flor impenetrable  
como un signo elevado en una aguja,  
mínima catedral, lanza rosada. 35  
espada de la luz, pistilo de agua.

Pero en la altura de la aurora asoma  
el hijo de la luz, hecho de luna,  
el argonauta que un temblor dirige,  
que un trémulo contacto de la espuma 40  
amasó, navegando en una ola  
con su nave espiral de jazminero.

Y entonces escondida en la marea,  
boca ondulante de la mar morada,  
sus labios de titánica violeta, 45  
la *tridacna* cerró como un castillo,  
y allí su rosa colosal devora  
las azules estirpes que la besan:  
monasterio de sal, herencia inmóvil  
que encarceló una ola endurecida. 50

Pero debo nombrar, tocando apenas  
oh Nautilus, tu alada dinastía,  
la redonda ecuación en que navegas  
deslizando tu nave nacarada,  
tu espiral geometría en que se funden, 55  
reloj del mar, el nácar y la línea  
y debo hacia las islas, en el viento,  
irme contigo, dios de la estructura. [370]

XX

**Las aves maltratadas**

Alta sobre Tocopilla está la pampa nitrosa,  
los páramos, la mancha de los salares, es el  
desierto sin una hoja, sin un escarabajo,  
sin una brizna, sin una sombra, sin tiempo.

Allí la garuma de los mares hizo sus nidos, 5  
hace tiempo, en la arena solitaria y caliente,  
dejó sus huevos desgranando el vuelo  
desde la costa, en olas de plumaje,  
hacia la soledad, hacia el remoto  
cuadrado del desierto que alfombraron 10  
con el tesoro suave de la vida.

Hermoso río desde el mar, salvaje  
soledad del amor, plumas del viento  
redondeadas en globos de magnolia,  
vuelo arterial, palpitación alada 15  
en que todas las vidas acumulan  
en un río reunido, sus presiones:

así la sal estéril fue poblada,  
fue coronado el páramo de plumas  
y el vuelo se incubó en los arenales. 20

Llegó el hombre. Tal vez llenaron  
su miseria de pálido extraviado  
del desierto, las ramas del arrullo  
que como el mar temblaba en el desierto,  
tal vez lo deslumbró como una estrella 25  
la extensión crepitante de blancura,

pero vinieron otros en sus pasos.

Llegaron en el alba, con garrotes  
y con cestos, robaron el tesoro,  
apalearon las aves, derrotaron 30  
nido a nido la nave de las plumas,  
sopesaron los huevos y aplastaron  
aquellas que tenían criatura.

Las levantaron a la luz y arrojaron  
contra la tierra del desierto, en medio 35 [371]  
del vuelo y del graznido y de la ola  
del rencor, y las aves extendieron  
toda su furia en el aire invadido,  
y cubrieron el sol con sus banderas:  
pero la destrucción golpeó los nidos, 40  
enarboló el garrote y arrasada  
fue la ciudad del mar en el desierto.

Más tarde la ciudad, en la salmuera  
vespertina de nieblas y borrachos  
oyó pasar los cestos que vendían 45  
huevos de ave de mar, frutos salvajes  
de páramo en que nada sobrevive,  
sino la soledad sin estaciones,  
y la sal agredida y rencorosa.

## Leviathan

Arca, paz iracunda, resbalada  
noche bestial, antártica extranjera,  
no pasarás junto a mí desplazando  
tu témpano de sombra sin que un día  
entre por tus paredes y levante 5  
tu armadura de invierno submarino.

Hacia el Sur crepitó tu fuego negro  
de expulsado planeta, el territorio  
de tu silencio que movió las algas  
sacudiendo la edad de la espesura. 10

Fue sólo forma, magnitud cerrada  
por un temblor del mundo en que desliza  
su majestad de cuero amedrentado  
por su propia potencia y su ternura.

Arca de cólera encendida 15  
con las antorchas de la nieve negra,  
cuando tu sangre ciega fue fundada  
la edad del mar dormía en los jardines,  
y en su extensión la luna deshacía  
la cola de su imán fosforescente. 20

La vida crepitaba  
como una hoguera azul, madre medusa, [372]  
multiplicada tempestad de ovarios,  
y todo el crecimiento era pureza,  
palpitación de pámpano marino. 25

Así fue tu gigante arboladura  
dispuesta entre las aguas como el paso  
de la maternidad sobre la sangre,  
y tu poder fue noche immaculada  
que resbaló inundando las raíces. 30  
Extravío y terror estremecieron  
la soledad, y huyó tu continente  
más allá de las islas esperadas:  
pero el terror pasó sobre los globos  
de la luna glacial, y entró en tu carne, 35  
agredió soledades que ampararon  
tu aterradora lámpara apagada.  
La noche fue contigo: te envolvía  
adhiriéndote un limo tempestuoso  
y revolvió tu cola huracanada 40  
el hielo en que dormían las estrellas.

Oh gran herida, manantial caliente  
revolviendo sus truenos derrotados  
en la comarca del arpón, teñido  
por el mar de la sangre, desangrada, 45  
dulce y dormida bestia conducida  
como un ciclón de rotos hemisferios  
hasta las barcas negras de la grasa  
pobladas por rencor y pestilencia.

Oh gran estatua muerta en los cristales 50  
de la luna polar, llenando el cielo  
como una nube de terror que llora  
y cubre los océanos de sangre.

## XXII

### **Phalacro-Corax**

Aves estercolarias de las islas,  
multiplicada voluntad del vuelo,  
celeste magnitud, innumerable  
emigración del viento de la vida,  
cuando vuestros cometas se deslizan 5  
enarenando el cielo sigiloso [373]  
del callado Perú, vuela el eclipse.  
Oh lento amor, salvaje primavera  
que desarraiga su colmada copa  
y navega la nave de la especie 10  
con un fluvial temblor de agua sagrada  
desplazando su cielo caudaloso  
hacia las islas rojas del estiércol.

Yo quiero sumergirme en vuestras alas,  
ir hacia el Sur durmiendo, sostenido 15  
por toda la espesura temblorosa.  
Ir en el río oscuro de las flechas  
con una voz perdida, dividirme  
en la palpitación inseparable.

Después, lluvia del vuelo, las calcáreas 20  
islas abren su frío paraíso  
donde cae la luna del plumaje,  
la tormenta enlutada de las plumas.



El hombre inclina entonces la cabeza  
ante el arrullo de las aves madres, 25  
y escarba estiércol con las manos ciegas  
que levantan las gradas una a una,  
raspa la claridad del excremento,  
acumula las heces derramadas,  
y se prosterna en medio de las islas 30  
de la fermentación, como un esclavo,  
saludando las ácidas riberas  
que coronan los pájaros ilustres.

### XXIII

#### **No sólo el albatros**

No de la primavera, no esperadas  
sois, no en la sed de la corola,  
no en la morada miel que se entreteje  
hebra por hebra en cepas y racimos,  
sino en la tempestad, en la andrajosa 5  
cúpula torrencial del arrecife,  
en la grieta horadada por la aurora,  
y más aún, sobre las lanzas verdes  
del desafío, en la desmoronada  
soledad de los páramos marinos. 10

Novias de sal, palomas procelarias, [374]  
a todo aroma impuro de la tierra  
distéis el dorso por el mar mojado,  
y en la salvaje claridad hundisteis

la geometría celestial del vuelo. 15

Sagradas sois, no sólo la que anduvo  
como gota ciclónica, en la rama  
del vendaval: no sólo la que anida  
en las vertientes de la furia, sino  
la gaviota de nieve redondeada, 20  
la forma del guanay sobre la espuma,  
la plateada fardela de platino.

Cuando cayó cerrado como un nudo  
el alcatraz, hundiendo su volumen,  
y cuando navegó la profecía 25  
en las alas extensas del albatros,  
y cuando el viento del petrel volaba  
sobre la eternidad en movimiento,  
más allá de los viejos cormoranes,  
mi corazón se recogió en su copa 30  
y extendió hacia los mares y las plumas  
la desembocadura de su canto.

Dadme el estaño helado que en el pecho  
lleváis hacia las piedras tempestuosas,  
dadme la condición que se congrega 35  
en las garras del águila marina,  
o la estatura inmóvil que resiste  
todos los crecimientos y rupturas,  
el viento de azahar desamparado  
y el sabor de la patria desmedida. 40

## XXIV

### La noche marina

Noche marina, estatua blanca y verde,  
te amo, duerme conmigo. Fui por todas  
las calles calcinándome y muriendo,  
creció conmigo la madera, el hombre  
conquistó su ceniza y se dispuso 5  
a descansar rodeado por la tierra.

Cerró la noche para que tus ojos [375]  
no vieran su reposo miserable:  
quiso proximidad, abrió los brazos  
custodiado por seres y por muros, 10  
y cayó al sueño del silencio, bajando  
a tierra funeral con sus raíces.

Yo, noche Océano, a tu forma abierta,  
a tu extensión que Aldebarán vigila,  
a la boca mojada de tu canto 15  
llegué con el amor que me construye.

Te vi, noche del mar, cuando nacías  
golpeada por el nácar infinito:  
vi tejerse las hebras estrelladas  
y la electricidad de tu cintura 20  
y el movimiento azul de los sonidos  
que acosan tu dulzura devorada.

Ámame sin amor, sangrienta esposa.

Ámame con espacio, con el río  
de tu respiración, con el aumento 25  
de todos tus diamantes desbordados;  
ámame sin la tregua de tu rostro,  
dame la rectitud de tu quebranto.

Hermosa eres, amada, noche hermosa:  
guardas la tempestad como una abeja 30  
dormida en tus estambres alarmados,  
y sueño y agua tiemblan en las copas  
de tu pecho acosado de vertientes.

Nocturno amor, seguí lo que elevabas,  
tu eternidad, la torre temblorosa 35  
que asume las estrellas, la medida  
de tu vacilación, las poblaciones  
que levanta la espuma en tus costados;  
estoy encadenado a tu garganta  
y a los labios que rompes en la arena. 40

Quién eres? Noche de los mares, dime  
si tu escarpada cabellera cubre  
toda la soledad, si es infinito  
este espacio de sangre y de praderas.  
Dime quién eres; llena de navíos, 45  
llena de lunas que tritura el viento, [376]  
dueña de todos los metales, rosa  
de la profundidad, rosa mojada  
por la intemperie del amor desnudo.

Túnica de la tierra, estatua verde, 50  
dame una ola como una campana,  
dame una ola de azahar furioso,  
la multitud de hogueras, los navíos  
del cielo capital, el agua en que navego,  
la multitud del fuego celeste: quiero un solo 55  
minuto de extensión y más que todos  
los sueños, tu distancia:  
toda la púrpura que mides, el grave  
pensativo sistema constelado:  
toda tu cabellera que visita 60  
la oscuridad, y el día que preparas.

Quiero tener tu frente simultánea,  
abrirla en mi interior para nacer  
en todas tus orillas, ir ahora  
con todos los secretos respirados, 65  
con tus oscuras líneas resguardadas  
en mí como la sangre o las banderas,  
llevando estas secretas proporciones  
al mar de cada día, a los combates  
que en cada puerta -amores y amenazas- 70  
viven dormidos.

Pero entonces  
entraré en la ciudad con tantos ojos  
como los tuyos, y sostendré la vestidura  
con que me visitaste, y que me toquen  
hasta el agua total que no se mide: 75  
pureza y destrucción contra toda la muerte,



en los galpones, entre barricas y cordeles 20  
a bodegas cargadas con el resumen rojo  
del avellano, todos los párpados del bosque.

Me pareció ascender en el tórrido traje  
del verano, con las máquinas trilladoras,  
por las cuestas, en la tierra barnizada de boldos, 25  
erguida entre los robles, indeleble,  
pegándose en las ruedas como carne aplastada.

Mi infancia recorrió las estaciones: entre  
los rieles, los castillos de madera reciente, [380]  
la casa sin ciudad, apenas protegida 30  
por reses y manzanos de perfume indecible  
fui yo, delgado niño cuya pálida forma  
se impregnaba de bosques vacíos y bodegas.

## II

### **El hondero (1919)**

Amor, tal vez amor indeciso, inseguro:  
sólo un golpe de madre selvas en la boca,  
sólo unas trenzas cuyo movimiento subía  
hacia mi soledad como una hoguera negra,  
y lo demás: el río nocturno, las señales 5  
del cielo, la fugaz primavera mojada,  
la enloquecida frente solitaria, el deseo  
levantando sus crueles tulipas en la noche.  
Yo deshojé las constelaciones, hiriéndome,







barrera, en que vivían los dolores, 30  
llegaron las congojas, las ceñudas  
cicatrices, los hombres sin dinero,  
la garra mineral de la pobreza.

#### IV

##### **Compañeros de viaje (1921)**

Luego llegué a la capital, vagamente impregnado  
de niebla y lluvia. Qué calles eran esas?  
Los trajes de 1921 pululaban  
en un olor atroz de gas, café y ladrillos. [382]  
Entre los estudiantes pasé sin comprender, 5  
reconcentrando en mí las paredes, buscando  
cada tarde en mi pobre poesía las ramas,  
las gotas y la luna que se habían perdido.  
Acudí al fondo de ella, sumergiéndome  
cada tarde en sus aguas, agarrando impalpables 10  
estímulos, gaviotas de un mar abandonado,  
hasta cerrar los ojos y naufragar en medio  
de mi propia substancia.

Fueron tinieblas, fueron  
sólo escondidas, húmedas hojas del subsuelo?  
De qué materia herida se desgranó la muerte 15  
hasta tocar mis miembros, conducir mi sonrisa  
y cavar en las calles un pozo desdichado?

Salí a vivir: crecí y endurecido  
fui por los callejones miserables,

sin compasión, cantando en las fronteras 20  
del delirio. Los muros se llenaron de rostros:  
ojos que no miraban la luz, aguas torcidas  
que iluminaba un crimen, patrimonios  
de solitario orgullo, cavidades  
llenas de corazones arrasados. 25  
Con ellos fui: sólo en su coro  
mi voz reconoció las soledades  
donde nació.

Entré a ser hombre  
cantando entre las llamas, acogido 30  
por compañeros de condición nocturna  
que cantaron conmigo en los mesones,  
y que me dieron más de una ternura,  
más de una primavera defendida  
por sus hostiles manos, 35  
único fuego, planta verdadera  
de los desmoronados arrabales.

## V

### **La estudiante (1923)**

Oh tú, más dulce, más interminable  
que la dulzura, carnal enamorada  
entre las sombras: de otros días  
surges llenando de pesado polen  
tu copa, en la delicia. [383]

Desde la noche llena	5
de ultrajes, noche como el vino	
desbocado, noche de oxidaba púrpura,	
a ti caí como una torre herida,	
y entre las pobres sábanas tu estrella	
palpitó contra mí quemando el cielo.	10
Oh redes del jazmín, oh fuego físico	
alimentado en esta nueva sombra,	
tinieblas que tocamos apretando	
la cintura central, golpeando el tiempo	
con sanguinarias ráfagas de espigas.	15
Amor sin nada más, en el vacío	
de una burbuja, amor con calles muertas,	
amor, cuando murió toda la vida	
y nos dejó encendiendo los rincones.	
Mordí mujer, me hundí desvaneciéndome	20
desde mi fuerza, atesoré racimos,	
y salí a caminar de beso en beso,	
atado a las caricias, amarrado	
a esta gruta de fría cabellera,	
a estas piernas por labios recorridas:	25
hambriento entre los labios de la tierra,	
devorando con labios devorados.	

## VI

### **El viajero (1927)**

Y salí por los mares a los puertos.

El mundo entre las grúas  
y las bodegas de la orilla sórdida  
mostró en su grieta chusmas y mendigos,  
compañías de hambrientos espectrales 5  
en el costado de los barcos.

#### Países

recostados, resecos, en la arena,  
trajes talaes, mantos fulgurantes  
salían del desierto, armados  
como escorpiones, guardando el agujero 10  
del petróleo, en la polvorienta  
red de los calcinados poderíos.

Viví en Birmania, entre las cúpulas  
de metal poderoso, y la espesura  
donde el tigre quemaba sus anillos 15  
de oro sangriento. Desde mis ventanas [384]  
en Dalhousie Street, el olor  
indefinible, musgo en las pagodas,  
perfumes y excrementos, polen pólvora,  
de un mundo saturado por la humedad humana, 20  
subió hasta mí.

#### Las calles me llamaron

con sus innumerables movimientos  
de telas de azafrán y escupos rojos,  
junto al sucio oleaje del Irrawaddy, del  
agua cuyo espesor, sangre y aceite, 25  
venía descargando su linaje  
desde las tierras altas cuyos dioses  
poco menos dormían rodeados por su barro.

## VII

### Lejos de aquí

India, no amé tu desgarrado traje,  
tu desarmada población de harapos.  
Por años fui con ojos que querían  
trepar los promontorios del desprecio,  
entre ciudades como cera verde, 5  
entre los talismanes, las pagodas  
cuya pastelería sanguinaria  
esparcía terribles aguijones.  
Vi el miserable acumulado, encima  
de otro, del sufrimiento de su hermano, 10  
las calles como ríos de congoja,  
las pequeñas aldeas aplastadas  
entre las gruesas uñas de las flores,  
y fui en la muchedumbre, centinela  
del tiempo, separando ennegrecidas 15  
cicatrices, certámenes de esclavos.  
Entré a los templos, estuco y pedrería  
hacen las gradas, sangre y muerte sucias,  
y los bestiales sacerdotes, ebrios  
del estupor ardiente, disputándose 20  
monedas revolcadas en el suelo,  
mientras, oh pequeño ser humano,  
los grandes ídolos de pies fosfóricos,  
estiraban las lenguas vengativas,  
o sobre un falo de piedra escarlata 25  
resbalaban las flores trituradas. [385]

## VIII

### Las máscaras de yeso

No amé... No sé si fue piedad o vómito.  
Corrí por las ciudades, Saigón, Madrás,  
Khandy, hasta las enterradas, majestuosas  
pedras de Anuradapurha, y en la roca  
de Ceylán, como ballenas 5  
las efigies de Sidartha, fui más lejos:  
en el polvillo de Penang, por las riberas  
de los ríos, en la selva  
de silencio purísimo, colmado  
por el rebaño de las intensas vidas, 10  
más allá de Bangkok, las vestiduras  
de bailarinas con máscara de yeso.  
Golfos pestilenciales elevaban  
techos de pedrería desbordante,  
y en anchos ríos la vivienda 15  
de millares de pobres, apretados  
en las embarcaciones, y otros, todos  
cubrían la infinita tierra,  
más allá de los ríos amarillos,  
como una sola piel de fiera rota, 20  
piel de los pueblos, pelaje humillado  
por unos amos y otros.

Capitanes y príncipes

vivían sobre el húmedo estertor

de agonizantes lámparas, desangrando  
la vida de los pobres artesanos, 25  
y entre garras y látigos, más alto  
era la concesión, el europeo,  
el norteamericano del petróleo,  
fortificando templos de aluminio,  
arando sobre la piel desamparada, 30  
estableciendo nuevos sacrificios de sangre.

## IX

### **El baile (1929)**

En la profundidad de Java, entre las sombras  
territoriales: aquí está el palacio iluminado.  
Paso entre arqueros verdes, adheridos  
a los muro, entro  
en la sala del trono. Está el monarca, 5  
apoplético cerdo, pavo impuro, [386]  
cargado de cordones, constelado,  
entre dos de sus amos holandeses,  
mercaderes ceñudos que vigilan.  
Qué repugnante grupo de insectos, cómo arrojan 10  
sobre los seres concienzudamente  
paladas de vileza.

Los centinelas sórdidos  
de las lejanas tierras, y el monarca  
como un saco ciego, arrastrando  
su carne espesa y sus estrellas falsas 15  
sobre una humilde patria de plateros.



Pero entraron de pronto  
desde el remoto fondo del palacio  
diez bailarinas, lentas como un sueño  
bajo las aguas.

Cada pie se acercaba 20  
de costado avanzando miel nocturna  
como un pez de oro, y sus máscaras ocre  
llevaban sobre el pelo de aceitada espesura  
una corona fresca de azahares.

Hasta que se situaron 25  
frente al sátrapa, y con ellas la música, un rumor  
de élitros de cristal, la danza pura  
que creció como flor, las manos claras  
construyendo una estatua fugitiva,  
la túnica golpeada en los talones 30  
por un golpe de ola o de blancura,  
y en cada movimiento de paloma  
hecha en metal sagrado, el susurrante  
aire del archipiélago, encendido  
como un árbol nupcial en primavera. 35

## X

### **La guerra (1936)**

España, envuelta en sueño, despertando  
como una cabellera con espigas,  
te vi nacer, tal vez, entre las breñas  
y las tinieblas, labradora,  
levantarte entre las encinas y los montes 5

y recorrer el aire con las venas abiertas.  
Pero te vi atacada en las esquinas  
por los antiguos bandoleros. Iban  
enmascarados, con sus cruces hechas  
de víboras, con los pies metidos 10  
en el glacial pantano de los muertos. [387]  
Entonces vi tu cuerpo desprendido  
de matorrales, roto  
sobre la arena encarnizada, abierto,  
sin mundo, aguijoneado en la agonía. 15  
Hasta hoy corre el agua de tus peñas  
entre los calabozos, y sostienes  
tu corona de púas en silencio,  
a ver quién puede más, si tus dolores  
o los rostros que cruzan sin mirarte. 20  
Yo viví con tu aurora de fusiles,  
y quiero que de nuevo pueblo y pólvora  
sacudan los ramajes deshonorados  
hasta que tiemble el sueño y se reúnan  
los frutos divididos en la tierra. 25

## XI

### **El amor**

El firme amor, España, me diste con tus dones.  
Vino a mí la ternura que esperaba  
y me acompaña la que lleva el beso  
más profundo a mi boca.

No pudieron

apartarla de mí las tempestades 5  
ni las distancias agregaron tierra  
al espacio de amor que conquistamos.

Cuando antes del incendio, entre las mieses  
de España apareció tu vestidura,  
yo fui doble noción, luz duplicada, 10  
y la amargura resbaló en tu rostro  
hasta caer sobre piedras perdidas.

De un gran dolor, de arpones erizados  
desemboqué en tus aguas, amor mío,  
como un caballo que galopa en medio 15  
de la ira y la muerte, y lo recibe  
de pronto una manzana matutina,  
una cascada de temblor silvestre.

Desde entonces, amor, te conocieron  
los páramos que hicieron mi conducta, 20  
el océano oscuro que me sigue,  
y los castañas del Otoño inmenso.

Quién no te vio, amorosa, dulce mía,  
en la lucha, a mi lado, como una  
aparición, con todas las señales 25 [388]  
de la estrella? Quién, si anduvo  
entre las multitudes a buscarme,  
porque soy grano del granero humano,  
no te encontró, apretada a mis raíces,  
elevada en el canto de mi sangre? 30

No sé, mi amor, si tendré tiempo y sitio

de escribir otra vez tu sombra fina  
extendida en mis páginas, esposa:  
son duros estos días y radiantes,  
y recogemos de ellos la dulzura 35  
amasada con párpados y espinas.  
Yo no sé recordar cuándo comienzas:  
estabas antes del amor,  
venías  
con todas las esencias del destino,  
y antes de ti, la soledad fue tuya, 40  
fue tal vez tu dormida cabellera.  
Hoy, copa de mi amor, te nombro apenas,  
título de mis días, adorada,  
y en el espacio ocupas como el día  
toda la luz que tiene el universo. 45

## XII

### **México (1940)**

México, de mar a mar te viví, traspasado  
por tu férreo color, trepando montes  
sobre los que aparecen monasterios  
llenos de espinas,  
el ruido venenoso  
de la ciudad, los dientes solapados 5  
del pululante poetiso, y sobre  
las hojas de los muertos y las gradas  
que construyó el silencio irreductible,  
como muñones de un amor leproso,

el esplendor mojado de las ruinas. 10

Pero del acre campamento, huraño  
sudor, lanzas de granos amarillos,  
sube la agricultura colectiva  
repartiendo los panes de la patria.

Otras veces calcáreas cordilleras 15 [389]  
interrumpieron mi camino,

formas  
de los ametrallados ventisqueros  
que despedazan la corteza oscura  
de la piel mexicana, y los caballos  
que cruzan como el beso de la pólvora 20  
bajo las patriarcales arboledas.

Aquellos que borraron bravamente  
la frontera del predio y entregaron  
la tierra conquistada por la sangre  
entre los olvidados herederos, 25

también aquellos dedos dolorosos  
anudados al sur de las raíces,  
la minuciosa máscara tejieron,  
poblaron de floral juguetería  
y de fuego textil el territorio. 30

No supe qué amé más, si la excavada  
antigüedad de rostros que guardaron  
la intensidad de piedras implacables,  
o la rosa reciente, construida

por una mano ayer ensangrentada. 35

Y así de tierra a tierra fui tocando  
el barro americano, mi estatura,  
y subió por mis venas el olvido  
recostado en el tiempo, hasta que un día  
estremeció mi boca su lenguaje. 40

### XIII

#### **En los muros de México (1943)**

Los países se tienden junto a los ríos, buscan  
el suave pecho, los labios del planeta,  
tú, México, tocaste  
los nidos de la espina,  
la desértica altura del águila sangrienta, 5  
la miel de la columna combatida.

Otros hombres buscaron el ruiseñor, hallaron  
el humo, el valle, regiones como la piel humana:  
tú, México, enterraste las manos en la tierra, [390]  
tú creciste en la piedra de mirada salvaje. 10  
Cuando llegó a tu boca la rosa de rocío  
el látigo del cielo la convirtió en tormento,  
Fue tu origen un viento de cuchillos  
entre dos mares de irritada espuma.

Tus párpados se abrieron en la espesa amapola 15  
de un día enfurecido

y la nieve extendía su espaciosa blancura  
en donde el fuego vivo comenzaba a habitarte.  
Conozco tu corona de nopales  
y sé que bajo sus raíces 20  
tu subterránea estatua, México, se construye  
con las aguas secretas de la tierra  
y los lingotes ciegos de las minas.

Oh, tierra, oh esplendor  
de tu perpetua y dura geografía, 25  
la derramada rosa del mar de California,  
el rayo verde que Yucatán derrama,  
el amarillo amor de Sinaloa,  
los párpados rosados de Morelia,  
y el largo hilo de henequén fragante 30  
que amarra el corazón a tu estatura.

México agosto de rumor y espadas,  
cuando la noche en la tierra era más grande,  
repartiste la cuna del maíz a los hombres.  
Levantaste la mano llena de polvo santo 35  
y la pusiste en medio de tu pueblo  
como una nueva estrella de pan y de fragancia.  
El campesino entonces a la luz de la pólvora  
miró su tierra desencadenada  
brillar sobre los muertos germinales. 40

Canto a Morelos. Cuando caía  
su fulgor taladrado,  
una pequeña gota iba llamando

bajo la tierra basta llenar la copa  
de sangre, y de la copa un río 45  
hasta llegar a toda la silenciosa orilla  
de América, empapándola de misteriosa esencia.

Canto a Cuauhtémoc. Toco  
su linaje de luna [391]  
y su fina sonrisa de dios martirizado. 50  
Dónde estás, has perdido,  
antiguo hermano, tu dureza dulce?  
En qué te has convertido?  
En dónde vive tu estación de fuego?  
Vive en la piel de nuestra mano oscura, 55  
vive en los cenicientos cereales:  
cuando, después de la nocturna sombra  
se desgranar las cepas de la aurora,  
los ojos de Cuauhtémoc abren su luz remota  
sobre la vida verde del follaje. 60

Canto a Cárdenas. Yo estuve;  
yo viví la tormenta de Castilla.  
Eran los días ciegos de las vidas.  
Altos dolores como ramas crueles  
herían nuestra madre acongojada. 65  
Era el abandonado luto, los muros del silencio  
cuando  
se traicionaba, se asaltaba y hería  
a esa patria del alba y del laurel.  
Entonces 70  
sólo la estrella roja de Rusia y la mirada



de Cárdenas brillaron en la noche del hombre.  
General, Presidente de América, te dejo en este canto  
algo del resplandor que recogí en España.

México, has abierto las puertas y las manos 75  
al errante, al herido,  
al desterrado, al héroe.

Siento que esto no pueda decirse en otra forma  
y quiero que se peguen mis palabras  
otra vez como besos en tus muros. 80

De par en par abriste tu puerta combatiente  
y se llenó de extraños hijos tu cabellera  
y tú tocaste con tus duras manos  
las mejillas del hijo  
que te parió con lágrimas la tormenta del mundo. 85

Aquí termino, México,  
aquí te dejo esta caligrafía  
sobre las sienes para que la edad  
vaya borrando este nuevo discurso  
de quien te amó por libre y por profundo. 90

Adiós te digo, pero no me voy.  
Me voy, pero no puedo  
decirte adiós. [392]

Porque en mi vida, México, vives como una pequeña  
águila equivocada que circula en mis venas, 95  
y sólo al fin la muerte le doblará las alas  
sobre mi corazón de soldado dormido.

## XIV

### **El regreso (1944)**

Regresé... Chile me recibió con el rostro amarillo  
del desierto.

Peregriné sufriendo  
de árida luna en cráter arenoso  
y encontré los dominios eriales del planeta,  
la lisa luz sin pámpanos, la rectitud vacía. 5  
Vacía? Pero sin vegetales, sin garras, sin estiércol  
me reveló la tierra su dimensión desnuda  
y a lo lejos su larga línea fría en que nacen  
aves y pechos ígneos de suave contextura.  
Pero más lejos hombres cavaban las fronteras, 10  
recogían metales duros, diseminados  
unos como la harina de amargos cereales,  
otros como la altura calcinada del fuego,  
y hombres y luna, todo me envolvió en su mortaja  
hasta perder el hilo vacío de los sueños. 15

Me entregué a los desiertos y el hombre de la escoria  
salió de su agujero, de su aspereza muda  
y supe los dolores de mi pueblo perdido.

Entonces fui por calles y curules y dije  
cuanto vi, mostré las manos que tocaron 20  
los terrones ahítos de dolor, las viviendas  
de la desamparada pobreza, el miserable  
pan y la soledad de la luna olvidada.

Y codo a codo con mi hermano sin zapatos  
quise cambiar el reino de las monedas sucias. 25

Fui perseguido, pero nuestra lucha sigue.

La verdad es más alta que la luna.

La ven como si fueran en un navío negro  
los hombres de las minas cuando miran la noche. [393]

Y en la sombra mi voz es repartida 30  
por la más dura estirpe de la tierra.

## XV

### **La línea de madera**

Yo soy un carpintero ciego, sin manos.

He vivido

bajo las aguas, consumiendo frío,  
sin construir las cajas fragantes, las moradas  
que cedro a cedro elevan la grandeza,  
pero mi canto fue buscando hilos del bosque, 5  
secretas fibras, ceras delicadas,  
y fue cortando ramas, perfumando  
la soledad con labios de madera.

Amé cada materia, cada gota  
de púrpura o metal, agua y espiga 10  
y entré en espesas capas resguardadas

por espacio y arena temblorosa,  
hasta cantar con boca destruida,  
como un muerto, en las uvas de la tierra.

Arcilla, barro, vino me cubrieron, 15  
enloquecí tocando las caderas  
de la piel cuya flor fue sostenida  
como un incendio bajo mi garganta,  
y en la piedra pasearon mis sentidos  
invadiendo cerradas cicatrices. 20

Cómo cambié sin ser, desconociendo  
mi oficio antes de ser,  
la metalurgia  
que estaba destinada a mi dureza,  
o los aserraderos olfateados  
por las cabalgaduras en invierno? 25

Todo se hizo ternura y manantiales  
y no serví sino para nocturno. [394]

## XVI

### **La bondad combatiente**

Pero no tuve la bondad muerta en las calles.  
Rechacé su acueducto purulento  
y no toqué su mar contaminado.

Extraje el bien como un metal, cavando

más allá de los ojos que mordían, 5  
y entre las cicatrices fue creciendo  
mi corazón nacido en las espadas.

No salí desbocado, descargando  
tierra o puñal entre los hombres.

No era  
mi oficio el de la herida o el veneno. 10  
No sujeté el inerme en ataduras  
que le cruzaran látigos helados,  
no fui a la plaza a buscar enemigos  
acechando con mano enmascarada:  
no hice más que crecer con mis raíces, 15  
y el suelo que extendió mi arboladura  
descifró los gusanos que yacían.

Vino a morderme Lunes y le di algunas hojas.  
Vino a insultarme Martes y me quedé dormido.  
Llegó Miércoles luego con dientes iracundos. 20  
Yo lo dejé pasar construyendo raíces.  
Y cuando Jueves vino con una venenosa  
lanza negra de ortigas y de escamas  
lo esperé en medio de mi poesía  
y en plena luna le rompí un racimo. 25

Vengan aquí a estrellarse en esta espada.

Vengan a deshacerse en mis dominios.

Vengan en amarillos regimientos,

o en la congregación de sulfurosos.

Morderán sombra y sangre de campanas 30  
bajo las siete leguas de mi canto. [395]

## XVII

### **Se reúne el acero (1945)**

He visto al mal y al malo, pero no en sus cubiles.

Es una historia de hadas la maldad con caverna.

A los pobres después de haber caído  
al harapo, a la mina desdichada,  
le han poblado con brujas el camino. 5  
Encontré la maldad sentada en tribunales:  
en el Senado la encontré vestida  
y peinada, torciendo los debates  
y las ideas hacia los bolsillos.

El mal y el malo 10  
recién salían de bañarse: estaban  
encuadrados en satisfacciones,  
y eran perfectos en la suavidad  
de su falso decoro.

He visto al mal, y para 15  
desterrar esta pústula he vivido  
con otros hombres, agregando vidas,  
haciéndome secreta cifra, metal sin nombre,  
invencible unidad de pueblo y polvo.

El orgulloso estaba fieramente  
combatiendo en su armario de marfil 20  
y pasó la maldad en meteoro  
diciendo: «Es admirable  
su solitaria rectitud.  
Dejadlo».

El impetuoso sacó su alfabeto 25  
y montado en su espada se detuvo  
a perorar en la calle desierta.  
Pasó el malo y le dijo: «Qué valiente!»  
y se fue al Club a comentar la hazaña.

Pero cuando fui piedra y argamasa, 30  
torre y acero, sílaba asociada:  
cuando estreché las manos de mi pueblo  
y fui al combate con el mar entero:  
cuando dejé mi soledad y puse  
mi orgullo en el museo, mi vanidad en el 35 [396]

desván de los carruajes desquiciados,  
cuando me hice partido con otros hombres, cuando  
se organizó el metal de la pureza,  
entonces vino el mal y dijo: «Duro  
con ellos, a la cárcel, mueran!» 40

Pero era tarde ya, y el movimiento  
del hombre, mi partido,  
es la invencible primavera, dura

bajo la tierra, cuando fue esperanza  
y fruto general para más tarde. 45

## XVIII

### El vino

Vino de primavera... Vino de otoño, dadme  
mis compañeros, una mesa en que caigan  
hojas equinocciales, y el gran río del mundo  
que palidezca un poco moviendo su sonido  
lejos de nuestros cantos.

Soy un buen compañero. 5

No entraste en esta casa para que te arrancara  
un pedazo de ser. Tal vez cuando te vayas  
te lleves algo mío, castañas, rosas o  
una seguridad de raíces o naves  
que quise compartir contigo, compañero. 10

Canta conmigo hasta que las copas  
se derramen dejando púrpura desprendida  
sobre la mesa.

Esa miel viene a tu boca  
desde la tierra, desde sus oscuros racimos.

Cuántos me faltan, sombras del canto,  
compañeros 15  
que amé dando la frente, sacando de mi vida  
la incomparable ciencia varonil que profeso,



la amistad, arboleda de rugosa ternura.

Dame la mano, encuéntrate conmigo,  
simple, no busques nada en mis palabras 20 [397]  
sino la emanación de una planta desnuda.  
Por qué me pides más que a un obrero? Ya sabes  
que a golpes fui forjando mi enterrada herrería,  
y que no quiero hablar sino como es mi lengua.

Sal a buscar doctores si no te gusta el viento. 25

Nosotros cantaremos con el vino fragoso  
de la tierra: golpearemos las copas del Otoño,  
y la guitarra o el silencio irán trayendo  
líneas de amor, lenguaje de ríos que no existen,  
estrofas adoradas que no tienen sentido. 30

## XIX

### **Los frutos de la tierra**

Cómo sube la tierra por el maíz buscando  
lechosa luz, cabellos, marfil endurecido,  
la primorosa red de la espiga madura  
y todo el reino de oro que se va desgranando?

Quiero comer cebollas, tráeme del mercado 5  
una, un globo colmado de nieve cristalina,  
que transformó la tierra en cera y equilibrio  
como una bailarina detenida en su vuelo.

Dame unas codornices de cacería, oliendo  
a musgo de las selvas, un pescado vestido 10  
como un rey, destilando profundidad mojada  
sobre la fuente,

abriendo pálidos ojos de oro  
bajo el multiplicado pezón de los limones.

Vámonos, y bajo el castaño la fogata  
dejará su tesoro blanco sobre las brasas, 15  
y un cordero con toda su ofrenda irá dorando  
su linaje hasta ser ámbar para tu boca.

Dadme todas las cosas de la tierra, torcazas  
recién caídas, ebrias de racimos salvajes,  
dulces anguilas que al morir, fluviales, 20  
alargaron sus perlas diminutas,  
y una bandeja de ácidos erizos [398]  
darán su anaranjado submarino  
al fresco firmamento de lechugas.

Y antes de que la liebre marinada 25  
llene de aroma el aire del almuerzo  
como silvestre fuga de sabores,  
a las ostras del Sur, recién abiertas,  
en sus estuches de esplendor salado,  
va mi beso empapado en las substancias 30  
de la tierra que ama y que recorro  
con todos los caminos de mi sangre.

**La gran alegría**

La sombra que indagué ya no me pertenece.

Yo tengo la alegría duradera del mástil,  
la herencia de los bosques, el viento del camino  
y un día decidido bajo la luz terrestre.

No escribo para que otros libros me aprisionen 5  
ni para encarnizados aprendices de lirio,  
sino para sencillos habitantes que piden  
agua y luna, elementos del orden inmutable,  
escuelas, pan y vino, guitarras y herramientas.

Escribo para el pueblo aunque no pueda 10  
leer mi poesía con sus ovos rurales.

Vendrá el instante en que una línea, el aire  
que removi6 mi vida, llegará a sus orejas,  
y entonces el labriego levantará los ojos,  
el minero sonreirá rompiendo piedras, 15  
el palanquero se limpiará la frente,  
el pescador verá mejor el brillo

de un pez que palpitando le quemará las manos,  
el mecánico, limpio, recién lavado, lleno  
de aroma de jabón mirará mis poemas, 20  
y ellos dirán tal vez: «Fue un camarada.»

Eso es bastante, ésa es la corona que quiero.

Quiero que a la salida de fábricas y minas  
esté mi poesía adherida a la tierra,

al aire, a la victoria del hombre maltratado. 25  
Quiero que un joven halle en la dureza [399]  
que construí, con lentitud y con metales,  
como una caja, abriéndola, cara a cara, la vida,  
y hundiendo el alma toque las ráfagas que hicieron  
mi alegría, en la altura tempestuosa. 30

## XXI

### **La muerte**

He renacido muchas veces, desde el fondo  
de estrellas derrotadas, reconstruyendo el hilo  
de las eternidades que poblé con mis manos,  
y ahora voy a morir, sin nada más, con tierra  
sobre mi cuerpo, destinado a ser tierra. 5

No compré una parcela del cielo que vendían  
los sacerdotes, ni acepté tinieblas  
que el metafísico manufacturaba  
para despreocupados poderosos.

Quiero estar en la muerte con los pobres 10  
que no tuvieron tiempo de estudiarla,  
mientras los apaleaban los que tienen  
el cielo dividido y arreglado.

Tengo lista mi muerte, como un traje  
que me espera, del color que amo, 15  
de la extensión que busqué inútilmente,

de la profundidad que necesito.

Cuando el amor gastó su materia evidente  
y la lucha desgrana sus martillos  
en otras manos de agregada fuerza, 20  
viene a borrar la muerte las señales  
que fueron construyendo tus fronteras.

## XXII

### La vida

Que otro se preocupe de los osarios...

El mundo

tiene un color desnudo de manzana: los ríos  
arrastran un caudal de medallas silvestres  
y en todas partes vive Rosalía la dulce [400]  
y Juan el compañero...

Ásperas piedras hacen 5

el castillo, y el barro más suave que las uvas  
con los restos del trigo hizo mi casa.

Anchas tierras, amor, campanas lentas,  
combaten reservados a la aurora,  
cabelleras de amor que me esperaron, 10  
depósitos dormidos de turquesa:

casas, caminos, olas que construyen  
una estatua barrida por los sueños,  
panaderías en la madrugada,  
relojes educados en la arena, 15  
amapolas del trigo circulante,

y estas manos oscuras que amasaron  
los materiales de mi propia vida:  
hacia vivir se encienden las naranjas  
sobre la multitud de los destinos! 20

Que los sepultureros escarben las materias  
aciagas: que levanten  
los fragmentos sin luz de la ceniza,  
y hablen en el idioma del gusano.  
Yo tengo frente a mí sólo semillas, 25  
desarrollos radiantes y dulzura.

### XXIII

#### **Testamento (I)**

Dejo a los sindicatos  
del cobre, del carbón y del salitre  
mi casa junto al mar de Isla Negra.  
Quiero que allí reposen los maltratados hijos  
de mi patria, saqueada por hachas y traidores, 5  
desbaratada en su sagrada sangre,  
consumida en volcánicos harapos.

Quiero que al limpio amor que recorriera  
mi dominio, descansen los cansados,  
se sienten a mi mesa los oscuros, 10  
duerman sobre mi cama los heridos.

Hermano, ésta es mi casa, entra en el mundo

de flor marina y piedra constelada  
que levanté luchando en mi pobreza. [401]

Aquí nació el sonido en mi ventana 15  
como en una creciente caracola  
y luego estableció sus latitudes  
en mi desordenada geología.

Tú vienes de abrasados corredores,  
de túneles mordidos por el odio, 20  
por el salto sulfúrico del viento:  
aquí tienes la paz que te destino,  
agua y espacio de mi oceanía.

## XXIV

### Testamento (II)

Dejo mis viejos libros, recogidos  
en rincones del mundo, venerados  
en su tipografía majestuosa,  
a los nuevos poetas de América,  
a los que un día  
hilarán en el ronco telar interrumpido 5  
las significaciones de mañana.

Ellos habrán nacido cuando el agreste puño  
de leñadores muertos y mineros  
haya dado una vida innumerable  
para limpiar la catedral torcida, 10

el grano desquiciado, el filamento  
que enredó nuestras ávidas llanuras.  
Toquen ellos infierno, este pasado  
que aplastó los diamantes, y defiendan  
los mundos cereales de su canto, 15  
lo que nació en el árbol del martirio.

Sobre los huesos de caciques, lejos  
de nuestra herencia traicionada, en pleno  
aire de pueblos que caminan solos,  
ellos van a poblar el estatuto 20  
de un largo sufrimiento victorioso.

Que amen como yo amé mi Manrique, mi Góngora,  
mi Garcilaso, mi Quevedo:

fueron  
titánicos guardianes, armaduras [402]  
de platino y nevada transparencia, 25  
que me enseñaron el rigor, y busquen  
en mi Lautréamont viejos lamentos  
entre pestilenciales agonías.

Que en Maiakovsky vean cómo ascendió la estrella  
y cómo de sus rayos nacieron las espigas. 30

## XXV

### Disposiciones

Compañeros, enterradme en Isla Negra,  
frente al mar que conozco, a cada área rugosa



de piedras y de olas que mis ojos perdidos  
no volverán a ver.

Cada día de océano

me trajo, niebla o puros derrumbes de turquesa, 5  
o simple extensión, agua rectilínea, invariable,  
lo que pedí, el espacio que devoró mi frente.

Cada paso enlutado de cormorán, el vuelo  
de grandes aves grises que amaban el invierno,  
y cada tenebroso círculo de sargazo 10  
y cada grave ola que sacude su frío,  
y más aún, la tierra que un escondido herbario  
secreto, hijo de brumas y de sales, roído  
por el ácido viento, minúsculas corolas  
de la costa pegadas a la infinita arena: 15  
todas las llaves húmedas de la tierra marina  
conocen cada estado de mi alegría,  
saben  
que allí quiera dormir entre los párpados  
del mar y de la tierra...

Quiero ser arrastrado

hacia abajo en las lluvias que el salvaje 20  
viento del mar combate y desmenuza,  
y luego por los cauces subterráneos, seguir  
hacia la primavera profunda que renace.

Abrid junto a mí el hueco de la que amo, y un día  
dejadla que otra vez me acompañe en la tierra. 25 [403]

## XXVI

### **Voy a vivir (1949)**

Yo no voy a morirme. Salgo ahora  
en este día lleno de volcanes  
hacia la multitud, hacia la vida.  
Aquí dejo arregladas estas cosas  
hoy que los pistoleros se pasean 5  
con la «cultura occidental» en brazos,  
con las manos que matan en España  
y las horcas que oscilan en Atenas  
y la deshonra que gobierna a Chile  
y paro de contar.

Aquí me quedo 10  
con palabras y pueblos y caminos  
que me esperan de nuevo, y que golpean  
con manos consteladas en mi puerta.

## XXVII

### **A mi partido**

Me has dado la fraternidad hacia el que no conozco.  
Me has agregado la fuerza de todos los que viven.  
Me has vuelto a dar la patria como en un nacimiento.  
Me has dado la libertad que no tiene el solitario.  
Me enseñaste a encender la bondad, como el fuego. 5  
Me diste la rectitud que necesita el árbol.

Me enseñaste a ver la unidad y la diferencia de los  
hombres.

Me mostraste cómo el dolor de un ser ha muerto en la  
victoria de todos.

Me enseñaste a dormir en las camas duras de mis  
hermanos.

Me hiciste construir sobre la realidad como sobre una  
roca. 10

Me hiciste adversario del malvado y muro del frenético.

Me has trecho ver la claridad del mundo y la posibilidad  
de la alegría.

Me has hecho indestructible porque contigo no termino en  
mí mismo. [404]

## XXVIII

### **Aquí termino (1949)**

Este libro termina aquí. Ha nacido  
de la ira como una brasa, como los territorios  
de bosques incendiados, y deseo  
que continúe como un árbol rojo  
propagando su clara quemadura. 5

Pero no sólo cólera en sus ramas  
encontraste: no sólo sus raíces  
buscaron el dolor sino la fuerza,  
y fuerza soy de piedra pensativa,  
alegría de manos congregadas. 10

Por fin, soy libre adentro de los seres.

Entre los seres, como el aire vivo,

y de la soledad acorralada  
salgo a la multitud de los combates,  
libre porque en mi mano va tu mano, 15  
conquistando alegrías indomables.

Libro común de un hombre, pan abierto  
es esta geografía de mi canto,  
y una comunidad de labradores  
alguna vez recogerá su fuego 20  
y sembrará sus llamas y sus hojas  
otra vez en la nave de la tierra.

Y nacerá de nuevo esta palabra,  
tal vez en otro tiempo sin dolores,  
sin las impuras hebras que adhirieron 25  
negras vegetaciones en mi canto,  
y otra vez en la altura estará ardiendo  
mi corazón quemante y estrellado.

Así termina este libro, aquí dejo  
mi *Canto general* escrito 30  
en la persecución, cantando bajo  
las alas clandestinas de mi patria.

Hoy 5 de febrero, en este año  
de 1949, en Chile, en «Godomar  
de Chena», algunos meses antes 35  
de los cuarenta y cinco años de mi edad.